

Alicia Adams

Por Booth Tarkington

CAPÍTULO I

El paciente, un hombre chapado a la antigua, pensó que la enfermera había cometido un error al mantener ambas ventanas abiertas, y su vivaz indiferencia ante sus protestas añadió algo a su odio hacia ella. Todas las noches le decía que cualquiera con sentido común debería darse cuenta de que el aire de la noche era malo para el cuerpo humano. —La estructura humana no aguantará todo, señorita Perry —le advirtió con resentimiento—. “¡Incluso un niño, si tuviera solo un sentido común, debería saber lo suficiente como para no dejar que el aire de la noche sople sobre las personas enfermas, sí, ni sobre las sanas tampoco! Manténgase fuera del aire de la noche, no importa lo bien que se sienta. Eso es lo que me decía mi madre cuando yo era niño. «No te metas en el aire de la noche, Virgil», decía ella. 'Manténgase alejado del aire de la noche’”.

“Supongo que probablemente su madre le dijo lo mismo”, sugirió la enfermera.

“Por supuesto que lo hizo. Mi abuela--”

“¡Oh, supongo que su abuela pensó eso, Sr. Adams! Fue entonces cuando todo este país central plano era pantanoso y aún no había sido drenado. Supongo que la verdad debe ser que los mosquitos de los pantanos picaban a la gente y les daban malaria, sobre todo antes de que empezaran a poner mosquiteros en las ventanas. Bueno, tenemos mallas en estas ventanas y ningún mosquito nos va a picar; así que sé un buen chico y descansa tu mente y vete a dormir como lo necesitas”.

“¿Dormir?” él dijo. “¡Probable!”

Pensaba que el aire de la noche era el peor de todo en abril; no tenía ninguna duda de que lo mataría, declaró. “Es milagroso lo que la estructura humana SOBREVIVIRÁ”, admitió la última noche de ese mes. ¡Pero a usted y al médico

se les debería enseñar que no resistirá demasiado! Envenenas a un hombre y lo envenenas y lo envenenas con este aire de la noche de abril...

—No puedo envenenarlo con mucho más —lo interrumpió la señorita Perry con indulgencia—. “Mañana será el aire de la noche de mayo, y espero que sea mucho mejor para ti, ¿no es así? Ahora solo tranquilicémonos y seamos un buen chico y duermamos bien”.

Ella le dio su medicina y, después de dejar el vaso sobre la mesa central, volvió a su catre, donde, después de un tranquilo intervalo, roncó débilmente. Ante esto, su expresión se convirtió en la de un hombre empujado por un abrumador cansancio a la ironía.

"¿Dormir? ¡Oh, CIERTAMENTE, gracias!"

Sin embargo, dormía intermitentemente, se adormecía entre horas e incluso soñaba; pero, olvidando sus sueños antes de abrir los ojos, y teniendo una parte de él consciente todo el tiempo de su incomodidad, creyó, como de costumbre, que estuvo despierto toda la noche. Era consciente de la ciudad como si fuera una sola gran criatura que descansaba irregularmente en la oscuridad fuera de sus ventanas. Yacía por todas partes, en la cubierta húmeda de su nube de humo nocturna, y trató de permanecer en silencio durante unas pocas horas después de la medianoche, pero era una cosa en crecimiento demasiado poderosa para quedarse completamente quieta. Incluso mientras se esforzaba por dormir, murmuraba digestiones del día anterior, y éstas ya se mezclaban con los estruendos del día siguiente. Coches "búho", trayendo a los últimos pasajeros a través de líneas de trolebús distantes, de vez en cuando aullaba en una curva; se oían lejanos movimientos metálicos en las fábricas de los suburbios llenos de hollín de la llanura a las afueras de la ciudad; al este, oeste y sur, las locomotoras resoplaban y resoplaban en los apartaderos; y por todas partes en el aire parecía haber un zumbido débil y voluminoso como el de innumerables cables temblando en lo alto con la vibración de la maquinaria subterránea.

En su juventud, Adams podría haber estado menos resentido con sonidos como estos cuando interferían con su sueño nocturno: incluso durante una enfermedad, podría haberse enorgullecido de ellos como prueba de su ciudadanía en una "ciudad viva"; pero a los cincuenta y cinco simplemente los odiaba porque lo mantenían despierto. Ellos "presionaron sus nervios", como él lo expresó; y también lo hizo casi todo lo demás, para el caso.

Oyó el carro de la leche entrar en la calle transversal debajo de sus ventanas y detenerse en cada casa. El lechero llevó sus jarras al "pórtico trasero", mientras el caballo avanzaba lentamente hacia la puerta del próximo cliente y esperaba allí. “Ha ido a Pollocks”, pensó Adams, siguiendo este progreso. Espero que se les amargue antes del desayuno. Entregado a los Anderson. Ahora está sacando el nuestro. ¡Escucha al maldito bruto! ¡Qué le importa a ÉL quién quiere

dormir!" Su queja era sobre el caballo, que casualmente cambiaba de peso con un tintineo de herraduras de acero sobre el desgastado pavimento de ladrillos de la calle, y luego se sacudía vigorosamente en su arnés, tal vez para ahuyentar una mosca mucho antes de tiempo. La luz acababa de filmar las ventanas; y con eso, el primer gorrión se despertó, cantó instantáneamente y despertó a los vecinos en los árboles del pequeño patio, incluido un petirrojo de voz fuerte. Las vociferaciones comenzaron irregularmente, pero pronto fueron unánimes.

"¿Dormir? Dang probable ahora, ¿no es así!

Los sonidos de la noche se estaban convirtiendo en sonidos del día; el ulular lejano de las locomotoras de carga parecía más vivo que hacía una hora en la oscuridad. Un alegre silbador pasó frente a la casa, aún más descuidado con los durmientes que el caballo del lechero; luego pasó un grupo de obreros de color, y aunque era imposible saber con seguridad si volvían a casa del trabajo nocturno o iban de camino al trabajo diurno, al menos era seguro que estaban jocosos. Las risas sueltas y aborígenes los precedían de lejos y golpeaban el aire mucho después de que hubieran pasado.

La luz de noche de la habitación del enfermo, protegida de sus ojos por un periódico apoyado contra una jarra de agua, todavía mostraba un tenue brillo que se había vuelto ofensivo para Adams. En sus pensamientos errantes y debilitados, que eran con mucha más frecuencia imaginaciones que razonamientos, el intento de la luz nocturna de resistir el amanecer le recordó algo desagradable, aunque no pudo descubrir exactamente qué era lo desagradable. Aquí había un rompecabezas que lo irritaba más porque no podía resolverlo, pero siempre parecía estar a punto de encontrar una solución. Sin embargo, es posible que no haya perdido nada alegre al permanecer en la oscuridad sobre el asunto; porque si hubiera sido un poco más agudo en esta introspección, podría haber llegado a la conclusión de que la sordidez de la luz nocturna,

A pesar de los ruidos del exterior, volvió a adormecerse, sin saber que lo hacía; y cuando abrió los ojos, la enfermera se estaba levantando de su catre. No disfrutó de la vista, puede decirse. Le exhibía un rostro mismo marcado por el sueño, y fijo como un rostro de barro dejado sobre su mejilla en un estudio caluroso y seco. Sin embargo, todavía estaba parcialmente despierta, y cuando apagó la luz de la noche y le dio a su paciente su tónico, había recuperado suficiente plasticidad. "¡Bueno, no es grandioso! Hemos tenido otra buena noche —dijo mientras se marchaba para vestirse en el baño.

"¡Sí, tuviste otro!" replicó él, aunque no hasta después de que ella hubiera cerrado la puerta.

En ese momento oyó a su hija moverse en su habitación por el estrecho pasillo, y supo que se había levantado. Esperaba que ella viniera a verlo pronto, porque ella era lo único que no le ponía los nervios de punta, sentía; aunque el

pensamiento de ella lo lastimaba, como, de hecho, cada pensamiento lo lastimaba. Pero fue su esposa quien llegó primero.

Llevaba una bata de algodón lacio, y una media luna de cabello gris se escapaba a una sien por debajo del pañuelo que había llevado en la cabeza durante la noche y que aún conservaba; pero ella hizo todo lo posible para que su expresión fuera alegre.

"¡Oh, estás mejor otra vez! Puedo ver eso, tan pronto como te miro", dijo. La señorita Perry me dice que ha tenido otra noche espléndida.

Hizo un sonido de ironía, que pareció tener una disposición desfavorable para la señorita Perry, y luego, para ser más inteligible, agregó: "Ella durmió bien, como de costumbre".

Pero la sonrisa de su esposa persistió. "Es una buena señal estar enojado; significa que estás prácticamente convaleciente en este momento.

"Oh, lo soy, ¿verdad?"

"¡Sin duda en el mundo!" Ella exclamó. "Vaya, eres prácticamente un hombre sano, Virgil, todo excepto recuperar tu fuerza, por supuesto, y eso no va a tomar mucho tiempo. Estarás de pie en un par de semanas a partir de ahora.

"¿Oh, lo hare?"

"¡Por supuesto que lo harás!" Ella se rió vivamente y, acercándose a la mesa en el centro de la habitación, movió su vaso de medicina una o dos pulgadas, le dio la vuelta a un libro para que quedara del otro lado, y por unos momentos se ocupó de futilidades similares. , habiendo tomado el aire de una persona que hace las cosas limpias, aunque no produjo tal efecto real sobre ellas. "Por supuesto que lo harás", repitió ella, distraídamente. "Serás tan fuerte como siempre; tal vez más fuerte." Hizo una pausa por un momento, sin mirarlo, y luego agregó alegremente: "Para que puedas volar y encontrar algo realmente bueno en lo que meterte".

Algo importante entre ellos salió a la superficie aquí, porque aunque ella habló con lo que parecía una alegría casual, hubo una pequeña ruptura traicionera en su voz, un temblor apenas perceptible en la pronunciación de la última palabra. Y seguía con la afectación de estar servicialmente preocupada por la mesa, y no miraba a su marido, tal vez porque habían estado casados tantos años que sin mirar sabía exactamente cuál sería su expresión, y prefería evitar la expresión real. verlo el mayor tiempo posible. Mientras tanto, él la miraba fijamente, sus labios comenzaban a moverse con pequeñas distorsiones que no carecían del patetismo de la agitación de un hombre enfermo.

"Así que eso es todo", dijo. "Eso es lo que estás insinuando".

"¿Insinuando?" La Sra. Adams parecía sorprendida e indulgente. "Vaya, no estoy haciendo ninguna insinuación, Virgil".

"¿Qué dijiste acerca de que encontré 'algo bueno en lo que meterme'?", Preguntó, bruscamente. "¿No llamas a eso insinuación?"

La señora Adams se volvió hacia él ahora; ella se acercó a la cama y le habría tomado la mano, pero él rápidamente la apartó de ella.

"No debes permitirte ponerte nervioso," dijo ella. "Pero, por supuesto, cuando te recuperas solo hay una cosa que hacer. No debes volver a ese viejo agujero de nuevo.

"¿Viejo agujero? Así es como lo llamas, ¿verdad? A pesar de su debilidad, la ira hizo que su voz fuera estridente, y ante este estímulo ella habló con más urgencia.

No debes volver a eso, Virgil. No es justo para ninguno de nosotros, y sabes que no lo es.

"¡No me digas lo que sé, por favor!"

Ella juntó las manos y de repente convirtió su urgencia en una súplica quejumbrosa. "Virgilio, ¿NO VOLVERÁS a ese agujero?"

"¡Esa es una buena palabra para usar conmigo!" él dijo. "¡Llama a los negocios de un hombre un agujero!"

"Virgilio, si no me debes a mí buscar algo diferente, ¿no se lo debes a tus hijos? ¡No me digas que no harás lo que todos queremos que hagas, y lo que sabes en tu corazón que debes hacer! Y si TIENES uno de tus ataques de obstinación y estás obligado a volver allí sin otra razón que la de salirte con la tuya, ¡no me lo digas, porque no puedo soportarlo!

Él la miró con fiereza. "¡Tienes una buena manera de curar a un hombre enfermo!" él dijo; pero ella había concluido su apelación —por ese tiempo— y en lugar de hacer más palabras sobre el asunto, le hizo ver que tenía lágrimas en los ojos, sacudió la cabeza y salió de la habitación.

Solo, yacía respirando rápidamente, su pecho demacrado demostrando estar a la altura de las demandas que su emoción le imponía. "¡Multa!" repitió, con ronca indignación. "¡Buena manera de curar a un hombre enfermo! ¡Multa!" Luego, después de un silencio, emitió sonidos susurrantes como de risa, mientras su expresión permanecía adolorida y lejos del humor.

"¡Y danos nuestro pan de cada día!" agregó, dando a entender que la pequeña actuación de su esposa no era ninguna novedad.

CAPITULO DOS

De hecho, la agitación de la señora Adams era genuina, pero tan bien controlada por ella que sus huellas se desvanecieron durante los tres cortos pasos que dio para cruzar el estrecho pasillo entre la puerta de su marido y la de enfrente. Su expresión era natural, más que patética, cuando entró en la bonita habitación donde su hija, a medio vestir, estaba sentada ante un tocador y jugaba con los reflejos de un espejo de tres hojas enmarcado en esmalte azul. Es decir, justo antes del momento de la entrada de su madre, Alice había estado jugando con los reflejos del espejo, poniendo los brazos en posición y sus expresiones, juntando las manos detrás del cuello e inclinando la cabeza hacia atrás para acortar el rostro en un cuadro concebido para representar descaro, luego uno de cansancio sonriente, luego uno de desdeñosa tolerancia, y todo muy picante; pero cuando se abrió la puerta, reanudó apresuradamente la práctica y ocupó las manos en arreglarse su abundante cabello castaño.

Eran manos bonitas, de una forma delicada y fina. "¡Las mejores cosas que tiene!" dijo una amiga de sangre fría de ellos, y tenía la intención de incluir la mente y el carácter de Alice en la lista implícita de posesiones superadas por las manos notables. Sin embargo, eso pudo haber sido, el resto de ella estaba lo suficientemente bien. A menudo se la llamaba "una chica bonita de verdad", un elogio moderado que significaba una chica más bien bonita que otra cosa, y esto se lo merecía, por decir lo menos. Incluso en reposo se lo merecía, aunque el reposo era todo menos su costumbre, rara vez se la veía excepto en casa. En exhibición, llevó una vida de gestos, los desagradables decían para hacer que sus hermosas manos fueran más memorables; pero toda ella solía acompañar los gestos de las manos, dándoles siempre los hombros sus impulsos primero,

Tanta vivacidad ocupaba lugar propio como único accesorio de la del rostro, donde su vivacidad llegaba a su clímax; y fue desafortunado que un joven sin talento, nuevo en el pueblo, haya intentado definir el efecto que sobre él tuvo toda esta generosidad de énfasis. Dijo que "la forma en que usó sus lindos ojos color avellana y el maravilloso brillo de su expresión facial le dieron una poderosa cualidad espiritual". Su interpretación real de la palabra fue "spirichul"; pero no fue su pronunciación la que embalsamó este estallido en la risa perenne de las amigas de Alicia; hicieron que la desgracia fuera mucho menos suya que de ella.

Su madre la consoló con demasiado entusiasmo, insistiendo en que Alice tenía "bastantes cualidades espirituales", ciertamente más que poseídas por las otras chicas que le lanzaban la frase, cosas de madera, celosas de todo lo que eran incapaces de hacer por sí mismas; y luego Alice, obteniendo más campeonato de lo que buscaba, se inquietó por temor a que la Sra. Adams repitiera tales defensas "fuera de la familia"; y la señora Adams terminó llorando porque la hija desconfiaba tanto de su inteligencia. Alice pensó con frecuencia que era necesario instruir a su madre.

Su saludo de la mañana era una instrucción para el día de hoy; o, más bien, era una advertencia en el estilo de una súplica, tanto más petulante como Alice pensó que la Sra. Adams podría haber tenido un vistazo de las posturas frente al espejo. Esta era una preocupación innecesaria; la madre había captado mil destellos de ese tipo, sin que Alice se diera cuenta, y no pensó en nada del que acababa de pasar.

¡Por el amor de Dios, mamá, entra en la habitación y cierra la puerta! ¡POR FAVOR, no lo dejes abierto para que todos me miren!”.

"No hay nadie para verte", explicó la Sra. Adams, obedeciendo. La señorita Perry ha bajado y...

“Mamá, te escuché en la habitación de papá”, dijo Alice, sin dejar caer la nota de queja. Los oí a ambos, y no creo que debas enfadar tanto al pobre papá, no en su estado actual, al menos.

La Sra. Adams se sentó en el borde de la cama. “Él está mejor todo el tiempo”, dijo ella, sin inmutarse. Está casi bien. Lo dice el médico y lo dice la señorita Perry; y si no lo ponemos en el estado de ánimo correcto ahora, nunca lo haremos. El primer día que esté al aire libre volverá a ese viejo agujero, ¡ya verás! Y si lo hace una vez, se instalará allí y será demasiado tarde y nunca lo sacaremos.

"Bueno, de todos modos, creo que te vendría bien un poco más de tacto con él".

“Lo intento”, suspiró la madre. Nunca fue de mucha utilidad con él. No creo que lo entiendas tan bien como yo, Alice.

“Hay una cosa que no entiendo sobre ninguno de ustedes,” respondió Alice, secamente. “Antes de casarse, las personas pueden hacer lo que quieran entre sí. ¿Por qué no pueden hacer lo mismo después de casarse? Cuando tú y papá eran jóvenes y estaban comprometidos, él habría hecho cualquier cosa que tú quisieras. Eso debe haber sido porque sabías cómo manejarlo entonces. ¿Por qué no puedes atacarlo de la misma manera ahora?”

La señora Adams volvió a suspirar y se rió un poco, sin dar otra respuesta; pero Alice persistió. “Bueno, ¿POR QUÉ no puedes? ¿Por qué no puedes pedirle que haga las cosas como solías pedírselo cuando estabais enamorados? ¿Por qué no lo intentas de todos modos, mamá, en lugar de ding-dong con él?”

“¿Ding-donging con él, Alice?” dijo la Sra. Adams, con un patetismo algo enfatizado. “¿Es así como te parece que estoy tratando de hacer lo que puedo por ti?”

"Olvida eso; no es nada para herir tus sentimientos. Alice se deshizo del patetismo enérgicamente. “¿Por qué no respondes a mi pregunta? ¿Qué tiene de malo usar un poco más de tacto con papá? ¿Por qué no pueden tratarlo como

probablemente lo hicieron cuando eran jóvenes, antes de casarse? Nunca he entendido por qué la gente no puede hacer eso”.

“Tal vez lo entiendas algún día”, dijo su madre, suavemente. “Tal vez lo hagas cuando hayas estado casado veinticinco años”.

“Sigues evadiendo. ¿Por qué no respondes mi pregunta directamente?”

“Hay preguntas que no puedes responder a los jóvenes, Alice”.

“¿Quieres decir porque somos demasiado jóvenes para entender la respuesta? No veo eso en absoluto. A los veintidós años se supone que una chica tiene algo de inteligencia, ¿no? Y la inteligencia es la capacidad de comprender, ¿no es así? ¿Por qué tengo que esperar hasta haber vivido veinticinco años con un hombre para entender por qué no puedes tener tacto con papá?”

—Es posible que entienda algunas cosas antes de eso —dijo trémulamente la señora Adams—. “Puedes entender cómo me lastimas a veces. Los jóvenes no pueden saberlo todo siendo inteligentes, y cuando puedan entender la respuesta que están preguntando, la sabrán y no necesitarán preguntar. No entiendes a tu padre, Alice; no sabes lo que se necesita para cambiarlo cuando ha decidido ser terco”.

Alice se levantó y comenzó a ponerse una falda. “Bueno, no creo que hacer escenas cambie a nadie”, se quejó. “Creo que un poco de persuasión alegre va el doble de lejos, yo mismo”.

“¡Un poco de persuasión jovial!” Su madre convirtió el eco de esta frase en un lamento irónico. “¡Sí, hubo un tiempo en que yo también pensé eso! No funcionó; eso es todo.”

“Tal vez te olvidaste de la parte 'alegre', mamá”.

Por segunda vez en la mañana, eran poco más de las siete, las lágrimas parecían estar a punto de ofrecer su consuelo a la señora Adams. “Podría haber esperado que dijeras eso, Alice; nunca pierdes una oportunidad —dijo suavemente. “¡Parece raro que no pierdas una sola oportunidad!”

Pero Alice, progresando con su aseo, parecía estar poco preocupada. “Oh, bueno, creo que hay mejores formas de manejar a un hombre que simplemente martillararlo”.

La Sra. Adams profirió un pequeño grito de dolor. “¿'Martillando', Alice?”

“Si me lo hubieras dejado todo a mí”, continuó su hija, enérgicamente, “creo que papá ya estaría dispuesto a hacer cualquier cosa que nosotros queramos”.

“Eso es todo; dime que lo estropeo todo. Bueno, no interferiré de ahora en adelante, puedes estar seguro.”

“Por favor, no hables así,” dijo Alice rápidamente. “Soy lo suficientemente mayor para darme cuenta de que papá puede necesitar presiones de todo tipo; Solo creo que lo hace más obstinado para hacerlo enojar. Probablemente lo

entiendas mejor, pero eso es algo que he descubierto y tú no. ¡Ahí!" Le dio a su madre un golpecito amistoso en el hombro y se dirigió a la puerta. "Me subiré y lo saludaré ahora".

Mientras se iba, continuó abrochándose la blusa y apareció en la habitación de su padre con una mano todavía ocupada, pero le dio unas palmaditas en la frente con la otra.

"¡Pobre viejo papá-papá!" dijo, alegremente. "Cada vez que está mejor, alguien lo convence para que se enoje tanto que tenga una recaída. ¡Es una pena!"

Los ojos de su padre, bajo sus cejas melancólicas, la miraron con nostalgia. "Supongo que escuchaste a tu madre yendo por mí", dijo.

"¡Escuché que tú también ibas por ella!" Alicia se rió. "¿De qué se trataba todo esto?"

"¡Oh, la misma maldita vieja historia!"

"¿Quieres decir que quiere que pruebes algo nuevo cuando te mejores?" preguntó Alice, con alegre inocencia. "¿Para que todos podamos tener mucho más dinero?"

Ante esto, su frente afligida estaba más afligida que nunca. Las profundas líneas horizontales se movieron hacia arriba hasta un patrón de sufrimiento tan familiar para su hija que no significaba nada para ella; pero habló en voz baja. "Sí; así que no tendríamos nada de dinero, lo más probable."

"¡Oh no!" ella se rió y, terminando de quitarse la blusa, le dio unas palmaditas en las mejillas con ambas manos. "¿Piensa en cuántas grandes aperturas debe haber para un hombre que sabe tanto como tú! Siempre creí que podías hacerte rico si te preocupabas, papá."

Pero en su frente el dibujo doloroso aún se profundizaba. "¿No crees que siempre hemos tenido suficiente, tal como están las cosas, Alice?"

"¡No como SON las cosas!" Ella le dio unas palmaditas en las mejillas de nuevo; se rió de nuevo. "Solía ser suficiente, tal vez de todos modos lo escatimamos, pero tal como están las cosas ahora, espero que mamá sea realmente bastante práctica en sus ideas, sin embargo, creo que es una pena que te moleste con eso mientras estás. tan debil. Sin embargo, no te preocupes por eso; solo piensa en otras cosas hasta que te vuelvas fuerte".

"Ya sabes", dijo; Sabes que no es exactamente lo más fácil del mundo para un hombre de mi edad encontrar estas grandes aperturas de las que hablas. Y cuando has pasado de la mitad de los cincuenta a los sesenta, es probable que veas algún riesgo en renunciar a lo que sabes hacer y probar algo nuevo.

"¡Vaya, qué ceño fruncido!" ella gritó, alegremente. "¿No te dije que dejaras de pensar en eso hasta que estés TODO bien?" Se inclinó sobre él y le dio un beso

alegre en el puente de la nariz. "¡Ahí! Debo correr a desayunar. ¡Anímate ahora! Au 'voir! Y con su bonita mano agitó más ánimos desde la puerta que se cerraba mientras se marchaba.

Descendiendo con ligereza la estrecha escalera, silbó mientras avanzaba, tamborileando con los dedos sobre la barandilla; y, todavía silbando, entró en el comedor, donde ya estaban sentados a la mesa su madre y su hermano. El hermano, un muchacho delgado y cetrino de unos veinte años, la saludó sin mucha aprobación cuando ella ocupó su lugar.

"¡Nada parece preocuparte!" él dijo.

"No; nada más", respondió ella en el aire. "¿Qué te preocupa, Walter?"

"¡No dejes que eso te preocupe!" él regresó, pareciendo considerar esto como una réplica de un tipo efectivo; porque soltó una breve carcajada para acompañarlo, y se volvió hacia su café con la actitud de quien ha cerrado satisfactoriamente un episodio.

"¡Walter siempre parece tener tantos secretos!" Dijo Alice, estudiándolo astutamente, pero con una diversión bastante amistosa en su escrutinio. "Todo lo que hace o dice parece actuar en beneficio de una audiencia misteriosa dentro de sí mismo, y siempre obtiene sus aplausos. Tome lo que dijo hace un momento: parece pensar que significa algo, pero si lo hace, ¿ese es solo otro secreto entre él y la audiencia secreta dentro de él! Realmente no sabemos nada sobre Walter, ¿verdad, mamá?"

Walter se rió de nuevo, de una manera que sustentaba bastante bien su teoría; luego, después de terminar su café, sacó de su bolsillo un paquete aplanado en papel azul brillante; extrajo con los dedos manchados un pitillo torcido y arrugado, lo encendió, se subió los pantalones ceñidos con el aire de quien pasa de las nimiedades a las cosas más dignas de su atención, y salió de la habitación.

Alice se rió cuando la puerta se cerró. "Él es TODO secreto", dijo. "¿No crees que realmente deberías saber más sobre él, mamá?"

"Estoy segura de que es un buen chico", respondió la Sra. Adams, pensativa. "Ha sido muy valiente al no poder tener las ventajas que disfrutaban los chicos con los que ha crecido. Nunca he oído una palabra de queja de él".

"¿Acerca de que no lo enviaron a la universidad?" Alicia lloró. "¿Debería pensar que no lo harías! ¡Ni siquiera tenía la ambición suficiente para terminar la escuela secundaria!"

La señora Adams suspiró. "Me pareció que Walter perdió su ambición cuando casi todos los niños con los que había crecido fueron a escuelas del este para prepararse para la universidad, y no pudimos permitirnos enviarlo. Si tan solo tu padre hubiera escuchado..."

Alice interrumpió: “¡Qué tontería! Walter odiaba los libros y el estudio, y también el atletismo. No le importa nada agradable de lo que yo haya oído hablar. ¿Qué supones que le gusta, mamá? Debe gustarle una cosa u otra en alguna parte, pero ¿qué crees que es? ¿Qué hace con su tiempo?”

Vaya, el pobre chico está todo el día en Lamb and Company. No llega hasta las cinco de la tarde; no tiene mucho tiempo.”

"Bueno, nunca cenamos hasta las siete, y él siempre llega tarde a la cena, y sale, ¡Dios sabe a dónde, justo después!" Alicia negó con la cabeza. Solía ir con los hijos de nuestros amigos, pero no creo que lo haga ahora.

"¿Por qué, cómo podría?" protestó la señora Adams. ¡Eso no es su culpa, pobre niña! Los chicos que conoció cuando era más joven están casi todos en la universidad”.

“Sí, pero él no ve nada de ellos cuando están aquí en vacaciones o vacaciones. Ninguno de ellos viene más a la casa.

Supongo que ha hecho otros amigos. Es natural que quiera compañeros, a su edad.

“Sí,” dijo Alice, con énfasis de desaprobación. “¿Pero quiénes son? Tengo la idea de que juega al billar en un lugar peligroso del centro.

"Oh no; Estoy segura de que es un chico estable —protestó la señora Adams, pero su tono no era el de una absoluta convicción, y añadió—: La vida podría ser algo muy diferente para él si tan solo pudiera traer a su padre para que viera... ”

“¡No importa, mamá! No soy yo el que tiene que estar convencido, ya sabes; y podemos hacer mucho más con papá si lo dejamos solo por un día o dos. Prométeme que no le dirás nada más hasta... bueno, hasta que pueda bajar a la mesa. ¿Podrías?”

La Sra. Adams se mordió el labio, que había comenzado a temblar. “Creo que puedes confiar en mí para saber ALGUNAS cosas, Alice”, dijo. "Soy un poco mayor que tú, ¿sabes?"

"¡Esa es una buena chica!" Alice saltó, riendo. “No olvides que es lo mismo que una promesa, y anímalo un poco. Me despediré de él antes de salir.

"¿Adónde vas?"

“Oh, tengo mucho que hacer. Pensé en ir corriendo a casa de Mildred para ver qué se va a poner esta noche, y luego quiero bajar y comprar una yarda de gasa y una cinta estrecha para hacer nuevos lazos para mis pantuflas. Tendrás que hacerlo. Dame algo de dinero--”

"¡Si él me lo da!" se lamentó su madre, mientras se dirigían juntas a las escaleras delanteras; pero una hora más tarde entró en la habitación de Alice con un billete en la mano.

“Tiene algo de dinero en el cajón de su escritorio”, dijo. “Finalmente me dijo dónde estaba”.

Había rastros de emoción en su voz, y Alice, mirándola con astucia, vio humedad en sus ojos.

"¡Mamá!" ella lloró. No hiciste lo que me prometiste que no harías, ¿verdad? ¡NO antes de la señorita Perry!

—La señorita Perry le está comprando un poco de caldo —replicó la señora Adams con calma. “Además, te equivocas al decir que te prometí cualquier cosa; Dije que pensaba que podías confiar en mí para saber qué es lo correcto.

"¡Así que lo mencionaste de nuevo!" Y Alice se apartó de ella, se acercó a la puerta de su padre, la abrió de par en par, fue hacia él y puso una mano suave sobre su frente inmóvil con dulzura.

“¡Pobre viejo papá!” ella dijo. “Es una vergüenza cómo todo el mundo quiere molestarlo. ¡Ya no lo molestarán más! No necesita que todos le digan cómo salir de ese viejo agujero en el que ha trabajado durante tanto tiempo y comenzar a hacernos a todos agradables y ricos. ¡ÉL sabe cómo!

Acto seguido, ella le dio un beso de despedida consolador y se despidió de nuevo alegremente, la mano encantadora volvió a revolotear como una mariposa blanca a la sombra de la puerta que se cerraba.

CAPÍTULO III

La Sra. Adams se había quedado en la habitación de Alice, pero su estado de ánimo parecía haber cambiado durante la poco más que momentánea ausencia de su hija.

"¿Que dijo el?" preguntó, rápidamente, y su tono era esperanzado.

“¿Dime?” repitió Alice, impaciente. "Por qué nada. No lo dejé. De verdad, mamá, creo que lo mejor que puedes hacer es mantenerte fuera de su habitación, porque no creo que puedas entrar allí y no hablar con él sobre eso, y si hablas, lo haremos. nunca conseguir que haga lo correcto. ¡Nunca!"

La respuesta de la madre fue un silencio afligido; se apartó de su hija y caminó hacia la puerta.

"¡Ahora, por el amor de Dios!" Alicia lloró. "¡No vayas a hacer una tragedia si te ofrezco un pequeño consejo práctico!"

—No lo soy —la señora Adams tragó saliva, deteniéndose—. “Solo... solo voy a desempolvar el piso de abajo, Alice”. Y con la cara aún apartada, salió al

pequeño pasillo, cerrando la puerta detrás de ella. Un momento después se la podía escuchar descender las escaleras, el sonido de sus pasos traía de alguna manera un efecto de resignación.

Alice escuchó, suspiró y, respirando las palabras, "¡Oh, asesinato!" pasó a asuntos más alegres. Se puso un pequeño turbante verde manzana con una banda de oro tenue alrededor, y luego, después de envolver el turbante en un velo blanco, que mantuvo levantado sobre su frente, se puso un abrigo marrón de tela suave confeccionado con severidad desenfadada. Después de eso, después de estudiarse gravemente en un largo espejo, sacó de uno de los cajones de su tocador un tarjetero de cuero negro con esquinas en filigrana de plata, pero lo encontró vacío.

Abrió otro cajón en el que había dos cajas de cartón blanco llenas de tarjetas, una de las cuales mostraba simplemente "Miss Adams", la otra grabada en caracteres góticos, "Miss Alys Tuttle Adams". Este último pertenecía al período "Alys" de Alice—la mayoría de las chicas pasan por él; y Alice debe haber sentido que se había graduado, porque, después de fruncir el ceño pensativamente ante la exposición de esta mañana, tomó la caja con su contenido y dejó caer la lluvia blanca de sus dedos en la papelería junto a su pequeño escritorio. Rellenó el tarjetero de la caja de «Miss Adams»; luego, tras encontrar un par de guantes blancos limpios, se puso bajo el brazo un bastón de Malaca con la punta de marfil y se puso en marcha.

Bajó las escaleras, abrochándose los guantes y todavía con el ceño fruncido con el que había sacado finalmente a "Alys" de su vida. Descendió lentamente y se detuvo en el escalón más bajo, mirando a su alrededor con una expresión que sólo necesitaba una ligera profundización para mostrar amargura. Sin embargo, su conexión con ella dejando caer "Alys" para siempre fue leve.

La pequeña casa de madera, de unos quince años, ya se inclinaba a convertirse en una nueva reliquia colonial. Los Adams lo habían construido, mudándose a él desde la casa "Queen Anne" que habían alquilado hasta que dieron este paso en la moda. Pero quince años es mucho tiempo para quedarse quieto en el interior del país, incluso para una casa, y ésta estaba hecha a la ligera, aunque los Adams no se habían dado cuenta de lo frágil que era hasta que habían vivido en ella durante algún tiempo. "Sólido, compacto y conveniente" fueron las instrucciones del arquitecto, y lo había hecho compacto con éxito. Alice, deteniéndose al pie de la escalera, estaba al mismo tiempo bastante en la "sala de estar," pues la única separación entre la "sala de estar" y el vestíbulo era una demarcación sugerida a la imaginación dispuesta por un par de columnas de madera pintadas de blanco. Estas columnas, de pino debajo de la pintura, estaban magulladas y astilladas en la base; uno de ellos presentaba una grieta que amenazaba con partirse; el piso de "madera dura" se había vuelto irregular; y en un rincón, las

paredes parecían perder solidez, donde el empapelado se había negado a acompañar algunos tambaleos del yeso debajo.

Los muebles eran en gran parte una acumulación iniciada con los regalos de boda; aunque parte era más antigua, dos grandes mecedoras de charol y un taburete habían pertenecido a la madre de la señora Adams en los días de la dura felpa marrón y el enchapado. Para la decoración había cuadros y jarrones. A la señora Adams siempre le habían gustado los jarrones, dijo, y todos los años el regalo de Navidad que le hacía su marido era un jarrón de un tipo u otro, lo que le mostrara el empleado, valorado en unos doce o catorce dólares. Los cuadros eran algunos de ellos aguafuertes enmarcados en dorado: Reims, Canterbury, goletas agrupadas frente a un muelle; y Alice podía recordar cómo, en su infancia, su padre a veces señalaba los reflejos acuosos de este último como muy finos.

Otros cuadros eran dos acuarelas en marcos barrocos; uno era el monje de Amalfi en la pared de una pérgola, mientras que el segundo era una exhibición de flores de lirio de un patio de ancho, pintada por la propia Alice a los catorce años, como regalo de cumpleaños para su madre. La mirada de Alice se detuvo ahora sin gran orgullo, pero mostró más aprobación de una enorme fotografía del Coliseo. Esto lo consideró "lo único bueno en la habitación"; ella sentía que poseía y otorgaba distinción; y no se arrepintió de haber ganado su lucha para colgarlo en su conspicuo lugar de honor sobre la repisa de la chimenea. Anteriormente, ese lugar había sido ocupado durante años por un grabado en acero, una representación fiel del Puente Colgante en las Cataratas del Niágara. Era casi tan grande como su sucesor, el "Coliseo," y se lo habían presentado al Sr. Adams colegas de su departamento en Lamb and Company. Adams había mostrado cierto sentimiento cuando Alice comenzó a instar a su retiro a la oscuridad en el "pasillo de arriba"; incluso se resistió durante varios días después de que ella le cobrara el "Coliseo", lo enmarcara en roble y lo enviara a la casa. Ella lo animó, por supuesto, cuando cedió; y su corazón nunca se equivocó para que pudiera haber dudas sobre cuál de las dos imágenes era la más desalentadora. y enviado a la casa. Ella lo animó, por supuesto, cuando cedió; y su corazón nunca se equivocó para que pudiera haber dudas sobre cuál de las dos imágenes era la más desalentadora. y enviado a la casa. Ella lo animó, por supuesto, cuando cedió; y su corazón nunca se equivocó para que pudiera haber dudas sobre cuál de las dos imágenes era la más desalentadora.

Sobre los cuadros, los jarrones, las viejas mecedoras de felpa marrón y el taburete, sobre las tres sillas doradas, sobre el nuevo sillón tapizado en cretona y el sofá de terciopelo gris, sobre todo, en todas partes, estaba la familiar capa de humo. Había trabajado en cada fibra de las cortinas de encaje, tiñéndolas a un gris desagradable; yacía en los alféizares de las ventanas y oscurecía los

cristales; cubría las paredes, cubría el techo y estaba manchado cada vez más oscuro en todos los rincones. Sin embargo, aquí no fue culpa del ama de casa; la maldición no se podía levantar, como lo demostraron las manchas incrustadas permanentes en la madera que alguna vez fue blanca. La mugre se renovaba perpetuamente; fregar solo molerlo.

Esta fealdad en particular era una pequeña parte del descontento de Alice, porque aunque el recubrimiento se hacía un poco más profundo cada año, ella estaba acostumbrada. Además, sabía que no era probable que encontrara nada mejor en mil millas, siempre que se limitara a las ciudades, y que ninguno de sus amigos, por opulentos que fueran, tenía ventaja sobre ella aquí. De hecho, en todo el gran país carbonero, las personas que se consideran comparativamente pobres pueden encontrar este consuelo: la limpieza se ha agregado a las virtudes y bienaventuranzas que el dinero no puede comprar.

Alice se iluminó un poco mientras se dirigía a la puerta principal, y se iluminó más cuando la brisa primaveral la encontró allí. Luego, toda la depresión la abandonó mientras caminaba por el corto sendero de ladrillos hasta la acera, miró a uno y otro lado de la calle y vio cuán valientemente los árboles de sombra de arce, a pesar del polvo negro que respiraban, arrojaban sus miles de jóvenes partículas verdes en lo alto.

Giró hacia el norte, pisando las nuevas y pequeñas sombras en el pavimento con rapidez y, después de terminar de abotonarse los guantes, balanceó hacia abajo su bastón Malacca debajo de su brazo para dejar que golpeará un acompañamiento más pausado a su paso rápido y corto. Tenía que dar un paso rápido si quería llegar a alguna parte; porque lo ajustado de su falda, a pesar de su poca longitud, no permitía un paso natural; pero le agradó que la impidieran, ya que estas brevedades formaban parte de su espectáculo de moda.

Otros peatones los encontraron no sin encanto, aunque la aprobación puede haber faltado aquí y allá, y en el primer cruce Alice sufrió lo que podría haber considerado una lesión real, si se hubiera permitido ser tan sensible. Una anciana vestida de seda negra rebuscada estaba parada allí, esperando un tranvía; ella era toda un modelo globular, con un rostro modelado como un melocotón mordido por la helada; y que la gracia que se aproximaba era desagradable, ella lo hizo demasiado evidente ingenuamente. Sus ojos, redondos y pálidos, parecían cobrar una amarga vida al pasar de los altos tacones curvos de las pantuflas abrochadas a la estrecha falda, y de allí con sobresaltada ferocidad al bastón de Malacca, que claramente le parecía un adorno no más asombroso que fue insultante.

Al darse cuenta de que la niña se inclinaba ante ella, la dama globular se apresuró a cambiar para alterar su expresión injuriosa. “Buenos días, señora Dowling”, dijo Alice con gravedad. La señora Dowling devolvió el saludo con una sonrisa tan convincentemente benévola como la espantosa sonrisa en el

rostro de Papá Noel; y luego, mientras Alice pasaba, estalló hacia ella con un solo suspiro comprimido a través de los labios apretados.

El sonido fue elocuentemente audible, aunque la señora Dowling no se dio cuenta de que de esta manera o de cualquier otra forma había arrojado luz sobre sus pensamientos; porque fue su inocente convicción de toda la vida que otras personas la veían solo como ella deseaba ser vista, y escuchaban de ella solo lo que ella pretendía ser escuchada. En casa siempre era su marido quien bajaba las persianas de la ventana de su dormitorio.

Alice se puso seria por unos momentos después del pequeño encuentro, luego encontró algo de consuelo en el comportamiento de un caballero de unos cuarenta años que venía hacia ella. Al igual que la señora Dowling, había empezado a darse cuenta de que Alice se acercaba cuando aún estaba lejos; pero sus obsequios eran de un tipo más agradable para ella. Sin embargo, se parecía de nuevo a la señora Dowling en su concepción de que Alice no se daría cuenta de la importancia de lo que él hacía. Se pasó la mano por el pañuelo para asegurarse de que le quedaba bien en el cuello, se alisó una solapa de la chaqueta y se ajustó el sombrero, pareciendo estar preocupado al mismo tiempo por problemas que mantenían los ojos en el pavimento; luego, cuando estuvo a unos pocos pies de ella, miró hacia arriba, como en un reconocimiento de sorpresa casi dramático, sonrió cautivadoramente,

La respuesta de Alice fue todo lo que pudo haber pedido. El bastón en su mano derecha se detuvo en seco en su balanceo, mientras su mano izquierda se movía en un lindo gesto como si un impulso la llevara hacia el corazón; y ella sonrió, con el labio inferior atrapado de repente entre los dientes. Meses atrás había visto a una actriz usar esa sonrisa en una obra de teatro, y ahora le venía perfectamente a Alice, sin dirección consciente, había sido tan bien adquirida; pero el pequeño impulso de la mano bonita hacia el corazón fue un poco original en sí misma, en el impulso del momento.

El caballero continuó, pasando de su visión frontal mientras se volvía a colocar el sombrero. Por sí mismo, él no era nada para Alice, excepto por la graciosa circunstancia de que había mostrado una fuerte conciencia de una chica bonita. Era de mediana edad, sustancial, un hombre de familia, casado con seguridad; y Alice tenía con él una de esas largas amistades que nunca se enfatizan ni con cinco minutos de conversación; sin embargo, para este encuentro intrascendente había representado un pequeño papel como un fragmento de una pantomima de galanteo español.

No era para él, ni siquiera para impresionarlo, excepto como mensajero. Alice misma casi no se dio cuenta de su pensamiento, que era uno de los miles de pensamientos que no tomaban forma deliberada en palabras. Sin embargo, ella lo tenía, y fue el impulso de todas sus lindas pantomimas cuando se encontró con

otros conocidos que le hicieron visible su aprecio, como lo hizo este corpulento caballero. En el pensamiento tácito de Alice, él debía ser alentado como un paladín en cierta medida para hablar bien de ella al mundo; pero más que esto: iba a contarle a un magnífico soltero desconocido lo maravillosa, lo misteriosa que era ella.

Se apresuró gravemente, un poco conmovida recíprocamente con las supuestas convulsiones en el pecho de aquel sombrío compañero ducal, que debía estar en algún lugar “esperando”, o tal vez ya buscándola; porque más a menudo pensaba en sí misma como "esperando" mientras él la buscaba; ya veces esta visión de las cosas se hacía tan definida que se convertía en un murmullo en sus labios. "Esperando. A la espera." Y ella podría agregar: “¡Para él!”. Luego, a los veintidós años, solía concluir la mística entrevista riéndose de sí misma, aunque no sin una continua melancolía.

Llegó a un grupo de pequeños niños de color que jugaban descarriados en un charco en la entrada de un callejón embarrado; y al verla abandonaron su pasatiempo para mirar fijamente. Ella les sonrió brillantemente, pero estaban demasiado asombrados para comprender que la manifestación era amistosa; y mientras Alicia se abría camino en un pequeño desvío para evitar el barro, escuchó a uno de ellos decir: “¡La señora tiene bastón! ¡Jesús!”

Sabía que muchos niños de color usan las impiedades con familiaridad, y no se sorprendió. Sin embargo, la inquietó una insinuación desfavorable en el tono del orador. Probablemente tenía seis años, pero el escozor de una crítica no se alivia necesariamente con el conocimiento de su fuente innoble, y Alice ya había comenzado a sentir una ligera inquietud por su bastón. La mirada de la señora Dowling se había proyectado sorprendentemente sobre él; otras mujeres más que simplemente miraron, sus cejas y labios se contrajeron impulsivamente; y Alice se dio cuenta de que uno o dos de ellos se detuvieron francamente tan pronto como ella pasó.

Había visto en varias revistas fotos de damas con bastones, y por eso había comprado ésta, sin cuestionar nunca que la moda se reconozca, hasta en provincias, tan pronto como se la mire. Por el contrario, estas mujeres que miraban fijamente obviamente no se dieron cuenta de que lo que se les mostraba no era un arrebató excéntrico, sino el brillante presagio de un modo ilustre. Alice se había aplicado un poco de pigmento artificial en los labios y las mejillas antes de partir esta mañana; ella no lo necesitaba, ya que tenía un color propio listo, que ahora se elevaba con molestia.

Luego, un automóvil negro cerrado, espléndidamente brillante, con ventanillas de vidrio pulido, se acercó silenciosamente por la calle hacia ella. Dentro de él, como en un pequeño apartamento lujoso, tres bellas damas de luto estaban sentadas y chismorreaban; pero cuando vieron a Alicia se abrazaron. Se

recuperaron al instante, inclinándose ante ella solemnemente mientras los llevaba, pero no desaparecieron de su vista tan rápidamente, pero el borde de su mirada lateral captó un destello de dientes en bocas que se abrieron repentinamente, y el brillo oscuro de guantes negros de nuevo aferrándose a compartir alegría.

El color que superó al colorete en la mejilla de Alice se extendió y se hizo más cálido cuando se dio cuenta de lo cordial que había sido su asentimiento y su sonrisa hacia estas graciosas damas. Pero en su identidad yacía un significado que le causaba un dolor más agudo, porque eran de la familia de Lamb, jefe de Lamb and Company, que había empleado a su padre desde antes de que ella naciera.

“¡Y conoce su salario! ¡Estarían SEGUROS de enterarse de eso!” fue su pensamiento, junto con otro amargo en el sentido de que probablemente habían hecho estimaciones financieras instantáneas de lo que vestía, aunque ciertamente su bastón había alimentado su hilaridad.

Se la metió debajo del brazo, sin volver a balancearla; y su respiración se volvió rápida e irregular a medida que la emoción la acosaba. Había estado disfrutando de su paseo, pero en el espacio de las pocas cuerdas que había recorrido desde que conoció al caballero importante, descubrió que se echaba a perder más que el paseo: de repente, su vida parecía estar echada a perder también; aunque no vio la ruina con complacencia. Estas mujeres Lamb pensaban que ella y su bastón eran ridículos, ¿verdad? se dijo a sí misma. Esa era su sangre advenediza: pensar que porque el padre de una niña trabajaba para su abuelo, ella no tenía derecho a tener un estilo llamativo, especialmente cuando lo llamativo ERA su estilo. Probablemente todas las demás chicas y mujeres estarían de acuerdo con ellas y se reirían de ella cuando se reunieran y, lo que podría ser fatal, trataría de hacer que todos los hombres pensarán que ella era una tonta pretendiente. Los hombres eran como ovejas, y nada era más fácil para las mujeres que erigirse en pastores y encerrarlos en un redil. “Para mantener alejados a los forasteros”, pensó Alice. Y hazles creer que SOY un forastero. ¿De qué sirve vivir?

Todo parecía perdido cuando apareció un joven esbelto, saliendo de una calle transversal no muy lejos de ella y, doblando la esquina, se acercó a ella. Visiblemente, aflojó el paso para alargar el tiempo de su acercamiento y, como era un extraño para ella, no se le podía atribuir otro motivo que el deseo de tener más tiempo para mirarla.

Se llevó una mano bonita a un alfiler en la garganta, se mordió el labio —no con la sonrisa, sino misteriosamente— y en el último instante antes de que su sombra tocara al extraño, dejó que sus ojos se encontraran gravemente con los de él. Un momento después, habiendo llegado ante la casa que era su destino, se

detuvo en la entrada de un camino de entrada que conducía a través de hermosos jardines a la mansión intencionalmente importante. Era un lugar agradable e impresionante para ser visto entrar, pero Alice no entró de inmediato. Hizo una pausa, examinando un diminuto trozo de mortero que los albañiles se habían olvidado de raspar de un ladrillo en uno de los enormes postes de la puerta. Ella frunció el ceño ante esta pequeña desfiguración, y con un aire de molestia la raspó, usando la virola de su bastón en un acto de propiedad fastidiosa.

Alice no se volvió para ver si sucedía o no algo por el estilo, pero tal vez supuso que sí. En cualquier caso, con paso vigoroso dejó atrás la puerta de entrada y subió alegremente por el camino de entrada a la casa de su amiga Mildred.

CAPÍTULO IV

Adams tuvo una mañana inquieta y hacia el mediodía le pidió a la señorita Perry que llamara a su hija; él deseaba decirle algo.

"Creo que la escuché salir de la casa hace un par de horas, tal vez más", le dijo la enfermera. "Iré a ver". Y regresó del breve recado, su impresión confirmada por la información de la Sra. Adams. "Sí. Ha ido a casa de la señorita Mildred Palmer para ver qué se va a poner esta noche.

Adams miró a la señorita Perry con cansancio, pero permaneció pasivo, sin hacer preguntas; porque estaba acostumbrado desde hacía mucho tiempo a lo que le parecía una especie de jerga entre damas, que se volvía más incomprensible cuando trataban de explicarla. Había descubierto que lo mejor que podía hacer un hombre era simplemente dejarlo ir como si fuera un sonido. Su mirada afligida siguió a la enfermera que volvía a su mecedora junto a la ventana, y su placidez le mostró que no había ningún misterio para ella en el hecho de que Alice caminara dos millas para hacer una pregunta tan sencilla cuando había un teléfono en la casa. Evidentemente, la señorita Perry también comprendió por qué Alice consideraba importante saber qué se proponía ponerse Mildred.

Su excursión de esta mañana no fue ninguna novedad; continuamente iba a ver qué pensaba ponerse Mildred, o qué pensaba ponerse alguna otra chica; y cuando Alice llegaba a casa de donde se habían reunido otras niñas o mujeres, siempre corría hacia su madre con serias descripciones de la ropa que había visto. En esos momentos, si Adams estaba presente, podría reconocer "organdí", "tafetán" o "chifón" como palabras que definen ciertos textiles, pero el resto era demasiado técnico para él, y era como un niño triste en un sermón, esperando a que

termine. No era el menor de los misterios el interés de su esposa: ella era casi indiferente a su propia ropa, y cuando consultó a Alice sobre ella, habló apresuradamente y con aire de disculpa;

“¡Ahí van!” murmuró hoy, un momento después de que escuchó cerrarse la puerta principal, un sonido reconocible en la mayor parte de la casa de construcción delgada. Alice acababa de regresar y la Sra. Adams la llamó desde el pasillo superior, no lejos de la puerta de Adams.

"¿Qué dijo ella?"

“Ella estaba un poco irritada al respecto,” respondió Alice, subiendo las escaleras. A veces se pone así y finge que no se ha decidido, pero estoy bastante seguro de que será el Georgette de maíz con volantes Malines.

"¿No dijiste que usó eso en casa de los Patterson?" preguntó la Sra. Adams, cuando Alice llegó a lo alto de las escaleras. ¿Y no me dijiste que lo volvió a usar en el...?"

“Desde luego que no,” interrumpió Alice, bastante petulante. "Ella nunca lo usó sino una vez, y por supuesto que no querría usar nada esta noche en el que la gente la haya visto mucho".

La señorita Perry abrió la puerta de la habitación de Adams y salió. Su padre quiere saber si vendrá a verlo un momento, señorita Adams.

“¡Pobre viejo! ¡Por supuesto!” exclamó Alice, y entró rápidamente en la habitación, la señorita Perry se quedó afuera. “¿Qué pasa, papá? Supongo que se hartará de estar acostado sobre su vieja espalda cansada.

“He tenido una mañana un poco pobre”, dijo Adams, mientras le palmeaba la mano para consolarlo. “Estuve pensando——”

"¿No te dije que no lo hicieras?" ella gritó, alegremente. “Por supuesto que pasarás malos momentos cuando vayas y hagas exactamente lo que te digo que no debes hacer. ¡Dejas de pensar en este mismo minuto!”

Sonrió con tristeza, cerrando los ojos; Se quedó en silencio por un momento, luego le pidió que se sentara al lado de la cama. “Estuve pensando en algo que quería decir”, agregó.

"¿Qué tal, papá?"

“Bueno, no es nada, mucho”, dijo, con algo de desaprobación en su tono, como si sintiera vagos impulsos hacia el humor y la disculpa. “Solo pensé que tal vez debería haberte dicho más en algún momento sobre... bueno, sobre cómo SON las cosas, en Lamb and Company's, por ejemplo”.

"¡Ahora, papá!" Ella se inclinó hacia delante en la silla que había ocupado y fingió darle una bofetada enfadada. "¿No es eso exactamente lo que dije que no podías pensar ni un solo pensamiento hasta que estés TODO bien?"

“Bueno...” dijo, y continuó lentamente, sin mirarla a ella, sino al techo. "Solo pensé que tal vez no estaría mal si en algún momento te dijera algo sobre la forma en que dependen de mí allá abajo".

"¿Por qué no lo muestran, entonces?" preguntó, rápidamente. "Eso es justo lo que mamá y yo hemos estado sintiendo tanto; no te aprecian.

"Pues, sí, lo hacen", dijo. "Ellos si. Comenzaron a cotizar mi salario el segundo año que estuve allí, y lo han cotizado un poco cada dos años durante todo el tiempo que he trabajado para ellos. He sido jefe del departamento de artículos varios durante siete años y difícilmente podría tener más autoridad en ese departamento a menos que fuera miembro de la firma misma".

"Bueno, ¿por qué no te hacen miembro de la firma? ¡Eso es lo que deberían haber hecho! ¡Sí, y hace mucho tiempo!

Adams se rió, pero suspiró con más entusiasmo de lo que había reído. "Me llaman su 'suplente más antiguo' allá abajo". Se rió de nuevo, disculpándose, como para excusarse por enorgullecerse un poco de este título. "Sí señor; dicen que soy su 'suplente más antiguo'; y supongo que saben que pueden contar con que mi departamento entregará un informe tan bueno como esperan, al final de cada mes; pero no tienen que aceptar a un hombre en la empresa para que haga mi trabajo, querida.

"Pero dijiste que dependían de ti, papá".

"Así lo hacen; pero, por supuesto, no para que no puedan arreglárselas sin mí. Hizo una pausa, reflexionando. "Parece que no solo sé cómo expresarlo, quiero decir cómo expresar lo que comencé a decir. Como que quería decirte, bueno, me parece divertido, estos últimos años, la forma en que tu madre se ha acostumbrado a sentir al respecto. Me gustaría ver un negocio mayorista de drogas mejor establecido que Lamb and Company de este lado de los Alleghanies, no digo más grande, digo mejor establecido, y es un poco divertido para un hombre que ha estado en un negocio como ese tanto tiempo. ya que tengo que escucharlo llamado 'agujero'. Es un poco divertido cuando piensas, tú mismo, que te ha ido bastante bien en un negocio como ese, y los hombres a la cabeza parecen pensar lo mismo, también,

Su voz se había vuelto trémula a pesar de él; y este signo de debilidad y emoción tuvo suficiente efecto sobre Alicia. Se inclinó sobre él de repente, con su brazo alrededor de él y su mejilla contra la de él. "¡Pobre papá!" ella murmuró. "¡Pobre papá!"

"No, no", dijo. No quise molestarte por nada. Sólo pensé... —Él vaciló. "Solo me preguntaba—pensé que tal vez no sería malo si dijera algo sobre cómo SON las cosas ahí abajo. Me puse a pensar que tal vez no entendiste que es un lugar bastante bueno. Son buenas personas para trabajar; y siempre han parecido pensar algo de mí; la forma en que aceptaron a Walter, por ejemplo, tan pronto

como se los pedí, el año pasado. ¿No crees que eso parecía mucho como si pensarán algo en mí, Alice?

"Sí, papá", dijo ella, sin moverse.

Y el trabajo es muy agradable —prosiguió—. "Muy buenos muchachos en nuestro departamento, Alice. Bueno, están en todos los departamentos, para el caso. Nos divertimos mucho allí algunos días.

Ella levantó la cabeza. "¡Más de lo que haces en casa 'algunos días', espero, papá!" ella dijo.

Protestó débilmente. "Ahora, no quise decir eso, no quería molestarte..."

Ella lo miró a través de pestañas parpadeantes. "Lamento haberlo llamado un 'agujero', papá".

"No, no", protestó, suavemente. "Fue tu madre quien dijo eso".

"No. Yo también lo hice."

"Bueno, si lo hiciste, fue solo porque la habías escuchado".

Ella negó con la cabeza y luego lo besó. "Voy a hablar con ella", dijo, y se levantó con decisión.

Pero ante esto, la voz preocupada de su padre se hizo rápidamente más fuerte: "Será mejor que la dejes sola. Sólo quería tener una pequeña charla contigo. No fue mi intención empezar ninguna... tu madre no..."

"¡Ahora, papá!" Alice volvió a hablar alegremente y le sonrió. "¡Quiero que dejes de preocuparte! Todo va a estar bien y nadie te va a molestar más por nada. ¡Verás!"

Llevó su sonrisa al vestíbulo, pero después de cerrar la puerta su rostro era todo lástima; y su madre, esperándola en la habitación de enfrente, habló con simpatía.

"¿Qué pasa, Alicia? ¿Qué dijo que te molestó?"

"Espera un minuto, mamá". Alice encontró un pañuelo, lo usó para los ojos y la nariz tapada, tragó saliva y luego, repentina y desoladamente, se sentó en la cama. "¡Pobre, pobre, POBRE papá!" Ella susurró.

"¿Por qué?" preguntó la Sra. Adams, suavemente. "¿Qué pasa con él? A veces actúas como si no estuviera mejorando. ¿De qué ha estado hablando?"

"Mamá, bueno, creo que soy bastante egoísta. ¡Oh, lo hago!"

"¿Dijo que lo eras?"

"¿Papá? ¡De hecho no! Lo que quiero decir es que tal vez ambos somos un poco egoístas para intentar que salga y busque algo nuevo".

La señora Adams se quedó pensativa. "¡Oh, eso es lo que estaba haciendo!"

"Mamá, creo que deberíamos dejarlo. No soñé que realmente lo había lastimado".

"Bueno, ¿no nos hace daño?"

"Nunca, que yo sepa, mamá".

—No me refiero a DECIR cosas —explicó la señora Adams con impaciencia—. “Hay más formas que la de lastimar a la gente. Cuando un hombre se apega a un salario que no mantiene a su familia, ¿no los está perjudicando?”.

“Oh, nos 'provee' bastante bien, mamá. Tenemos lo que necesitamos, si no fuera tan extravagante. ¡Oh, sé que lo soy!”

Pero ante esta admisión, su madre gritó agudamente. “¡Extravagante! No tienes ni la décima parte de lo que tienen las otras chicas con las que vas. Y NO PUEDES tener lo que deberías mientras él no salga de ese horrible lugar. Nos proporciona comida y refugio, pero ¿qué es eso?”

“No creo que debamos intentar más cambiarlo”.

"¿Tú no?" La Sra. Adams vino y se paró frente a ella. “Escucha, Alice: tu padre está dormido; ese es su problema, y hay que despertarlo. No sabe que las cosas han cambiado. Cuando usted y Walter eran niños pequeños, teníamos suficiente, al menos parecía ser tanto como la mayoría de las personas que conocíamos. Pero el pueblo no es lo que era entonces, y los tiempos no son lo que eran entonces, y estos temibles PRECIOS no son los viejos precios. Todo lo demás, excepto tu padre, ha cambiado, y todo el tiempo se ha quedado quieto. Él no lo sabe; ¡él piensa que porque le han dado cien dólares más cada dos años es un hombre bastante próspero!

“Pero Walter——” Alice vaciló. “Walter ya no le cuesta nada”. Y concluyó, con voz afligida: “¡Soy yo!”.

"¿Por qué no debería ser así?" su madre lloró. “Eres joven, estás justo en el momento en que tu vida debería estar más llena de cosas buenas y felicidad. Sin embargo, ¿qué obtienes?”

El labio de Alice tembló; ella no era insensible a tal apelación, pero ideó la apariencia de una protesta. “No lo paso tan mal, no una buena parte del tiempo, de todos modos. Tengo MUCHAS de las cosas que tienen otras chicas...”

"¿Tu tienes?" La señora Adams era lastimosamente satírica. Supongo que tienes una limusina para ir al baile esta noche. ¿Supongo que solo tienes que llamar a una floristería y decirle que te envíe algunas orquídeas? Supongo que has...

Pero Alice interrumpió esta lista. Aparentemente en un solo instante toda emoción la abandonó, y se volvió formal, como alguien en medio de nimiedades que recuerdan asuntos realmente serios. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta del armario donde guardaba sus vestidos. "Oh, mira aquí", dijo,

enérgicamente. “He decidido usar mi organdí blanco si pudieras ponerme un forro nuevo. Me temo que te llevará casi toda la tarde.

Sacó el vestido, lo mostró sobre la cama y la señora Adams lo examinó atentamente.

"¿Crees que podrías hacerlo, mamá?"

“No veo por qué no”, respondió la Sra. Adams, pasando una mano pensativa sobre la tela. “No debería tomar más de cuatro o cinco horas”.

“Es una lástima que te sientes frente a la máquina tanto tiempo”, dijo Alice distraídamente, y agregó: “Y estoy segura de que deberíamos dejar en paz a papá. Dejémoslo, mamá”.

La Sra. Adams continuó examinando cuidadosamente el vestido. “¿Compraste la gasa y la cinta, Alice?”

"Sí. Estoy seguro de que no deberíamos hablar más con él sobre eso, mamá.

"Bueno, ya veremos".

“Pongámonos de acuerdo en que NUNCA le diremos una sola palabra al respecto”, dijo Alice. Será mucho mejor si dejamos que él mismo tome sus decisiones.

CAPÍTULO V

Dicho esto, teniendo ante sí cuestiones más prácticas, abandonaron el tema para centrar toda su atención en el vestido; y cuando sonó el gong del almuerzo en el piso de abajo, Alice todavía estaba esbozando reparaciones y modificaciones. Continuó dibujándolos, sin prestar atención a la convocatoria.

—Supongo que será mejor que bajemos a almorzar —dijo la señora Adams con aire ausente. “Ella está en el gong de nuevo”. “En un minuto, mamá. Ahora, sobre las mangas——” Y ella continuó con su planificación. Desafortunadamente, el gong no expresaba el estado de ánimo de la persona que lo golpeaba. Consistía en tres pequeños tazones de metal sobre una cuerda; eran de tamaño desigual y, al ser golpeados con un palo acolchado, emitían vibraciones casi musicalmente agradables. Fue Alice quien sustituyó este artilugio por la "campana de la cena" de latón que se usó durante toda su infancia; y ni ella ni los demás de su familia se dieron cuenta de que la sustitución de sonidos más dulces había hecho más difícil la vida de esa casa. A pesar de los desalentadores aumentos de salarios, los Adams todavía se esforzaban por tener un cocinero; y, como no podían pagar las tasas más altas

que exigía una buena, lo que solían tener era una caprichosa mujer de color y de impulsos nómadas. En manos de una persona así, la "campana de la cena" pasada de moda era satisfactoria; la vida podía hacerse instantáneamente intolerable para cualquiera que se entretuviera en su camino hacia una comida; la campana era capaz de todas las blasfemias deseables y no dejaba nada reprimido en el pecho del campanero. Pero el palo cubierto de gamuza podría golpear los pequeños cuencos chinos de Alicia durante un tiempo considerable y no producir un gran efecto de urgencia en un oyente, ni ningún otro efecto, excepto furia en el cocinero. La irónica imposibilidad de expresar la indignación de otro modo que mediante sonidos de suave armonía resultó exasperante; el cocinero era propenso a sobrecargarse,

La Sra. Adams tomó esta mayor frecuencia como una manifestación más de las nuevas e inexplicables dificultades que aquejan a todas las tareas domésticas. Le pagabas a un cocinero el doble de lo que le habías pagado a uno unos años antes; y el cocinero sabía la mitad de cocina y no tenía gratitud. Cuanto más les dabas a estas personas, parecía que peor se comportaban, una condición que no se remediaba dándoles menos, porque ni siquiera podías obtener lo peor a menos que le pagaras lo que exigía. Sin embargo, la Sra. Adams se mantuvo irregularmente optimista en el asunto. Educada por su madre para hablar de una cocinera como "la niña", Alice le había indicado que abandonara esa definición en favor de una que no mejoraba la precisión: "la criada". Casi siempre, durante el primer día después de que llegaran todos los cocineros, la señora Adams decía, a intervalos, con aire de triunfo: "Creo, por supuesto que es un poco pronto para estar seguro, pero realmente creo que esta nueva doncella es la mejor". tesoro que hemos estado buscando durante tanto tiempo! De la misma manera que Alicia soñó con una misteriosa pareja perfecta a la que "esperaba", su madre tenía la teoría de las hadas de que, escondido en algún lugar del universo, estaba el tesoro, la "criada" perfecta, que vendría y cocinaría en el La cocina de Adamses, no cuatro días o cuatro semanas, sino para siempre.

La titular actual no era ella. Alice, profundamente interesada en sí misma, mantuvo a su madre igualmente tan preocupada con el vestido que apenas se dieron cuenta de las suaves advertencias del gong, aunque éstas se repitieron y se prolongaron inusualmente. Finalmente, el sonido de una voz cordial, independiente y enfurecida, llegó a la pareja. Venía del pasillo de abajo.

“Dije ¡Adiós!” llamó. “¡Da'ss todo!”

Entonces la puerta principal se cerró de golpe.

“¿Por qué, qué...?” comenzó la Sra. Adams.

Bajaron apresuradamente para averiguarlo. La señorita Perry les informó.

“No pude hacerla entrar en razón”, dijo. “Tocó el gong cuatro o cinco veces y se puso a hablar sola; y luego subió a su habitación y empacó su bolso. Le dije que, de todos modos, no tenía por qué salir por la puerta principal.

La Sra. Adams tomó la noticia filosóficamente. “Pensé que tenía algo así en el ojo cuando le pagué esta mañana, y no me sorprende. Bueno, no dejaremos que el Sr. Adams sepa nada hasta que tenga uno nuevo.

Almorzaron con lo que el difunto titular había dejado enfriándose en la mesa, y luego la Sra. Adams se preparó para lavar los platos; ella “los haría en un santiamén”, dijo alegremente. Pero fue Alice quien lavó los platos.

“NO ME GUSTA que hagas eso, Alice”, protestó su madre, siguiéndola a la cocina. Las manos se vuelven ásperas, y cuando una chica tiene manos como las tuyas...

“Lo sé, mamá”. Alice parecía preocupada, pero negó con la cabeza. “No se puede evitar esta vez; necesitarás cada minuto para terminar ese vestido”.

La señora Adams se alejó lamentándose, mientras que Alice, que no era experta, empezó a mojar los platos, las tazas y los platitos en el agua caliente. Después de un tiempo, mientras trabajaba, sus ojos se volvieron soñadores: estaba haciendo pequeños dibujos de colores alegres de sí misma, profecías infundadas de cómo se vería y qué le sucedería esa noche. Se vio a sí misma, encantadora y recatada, usando una idealización esponjosa del vestido con el que su madre ahora luchaba con determinación arriba; se vio a sí misma enmarcada en un arco adornado con guirnaldas, la entrada a un salón de baile, y vio a la gente en el suelo brillante volverse dramáticamente para mirarla; luego, desde todos los puntos, una avalancha de jóvenes que pedían a gritos bailar con ella; y construyó un soberbio extraño, alto, moreno, magistralmente sonriente, quien la sacó del grupo que clamaba cuando comenzó la música. Se vio a sí misma bailando con él, vio la sonrisa medio preocupada que le dedicaría; y sonrió con precisión esa sonrisa mientras enjuagaba los cuchillos y tenedores.

Sabía que estos esperanzados fragmentos de drama no se realizarían; pero ella jugó a que eran verdad, y siguió creándolos. En todos llevaba o llevaba flores — la pena de su madre por ella en este detalle pero lo hacía más importante— y se veía glamurosa con orquídeas; las descartó por un puñado de rosas pesadas de tallo largo; las tiró por un gran ramo de camelias blancas; y así deambuló por una galería alargada de invernadero de belleza floral, todo costoso y más allá de su alcance excepto en un sueño tan melancólico. Y en todo su horizonte presente, aunque lo buscó con seriedad, no pudo descubrir ninguna figura de un remitente de flores.

De sus fantasías surgió definitivamente el deseo de flores para vestir esa noche y se hizo conmovedor; ella comenzó a sentir que podría ser particularmente

importante tenerlos. "¡Esta podría ser la noche!" Todavía estaba en edad de soñar que la noche de cualquier baile puede ser el punto vital del destino. No importa cuán comunes o decepcionantes hayan sido otras noches de baile, esta puede traer la gran reunión. El magnífico desconocido puede estar allí.

Alice casi no se dio cuenta de sus propios ensueños en los que aparecía este ser, ensueños a menudo tan transitorios que se desarrollaban y desaparecían en unos pocos segundos. Y en algunos de ellos el ser no era del todo extraño; había momentos en los que parecía estar compuesto por fragmentos reconocibles de jóvenes que ella conocía: una sonrisa que le había gustado, de uno; la figura de otro, el cabello de otro, y a veces pensaba que él podría estar oculto, por así decirlo, dentro de la persona de un conocido real, alguien que nunca había sospechado que fuera el buscador adecuado para ella, alguien que nunca había sospechado que fue ella quien lo "esperó". Cualquier cosa podría revelarlos el uno al otro: una mirada, un giro de la cabeza, una palabra singular, tal vez unas flores en su pecho o en su mano.

Frotó los platos lentamente y concluyó la operación dejando caer un plato al suelo y barriendo soñadoramente los fragmentos debajo de la estufa. Suspiró y volvió a colocar la escoba cerca de una ventana, dejando que su mirada vagara por el pequeño patio exterior. La hierba, repulsivamente embriagada por el color del humo del carbón durante todo el invierno, había vuelto a la vida últimamente y ahora brillaba con un verde, en medio del cual un diminuto rayo azul se fijó de repente en sus ojos ausentes. Permanecieron sobre él durante varios momentos, cada vez menos ausentes.

Era una violeta.

Alice corrió escaleras arriba, se puso el sombrero, salió y comenzó a buscar las violetas. Encontró veintidós, un buen augurio —pues el número era el de su edad—, pero no suficientes violetas. No había más; ella había saqueado cada pie del patio.

Miró dudosa el ramito que tenía en la mano, echó un vistazo al césped de al lado, que no ofrecía ninguna perspectiva favorable; luego entró pensativa en la casa, dejó sus veintidós violetas en un cuenco con agua y volvió a salir rápidamente, con el ceño fruncido por la decisión. Fue a una línea de tranvía y tomó un automóvil hasta las afueras de la ciudad donde se había abierto un nuevo parque.

Aquí reanudó su búsqueda, pero no fue fácil de recompensar, y durante una hora después de su llegada no encontró violetas. Caminó concienzudamente por toda la extensión del prado, sus ojos vagando con descontento; nunca hubo un punto azul en la extensión arreglada; pero por fin, cuando llegó cerca de los límites de una vieja arboleda, que los paisajistas municipales no habían tocado, aparecieron las florecitas y empezó a recogerlas. Las recogió con cuidado,

aflojando la tierra alrededor de cada planta diminuta, de modo que sacara las raíces con ella, para que pudiera vivir más tiempo; y había traído una servilleta, que empapó en una boca de riego y mantuvo flojamente envuelta alrededor de los tallos de su colección.

El césped estaba demasiado húmedo para arrodillarse; trabajaba pacientemente, encorvada desde la cintura; y cuando llegó a casa bajo una llovizna a las cinco en punto, sus rodillas temblaban por la tensión, le dolía la espalda y estaba completamente cansada, pero tenía trescientas violetas. Su madre gimió cuando Alice se los mostró, fragantes en un recipiente con agua.

“¡Oh, pobre niño! ¡Pensar en que tienes que trabajar tan duro para conseguir cosas por las que otras chicas solo necesitan levantar sus pequeños dedos!

"No importa", dijo Alice, con voz ronca. “¡Los tengo y VOY a pasar un buen rato esta noche!”

"¡Tienes que hacerlo!" La Sra. Adams estuvo de acuerdo, intensamente comprensiva. “El Señor sabe que te lo mereces, después de recoger todas estas violetas, pobrecita, y Él no sería lo suficientemente mezquino como para impedírtelo. Puede que tenga que preparar la cena antes de terminar el vestido, pero puedo hacerlo en unos minutos después, y se verá muy bonito. ¡No te preocupes por ESO! Y con todas estas preciosas violetas...

“Me pregunto...” comenzó Alice, hizo una pausa y luego continuó, fragmentariamente: “Supongo... bueno, me pregunto... ¿supones que hubiera sido una mejor política haberle dicho a Walter antes...”

“No”, dijo su madre. "Solo le habría dado más tiempo para quejarse".

“Pero él podría——”

“No te preocupes”, la tranquilizó la Sra. Adams. “Será un poco enfadado, pero no será testarudo; solo déjame hablar con él y no digas nada en absoluto, no importa lo que ÉL diga”.

Estas referencias a Walter se referían a algunas maniobras necesarias que tuvieron lugar durante la cena y fueron realizadas por la madre, habiendo aceptado Alice su consejo de sentarse en silencio. La Sra. Adams comenzó riendo alegremente. “Me pregunto cuánto tiempo más me tomó cocinar esta cena que Walter comérsela”. ella dijo. “¡No engullas, niño! No hay prisa.”

En contacto con su propia familia, Walter no era un derrochador de palabras.

“Es para mí”, dijo. "Tengo cita".

"Sé que tienes, pero hay mucho tiempo".

Él sonrió con piedad benévola. “TÚ sabes, ¿verdad? Si hiciste café, no te molestes si no lo hiciste. Consigue algo en el centro. Parecía a punto de levantarse y marcharse; Entonces Alicia, mordiéndose el labio, lanzó una mirada de pánico a su madre.

Pero la señora Adams no parecía en absoluto perturbada; y volvió a reírse. ¡Vaya, qué tontería, Walter! Te traeré el café en unos minutos, pero primero comeremos el postre.

"¿Qué clase?"

"Unos melocotones deliciosos".

—No quiero melocotones enlatados —dijo el franco Walter, moviendo su silla hacia atrás. "Buenas noches".

"¡Walter! No comienza hasta las nueve como mínimo.

Hizo una pausa, desconcertado. "¿Qué no?"

"El baile."

"¿Qué baile?"

"Pues, el baile de Mildred Palmer, por supuesto".

Walter se rió brevemente. "¿Qué es eso para mí?"

"Por qué, no has olvidado que es ESTA NOCHE, ¿verdad?" La señora Adams lloró. "¡Qué chico!"

"Te dije hace una semana que no iba a ir a ese viejo baile," contestó, frunciendo el ceño. "Me escuchas."

—¡Walter! Ella exclamo. "Por supuesto que vas. Saqué toda tu ropa esta tarde y la cepillé por ti. Se verán muy bien y...

"No se verán bien en MÍ", interrumpió. Tengo una cita en el centro, te lo digo.

"Pero por supuesto que tú——"

"¡Mira aquí!" Walter dijo, con decisión. "No te metas ideas equivocadas en la cabeza. Estoy tan expuesto a ir a ese viejo baile en casa de los Palmer como a comerme un par de barriles de vidrios rotos.

"Pero, Walter——"

Walter estaba empezando a estar seriamente molesto. "¡No me hagas 'Walter'! No soy una serpiente de la sociedad. No bailaré con esa gente de Palmer si me engatusaran con diamantes".

"Walter——"

"¿No te dije que no sirve de nada que me 'Walter'?" el demandó.

"Mi querida niña——"

"¡Oh, Gloria!"

Ante esto, la señora Adams abandonó su aire de diversión, pareció herida y miró a la recatada señorita Perry al otro lado de la mesa. "Me temo que la señorita Perry no pensará que tienes muy buenos modales, Walter".

"Tienes razón, ella no lo hará", estuvo de acuerdo, sombríamente. "No si tengo que escuchar más acerca de mí yendo a--"

Pero su madre lo interrumpió con cierta aspereza: “Me parece muy extraño que siempre te opongas a ir a cualquier parte entre NUESTROS amigos, Walter”.

“¡Tus amigos!” —dijo, y, levantándose de la silla, profirió una risa irónica estrictamente monosilábica. “¡Tus amigos!” repitió, dirigiéndose a la puerta. “¡Oh sí! ¡Ciertamente! ¡Buenas noches!”

Y mirando hacia atrás por encima del hombro para ofrecer una última y breve vista de su burlona cara, salió de la habitación.

Alice jadeó: “Mamá——”

“¡Lo detendré!” su madre respondió, bruscamente; y se apresuró tras el vagabundo, alcanzándolo en la puerta principal con el sombrero y el impermeable puestos.

“Walter——”

—Te dije que tenías una cita en el centro —dijo, bruscamente, y habría abierto la puerta, pero ella lo agarró del brazo y lo detuvo.

“Walter, por favor regresa y termina tu cena. Cuando me tome la molestia de cocinártelo, creo que al menos podrías...

“¡Ahora ahora!” él dijo. “Eso no es lo que estás haciendo. No quieres hacerme comer; quieres hacerme escuchar.

“¡Bueno, DEBES escuchar!” Ella mantuvo su agarre sobre su brazo y lo apretó más. —¡Walter, por favor! ella rogó, su voz volviéndose trémula. “¡POR FAVOR, no me hagas tanto problema!”

Él se apartó de ella tanto como se lo permitió su agarre y la miró fijamente. “¡Mira aquí!” él dijo. “¡Te entiendo, está bien! ¿Cuál es el problema de que Alice VAYA sola a esa fiesta?”

“¡Ella simplemente NO PUEDE!”

“¿Por qué no?”

“Hace que las cosas sean demasiado MALAS para ella, Walter. Todas las demás chicas tienen a alguien de quien depender después de llegar allí.

“Bueno, ¿por qué no tiene a alguien?” preguntó, irritado. “¡Alguien además de YO, quiero decir! ¿Por qué nadie le ha pedido que vaya? Ella debería ser TAN popular, de todos modos, creo que ¡ella INTENTA lo suficiente!”

“No entiendo cómo puedes ser tan duro”, se lamentó su madre, con voz ronca. “Sabes por qué no corren tras ella como lo hacen con las otras chicas con las que va, Walter. Es porque somos pobres, y ella no tiene antecedentes.

“¿Antecedentes?”, repitió Walter. “¿Antecedentes? ¿Qué clase de charla es esa?”

—¿Irás con ella esta noche, Walter? suplicó su madre, sin detenerse a iluminarlo. “No entiendes lo difíciles que son las cosas para ella y lo valiente que

es al respecto, ¡o NO PODRÍAS ser tan egoísta! ¡Sería más de lo que puedo soportar verla decepcionada esta noche! Se fue a Belleview Park esta tarde, Walter, y pasó horas y horas recogiendo violetas para ponerse. Vas a--"

El corazón de Walter no era de hierro, y el episodio de las violetas pudo haberlo alcanzado. "¡Oh, BLUB!" —dijo, y arrojó violentamente su sombrero blando contra la pared.

Su madre sonrió encantada. "¡ESE ES un buen chico, cariño! Nunca te arrepentirás de...

"Cállate", pidió. "Si la llevo, ¿pagarás un taxi?"

"¡Ay, Walter!" Y nuevamente la Sra. Adams mostró angustia. "¿No podrías?"

"No, no podría; No voy a tirar mi buen dinero de esa manera, y no sabes qué hora de la noche será antes de que ella esté dispuesta a volver a casa. ¿Qué te pasa que pagas por uno?"

"No tengo dinero".

"Bueno, padre--"

Ella sacudió la cabeza con tristeza. Esta mañana me dio un poco y no puedo molestarlo más; lo molesta SIEMPRE ha sido tan terriblemente cercano con el dinero...

—Supongo que no pudo evitarlo —observó Walter. Estamos expuestos a ir a la casa de pobres tal como está. Bueno, ¿qué importa que caminemos a esta fiesta podrida?

—¿Bajo la lluvia, Walter?

"Bueno, es solo una llovizna y podemos tomar un tranvía hasta una cuadra de la casa".

De nuevo su madre negó con la cabeza. "No serviría".

"¡Bueno, maldita sea la suerte, está bien!" él consintió, explosivamente. Le conseguiré algo para montar. Son setenta y cinco centavos.

¡Vaya, Walter! exclamó la señora Adams, muy complacida. "¿Sabes cómo conseguir un taxi por tan poco? ¡Qué espléndido!"

—No es un taxi —le informó Walter enfadado. Es un Lizzie de lata, pero no hace falta que le digas lo que es hasta que yo le haga entrar, ¿verdad?

La Sra. Adams estuvo de acuerdo en que no lo hizo.

CAPÍTULO VI

Alice estuvo ocupada consigo misma durante dos horas después de la cena; pero un poco antes de las nueve se paró frente a su largo espejo, completa, con los ojos brillantes y solemne. Su cabello, exquisitamente arreglado, le dio todo lo que le pedía; las artificiosidades en el color que había usado en su rostro eran solo fragmentos de énfasis que hacían que su belleza fuera más distintiva; y el vestido, que no estaba arrugado por las cuidadosas horas de trabajo de su madre, era una nube blanca de hermosura. Finalmente había dos ramos de violetas triunfantes, cada uno con los tallos envueltos en papel de aluminio y envueltos por un lazo de gasa púrpura; y un ramo lo llevaba en la cintura y el otro lo llevaba en la mano.

La señorita Perry, llamada por una madre extasiada para que le diera una mirada gratuita a este resplandor, insistió en que Alice era una visión. "¡Pura y simplemente una visión!" dijo, queriendo decir que ninguna otra definición la satisfaría. "Nunca vi a nadie tener una visión si ella no lo está esta noche", declaró la admirada enfermera. Su papá pensará lo mismo que yo al respecto. Ya ves si él no dice que ella es pura y simplemente una visión.

Adams no cumplió la predicción literalmente cuando Alice hizo una breve visita a su habitación para "mostrarle" y desearle buenas noches; pero se rió débilmente. "¡Bien bien bien!" él dijo.

"¡Te ves muy bien, PODEROSAMENTE bien!" Y movió un dedo huesudo hacia sus dos ramos. "¿Por qué, Alice, quién es tu novio?"

"¡No te preocupes!" ella se rió, rozando maliciosamente su nariz con las violetas en su mano. "Él me trata bastante bien, ¿no es así?"

¡Le debe gustar tirar su dinero! Estas violetas huelen muy bien, y deberían tenerlo, si van a una fiesta CONTIGO. Pásalo bien, querida.

"¡Quiero decir!" ella lloró; y ella repitió esto alegremente, pero con un énfasis que expresaba una fuerte determinación mientras lo dejaba. "¡QUIERO DECIR!"

"¿De qué estaba hablando?" inquirió su madre, alisando el viejo y gastado chal que había dejado sobre la cama de Alice. "¿Qué le estabas diciendo que 'quieres decir'?"

Alice volvió a su espejo triple por última vez, luego se paró frente al espejo largo. —Que quiero pasar un buen rato esta noche —dijo ella; y mientras se giraba de su reflejo al chal que la Sra. Adams le sostenía, "Parece que PODRÍA, ¿no crees?"

"Serás una reina esta noche", susurró su madre con cariñosa emoción. "No debes dudar de ti mismo".

"Bueno, hay una cosa," dijo Alice. "¡Creo que me veo lo suficientemente bien como para llevarme bien sin tener que bailar con ese Frank Dowling! Todo lo

que pido es que suceda una sola vez; y si se me acerca esta noche, lo trataré como lo hacen las otras chicas. ¿Crees que Walter tiene el taxi enfrente?

—Él... él está esperando en el pasillo —respondió la señora Adams, nerviosa; y levantó otra prenda para cubrir el chal.

Alice frunció el ceño. "¿Qué es eso, mamá?"

Es... es la gabardina de tu padre. Pensé que lo pondrías sobre——"

Pero no lo necesitaré en un taxi.

Podrás entrar y salir, y no es necesario que lo lleves a casa de los Palmer. Puedes dejarlo en... en... Está lloviznando y lo necesitarás.

"Oh, bueno," consintió Alice; y unos minutos después, cuando con la ayuda de Walter subió al vehículo que él le había proporcionado, comprendió mejor la solicitud de su madre.

"¿Qué diablos ES esto, Walter?" ella preguntó.

"No importa; te mantendrá lo suficientemente seco con la capota levantada —respondió él, tomando asiento junto a ella. Luego, durante un rato, mientras subían la calle con bastante brusquedad, ella se quedó en silencio; pero finalmente repitió su pregunta: "¿Qué ES, Walter?"

"¿Que es que?"

¿Este... este COCHE?

Es un otomóvil.

"Quiero decir, ¿de qué tipo es?"

¿No tienes ojos?

"Está muy oscuro."

"Es un Lizzie de lata de segunda mano", dijo Walter. "¿Sabes lo que eso significa? Significa un flivver."

"Sí, Walter."

"¿Tienes 'alguna' eyección?"

"Vaya, no, querida", dijo ella, conciliadora. ¿Es tuyo, Walter? ¿Lo has comprado?

"¿Me?" Él rió. "No pude comprar una carretilla usada. Alquilo esto a veces cuando salgo con ellos. Me cuesta setenta y cinco centavos y el precio de la gasolina."

"Eso parece muy moderado".

"¿Creo que es! El tipo me debe algo de dinero, y esta es la única manera de quitárselo."

"¿Es él un encargado del garaje?"

"¡No exactamente!" Walter emitió sonidos roncros de diversión. "Serás igual de feliz, supongo, si no sabes quién es", dijo.

Su tono la desconcertó; y dijo sinceramente que estaba contenta de no saber de quién era el coche. "A veces bromeo sobre cómo te guardas las cosas para ti mismo", agregó, "pero realmente nunca entrometo en tus asuntos, Walter".

"¡Oh, no, no lo harás!"

"De hecho, no lo hago".

"Sí, eres muy agradable y arrullador cuando me tienes donde me quieres", se burló. "Bueno, tan pronto como te diga dónde consigo este auto".

—Preferiría que no lo hicieras, Walter —dijo ella apresuradamente—. "Por favor, no lo hagas".

Pero Walter tenía la intención de decírselo. "Vaya, no hay nada exactamente CRIMINAL en eso", dijo. Pertenece al mismo viejo JA Lamb. Se lo guarda para su chófer coon. Se lo alquilo a él.

"¿Del Sr. CORDERO?"

"No; del chófer coon.

—¡Walter! ella jadeó.

"¡Seguro lo haré! Puedo conseguirlo cualquier noche cuando el mapache no vaya a usarlo él mismo. Conducirá su limusina esta noche. ¡Esa pequeña Henrietta Lamb irá a la fiesta, aunque su padre haya muerto hace menos de un año! Hizo una pausa y luego preguntó: "Bueno, ¿qué te parece?"

Ella no habló y él comenzó a arrepentirse por haberle dado tanta información, aunque su manera de expresar el arrepentimiento era la suya propia. "¡Bueno, harás que la gente me obligue a llevarte a fiestas!" él dijo. "Tengo que hacerlo de la mejor manera que PUEDO, ¿no?"

Luego, como ella no respondió, "Oh, el auto está lo suficientemente LIMPIO", dijo. "Este mapache, es tan particular como cualquier hombre blanco; no tienes que preocuparte por eso. Y como ella seguía sin decir nada, añadió bruscamente: "Hubiera tenido un auto mejor si pudiera permitírmelo. No tienes que enfadarte tanto por eso.

"No entiendo", dijo en voz baja, "no entiendo cómo conoces a esas personas".

"¿Gente como quién?"

Como... chóferes de color.

"¡Oh, mira aquí, ahora!" protestó en voz alta. "¿No sabes que este es un país democrático?"

No es tan democrático, ¿verdad, Walter?

"El problema contigo", replicó, "no sabes que hay nadie en la ciudad excepto esta multitud de camisas de seda". Hizo una pausa, como si esperara una

refutación; pero como no vino ninguno, se expresó definitivamente: "Me enferman".

Se estaban acercando a su destino, y el resplandor de la casa grande y brillantemente iluminada se vio ante ellos en la noche húmeda. Otros coches, no como el de ellos, se acercaban a este centro de brillantez; largos triángulos de luz cerca del suelo barrían a través de la fina llovizna; pequeñas luces traseras rojas brillaron de nuevo en el pavimento húmedo de la calle; y, a través de las miríadas de pequeñas hojas relucientes a lo largo del camino curvo, se vislumbraron colores vivos que se movían en un resplandor blanco mientras las limusinas dejaban a sus ocupantes al abrigo de la cochera.

Alice agarró el brazo de Walter presa del pánico; estaban justo en la entrada de la entrada. "Walter, no debemos entrar allí".

"¿Qué pasa?"

"Deja este horrible auto afuera".

"Por qué yo--"

"¡Detener!" ella insistió, con vehemencia. "¡Tienes que! ¡Regresa!"

"¡Oh, Gloria!"

El cochecito estaba entre los postes de entrada; pero Walter retrocedió, evitando una colisión con una máquina impresionante que se alejó de ellos y pasó hacia la puerta cochera, mostrando el rostro de un hombre sonriendo a la ventana mientras pasaba. "¡Flivver runabout se equivocó de número!" él dijo.

"¿Él nos vio?" Alicia lloró.

"¿Quién nos vio?"

"Harvey Malone, en ese cupé extranjero".

"No; no podía decir quiénes éramos debajo de este techo —le aseguró Walter mientras detenía el pequeño coche junto al bordillo de la acera, en la calle. "¿Qué importa si lo hizo, el pez gordo?"

Alice respondió con un fuerte suspiro y se quedó quieta.

"Bueno, ¿quieres volver?" inquirió Walter. "¡Apuesto a que estoy dispuesto!"

"No."

"Bien, entonces, ¿qué pasa con nuestro viaje hasta la puerta cochera? Hay espacio para estacionar justo al otro lado".

"¡No no!"

"¿Qué esperas hacer? ¿Sentarme AQUÍ toda la noche?"

"No, deja el auto aquí".

"No me importa dónde lo dejemos", dijo. Quédate quieto hasta que la encierre, para que ninguno de estos millonarios se escape con ella. Salió con candado y

cadena; y, habiéndolos colocado en su lugar, le ofreció la mano a Alicia. "Vamos, si estás listo".

"Espera", dijo, y, despojándose del impermeable, se lo entregó a Walter. "Por favor, deja esto con tus cosas en el vestidor de hombres, como si fuera uno más tuyo, Walter".

El asintió; ella saltó; y se escurrieron a través de la llovizna.

Cuando llegaron a la puerta cochera, ella se echó a reír alegremente y habló con el impassible hombre de librea que estaba allí. "¡Bromea con nosotros!" dijo ella, apresurándose a su lado hacia la puerta de la casa. "Nuestro auto se descompuso afuera de la puerta".

El hombre permaneció impassible, aunque respondió con un leve destello cuando Walter, mirándolo de nuevo, mostró para su beneficio una cínica distorsión del semblante que ofrecía poca confirmación del relato de las cosas de Alice. Entonces la puerta se abrió rápidamente para el hermano y la hermana; y llegaron a un salón con piso de mármol, donde una docena de elegantes jóvenes holgazaneaban, fumaban cigarrillos y se abrochaban los guantes, mientras esperaban a sus damas. Alice asintió a uno u otro de estos, y continuó rápidamente, con el rostro levantado y sonriente; pero Walter la detuvo en la puerta a la que se apresuró.

"Escucha aquí", dijo. "Supongo que quieres que baile el primer baile contigo..."

—Por favor, Walter —dijo ella con mansedumbre.

¿Cuánto tiempo te vas a quedar arreglando cosas en ese vestidor?

"Saldré antes de que estés listo", le prometió; y cumplió su palabra, estaba tan ansiosa de que comenzara su buen momento. Cuando fue a buscarla, atravesaron el vestíbulo hasta un pasillo que daba a tres grandes habitaciones que habían sido abiertas juntas, se habían quitado los muebles y se habían encerado los amplios suelos. En un extremo del pasillo había músicos sentados en un bosquecillo verde, y Walter, con cierto interés, se volvió hacia ellos; pero su hermana, apretándole el brazo, lo impulsó en dirección opuesta.

"¿Qué pasa ahora?" preguntó. Ése es Jazz Louie y su grupo de mestizos: tres blancos y cuatro mulatos. ¿Vamos a...?

—No, no —susurró ella. "Debemos hablar con Mildred y el Sr. y la Sra. Palmer".

“¿'Hablar' con ellos? ¡No tengo nada que decirle a ESAS bayas!”

“Walter, ¿no te comportarías POR FAVOR?”

Él pareció consentir, al menos por el momento, y permitió que ella lo llevara por el pasillo hacia un emparrado floral donde la anfitriona estaba con su padre y su madre. Otras parejas y grupos se movían en la misma dirección, llevando

consigo un alboroto de risas y charlas fragmentarias; y Alice, sonriendo todo el tiempo, saludaba ansiosamente a la gente a su alrededor, un poco más ansiosamente de lo que respondía la mayoría de ellos, mientras Walter asentía sin comprometerse a uno o dos, no decía nada y bostezaba audiblemente, el último recurso de una persona que se encuentra nerviosa en una situación falsa. Repitió su bostezo y estaba comenzando otro cuando una presión convulsiva sobre su brazo le hizo comprender que debía abandonar este método de tranquilizarse.

Mildred iba dando la mano a uno y otro de sus invitados lo más rápido que podía, pasándoselas a su padre y a su madre, y al mismo tiempo resistiendo los esfuerzos de tres o cuatro solterones indiferentes que le suplicaban que cediera a su deber en favor de la música de baile que apenas comienza a sonar.

Era una muchacha grande y rubia, con una mirada bondadosa un tanto oscurecida por una expresión de fastidio; a primera vista, estaba claro que nunca en su vida haría algo "incorrecto" o usaría algo "incorrecto". Pero su corrección era de la clase más fina, y no tenía aire de ser estudiada o lograda; la conducta nunca le ofrecería un problema que resolver con un libro de reglas, porque las reglas estaban tan profundamente dentro de ella que no era consciente de ellas. Y detrás de esta perfección había una perfección aún más amplia de lo que la Sra. Adams llamó "antecedentes". La casa grande, rica y sencilla formaba parte de ella, y el padre y la madre de Mildred formaban parte de ella. Estaban a su lado, gente grande y serena, murmurando graciosamente y gentilmente inclinando sus hermosas cabezas mientras daban sus manos a los invitados; e incluso los más jóvenes y efervescentes adoptaron una cortesía silenciosa al acercarse más a la glorieta.

Cuando se presentó la oportunidad de que Alice y Walter pasaran dentro de este recinto, Alice, yendo primero, se inclinó hacia adelante y le susurró algo al oído a Mildred. "¡Tú NO usaste el georgette de maíz! Eso es lo que pensé que ibas a hacer. ¡Pero te ves simplemente CARIÑO! Y esas perlas..."

Otros se apiñaban decorosamente hacia adelante, ansiosos por terminar con la ceremonia y empezar a bailar; y Mildred no prolongó la intimidad del susurro entusiasta de Alice. Con una leve subida de color y una sonrisa que tendía un poco a la dirección de la rigidez, llevó la mano de Alice inmediatamente hacia la de la Sra. Palmer. El propio color de Alice mostró un poco de realce cuando aceptó la sugerencia así implícita; ese tinte emocional tampoco disminuyó en modo alguno, un momento después, por la impresión de que Walter, al concluir el breve intercambio de cortesías entre él y el majestuoso señor Palmer, se había tranquilizado de nuevo con un bostezo.

Pero no le habló de ello a Walter; prefirió no confirmar la impresión y dejar en su mente una posible duda de que lo había hecho él. Él la siguió por el suelo

encerado, dijo con resignación: "Bueno, vamos", la rodeó con el brazo y empezaron a bailar.

Alice bailó con gracia y bien, pero no tan bien como Walter. De todos los pasos y carreras, de todos los caprichosos giros y vueltas, de todos los rítmicos vaivenes y caídas comandados esa temporada por esos estruendos que fueron el producto bárbaro, ruidoso y salvaje, de los Jazz Louies y sus mestizos, el la juventud delgada y cetrina era un maestro. En su rostro podía verse el desprecio por las sencillas maravillas que realizaba mientras se movía con rápida precisión de una suave agilidad a otra; y si algún caballero demasiado delicado o celoso se quejaba de que ser un estilista en el baile "no era exactamente como un caballero", al menos el estilo de Walter era lo que requería la música. Ningún otro bailarín en la sala podría pensarse comparable a él. Alicia se lo dijo.

"¡Es maravilloso!" ella dijo. "¡Y el misterio es dónde aprendiste a HACERLO! Nunca fuiste a la escuela de baile, pero no hay un hombre en la sala que pueda bailar ni la mitad de bien. No veo por qué, cuando bailas así, siempre haces tanto alboroto por venir a las fiestas.

Él emitió su breve carcajada, un ladrido burlón con un lado de la boca, y la balanceó milagrosamente a través de un espacio cerrado entre otras dos parejas. "Sabes mucho sobre lo que sucede, ¿no? Probablemente pienses que no hay otro lugar para bailar en esta ciudad excepto estos antros de cara congelada.

"¿Cara congelada?", repitió, riéndose. Vaya, todo el mundo se lo está pasando espléndido. Míralos."

"Oh, gritan lo suficientemente fuerte", dijo. Lo hacen para que los demás piensen que se lo están pasando bien. Supongo que no llamas bayas de cara congelada a esa familia Palmer. ¿No?"

"Ciertamente no. Simplemente son dignos y..."

"¡Sí!" dijo Walter. "Son dignos, 'especialmente cuando trataste de susurrarle a Mildred para mostrarle cuán ADENTRO estabas con ella, y ella te movió de esa manera. ELLA ES una buena amiga, ¿no es así?"

"Ella no quiso decir nada con eso. Ella--"

"Ole Palmer es una baya abundante, una palmada en la espalda ole", interrumpió Walter; agregando en un tono casual: "Todo lo que me gustaría, me gustaría golpearlo".

"¡Walter! Por cierto, no debes olvidar invitar a Mildred a bailar antes de que termine la velada.

"¿Me?" Produjo la apariencia torcida de su risa, pero sin hacerla vocal. "¡Tú me ves hacerlo!"

"Probablemente no le quede ninguno, pero debes preguntarle de todos modos".

"¿Por qué debo hacerlo?"

“Porque, en primer lugar, se supone que debes hacerlo, y, en segundo lugar, ella es mi amiga más íntima”.

“¿Sí? ¿Es ella? Te he escuchado decir eso de 'la amiga más íntima' bastante a menudo sobre ella. ¿Qué ha hecho ELLA para demostrar que lo es?”

"No importa. Realmente debes preguntarle a ella, Walter. quiero que lo hagas; y quiero que le preguntes a otras chicas después de un rato; Te diré quién.

“Sigue queriendo; te hará bien.

“Oh, pero tú realmente...”

"¡Escucha!" él dijo. Soy tan propenso a bailar con cualquiera de estas hadas como a comprar un cubo de tachuelas oxidadas y comérmelas. ¡Olvídalo! Tan pronto como me deshaga de ti, volveré a esa habitación donde dejé mi sombrero y mi abrigo y me fumé hasta morir.

—Bueno —dijo ella, un poco arrepentida, cuando el frenesí de Jazz Louie y sus mestizos se convirtió repentinamente en silencio—, no debes... no debes deshacerte de mí DEMASIADO pronto, Walter.

Se pararon cerca de una de las amplias puertas, permaneciendo donde se habían detenido. Otras parejas, por todas partes, se unieron, formando grupos vivaces, pero ninguno de estos grupos adoptó al hermano y la hermana, ni nadie parecía apresurarse en dirección a Alice para invitarla al siguiente baile. Miró a su alrededor, manteniendo todavía ese júbilo en la mirada y los modales que le parecían tan necesarios —porque son las chicas que «lo están pasando bien» las que atraen a las parejas— y, para dar más color a su personificación de Bella vivaz, comenzó a parlotear en voz alta, poniendo en juego un acompañamiento de gesto juguetón. Rozó la nariz de Walter con descaro con el ramo de violetas que tenía en la mano, le dio un golpecito en el hombro, agitó su bonito dedo índice en su cara,

"¡Tú, viejo Walter, TRAVIESO!" ella lloró. “¿NO te avergüenzas de ser una bailarina tan maravillosa y solo bailar con tu propia hermana pequeña? Podrías bailar en el escenario si quisieras. ¡Por qué, podrías hacer tu FORTUNA de esa manera! ¿Por qué no? ¿No sería maravilloso tener todas las filas y filas de personas aplaudiendo y gritando, ¡Hurra! ¡Hurra, por Walter Adams! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!"

Él se quedó mirándola con estólida piedad.

"Córtenlo", dijo. "Será mejor que le estés dando un ojo a algunas de estas bayas para que te inviten a bailar".

Ella no se dejaría controlar tan fácilmente, y se rió a carcajadas, haciendo florecer sus violetas en su rostro otra vez. "Te gustaría; sabes que lo harías; ¡No necesitas fingir! ¡Solo piensa! Toda una gran audiencia gritando, ¡Hurra! ¡HURRA! HUR——”

“El lugar se llenará si te vuelves más ruidoso,” interrumpió, no sin delicadeza. Además, no soy una vaca muley.

“¿Una 'VACA?’”, se rió. “Que demonios--”

“No puedo comer violetas muertas”, explicó. “Así que no sigas tratando de obligarme a hacerlo”.

Esto tuvo el efecto que él deseaba y la sometió; abandonó sus coqueterías poco fraternales y miró radiante a su alrededor, pero su sonrisa era más mecánica de lo que había sido al principio.

En casa le había parecido hermosa; pero aquí, donde competían las otras chicas, las cosas no eran como allí, con sólo su madre y la señorita Perry como contraste. Esta multitud de otras chicas también había hecho todo lo posible para verse hermosas, aunque ninguna de ellas había trabajado tan duro para lograr tal consumación como lo había hecho Alice. No necesitaban hacerlo; no necesitaban que sus madres les hicieran vestidos viejos; no necesitaban cazar violetas bajo la lluvia.

En casa su vestido le había parecido hermoso; pero eso también era diferente, donde había docenas de telas brillantes, confeccionadas de nuevas formas, algunas de estas nuevas formas sorprendentes, que solo convertían a los usuarios en centros de interés y no escandalizaban a nadie. Y Alice recordó que había escuchado a una niña decir, no mucho antes, “¡Oh, ORGANDIE! Nadie usa organdí para vestidos de noche, excepto en pleno verano”. Alice había pensado poco en esto; pero cuando miró a su alrededor y no vio más organdí que el suyo propio, encontró mayores dificultades para mantener su sonrisa tan arqueada y espontánea como deseaba. De hecho, estaba empezando a hacer que le doliera un poco la cara.

Mildred entró desde el pasillo, muy concurrida. Llevaba un gran ramo de violetas adornado con lirios del valle; y las violetas eran lujuriosas, grandes cosas púrpuras, sus tallos envueltos en tela de oro, con cordones de seda colgando, terminando en largas borlas. Ella y su convoy pasaron cerca de los dos jóvenes Adams; y parecía que uno del convoy rogó a su anfitriona que le permitiera “intervenir”; estaban “haciéndolo en otros lugares” últimamente, instó; pero se le negó y se le dijo que se consolara sosteniendo el ramo, a intervalos, hasta que llegara el tercero del decimosexto baile. Alice miró dubitativa su propio ramo.

De repente sintió que las violetas la traicionaban; que cualquiera que los mirara podía ver lo rústicos, lo inocentes que eran del oficio de florista. —No puedo comer violetas muertas —dijo Walter. Las pequeñas flores silvestres, muriendo en verdad en el aire tibio, se desplomaban en una masa desolada; y le pareció que quienquiera que los notara adivinaría que los había elegido ella misma. Ella decidió deshacerse de ellos.

Walter se estaba volviendo inquieto. "¡Mira aquí!" él dijo. "¿No puedes señalar a uno de estos pájaros de cola larga para que te lleve al próximo baile? Viniste a pasar un buen rato; ¿Por qué no te pones a trabajar y lo tienes? Quiero salir y fumar".

—NO DEBES dejarme, Walter —susurró apresuradamente—. "Alguien vendrá por mí en poco tiempo, pero hasta que lo hagan..."

"Bueno, ¿no podrías sentarte en alguna parte?"

"¡No no! No hay nadie con quien me pueda sentar".

"¿Bueno, por qué no? Mira esas viejas damas en las esquinas. ¿Qué te pasa si estás liado con algunos de ellos por un tiempo?"

"POR FAVOR, Walter; ¡no!"

De hecho, esa indomable sonrisa suya era más difícil de mantener debido a estos mismos ancianos a los que se refería Walter. Eran madres de niñas entre los bailarines, y estaban allí para cuidar y hacer planes para su descendencia; para mantenerlos en el semblante a través de cualquier prueba; prestarles diplomacia en la realización de todas las empresas; ser "fondo" para ellos; y en estos funcionamientos esencialmente biológicos imitar sus propios apareamientos y renovar la excitación de sus períodos nupciales. También se veían hombres mayores, maridos de estas damas y padres de muchachas elegibles, la mayoría de ellos con el señor Palmer en una sala de billar al otro lado del pasillo. El Sr. y la Sra. Adams no habían sido invitados. "Por supuesto que papá y mamá apenas conocen a Mildred Palmer", pensó Alice. "y la mayoría de los padres y madres de las otras niñas son viejos amigos del Sr. y la Sra. Palmer, pero creo que ella podría haber PEDIDO a papá y mamá, de todos modos, no debería haber tenido miedo de preguntarles a ellos; ella sabía que no podían venir". Y su labio sonriente se torció un poco amenazadoramente, mientras concluía el monólogo silencioso. ¡Supongo que cree que debería alegrarme de que le haya preguntado a Walter!

Walter era, de hecho, bastante notable. No fue el único invitado de Mildred que usó un abrigo corto y apareció sin guantes; pero era singular (al menos en su entorno actual) debido a un tipo de peinado que le gustaba, ya que su cabello había sido moldeado según lo que parecía una inspiración mongola. Solo en la parte superior de la cabeza se percibía cabello real, el resto parecía ser desnudez. E incluso más que por cualquier diferencia en el modo, se destacaba por su aspecto y sus modales, en los que parecía haber una superioridad inquietante, secreta y burlona, y esto se expresó más vívidamente cuando se sintió llamado a dar su fuerte, corto, lop. risa lateral. Cada vez que lo pronunciaba, Alice también se reía, tan fuerte como podía, para disimularlo.

"Bueno", dijo. ¿Cuánto tiempo vamos a estar aquí? Mis pies están echando raíces.

Alice lo tomó del brazo y comenzaron a caminar sin rumbo por las habitaciones, aunque ella trataba de aparentar que tenían un destino definido, manteniendo la mirada ansiosa y los labios entreabiertos; la gente los había llamado jovialmente desde la distancia, quería decir. dar a entender, e iban a unirse a estos alegres amigos. Todavía estaba en esta misión fantasmal cuando un furioso estallido de tambores y saxofones sonó como preludeo para el segundo baile.

Walter volvió a bailar con ella, pero le hizo una advertencia. “No quiero dejarte en la estacada”, le dijo, “pero no puedo soportarlo. Tengo que llegar a algún lugar donde no tenga que lastimarme los ojos con estas bayas; Me quedaré ciego si tengo que mirar más de ellos. Saldré a fumar tan pronto como comience la música la próxima vez, y será mejor que te arregles”.

Alice trató de arreglarlo. Mientras bailaban, asentía alegremente con la cabeza a cada hombre cuya mirada captaba, sonreía su sonrisa con el labio inferior atrapado entre los dientes; pero no fue hasta el final del intermedio después del baile que vio venir la ayuda.

Al otro lado de la habitación estaba sentada la dama globular con la que se había encontrado esa mañana, y junto a la dama globular estaba sentada una niña de cabeza redonda y cuerpo redondo; su hija, a primera vista. El contorno familiar era también una característica evidente del joven bajito que estaba frente a la Sra. Dowling, enfrascado con ella en una discusión que no carecía de evidencias de una seriedad casi apasionada. Al igual que Walter, se negaba a bailar por tercera vez con su hermana; deseaba ir a otra parte.

Alicia observó de soslayo la controversia: vio que el joven globular la miraba por encima del hombro; después de lo cual, la señora Dowling, siguiendo esta mirada, lanzó a Alice una mirada de abierta furia, se volvió mucho más vehemente en la discusión e incluso le golpeó la rodilla con un puño redondo y grueso para dar énfasis.

“Estoy en camino”, dijo Walter. “Ahí está la música comenzando de nuevo, y te dije...”

Ella asintió agradecida. No pasa nada, pero vuelve pronto, Walter.

El joven globular, rojo de molestia, se había separado de su familia y se apresuraba a cruzar la habitación hacia ella. "¿Puedo tener este baile?"

¡Vaya, simpático Frank Dowling! Alicia lloró. "¡Que adorable!"

CAPÍTULO VII

Ellos bailaron. El Sr. Dowling debería haber encontrado otras formas de ejercicio y pasatiempo.

La naturaleza no ha diseñado a todos para bailar, aunque a veces aquellos a los que ha negado son los últimos en descubrir su mezquindad. Pero el joven redondo era al menos lo suficientemente vigoroso —demasiado, cuando sus rodillas chocaron con las de Alice— y era demasiado fuerte para ser derribado, él mismo, o permitir que su compañera cayera cuando la hizo tropezar. Él la sostuvo valientemente y continuó abriéndose camino a través de la multitud de otros bailarines por la fuerza.

No prestó atención a nada sugerido por los esfuerzos de los músicos, y parecía no darse cuenta de que debería haber alguna conexión entre lo que estaban haciendo y lo que estaba haciendo él; pero pudo haber escuchado otra música propia, pues su expresión era de gran contenido; parecía no tener ninguna duda de que estaba bailando. Alice se mantuvo tan lejos de él como pudo dadas las circunstancias; y cuando se detuvieron miró hacia abajo y descubrió que la ejecución de maniobras invisibles, dentro de la protección de su falda, ayudaba a uno de sus empeines y a las puntas de sus dos zapatillas.

Su alegre compañero se frotaba las cejas rosadas con un fino pañuelo. "¡Eso fue genial!" él dijo. "Salgamos y sentémonos en el corredor; tienen algunas sillas cómodas por ahí.

"Bueno, no lo hagamos", respondió ella. "Creo que prefiero quedarme aquí y mirar a la multitud".

"No; no es eso —dijo, reprendiéndola con un dedo índice bromista—. "Crees que si sales perderás la oportunidad de que alguien más te pida el próximo baile, y entonces tendrás que dármelo a mí".

"¡Qué absurdo!" Luego, después de una mirada a su alrededor que no reveló nada alentador, agregó amablemente: "Puedes tener el siguiente si lo deseas".

"¡Genial!" exclamó, mecánicamente. "Ahora salgamos de aquí, de ESTA habitación, de todos modos".

"¿Por qué? Qué pasa con--"

"Mi madre", explicó el Sr. Dowling. Pero no la mires. Ella sigue haciéndome señas para que vaya a ver cómo está Ella, ¡y yo simplemente NO voy a hacerlo, ya ves!".

Alicia se rió. —No creo que sea tanto eso —dijo, y consintió en caminar con él hasta un punto de la habitación contigua desde el que no se pudiera ver la señal continua de la señora Dowling. "Tu madre me odia".

"Oh no; Yo no diría eso. No, no lo hace —protestó, inocentemente. "Ella no te conoce más que para hablar contigo, ya ves. Entonces, ¿cómo podría ella?

"Bueno, ella lo hace. Puedo decir."

Un ceño apareció en su frente redondeada. "No; Te diré cómo se siente. Es así: Ella no es DEMASIADO popular, ya sabes, es difícil ver por qué, porque es una chica muy agradable, a su manera, y mi madre cree que debo cuidarla, ¿sabes? Cree que yo mismo debería bailar mucho con ella y animar a otros a bailar con ella; es sencillamente imposible hacerle entender a mamá que NO PUEDES hacer eso, ¿sabes? Y luego, sobre mí, verás, si ella se saliera con la suya, no bailarían con nadie excepto con chicas como Mildred Palmer y Henrietta Lamb. Mi madre quiere dirigir todo mi programa por mí, ¿comprendes?, pero el problema es que, con chicas así, ya ves, no podría hacer lo que ella quiere, aunque quisiera conmigo mismo.

Alice asintió, su amabilidad intacta. "Veo. Así que por eso bailas conmigo.

"No, me gusta", protestó. Prefiero bailar contigo que con esas chicas. Y añadió con una determinación retrospectiva que demostraba que había tenido una gran experiencia con la señora Dowling en este asunto. "¡LE DIJE a mamá que yo también lo haría!"

"¿Te tomó todo tu coraje, Frank?"

Él la miró con astucia. "Ahora estás tratando de burlarte de mí", dijo. "No me importa; ¡Prefiero bailar contigo! En primer lugar, eres una bailarina perfectamente hermosa, y en segundo lugar, un hombre se siente mucho más cómodo contigo que con ellos. Por supuesto, sé que casi todos los demás se llevan bien con esas chicas; pero no pierdo el tiempo con ellos, no tengo que hacerlo. *Me gusta la gente que siempre es cordial con todo el mundo, ¿sabe?, como es usted.*

"Gracias", dijo ella, pensativa.

"Oh, lo digo en serio", insistió. "Ahí va la banda otra vez. ¿Debemos?"

"¿Y si nos sentamos?" ella sugirió. "Creo que me gustaría salir al pasillo, después de todo, hace bastante calor aquí".

Asintiendo alegremente, Dowling la condujo a un par de sillones dentro de un apartado bosque de bojés, y cuando llegaron a este retiro encontraron a Mildred Palmer saliendo, escoltada por un agraciado caballero de unos treinta años. Mientras estos dos se alejaban lentamente, en dirección a la pista de baile, no dejaron dudas de que estaban en excelentes términos el uno con el otro; Evidentemente, Mildred estaba dispuesta a hacer que su avance fuera aún más lento, porque se detuvo momentáneamente, una o dos veces; y sus miradas hacia arriba, al rostro de su alto compañero, eran de una gentil deferencia, casi sonrojada. Nunca antes Alice había visto algo así en los modales de su amiga.

¡Qué raro! ella murmuró.

"¿Qué es raro?" preguntó Dowling mientras se sentaban.

"¿Quién era ese hombre?"

"¿No lo has conocido?"

"Nunca lo vi antes. ¿Quién es él?"

"Bueno, es este Arthur Russell".

"¿Qué Arthur Russell? Yo nunca oí hablar de él." El señor Dowling estaba desconcertado. "¿Por qué, ESO es divertido! Sólo que la última vez que te vi me dijiste lo bien que conocías a Mildred Palmer.

"Claro que sí," le informó Alice. "Ella es mi amiga más íntima".

"Eso es lo que hace que parezca tan divertido que no hayas oído nada sobre este Russell, porque todo el mundo dice que incluso si ella no está comprometida con él en este momento, lo más probable es que lo esté dentro de mucho tiempo. Debo decir que a mí me parece mucho así.

"¿Qué absurdo!" exclamó Alicia. "Ella nunca me lo mencionó".

El joven la miró dudoso y se pasó un dedo por la diminuta punta que componía elegantemente toda la sustancia de su bigote.

"Bueno, verás, Mildred ES bastante reservada", comentó. "Este Russell es una especie de primo de la familia Palmer, según tengo entendido".

"¿Él es?"

"Sí, segundo o tercero o algo así, dicen las chicas. Verás, mi hermana Ella no tiene mucho que hacer en casa, y no lee nada, ni cose, ni juega al solitario, ¿ves? y ella se entera de casi todo lo que sucede, ya ves. Bueno, Ella dice que muchas de las chicas han estado hablando de Mildred y este Arthur Russell desde hace bastante tiempo, ¿sabes? Todos se preguntaban cómo se vería, ¿sabes? porque recién llegó ayer; y eso prueba que debe haber estado hablando con algunos de ellos, o de lo contrario cómo...

Alice se rió alegremente, pero el bonito sonido terminó abruptamente con una inhalación audible. "Por supuesto, aunque Mildred ES mi amiga más íntima", dijo, "no quiero decir que me lo cuente todo, y naturalmente, además, tiene otros amigos. ¿Qué más dijo su hermana que les contó sobre este señor Russell?"

"Bueno, parece que está MUY bien; al menos Henrietta Lamb le dijo a Ella que lo era. Ella dice——"

Alice volvió a interrumpir, cada vez más irritable. "¿Oh, no importa lo que diga Ella! ¡Busquemos algo mejor de qué hablar que el Sr. Russell!"

"Bueno, estoy dispuesto", asintió el Sr. Dowling, con tristeza. "¿De qué quieres hablar?"

Pero esta generosa oferta la encontró insensible; estaba sentada recostada, en silencio, con los brazos a lo largo de los brazos de la silla, y los ojos, húmedos y brillantes, fijos en un amplio portal donde fluctuaban los bailarines. La inquietaba algo más que la reserva de Mildred, aunque una reserva tan marcada

ciertamente tenía el significado de una advertencia de que la definición de Alice, "mi amiga más íntima", carecía de sanción. La notificación indirecta a este efecto no podría haber sido más enfática, pero el aguijón se dejó para un momento posterior. Algo más preocupó a Alice: acababa de ser sorprendida por una extraña experiencia. Al ver por primera vez a este señor Arthur Russell, se dijo al instante, con palabras tan definidas como si las pronunciara en voz alta: aunque parecían más palabras que le había dicho una persona desconocida dentro de ella: "¡Allí! ¡Ese es exactamente el tipo de hombre con el que me gustaría casarme!"

A los ojos de los inquietos y anhelantes, la Providencia a menudo parece ser peor que inescrutable: una Omnipotencia poco fiable dada a los caprichos fortuitos al tratar con sus propias criaturas, eligiendo al azar a algunos para ser desgarrados con trágicas privaciones y otros para ser mimados. con bendición sobre bendición.

A los ojos de Alice, Mildred había sido lo suficientemente bendecida; algo debería quedar, a estas alturas, para otra chica. El toque final a la colmada perfección de la Navidad en todo para Mildred fue que este Sr. Arthur Russell, apuesto, amable, elegante, el prometido perfecto, también debería ser "MUY acomodado". ¡Por supuesto! Estos ricos siempre se casaban entre sí. Y mientras los Mildred bailaban con sus Arthur Russell, lo mejor que podía hacer una forastera era sentarse con Frank Dowling; le quedaba el último plato que era mejor que bailar con él.

"Bueno, ¿de qué quieres hablar?" inquirió.

"Nada," dijo ella. "Supongamos que nos sentamos, Frank". Pero un momento después recordó algo y, con una animación repentina, comenzó a parlotear. Ella señaló a los músicos al final del pasillo. "¡Ay, míralos! ¡Mira al líder! ¿No son DIVERTIDOS? Alguien me dijo que se llaman 'Jazz Louie y su grupo de mestizos'. ¿No es eso una locura? ¿No te encanta? Míralos, Frank.

Ella siguió parlotear y, mientras apartaba así la mirada de él de sí misma, se quitó el triste ramo de violetas muertas de su vestido y lo colocó con cuidado junto al que había llevado.

Este ya reposaba en la oscuridad que le había sido escogida al pie de uno de los bojes.

Luego se quedó abruptamente en silencio.

"Ciertamente eres una chica divertida", comentó Dowling. "Dices que no quieres hablar de nada en absoluto, y de repente estallas y hablas un poco; y justo cuando empiezo a interesarme en lo que dices, ¡te apagas! De todos modos, ¿qué les pasa a las chicas cuando hacen cosas así?

"No sé; simplemente somos raros, supongo.

"¡Dije eso! Bueno, ¿qué haremos AHORA? ¿Hablar o simplemente sentarse?"

"Supongamos que nos sentamos un poco más".

"Cualquier cosa para complacer", asintió. "Estoy dispuesto a sentarme todo el tiempo que quieras".

Pero incluso cuando dejó en claro su amabilidad en este asunto, la paz se vio amenazada: su madre vino por el pasillo como una nube siniestra y ondulante. Estaba mirando a su alrededor por todos lados, nerviosa, buscándolo, y para su consternación, lo vio. Inmediatamente le hizo una mueca horrible a su compañero, le hizo señas imperiosamente con un brazo regordete y sacudió la cabeza con reproche. El desafortunado joven trató de rechazarla con una mirada gélida, pero como este esfuerzo había logrado poco para alentar su débil esperanza de alejarla, movió su silla para que su espalda quedara hacia su desconcertante pantomima. Debería haberlo sabido mejor, el resultado instantáneo fue la Sra. Dowling en movimiento a un paso impetuoso.

Entró en la reclusión del boj con las rotundidades inferiores de su rostro modeladas a toda prisa en la semejanza de una sonrisa demasiado benévola, una contorsión que se negaba a extender su pretendida genialidad hacia los ojos exasperados y la frente ansiosa.

"Creo que tu madre quiere hablar contigo, Frank", dijo Alice, sobre este advenimiento.

La Sra. Dowling asintió hacia ella. "Buenas noches, señorita Adams", dijo. "Solo pensé que como tú y Frank no estaban bailando, no te importaría que te molestara—"

"En absoluto," murmuró Alice.

El Sr. Dowling parecía de una mente diferente. "¿Bien, qué quieres?" —inquirió, ante lo cual su madre lo golpeó pícaramente con su abanico.

"¡Mal tipo!" Se volvió hacia Alicia. Estoy seguro de que no le importará disculparlo para dejarlo hacer algo por su anciana madre, señorita Adams.

"¿Qué quieres?" repitió el hijo.

—Dos cosas muy bonitas —le informó la señora Dowling—. Todo el mundo está ansioso por que Henrietta Lamb tenga una velada agradable, porque es la primera vez que está en un lugar desde la muerte de su padre y, por supuesto, su querido abuelo es un viejo amigo nuestro y...

"¡Bien bien!" interrumpió su hijo. La señorita Adams no está interesada en todo esto, madre.

"Pero Henrietta vino a hablar con Ella y conmigo, y le dije que estabas tan ansioso por bailar con ella..."

"¡Aquí!" gritó. "¡Mira aquí! Prefiero hacerlo yo mismo——"

"Sí; eso es todo", explicó la Sra. Dowling. "Simplemente pensé que era una buena oportunidad; y Henrietta dijo que se había hecho la mayoría de sus bailes,

pero que te daría uno si se lo pidieras antes de que se acabaran todos. Así que pensé que sería mejor que la vieras lo antes posible.

El rostro de Dowling se había sonrojado. “Me niego a hacer algo por el estilo”.

“¡Mal tipo!” dijo su madre, alegremente. “Pensé que este sería el mejor momento para que vieras a Henrietta, porque no pasará mucho tiempo hasta que terminen todos sus bailes, y prometiste de PALABRA que bailarías el próximo con Ella, y es posible que no lo hayas hecho. entonces la oportunidad de hacerlo. Estoy seguro de que a la señorita Adams no le importará si usted...”

“En absoluto,” dijo Alicia.

“¡Bueno, *me* importa!” él dijo. “Ojalá PUDIERAS entender que cuando quiero bailar con cualquier chica no necesito que mi madre pregunte por mí. ¡Realmente TENGO más de seis años!”

Habló con demasiada vehemencia, y la señora Dowling supo de inmediato cómo salirse con la suya. Lo mismo que con los maridos y las esposas, así con muchos padres e hijas, y así con algunos hijos y madres: el hombre mismo se enfadará en público y no pensará en ello, ni le importará mucho un poco de enfado por parte de la mujer; pero que ella muestre agitación ante cualquier espectador, él es instantáneamente reducido a la esclavitud de un cobarde. Las mujeres entienden esa antigua debilidad, por supuesto; porque es uno de sus medios de defensa más importantes, pero puede ser usado de manera innoble.

La señora Dowling permitió que un temblor se hiciera audible en su voz. ¡No es muy... muy agradable que tu propio hijo te hable así delante de extraños!

“¡Oh mi! ¡Mira aquí!” protestó Dowling, afligido. “Yo no dije nada, madre. Solo bromeaba sobre cómo nunca dejas de pensar que soy un niño pequeño. Yo solo--”

La Sra. Dowling continuó: “Solo pensé que te estaba haciendo un pequeño favor. No pensé que te haría enojar tanto”.

“¡Madre, por el amor de Dios! La señorita Adams pensará...”

—Supongo —interrumpió la señora Dowling, lastimosamente—, ¡supongo que no importa lo que yo piense!

“¡Oh, gentil!”

Alice interfirió; se dio cuenta de que la despiadada señora Dowling pretendía salirse con la suya. Creo que será mejor que te vayas, Frank. En realidad.”

“¡Ahí!” su madre lloró. ¡Lo dice la propia señorita Adams! ¿Qué más quieres?”

“¡Oh, gentil!” se lamentó de nuevo, y, con una mirada enfermiza por encima del hombro a Alice, permitió que su madre lo tomara del brazo y lo empujara lejos. El ánimo de la señora Dowling se había recuperado sorprendentemente incluso antes de que la pareja saliera del pasillo: se movía casi saltando al lado de

su hijo amargado, y sus ojos y todas las circunvoluciones de su abundante rostro estaban alegres.

Alice fue en busca de Walter, pero sin muchas esperanzas de encontrarlo. Lo que él hacía consigo mismo en los bailes de rostros helados era uno de sus misterios más exitosos, y la presente excursión de ella no le dio ninguna pista que condujera a su solución. Cuando los músicos volvieron a bajar sus instrumentos durante un intervalo, ella había regresado, sola, a su antiguo asiento al amparo parcial de los bojes.

Ahora tenía que practicar un arte que permite una variedad limitada de métodos, incluso para los expertos: el arte de dar la impresión de tener una escolta o una pareja cuando no la hay. El practicante debe dar a entender, con la mera expresión y actitud, que el supuesto compañero la ha dejado sólo por unos momentos, que ella misma lo ha enviado a hacer un recado; y, si es posible, las mentes de los observadores deben dirigirse hacia la conclusión de que esta misión de su invención es divertida; en todo caso, está sola temporalmente y por elección, no abandonada. Ella espera a un hombre devoto que puede regresar en cualquier instante.

Otras personas deseaban sentarse en el rincón de Alice, pero la encontraron ocupada. Había acercado la silla vacía a la suya y se sentó con el brazo extendido de modo que su mano, que sostenía su pañuelo de encaje, descansaba sobre el respaldo de esta segunda silla, reclamándola. Tal preferencia, como la de una maleta de viajero en el estante, era incuestionable; y, para mayor evidencia, sentada con las rodillas cruzadas, mantuvo un pie moviéndose continuamente un poco, en cadencia con el otro, que golpeaba el suelo. Además, añadió un pequeño detalle: su media sonrisa, con el labio inferior trabado, parecía luchar contra la represión, como si encontrara el servicio con su compañero ausente aún más divertido de lo que le dejaría ver cuando regresara: Evidentemente, había algún tipo de intriga jovial en marcha. Sus ojos, radiantes de secreta diversión, se apartaban de los intrusos, pero a veces, cuando las parejas se acercaban en busca de posesión del rincón, sus pensamientos sobre el ausente parecían amenazarla con una carcajada abierta; y aunque una o dos chicas la miraron con escepticismo, mientras se alejaban, sus escoltas no sintieron tales dudas, y simplemente se preguntaron en qué asunto tan divertido e importante estaba involucrada Alice Adams. Había aprendido a hacerlo a la perfección.

Lo había aprendido durante los últimos dos años; tenía veinte años cuando por primera vez tuvo el susto de encontrarse sin aspirante a uno de sus bailes. Cuando tenía dieciséis años, «todos los chicos buenos de la ciudad», como decía su madre, llenaban la pequeña terraza y los escalones de los Adams, o se sentaban cerca, con las piernas cruzadas en el césped, en las tardes de verano; y a los dieciocho había reemplazado a los niños con “los hombres mayores”. En ese momento, la mayoría de “las otras chicas”, sus contemporáneas, estaban en la

escuela o la universidad, y cuando regresaban a casa para quedarse, "salían": ese débil renacimiento de una antigua costumbre que ofrece a la doncella a la inspección ceremonial de la tribu. Alice ni se fue ni "salió" y, a diferencia de los que sí, ella puede haber parecido carecer de frescura y brillo: las joyas son más ricas cuando se revelan completamente nuevas en una caja de terciopelo blanco. Y Alice puede haber estado demasiado ansiosa por asegurar nuevos criados, demasiado amable en sus esfuerzos por mantener a los antiguos. Ella había sido una belleza demasiado pronto.

CAPÍTULO VIII

El dispositivo de la pareja ausente tiene el defecto de que no puede emplearse más de diez o quince minutos seguidos, y no puede repetirse más de dos veces en una noche: una sola repetición, en efecto, es débil y puede resultar una traición Alice sabía que su actuación actual podría ser efectiva solo durante este intervalo entre bailes; y aunque sus ojos estaban cautelosos, contó ansiosamente a los jóvenes sin pareja que holgazaneaban juntos en las puertas dentro de su vista. Cada uno de ellos debería haberle pedido bailes, pensó, y aunque podría haberla obligado a dar una razón por la cual cualquiera de ellos "debería", su corazón estaba ardiendo de resentimiento contra ellos.

Para una chica que ha sido una bella, es más difícil vivir estos malos tiempos que para una que nunca ha conocido nada mejor. Como una figura de madera pintada y brillantemente barnizada, Ella Dowling se sentó contra la pared bailando tras danza con una imperturbable imperturbabilidad; era más fácil ser de madera, pensó Alice, si tenías a tu madre contigo, como lo había hecho Ella. Te quedó al menos la pizca de un pretexto de que viniste a sentarte con tu madre como espectador, y no a ofrecerte para que bailaran contigo los hombres que te miraban y te rechazaban, no por primera vez. "No por primera vez": ¡allí yacía un agujijón! ¿Por qué habías pensado que esta vez podría ser diferente de las otras veces? ¿Por qué te habías roto la espalda recogiendo esos cientos de violetas?

Odiando más amargamente a los jóvenes fatuos en los umbrales por cada instante que tenía para mantener su cuadro, la sonriente Alicia sintió feroces impulsos de ponerse de pie y gritarles: "¡IDIOTAS!" Con las manos en los bolsillos, se reclinaban contra las pilastras o se miraban unos a otros, riéndose vagamente, cada uno de ellos pareciendo a Alice nada más que un mezquino buey vestido. Quería decirles que no eran mejores que eso; y parecía cosa cruel del cielo dejarlos seguir creyéndose jóvenes señores. No estaban haciendo nada, matando el tiempo. ¿No era ella en su valor más bajo al menos un medio para

matar el tiempo? Evidentemente, las malas abejas pensaron que no. Y cuando uno de ellos finalmente cruzó el pasillo y le habló,

"¿Esperando a alguien, Lady Alicia?" preguntó, negligentemente; y su fácil burlesque de su nombre era como la familiaridad del resto de él. Era uno de esos hombres corpulentos, groseramente guapos, poderosos y activos, pero que nunca se someten al rigor de convertirse en atletas, aunque cazan y pescan en campamentos caros. El brillo es la marca exterior más brillante del tipo. Hoy en día estos hombres ya no usan brillantina en sus bigotes, sino que compran brillo a las manicuristas, a los masajistas y a los fabricantes de automóviles; y sus ojos, generalmente grandes, son brillantes. No se permite que nada de esto interfiera con los negocios; estos son "buenos hombres de negocios" y, a menudo, hacen grandes fortunas. Son hombres de imaginación sobre dos cosas: mujeres y dinero, y, combinando sus imaginaciones sobre ambos, por lo general hacen un primer matrimonio sabio. Más tarde, sin embargo, tienden a imaginar demasiado acerca de alguna mujercita sin la cual la vida parece más aburrida de lo necesario. Huyen, dejando a la primera esposa suficientemente dotada. Nunca son intencionalmente crueles con las mujeres, y al final por lo general cometen el error de pensar que han tenido el valor de su vida. Aquí estaba el Sr. Harvey Malone, un espécimen joven en una etapa temprana de desarrollo, tratando de casarse con Henrietta Lamb, y ahora deambulando para hablar con Alice, como un asesino del tiempo antes de su próximo baile con Henrietta. Huyen, dejando a la primera esposa suficientemente dotada. Nunca son intencionalmente crueles con las mujeres, y al final por lo general cometen el error de pensar que han tenido el valor de su vida. Aquí estaba el Sr. Harvey Malone, un espécimen joven en una etapa temprana de desarrollo, tratando de casarse con Henrietta Lamb, y ahora deambulando para hablar con Alice, como un asesino del tiempo antes de su próximo baile con Henrietta.

Alice no respondió a su pregunta y él se dejó caer perezosamente en la silla vacía, de la que ella retiró bruscamente la mano. Bien podría usar su silla hasta que venga, ¿no crees? No te importa, ¿verdad, vieja?

"Oh, no," dijo Alicia. "No importa de una forma u otra. Por favor, no me llames así."

"¿Entonces así es como te sientes?" El señor Malone rió con indulgencia, sin mucho interés. "He tenido la intención de ir a verte durante mucho tiempo, sinceramente, porque quería tener una buena conversación contigo sobre los

viejos tiempos. Sé que piensas que fue divertido, después de la forma en que solía venir a tu casa dos o tres veces por semana, ya veces más seguido, bueno, no te culpo por estar herida, la forma en que me detuve sin dar explicaciones ni nada. La verdad es que no había ninguna razón: simplemente tenía muchas cosas importantes que hacer y no encontraba el momento. Pero voy a llamarte alguna noche, honestamente lo haré. No me extraña que pienses...

"Estás equivocado," dijo Alice. "Nunca he pensado nada al respecto en absoluto".

"¡Bien bien!" dijo, y la miró lánguidamente. "¿De qué sirve enfadarse con este viejo? Siempre tiene buenas intenciones. Y, extendiendo el brazo, le hubiera dado una palmada amistosa en el hombro pero ella lo esquivó. "¡Bien bien!" él dijo. ¡Me parece que te estás poniendo terriblemente irritable! ¿Ya no te gustan tus viejos amigos?

"No todos esos."

"¿Quién es el nuevo?" preguntó, bromeando. "Ven y cuéntanos, Alice. ¿Para quién estabas sosteniendo esta silla?

"No importa."

"Bueno, todo lo que tengo que hacer es sentarme aquí hasta que regrese; luego veré quién es.

"Puede que no regrese antes de que tengas que irte".

"Supongo que me atrapaste ESA vez", admitió Malone, riéndose mientras se levantaba. "Están afinando, y tengo este baile. Voy a venir a verte alguna noche. Se alejó, gritando por encima del hombro: "¡Honestamente, lo soy!"

Alice no lo miró.

Había sostenido su cuadro todo el tiempo que pudo; era hora de que abandonara los bojes; y se adelantó con el ceño fruncido, como si estuviera un poco molesta con la ausente por estar en tal momento en su misión; después de lo cual, las dos sillas fueron tomadas instantáneamente por una pareja coqueta que tenía la intención de "no participar" en el baile. Caminó rápidamente por el amplio pasillo, giró hacia el vestíbulo más amplio y entró apresuradamente en el vestidor donde había dejado sus abrigos.

Se quedó aquí todo el tiempo que pudo, fingiendo arreglarse el cabello frente a un espejo, y luego jugueteaba con una de las hebillas de sus pantuflas; pero la inteligente anciana encargada de la habitación hizo impracticable una estancia indefinida. "Tal vez podría ayudarla con esa hebilla, señorita", sugirió, acercándose. "¿Se ha soltado?" Alice se retorció desesperadamente; entonces estaba suelto. La mujer competente, sacando aguja e hilo, hábilmente abrochó la hebilla; y Alice no pudo hacer nada más que expresar su gratitud e irse.

Se dirigió a la puerta del guardarropa de enfrente, donde un hombre de color permanecía vigilante en el umbral. “Me pregunto si sabe cuál de los caballeros es mi hermano, el Sr. Walter Adams”, dijo.

"Si m; Lo conozco."

"¿Podrías decirme dónde está?"

“No soy; No podría decir.

“Bueno, si lo ve, ¿podría decirle que su hermana, la señorita Adams, lo está buscando y está muy ansiosa por hablar con él?”

"Si m. Sho'ly, Sho'ly!"

Mientras ella se alejaba, él la miró fijamente y pareció hincharse con una explosión de emoción. De hecho, fue demasiado para él, y de repente se retiró dentro de la habitación, soltando una risa ahogada.

Walter protestó. Detrás de una excelente pantalla de abrigo y sombreros, en una parte remota de la habitación, estaba arrodillado en el suelo, enfrascado en un juego de azar con un segundo asistente de color; y la risa se volvió tan vehemente que no sólo interfirió con el pasatiempo en cuestión, sino que amenazó con atraer la atención del rostro congelado.

“Yo puedo hacerlo, hombre”, explicó la risa. ¡Yo puedo hacerlo! ¡Eres el chico blanco de los beatin'es y su ciudad!

Los bailarines se balanceaban en un "bise" cuando Alice se detuvo por un momento indeciso en una puerta. Al otro lado de la habitación, un grupo de matronas charlaba distraídamente, con los ojos fijos en sus hijas que bailaban; y Alice, reuniendo el coraje de un refugiado, esquivó a las parejas que corrían, se sentó en una silla en las afueras de esta colonia de ancianos y comenzó a hablar con entusiasmo a la matrona que tenía más cerca. La matrona no parecía acostumbrada a tanta vivacidad y respondió secamente, ante lo cual Alicia estaba más vivaz que nunca; porque ahora tenía la intención de presentar la imagen de una niña alegre demasiado interesada en estas sabias mujeres mayores como para preocuparse por cada joven tonto que la invitaba a bailar.

Su matrona se vio obligada a ir tan lejos como para proporcionar un asentimiento tolerante, de vez en cuando, como complemento a la animación de la niña, y Alice agradeció los asentimientos. De esta manera complementó los recursos agotados del vestidor y el rincón del boj; y vivió dos bailes más, cuando nuevamente el Sr. Frank Dowling se presentó como compañero.

No necesitaba pretextos para buscar el camerino para repararlo después de ese número; esta vez eran necesarios y genuinos. Dowling la esperó y cuando salió le explicó por cuarta o quinta vez cómo había ocurrido el accidente. “Fue completamente culpa de esas otras personas”, dijo. “Me metieron en una especie de rincón, porque ninguno de esos tipos sabe lo más mínimo de

guiar; simplemente avanzan y esperan que todos se aparten de su camino. Fue el broche de media luna de diamantes de Charlotte Thom el que se enganchó en tu vestido por la espalda e hizo tal...

“No importa,” dijo Alice con voz cansada. “La criada lo arregló para que diga que no se nota mucho”.

"Bueno, no lo es", respondió. Difícilmente podrías decir que había pasado algo. ¿A donde quieres ir? Madre ha estado interfiriendo en mis asuntos un poco más y tengo el siguiente tomado.

“Estaba sentado con la Sra. George Dresser. Podrías llevarme de vuelta allí.

La dejó con la matrona y Alice volvió a su trabajo de hacer cuadros, de modo que una vez más, mientras pasaban dos números, a quien quisiera mirar se le ofrecía el boceto de una chica alegre e inteligente preocupada por sus mayores. Luego encontró a su amiga Mildred parada frente a ella, presentándole al Sr. Arthur Russell, quien la invitó a bailar con él.

Alice parecía insegura, como si no estuviera segura de cuáles eran sus compromisos; pero su perplejidad se disipó; ella asintió y se alejó rítmicamente con el alto aspirante. No estaba agradecida con su anfitriona por esta limosna. Lo que hace una joven anfitriona con un prometido, pensó Alice, es hacerlo bailar con las chicas impopulares. Supuso que el señor Arthur Russell ya había bailado con Ella Dowling.

El préstamo de un amante, en estas circunstancias, puede ser doloroso para el arrendatario, y Alice, con una sonrisa nunca más brillante, no encontró nada que decirle al Sr. Russell, aunque pensó que él podría haber encontrado algo que decirle a ella. “Me pregunto qué le dijo Mildred”, pensó. “Probablemente ella dijo: 'Querida, hay una chica más con la que tienes que ayudarme. No te gustaría mucho, pero baila bastante bien y lo está pasando fatal. Ya nadie se acerca a ella’”.

Cuando la música se detuvo, Russell sumó sus aplausos a los aplausos que animaron a los estruendosos instrumentos a continuar, y cuando reanudaron el tumulto, dijo de todo corazón: “¡Eso es espléndido!”.

Alice le dirigió una mirada, necesariamente a corta distancia, y encontró sus ojos amables y complacidos. Aquí había un alma amistosa, al parecer, a quien probablemente "le gustaba todo el mundo". Sin duda, él había aplaudido por un "bis" cuando bailó con Ella Dowling, le dio a Ella la misma mirada afable y dijo: “¡Eso es espléndido!”

Cuando terminó el bis, Alice le habló por primera vez.

“Mildred te estará buscando”, dijo. “Creo que será mejor que me lleves de vuelta a donde me encontraste”.

Pareció sorprendido. “Oh, si tú——”

“Estoy segura de que Mildred te necesitará”, dijo Alice, y mientras lo tomaba del brazo y caminaban hacia la Sra. Dresser, pensó que tal vez sería posible hacer otro uso del préstamo. “Oh, me pregunto si tú...” comenzó.

“¿Sí?” dijo, rápidamente.

“Tú no conoces a mi hermano, Walter Adams”, dijo. Pero está en algún lugar, creo que posiblemente esté en un salón de fumadores o en algún lugar donde no se espera a las chicas, y si no crees que es demasiado problema preguntar...

“Lo encontraré”, dijo Russell, rápidamente. “Muchas gracias por ese baile. Traeré a tu hermano en un momento.

Iba a ser un momento largo, decidió Alice, en ese momento. La señora Dresser se había vuelto inquieta; y sus asentimientos y vagas respuestas a las alegrías de su joven dependiente eran tan escasos como podían ser. Evidentemente, la matrona no tenía intención de aparecer en su mundo como acompañante de Alice Adams; y ella finalmente dejó esto claro. Con una o dos palabras de excusa, interrumpiendo algo que Alice estaba diciendo, se levantó y fue a sentarse junto a la madre de Mildred, que se había convertido en el núcleo del grupo. Así que Alice se quedó muy pegada a la pared, con tramos cortos de sillas vacías a cada lado de ella. Había llegado al final de su creación de cuadros, y solo podía fingir que había algo divertido en el asunto con el brazo de su silla.

Supuso que el señor Russell de Mildred ya se había olvidado de Walter. “Ni siquiera soy una amiga lo suficientemente íntima de Mildred como para haber pensado que debería molestarse en decirme que no pudo encontrarlo”, pensó. Y luego vio a Russell cruzando la habitación hacia ella, con Walter a su lado. Ella saltó alegremente.

“¡Oh gracias!” ella lloró. “Sé que este niño travieso debe haber sido terriblemente difícil de encontrar. ¡Mildred NUNCA me perdonará! Te he puesto a tanto——”

“De ninguna manera”, dijo amablemente, y se fue, dejando al hermano y la hermana juntos.

“Walter, bailemos solo una vez más,” dijo Alice, tocándole el brazo aplacadoramente. “Pensé, bueno, tal vez podríamos irnos a casa entonces”.

Pero la expresión de Walter era la de una persona a la que se acaba de perpetrar un ultraje. “No”, dijo. “Nos hemos quedado ESTO de tiempo, voy a esperar y ver qué tienen para comer. ¡Y mira aquí! Él se volvió hacia ella enojado. “¡Nunca vuelvas a hacer eso!”

“¿Hacer qué?”

“¡Manden a alguien detrás de mí que mete la nariz en todos los rincones de la casa hasta que me encuentre! ¿Es usted el señor Walter Adams? él dice. ¡Supongo que debe haber preguntado a todos en el lugar si eran el Sr.

Walter Adams! ¡Bueno, apuesto algunos hombres de hierro a que no enviarías a nadie a buscarme de nuevo si supieras dónde me encontró!

"¿Dónde estaba?"

Walter decidió que su castigo adecuado era saber. Estaba jugando a los dados con esos mapaches en el guardarropa.

"¿Y él te vio?"

"¡A menos que fuera ciego!" dijo Walter. "Vamos, bailaré este otro baile contigo. La cena viene después de eso, y LUEGO nos iremos a casa".

La Sra. Adams escuchó la llave de Alice girando en la puerta principal y se apresuró a bajar las escaleras para encontrarse con ella.

"¿Te mojaste al entrar, cariño?" ella preguntó. "¿Pasaste un buen momento?"

"¡Simplemente encantador!" dijo Alice alegremente, y después de arreglar el pestillo para Walter, que había ido a devolver el pequeño coche, siguió a su madre escaleras arriba y tarareó una melodía de baile en el camino.

"Oh, estoy tan contenta de que la hayas pasado bien", dijo la Sra. Adams, cuando llegaron juntas a la puerta de la habitación de su hija. "Te lo MERECES, y es encantador pensar——"

Pero ante esto, sin previo aviso, Alicia se arrojó a los brazos de su madre, sollozando tan fuerte que en su habitación, muy cerca, su padre, medio adormecido en la noche, se sobresaltó en pleno desvelo.

CAPÍTULO IX

Una mañana, una semana después de este derrumbe de esperanzas festivas, la señora Adams y su hija estaban concluyendo un alboroto de tres días, la "limpieza de la casa de primavera" —aplazada hasta ahora por la larga enfermedad de Adams— y Alice, de rodillas. frente a una cómoda, en la habitación de su madre, se detuvo pensativa después de sacudir un paquete de cartas envueltas en muselina gastada. Llamó a su madre, que estaba fregando el suelo del pasillo más allá de la puerta abierta.

"Estas viejas cartas que tenías en el cajón de abajo, ¿no te las escribió un papá antes de casarte?"

La Sra. Adams se rió y dijo: "Sí. Solo déjalos donde estaban, o en el ático, donde quieras.

"¿Te importa si leo uno, mamá?"

La señora Adams volvió a reírse. “Oh, supongo que puedes si quieres. ¡Espero que sean bastante divertidos!

Alice se rió en respuesta y eligió la letra superior del paquete. “Mi querida y hermosa niña”, comenzó; y se quedó mirando estas singulares palabras. Le dieron un susto como el que se produce al oír por casualidad alguna desconcertante impropiedad; y, habiéndolos leído para sí misma varias veces, pasó a experimentar otros sobresaltos.

MI QUERIDA NIÑA HERMOSA:

Esta vez ayer tuve un caso muy grave de melancolía porque no había tenido una palabra tuya en dos largos días y cuando no tengo noticias tuyas todos los días, las cosas me parecen terribles. Ahora todo es tan diferente porque ha llegado tu carta y además tengo una noticia que creo que pensarás tan bien como yo. Cariño, te sorprenderás, así que prepárate para escuchar sobre un gran efecto en nuestro futuro. es de esta manera Tenía una especie de sospecha de que el jefe de la empresa se encaprichó de mí desde el principio cuando entré allí, y le gustó la forma en que me ocupaba de mi trabajo, por lo que cuando me llevó a este viaje de negocios con él me sentí bastante seguro de ello y ahora resulta que tenía razón. A cambio, supongo que tengo al mejor jefe de este mundo y creo que tú también lo pensarás. Sí, cariño, después de la conversación que acabo de tener con él, si JA Lamb me pidiera que me cortara la mano por él, supongo que estaría muy cerca de hacerlo porque lo que dice significa el final de nuestra espera para estar juntos. A partir de Año Nuevo me pondrá a cargo del departamento de artículos varios. y ¿cuál crees que va a ser mi salario? Mil cien geniales dólares al año (\$1,100.00). ¡Eso es todo! ¡Solo solo mil cien por año! Bueno, supongo que eso le mostrará a tu madre si puedo cuidarte o no. Y, oh, cómo me gustaría ver tu querido, hermoso y amoroso rostro cuando recibas esta noticia. después de la conversación que acabo de tener con él, si JA Lamb me pidiera que me cortara la mano por él, creo que estaría muy cerca de hacerlo porque lo que dice significa el final de nuestra espera para estar juntos. A partir de Año Nuevo me pondrá a cargo del departamento de artículos varios. y ¿cuál crees que va a ser mi salario? Mil cien geniales dólares al año (\$1,100.00). ¡Eso es todo! ¡Solo solo mil cien por año! Bueno, supongo que eso le mostrará a tu madre si puedo cuidarte o no. Y, oh, cómo me gustaría ver tu querido, hermoso y amoroso rostro cuando recibas esta noticia. A partir de Año

Nuevo me pondrá a cargo del departamento de artículos varios. y ¿cuál crees que va a ser mi salario? Mil cien geniales dólares al año (\$1,100.00). ¡Eso es todo! ¡Solo solo mil cien por año! Bueno, supongo que eso le mostrará a tu madre si puedo cuidarte o no. Y, oh, cómo me gustaría ver tu querido, hermoso y amoroso rostro cuando recibas esta noticia. A partir de Año Nuevo me pondrá a cargo del departamento de artículos varios. y ¿cuál crees que va a ser mi salario? Mil cien geniales dólares al año (\$1,100.00). ¡Eso es todo! ¡Solo solo mil cien por año! Bueno, supongo que eso le mostrará a tu madre si puedo cuidarte o no. Y, oh, cómo me gustaría ver tu querido, hermoso y amoroso rostro cuando recibas esta noticia.

Me gustaría salir a la calle pública y simplemente bailar y gritar y es todo lo que puedo hacer para ayudar a hacerlo, especialmente cuando sé que hablaremos de todo esto juntos la semana que viene, y oh, cariño, ahora que tus padres no tienen excusa para posponerlo más, podríamos estar en nuestra pequeña casa antes de Navidad.

¿Estarías contento?

Bueno, cariño, esto lo arregla todo y hace que nuestro futuro sea tan fácil para nosotros como cualquiera podría pedir. Apenas puedo darme cuenta de que después de toda esta espera, los problemas de la vida han terminado para ti y para mí y no tenemos nada que hacer más que disfrutar de la felicidad que nos otorga esta cosa maravillosa y hermosa que llamamos vida. Sé que no soy cualquier poeta y el que intenté escribir sobre ti el día del picnic fue espantoso pero la forma en que PIENSO en ti es un poema.

Escríbeme lo que piensas de la noticia. Lo sé, pero escíbeme de todos modos.

Lo conseguiré antes de irnos a casa y puedo estar leyéndolo todo el tiempo en el tranvía.

tu siempre amoroso

VIRGILIO.

El sonido de la limpieza diligente de su madre en el pasillo volvió lentamente a los oídos de Alice, mientras devolvía la carta al paquete, envolvía el paquete en su funda de muselina y lo devolvía al cajón. Ella había permanecido de rodillas mientras leía la carta; ahora se hundió hacia atrás, sentándose en el suelo con las manos detrás de ella, un inconsciente relajándose para pensar mejor. En su rostro había caído una mirada de asombro.

Por primera vez percibía vagamente que la vida es un movimiento eterno. La juventud realmente cree que lo que es agua corriente es una cristalización permanente y ve el tiempo fijo en un punto: algunas personas tienen cabello oscuro, algunas personas tienen cabello rubio, algunas personas tienen canas. Hasta ese momento, Alice no tenía la convicción de que había un universo

antes de que ella entrara en él. Siempre había pensado en ello como el fondo de sí misma: la luna era algo para embellecerla en una noche de verano.

Pero esta vieja carta, a través de la cual vio todavía parpadear una antigua luz de estrella de amor joven, la asombró. Débilmente ante ella, reveló toda la vida de su padre y su madre, que habían sido jóvenes, después de todo, REALMENTE lo habían sido, y su juventud ahora había pasado tan completamente de ellos que la imagen de ella, en la carta, era como un burlesco. de ellos. Y así ella, ella misma, también debe pasar a tales cambios, y todo lo que ahora le parecía vital sería nada.

Cuando terminó su trabajo, esa tarde, entró en la habitación de su padre. Su recuperación había progresado lo suficientemente bien como para permitir la partida de la señorita Perry; y Adams, que llevaba una de las batas de la señora Adams sobre el camisón, estaba sentado en una silla de respaldo alto junto a una ventana cerrada. Hacía calor, pero la ventana cerrada y la bata de franela no le habían bastado: sobre los hombros llevaba una vieja bufanda de ganchillo de Alice; sus piernas estaban envueltas en un pesado consuelo; y, con estas fajas a su alrededor, y sus ojos cerrados, su delgada y canosa cabeza haciendo solo una ligera muesca en la almohada que la sostenía, parecía viejo, pequeño y raro.

Alicia hubiera salido suavemente, pero sin abrir los ojos, él le habló: "No te vayas, querida. Ven a sentarte con el anciano un rato.

Ella acercó una silla a la de él. "Pensé que estabas durmiendo la siesta".

"No. Casi nunca hago eso. Simplemente me desvío un poco a veces".

"¿Qué quieres decir con que vas a la deriva, papá?"

Él la miró vagamente. "Ay, no lo sé. Tipo de fotos. Se confunden un poco: los viejos tiempos con los tiempos que aún están por venir, como planificar qué hacer, ya sabes. Eso es lo más parecido a una siesta que tengo, cuando las imágenes se mezclan un poco. Supongo que es una especie de somnolencia.

Ella tomó una de sus manos y la acarició. "¿Qué quieres decir cuando dices que tienes imágenes como 'planeando qué hacer'?" ella preguntó.

"Me refiero a planificar qué hacer cuando salga y pueda volver a trabajar".

"Pero eso no necesita ninguna planificación," dijo Alice, rápidamente. "Vas a volver a tu antiguo lugar en Lamb's, por supuesto".

Adams volvió a cerrar los ojos, suspirando profundamente, pero no dio otra respuesta.

"¡Por supuesto que lo eres!" ella lloró. "¿De qué estás hablando?"

Su cabeza se volvió lentamente hacia ella, revelando los ojos, abiertos en una mirada demacrada. "Te escuché la otra noche cuando viniste de la fiesta", dijo. "Sé cuál era el problema".

"De hecho, no lo haces", le aseguró. "No sabes nada al respecto, porque no había nada en absoluto".

¿No crees que te oí llorar? ¿Por qué lloraste si no te pasaba nada?

"Solo nervios, papá. No era nada más en el mundo".

"No importa", dijo. Tu madre me lo dijo.

"¡Ella me prometió que no lo haría!"

Ante eso, Adams se rió con tristeza. "No sería muy probable que te escuchara tan molesto y no preguntara sobre eso, incluso si ella no viniera a decírmelo por su cuenta. No es necesario que intentes engañarme; Te digo que sé cuál fue el problema.

"El único problema fue que tuve un ataque tonto", protestó Alice. "A mí también me hizo bien".

"¿Como es que?"

"Porque he decidido hacer algo al respecto, papá".

—Así no es como lo ve tu madre —dijo Adams con pesar—. "Ella piensa que es nuestro lugar hacer algo al respecto. Bueno, no sé, no sé; Todo parece tan cambiado en estos días. Siempre has sido una buena hija, Alice, y deberías tener tanto como cualquiera de estas chicas con las que vas; ella me ha convencido de que tiene razón en ESO. El problema es... —titubeó, disculpándose, y luego continuó—: Quiero decir, la cuestión es cómo conseguirlo para ti.

"¡No!" ella lloró. "No tenía por qué hacer tanto alboroto solo porque muchos idiotas no se rompieron el cuello para bailar conmigo y porque me mortificaba lo de Walter, Walter ERA bastante terrible..."

"¡Oh, yo, mi!" se lamentó Adams. "Supongo que eso es algo que tenemos que dejar que se resuelva solo. ¿Qué vas a hacer con un chico de diecinueve o veinte años que se gana la vida? No puedo azotarlo. No puedo mantenerlo encerrado en la casa. Solo tengo que esperar que aprenda mejor, supongo.

"Por supuesto que no quería ir a casa de los Palmer", explicó Alice con tolerancia. para divertirse de cualquier manera que pudiera. Por supuesto, fue horrible que este... que este señor Russell... A pesar de ella, el recuerdo la ahogó.

"Sí, fue horrible", estuvo de acuerdo Adams. "Simplemente desagradable. ¡Oh, yo, mi!"

Pero Alice se recuperó de inmediato y le mostró una cara alegre. "¡Bueno, dentro de unos años probablemente ni siquiera lo recordaré! Creo que casi nada equivale a tanto como pensamos en ese momento".

Bueno, a veces no.

"Lo que he estado pensando, papá: me parece que debo HACER algo".

"¿Cómo?"

Parecía soñadora, pero obviamente hablaba en serio cuando le dijo: “Bueno, quiero decir que debería ser algo más que una especie de don nadie. Debería... — Hizo una pausa—.

"¿Qué, querida?"

“Bueno, hay una cosa que me gustaría hacer. Estoy seguro de que yo también PODRÍA hacerlo”.

"¿Qué?"

“Quiero subir al escenario: sé que podría actuar”. Ante esto, su padre repentinamente soltó una débil carcajada; y cuando Alicia, sorprendida y un poco ofendida, lo presionó para que le diera la razón, él trató de evadirlo, diciendo: “Nada, querido. Acabo de pensar en algo. Pero ella insistió hasta que él tuvo que explicarle.

“Me hizo pensar en la hermana de tu madre, tu tía Flora, que murió cuando eras pequeña”, dijo. “Ella siempre estaba contando cómo le iba en el escenario, y hablando de cómo estaba segura de que sería una gran actriz, y todo eso; y un día tu madre estalló y dijo que ella misma debería haber subido al escenario, porque siempre supo que tenía talento para eso, y, bueno, tuvieron una especie de disputa sobre cuál sería el mejor. mejor actriz. ¡Tuve que salir al pasillo para reírme!”.

“Tal vez te equivocaste,” dijo Alice, gravemente. “Si ambos lo sintieron, ¿por qué no parecería que hubiera talento en la familia? SIEMPRE he pensado——”

"No, querida", dijo, con una risa final. Tu madre y Flora no eran diferentes de muchas otras. Espero el noventa por ciento. de todas las mujeres que he conocido estaban seguras de que serían muy buenas actrices si alguna vez tuvieran la oportunidad. Bueno, supongo que es algo bueno; disfrutaban pensando en ello y no le hace daño a nadie”.

Alicia estaba irritada. Durante varios días había pensado casi continuamente en una carrera que ganaría su propio genio. No es que ella planeara los detalles, o se preocupara por los primeros pasos; sus imágenes superaban todo eso. Principalmente, vio su nombre grande en todos los carteles de esa ciudad cruel, y ella misma, sin cambios en la edad pero glamorosa con la fama y la ropa de París, regresando en un automóvil privado. Sin duda, el desarrollo más agradable de su visión fue un diálogo con Mildred; y esto se hizo tan real que, mientras lo proyectaba, Alice asumió las expresiones apropiadas para ambas partes, formó palabras con sus labios e incluso pronunció algunas en voz alta. No, no la he olvidado, señora Russell. Te recuerdo muy bien, de hecho. Eras una señorita Palmer, lo recuerdo, en esos divertidos viejos tiempos. Muy amable de tu parte, soy Shaw. Agradezco tu entusiasmo por hacer algo por mí en tu pequeña casa. Como dices, una recepción RENOVARÍA mi relación con muchos viejos amigos, pero estoy seguro de que no te importará que mencione que no encuentro mucha inspiración en estos provincianos. Realmente debo pedirte que

no me presiones. El tiempo de un artista no es el suyo propio, aunque, por supuesto, difícilmente podría esperar que usted comprendiera... Realmente debo pedirte que no me presiones. El tiempo de un artista no es el suyo propio, aunque, por supuesto, difícilmente podría esperar que usted comprendiera... Realmente debo pedirte que no me presiones. El tiempo de un artista no es el suyo propio, aunque, por supuesto, difícilmente podría esperar que usted comprendiera...

Así Alicia iluminó el tiempo aburrido; pero se retiró de la entrevista con su padre mostrando aún varonilmente una alegría exterior, mientras la depresión se hacía más pesada por dentro, como si hubiera comido un pastel empapado. Su padre no sabía nada sobre el escenario, y ella era consciente de su ignorancia, pero por alguna razón su diversión inocentemente escéptica redujo su brillante proyecto casi a la nada. Siempre ocurría algo así, al parecer; ella estaba continuamente haciendo estas iluminaciones, todas alegres con dorados y coloridos; y luego, tan pronto como alguien más los miraba, incluso su padre, que la amaba, los hermosos diseños se llenaban de una palidez desoladora. “¿Esto es VIDA?” Alice se preguntó, sin dudar que la pregunta era original y propia. “¿Es la vida pasar el tiempo imaginando cosas que no son así y nunca lo serán? A otras personas les suceden cosas hermosas; ¿Por qué debería ser yo el único al que nunca le PUEDEN pasar?”

El estado de ánimo duró toda la noche; y todavía estaba sobre ella la tarde siguiente cuando un recado de su padre la llevó al centro de la ciudad. Adams había decidido volver a fumar, y Alice se sintió bastante degradada, además de avergonzada, cuando entró en la gran tienda que su padre había nombrado y pidió el tabaco barato que usaba en su pipa. Volvió a adoptar un aire de divertida indulgencia, con la esperanza de sugerir que su compra se había hecho para algún fiel anciano criado, ahora enfermo; y aunque la tranquilidad del dependiente que la atendió no requería tal elaboración de su boceto, ella lo adornó con una risita y con el comentario, mientras se metía el paquete en el bolsillo del abrigo: complacerlo; me dicen que es del tipo que le gusta.

Todavía interpretando a Lady Bountiful, sonriendo para sus adentros anticipando la alegría que estaba brindando al sencillo anciano negro o seguidor irlandés de la familia, salió de la tienda; pero cuando salió a la acera llena de gente, su sonrisa se desvaneció rápidamente.

Junto a la puerta de la tabaquería había una entrada abierta a una escalera y, encima de esta abertura bastante desolada y oscura, un letrero que mostraba en letras doradas sucias la información de que Frincke's Business College ocupaba los pisos superiores del edificio. Además, Frincke ofreció aquí públicamente “instrucción y capacitación personal en matemáticas prácticas, teneduría de libros y todas las ramas de la vida comercial, incluida la estenografía, la mecanografía, etc.”.

Alice se detuvo por un momento, frunciendo el ceño ante este letrero como si fuera algo sorprendente y desagradable que nunca antes había visto. Sin embargo, llamó la atención en un barrio muy concurrido; casi siempre pasaba junto a él cuando llegaba al centro de la ciudad, y nunca sin darse cuenta. Tampoco era la primera vez que se detenía para levantar hacia él esa misma mirada de vago recelo.

El edificio no era lo que la ciudad cambiante definía como moderno, y la escalera de madera polvorienta, vista desde el pavimento, desaparecía hacia arriba en una oscuridad llena de humo. Así que los pasos de una chica que ascendía allí conducirían a una horrible oscuridad, pensó Alice; una oscuridad tan lúgubre y tan permanente como la muerte. Y como hojas secas que caen a su alrededor, vio sus imaginaciones invernales en el aire de mayo: muchachas bonitas que se convertían en criaturas marchitas mientras trabajaban en máquinas de escribir; solteronas “tomando dictados” de hombres con doble papada; Alice vio solteronas de una docena de tipos diferentes “tomando dictado”. Los ojos de su mente estaban llenos de ellos, como siempre cuando pasaba por la entrada de la escalera; y aunque todos eran diferentes entre sí,

Odiaba el lugar y, sin embargo, rara vez pasaba de largo o apartaba la vista. Tenía para ella una fascinación desagradable y un reproche misterioso que no intentaba sondear. Caminó pensativamente hoy; y cuando, en la siguiente esquina, dobló por la calle que conducía a su casa, se llevó una sorpresa. Arthur Russell apareció rápidamente detrás de ella, levantándose el sombrero cuando ella lo vio.

“¿Está caminando hacia el norte, señorita Adams?” preguntó. “¿Te importa si camino contigo?”

No estaba encantada, pero lo parecía. “¡Qué encantador!” —gritó ella, dándole un pequeño floreo de sus manos bien formadas; y luego, porque se preguntaba si él la había visto salir del estanco, se rió y añadió: “¡Acabo de hacer el encargo más ridículo!”.

“¿Qué fue eso?”

“Para pedir unos puros para mi padre. Ha estado bastante enfermo, pobre hombre, y es tan particular, pero ¿qué diablos sé yo sobre cigarros?”

Russell se rió. “Bueno, ¿qué SABES de ellos? ¿Seleccionó por el precio?”

“¡Piedad, no!” exclamó ella, y agregó, después de pensarlo, “Por supuesto que él anotó el nombre del tipo que quería y se lo di al tendero. Nunca podría haberlo pronunciado.”

CAPÍTULO X

En su bolsillo, mientras hablaba, su mano descansaba sobre el saquito de tabaco, que respondía acusadoramente al toque de sus dedos inquietos; y encontró tiempo para preguntarse por qué estaba construyendo esta ficción para el Sr. Arthur Russell. Su descubrimiento del dispositivo de Walter para pasar la tarde aburrida la había avergonzado y angustiado; pero no habría sufrido menos si casi cualquier otro hubiera sido el descubridor. En este caballero, después de escuchar que era el Sr. Arthur Russell de Mildred, Alice no sintió el más mínimo "interés personal"; y aún tenía que desarrollarse en su vida algo así como un interés no personal. A los veintidós años este estado de cosas no es único.

En lo que a Alice se refería, Russell podría haber llevado un cartel que decía "Comprometidos". Ella lo miró como los comensales que entran en un restaurante miran las mesas marcadas como "Reservado": la mirada, ligeramente descontenta, pasa de inmediato. O así, el ojo de un prospector vaga quejumbrosamente sobre reclamos establecidos y establecidos en la ladera de la montaña, y busca la tierra virgen más allá; a menos que, de hecho, el prospector sea deshonesto. Pero Alice no saltaba ningún reclamo, siempre y cuando el aviso de propiedad estuviera claramente publicado.

Aunque ahora era indiferente, la costumbre la gobernaba: y, al mismo tiempo que se preguntaba por qué creaba puros ficticios para su padre, también lamentaba no haber llevado audazmente su bastón de Malaca al centro de la ciudad con ella. Su vivacidad aumentó automáticamente.

“Tal vez el empleado pensó que querías los puros para tí”, sugirió Russell. Puede que te haya tomado por una condesa española.

"¡Estoy seguro de que lo hizo!" Alice estuvo de acuerdo, alegremente; y tarareaba un compás o dos de "La Paloma", chasqueando los dedos como castañuelas y balanceando un poco el cuerpo, para sugerir la plantilla aceptada de una "bailarina española". ¿Me habría tomado por uno, señor Russell? preguntó, mientras concluía la suplantación.

"¿I? Pues sí", dijo. "Te aceptaría por cualquier cosa que quisieras".

"¡Vaya, qué discurso!" —exclamó y, riéndose, le lanzó una rápida mirada en la que brilló una verdadera sorpresa. Él la miraba con curiosidad, pero con la más viva apreciación. Su sorpresa aumentó; y se alegró de que él se hubiera unido a ella.

Que la vieran caminando con semejante compañera aumentaba su placer. Ella lo habría descrito como "en general bastante impresionante"; ya ella le gustaba su delgadez alta y morena, su ropa gris, su sombrero blando y sus limpios zapatos marrones; a ella le gustaba su fácil balanceo del palo que llevaba.

"¿No debería haberlo dicho?" preguntó. ¿Preferirías que no te tomaran por una condesa española?

"Eso no es todo", explicó. "Tu dijiste--"

"Dije que te tomaría por lo que tú quisieras que hiciera. ¿No está bien?"

"Todo dependería, ¿no?"

"Por supuesto que dependería de lo que quisieras".

"¡Oh no!" ella rió. "Puede depender de muchas cosas".

"¿Tal como?"

"Bueno..." Ella vaciló, teniendo el impulso travieso de decir, "¡Como Mildred!" Pero decidió omitir esta referencia y se puso seria, recordando el servicio que Russell le hizo en la casa de Mildred. —Hablando de por qué quiero que me tomen —dijo—, ¿me he estado preguntando desde la otra noche por qué me tomaste! ¡Me temo que debes haberme tomado por la hermana de un jugador profesional!

La mirada de bondad de Russell era la verdad sobre él, ella iba a descubrirla; y él la tranquilizó ahora con la prontitud de su risa amistosa. "Entonces tu hermano menor te dijo dónde lo encontré, ¿verdad? Mantuve la cara seria en ese momento, pero después me reí, para mí mismo. Me pareció original, por decir lo mínimo: se está divirtiendo con esos morenos".

"Walter ES original," dijo Alice; y, habiendo adoptado esta nueva visión de las excentricidades de su hermano, pasó impulsivamente a hacerla más plausible. Es un chico muy raro y temía que lo malinterpretaras. Él cuenta maravillosas 'historias oscuras', y hará cualquier cosa para atraer a la gente de color y hacerla hablar; y eso es lo que estaba haciendo en casa de Mildred cuando me lo encontraste: dice que se gana su confianza jugando a los dados con ellos. En la familia pensamos que probablemente escribirá sobre ellos algún día. Es bastante literario.

"¿Eres tú?" Russell preguntó, sonriendo.

"¿I? Oh... —hizo una pausa, levantando ambas manos en un encantador gesto de impotencia—. "¡Oh, solo soy—yo!"

Su mirada siguió las manos que se agitaban levemente con aguda aprobación, luego se elevó hacia el rostro vivaz y colorido, con sus ojos color avellana, su nariz pequeña y bonita, y la sonrisa atrapada en los labios que parecía el clímax de su transición decorativa. Nunca había visto una criatura tan plástica o tan melancólica.

Aquí había un contraste con su prima Mildred, que no era melancólica y controlaba cualquier impulso hacia la plasticidad, si es que lo tenía. "¡Por George!" él dijo. "¡Pero tú ERES diferente!"

Con eso, saltó en ella tal impulso de pícara galantería que nunca pudo resistir. Ella volvió la cabeza y, riéndose y con los ojos brillantes, lo miró de frente.

"¿De quien?" ella lloró.

"¡De—todos!" él dijo. "¿Eres un lector de mentes?"

"¿Por qué?"

"¿Cómo sabías que estaba pensando que eras diferente de mi prima, Mildred Palmer?"

"¿Qué te hace pensar que SÍ lo sabía?"

"¡Disparates!" él dijo. "Sabías lo que estaba pensando y yo sabía que lo sabías".

"Sí", dijo ella con buen humor. "¿Qué íntimo parece hacernos a todos a la vez!"

Russell no dejó ninguna duda de que estaba encantado con estas alegrías de ella. "¡Por George!" exclamó de nuevo. "¡Pensé que eras este tipo de chica desde el primer momento en que te vi!"

"¿Qué clase de chica? ¿No te dijo Mildred qué clase de chica soy cuando te invitó a bailar conmigo?"

Ella no me pidió que bailara contigo, te había estado mirando. Estabas hablando con unas ancianas y le pregunté a Mildred quién eras.

"Oh, entonces Mildred NO——" Alice se contuvo. "¿Quién te dijo que era yo?"

Ella acaba de decir que eras una señorita Adams, así que yo...

—¿'A' la señorita Adams? Alicia interrumpió.

"Sí. Entonces dije que me gustaría conocerte.

"Veo. Pensaste que me salvarías de las ancianas.

"No. Pensé en salvarme de algunas de las chicas con las que Mildred me invitaba a bailar. Había una señorita Dowling...

"¡Hombre pobre!" dijo Alice, suavemente, y su pensamiento impulsivo fue que Mildred se había arriesgado muy poco y que, como cuestión de defensa propia, su cuidado podría haber estado bien fundado. Este señor Arthur Russell era una persona mucho más receptiva de lo que se suponía.

"Entonces, Sr. Russell, ¿usted no sabe nada sobre mí excepto lo que pensó cuando me vio por primera vez?"

"Sí, sé que tenía razón cuando lo pensé".

No me has dicho lo que pensabas.

"Pensé que eras como ERES".

“No muy definido, ¿verdad? Me temo que arrojaste más luz hace un minuto, cuando dijiste lo diferente de Mildred que pensabas que era. ¡Eso FUE definitivo, desafortunadamente!”

“Yo no lo dije”, explicó Russell. “Lo pensé, y me leíste la mente. Ese es el tipo de chica que pensé que eras, una que podía leer la mente de un hombre. ¿Por qué dices 'desafortunadamente' no eres como Mildred?”

El suave gesto de Alice pareció esbozar a Mildred. “Porque ella es perfecta, ¡es PERFECTAMENTE perfecta! Ella nunca comete un error, y todos la admiran, ¡oh, sí, todos la adoramos! Es como una estatua grande, noble y fría, muy por encima del resto de nosotros, y casi nunca hace nada malo o traicionero. De todas las chicas que conozco, creo que es la que menos trucos realmente insignificantes ha hecho. ella es——”

Russell interrumpió; parecía perplejo. “Dices que es perfectamente perfecta, pero que sí toca ALGUNOS...”

Alice se rió, como ante su dulce inocencia. “¡Los hombres son tan divertidos!” ella le informó. “Por supuesto que TODAS las chicas hacen cosas malas a veces. ¡Mi propia carrera es solo una larga y descarada burla de ellos! Lo que quiero decir es que Mildred es perfectamente perfecta en comparación con el resto de nosotros.

“Ya veo”, dijo, y pareció necesitar un momento o dos de reflexión. Luego preguntó: “¿Qué tipo de cosas traicioneras haces?”

“¿I? ¡Oh, del peor tipo! La mayoría de la gente me aburre, especialmente los hombres de esta ciudad, y lo demuestro.

“Pero no debería llamar eso traicionero, exactamente”.

“Bueno, ELLOS sí”, se rió Alice. “¡Me ha convertido en un personaje terriblemente impopular! Hago muchas cosas que ellos odian. Por ejemplo, en un baile preferiría encontrar a una anciana inteligente y hablar con ella que bailar con nueve décimas partes de estas nulidades. Yo también lo hago normalmente”.

“Pero bailaste como si te gustara. Bailaste mejor que cualquier otra chica que...”

“Este halago suyo no me llama la atención, Sr. Russell,” interrumpió Alice. “¡Especialmente porque Mildred solo te dio a Ella Dowling para compararla conmigo!”

“Oh, no”, insistió. “Había otros, y por supuesto Mildred, ella misma”.

“Oh, por supuesto, sí. Olvidé eso. Bueno... —Hizo una pausa y luego añadió— : Ciertamente DEBERÍA bailar bien.

“¿Por qué es tanto un deber?”

¡Cuando pienso en los profesores de baile y en los gastos de papá! Todo tipo de instructores sofisticados. Supongo que para eso tienen los padres las hijas, ¿no? ¿Para tirar el dinero en ellos?

"Tú no..." comenzó Russell, y su mirada era de alarma. "No has tomado--"

Ella entendió su aprensión y respondió alegremente: "¡Oh, asesinato, no! Quiere decir que tiene miedo de que a veces me ponga un trozo de gasa y corro alrededor de una fuente treinta veces, y luego, para un bis, muestro cuánto puedo hacer que mis brazos se parezcan a las serpientes.

"¡DIJE que eres un lector de mentes!" el exclamó. "Eso es exactamente lo que estaba fingiendo tener miedo de que pudieras hacer".

"¿Fingiendo?" Eso es más amable de tu parte. No; no es mi manía."

"¿Qué es?"

"Oh, nada en particular que yo sepa ahora mismo. Por supuesto que he tenido el de siempre: el que pasan todas las chicas".

"¿Qué es eso?"

"¡Dios mío, Sr. Russell, no puede esperar que crea que usted es realmente un hombre de mundo si no sabe que cada chica tiene un momento en su vida en el que está segura de que tiene un talento divino para el escenario! Es la única regla universal sobre las mujeres que no tiene excepción. No quiero decir que todos queramos subir al escenario, pero todos pensamos que sería maravilloso si lo hiciéramos. Incluso Mildred. Oh, ella no te lo confesaría: tendrías que conocerla mucho mejor de lo que cualquier hombre puede conocerla para averiguarlo.

"Ya veo", dijo. "Las chicas siempre nos dicen que no podemos conocerlas. Me pregunto si tu--"

Ella tomó su pensamiento antes de que él lo expresara, y nuevamente él quedó fascinado por su rapidez, que de hecho le pareció casi telepática. "¡Oh, pero NO nos conocemos!" ella lloró.

"Esas cosas tenemos que mantenerlas en secreto, ¡cosas que suceden ante TUS ojos!"

"¿Por qué algunos de ustedes no nos dicen?" preguntó.

"No podemos decírtelo".

¿Demasiado honor?

"No. Ni siquiera demasiado honor entre ladrones, Sr. Russell. No te contamos nuestros trucos entre nosotros porque sabemos que no te impresionaría. ¡Los trucos no se juegan en tu contra, y tienes un lado suave para los gatos con modales encantadores!

"¿Qué hay de tus trucos contra nosotros?"

"¡Oh, esos!" Alicia se rió. "¡Creemos que son bastante lindos!"

"¡Bravo!" —gritó, y golpeó el pavimento con la virola de su bastón.

"¿Para qué son los aplausos?"

"Para ti. Lo que dijiste fue como izar la bandera negra hasta el tope del mástil.

"Oh no. Era solo un modesto cartelito en un bonito macizo de flores: '¡Caballeros, cuidado!'".

—Ya veo que debo hacerlo —dijo galantemente.

"¡Gracias! Pero quiero decir, ¡cuidado con todo el jardín en flor! Luego, retomando un hilo que casi había desaparecido: "No debes pensar que alguna vez descubrirás si tengo razón acerca de que Mildred no es una excepción al preguntarle", dijo. No te lo diré: no es de las que se confiesan nunca.

Pero Russell no había seguido su cambio al tema anterior. "¿Mildred no es una excepción?", dijo, vagamente. "Yo no--"

"Una excepción sobre pensar que podría ser algo maravilloso en el escenario si tan solo le importara. Si le preguntaras, estoy bastante seguro de que diría: '¡Qué tontería!' Mildred es la cosa más querida y mejor que existe, pero no descubrirás muchas cosas sobre ella preguntándole.

La expresión de Russell se volvió más seria, como lo hacía cada vez que su primo era el tema de conversación. "¿Crees que no?" él dijo. ¿Crees que ella está...?

"No. Pero no es porque ella no sea exactamente sincera. Es solo porque tiene mucho por lo que estar a la altura. Ella tiene que estar a la altura de ser una chica con gran estilo, quiero decir, por supuesto". Y sin hacer una pausa, Alice prosiguió: "¿Deberías haberme visto cuando tenía la fiebre del escenario! Solía jugar a 'Juliet' sola en mi habitación.' Levantó los brazos en elegante súplica, suplicando musicalmente,

*"Oh, no jures por la luna, la luna inconstante,
que mensualmente cambia en su orbe circular,
Para que tu amor no resulte..."*

Se interrumpió abruptamente con una pequeña floritura, chasqueando el pulgar y el dedo de cada mano extendida, luego se rió y dijo: "¡Papá solía burlarse tanto de mí! Gracias a Dios, solo tenía quince años; Ya lo había superado al año siguiente".

"No es de extrañar que tuvieras fiebre", observó Russell. "Lo haces maravillosamente. ¿Por qué no terminaste la línea?"

"¿Cuál? ¿'Para que tu amor no sea igualmente variable'? Juliet se lo estaba diciendo a un HOMBRE, ya sabes. ¡Parece haber estado lista para preocuparse por su constancia desde el principio de su aventura!

Su compañero volvió a estar pensativo. "Sí," dijo él, pareciendo estar moleestamente impresionado con la sugerencia de Alice. "Sí; parece que sí.

Alice miró su rostro serio y cedió a una audaz tentación. —No debes tomártelo tan a pecho —dijo ella con ligereza—.

“No se trata de ti: se trata solo de Romeo y Julieta”.

"¡Mira aquí!" el exclamó. No estás otra vez leyendo la mente, ¿verdad? ¡Hay momentos en los que no funcionará, ya sabes!

Ella se inclinó un poco hacia él, como en compañía: caminaban lentamente, y esta genialidad suya hizo que su hombro rozara levemente con el de él por un momento. "¿No te gusta mi lectura de la mente?" preguntó ella, y, por encima de sus dos hombros que apenas se tocaban, le dirigió su repentina mirada de melancolía sonriente. "¿Lo odias?"

Sacudió la cabeza. "No, no lo hago", dijo, gravemente. "Es bastante agradable. Pero creo que dice: '¡Caballeros, tengan cuidado!'".

Ella se alejó de él al instante, con la risa franca y sin ley de quien está encantado de ser atrapado en una hipocresía. "¡Que adorable!" ella lloró. Luego señaló hacia adelante. Nuestro paseo casi ha terminado. Estamos llegando a la pequeña casa tonta donde vivo. Es un lugar pequeño y extraño, pero mi padre está tan apegado a él que la familia casi ha perdido la esperanza de que construya una casa real más lejos. No le importa que seamos extravagantes en cualquier otra cosa, pero no permitirá que alteremos ni una sola cosa de su preciosa casita. ¡Bien!" Ella se detuvo y le dio la mano. "¡Adiós!"

"No podría", comenzó; vaciló, luego preguntó: "¿No podría entrar contigo por un rato?"

"Ahora no", dijo ella, rápidamente. "Puedes venir..." Hizo una pausa.

"¿Cuándo?"

"Casi en cualquier momento". Ella dio media vuelta y caminó lentamente por el sendero, pero él esperó. "Puedes venir por la noche si quieres", le respondió ella por encima del hombro.

"¿Pronto?"

"¡Tan pronto como quieras!" Ella agitó su mano; luego corrió adentro y lo observó desde una ventana mientras subía por la calle. Caminaba con rapidez, una figura fina y fácil, balanceando su bastón de una manera que sugería euforia. Alice, que lo miraba a través de las aberturas irregulares de una cortina de encaje, no mostró una flotabilidad similar. En el instante en que cerró la puerta, toda la chispa la abandonó: se había convertido a la vez en la chica sencilla y, a veces, problemática que conocía su familia.

"¿Qué está pasando ahí fuera?" —preguntó su madre acercándose desde el comedor.

"Oh, nada," dijo Alice, indiferente, mientras se alejaba. "Que el Sr. Russell se reunió conmigo en el centro y me acompañó".

"Sres. Russell? Oh, ¿el que está comprometido con Mildred?"

"Bueno, no lo sé con certeza. A mí no me parecía un hombre comprometido. Y añadió, en tono de pensativa preocupación: "De todos modos, ¡no tan terriblemente!"

Luego corrió escaleras arriba, le dio a su padre su tabaco, le llenó la pipa y lo acarició mientras la encendía.

CAPÍTULO XI

Después de eso, fue a su habitación y se sentó frente a su espejo de tres hojas. Allí era donde casi siempre se sentaba cuando entraba en su habitación, si no tenía nada que hacer. Fue a esa silla con la misma naturalidad con que un perro va a su rincón.

Se inclinó hacia adelante, observando su perfil; la gravedad parecía ser su estado de ánimo. Pero después de un escrutinio largo, casi inmóvil, comenzó a producir bocetos dramáticos sobre ese escenario siempre listo, su semblante: mostró alegría, sátira, duda, dulzura, aprecio por un compañero y amor en la clandestinidad, todo estudiado de perfil. primero, luego se repite para una "vista de tres cuartos". Posteriormente los recorrió, enfrentándose a sí misma en su totalidad.

De esta manera esbozó un escenario lúdico para su próxima entrevista con Arthur Russell; pero volvió a ponerse solemne, pensando en la impresión que ella ya había tratado de darle. No sintió punzadas por socavar a su "amigo más íntimo"; de hecho, sintió que su trabajo en un nuevo retrato de Mildred para el Sr.

Russell había sido honesto y preciso. Pero ¿por qué había sido su instinto mostrarle una Alice Adams que no existía?

Casi todo lo que ella le había dicho fue por impulso espontáneo, saltando a sus labios en un instante; sin embargo, todo parecía haber sido fundado en un diseño cuidadoso, como si algún yo oculto mantuviera esos diseños en stock y se los entregara, listos para usar, para que los usara para su propio propósito. Lo que parecía ser el resultado deseado era una imagen de colores falsos en la mente de Russell; pero si le gustaba esa imagen no le estaría gustando Alice Adams; ni nada de lo que pensara sobre la imagen sería un pensamiento sobre ella.

Sin embargo, sabía que continuaría con sus colores falsos y fantasiosos de esta nada tan pronto como lo volviera a ver; ella acababa de practicarlos. "¿Cuál es la idea?" Ella se preguntó. "¿Qué me hace decir tales mentiras? ¿Por qué no debería ser solo yo mismo? Y luego pensó: "¿Pero cuál soy yo?"

Sus ojos se detuvieron en los ojos solemnes del espejo; y sus labios, inquietos por un asombro cada vez más profundo, se entreabrieron para susurrar:

"¿Quién en el mundo eres tú?"

La aparición ante ella la había obedecido como una esclava alerta, pero ahora, cuando se hundió en un completo silencio, ese aspecto cambió a la vieja burla con la que los espejos vengan sus agravios. El núcleo de algo extraño pareció juntarse y tomar forma detrás de la nada de los ojos reflejados hasta convertirse casi en una extraña presencia real. Si pudiera identificarse, tal vez la presencia fuera la del diseñador oculto que entregó las imágenes falsas y listas para usar y, con fines desconocidos, hizo que Alice las exhibiera; pero fuera lo que fuera, de repente lo encontró parecido a un mono y aterrador. Con un aleteo, saltó y se fue a otra parte de la habitación.

Un momento o dos después, estaba silbando suavemente mientras colgaba su abrigo ligero sobre un triángulo de madera en su armario, y ahora sus cavilaciones eran más pintorescas que la experiencia que las condujo a ellas; por lo que ella pensó que era esto: "¡Ciertamente soy una chica rara!" Se enorgullecía un poco de tanta originalidad, creyéndose probablemente la única persona en el mundo que tenía pensamientos como los que había tenido desde que entró en la habitación, y la primera en ser perturbada por una extraña presencia en el espejo. De hecho, el efecto del pequeño episodio se hizo evidente en esa mirada de complacencia preocupada que se ve durante un tiempo en cualquier chica que haya encontrado motivos para sospechar que es un ser sin contrapartida.

Este leve resplandor, todavía ligeramente radiante, fue observado por Walter al otro lado de la mesa, pero lo malinterpretó. "¿Por qué te ves tan satisfecho de ti mismo?" inquirió, y agregó en su forma de saber: "¡Te vi, está bien, linda!"

"¿Dónde me viste?"

"Centro."

—¿Esta tarde, te refieres a Walter?

"Sí, 'esta tarde, quiero decir, Walter'", respondió él, bromeando con su voz al menos lo suficientemente feliz como para complacerse a sí mismo; porque se rió aplaudiendo. "¡Oh, nunca me viste! Te pasé lo suficientemente cerca como para sacarte un diente, pero estabas muy ocupado. Nunca vi a nadie tan ocupado como tú, Alice, cuando estás remolcando una barcaza. ¡Vaya, pero mantén tus manos en marcha! ¡Parecía que el aire estaba lleno de ellos! Es por eso que entiendo por qué te ves tan feliz esta noche; Te vi con ese gran pez.

la señora Adams rió con benevolencia; ella no estaba disgustada con esta reunión. "Bueno, ¿qué hay de eso, Walter?" ella preguntó. "Si por casualidad ves a tu hermana en la calle cuando un buen joven está atento a ella..."

Walter ladró y luego se rió. "¡Vaya, Sal!" él dijo. "Tienes las partes mezcladas. Es la pequeña Alice la que estaba 'siendo atenta'. Conozco a los peces gordos a los que estaba atenta, muy bien, también.

"Sí", replicó su hermana, en voz baja. Creo que lo habrás reconocido, Walter.

Walter parecía molesto. "¡Sigo insistiendo en ESO!" él se quejó. "El tipo de mujeres que me gustan, si se lastiman, simplemente te golpean en algún lugar de la cara y luego terminan. Por cierto, escuché que se suponía que este Russell era el estable de tu querida, vieja y dulce amiga Mildred. ¿Qué haces caminando tan cerca de él como todo eso?

La Sra. Adams se dirigió a su hijo con un suave reproche: "¡Por qué, Walter!"

"Oh, no importa, mamá", dijo Alice. "Para los horribles todas las cosas son horribles".

"¡Salir!" Walter protestó, descuidadamente. "Escuché todo sobre este Russell en la tienda. El joven Joe Lamb es tan hablador que me pregunto si no arruinará el negocio de su abuelo; nos mantiene a todos nosotros, ayudantes baratos, escuchándolo nueve décimos de nuestro tiempo. Bueno, Joe me dijo que este Russell es pariente de la familia Palmer, y tiene algo de dinero propio, y lo está poniendo en la compañía fiduciaria del viejo Palmer y Palmer lo convertirá en vicepresidente de la compañía. . Una especie de arreglo para mantener el dinero en la familia, dice Joe Lamb.

La señora Adams se quedó pensativa. "No veo——" comenzó.

"Vaya, se supone que este Russell está atado a Mildred", explicó su hijo. "Cuando el viejo Palmer muera, este Russell será su yerno, y todo lo que tendrá que hacer será apenas levantar los pies y ponerse en los zapatos del viejo. ¡Ciertamente es una gran ayuda para este Russell! Será mejor que te vayas de ahí, Alice. Elige a alguien que tenga menos que perder y tendrás una mejor actuación".

El aire de consideración de la señora Adams no se había ido. Pero dices que este señor Russell está bien por su propia cuenta, Walter.

"Oh, Joe Lamb dice que tiene algo propio. No sabía cuánto.

"Bien entonces--"

Walter soltó su risa. "Déjalo", le ordenó. "Alice no correría en cuarto lugar".

Alice lo había estado mirando con indiferencia, como si estimara el valor de un espécimen de una colección que no era la suya. "Sí", dijo ella, con indiferencia. "Realmente eres vulgar, Walter".

Había terminado su comida; y, poniéndose de pie, rodeó la mesa hacia ella y le dio unas palmaditas amables en el hombro. "¡Buena vieja Allie!" él dijo. "HONESTO, no correrías en cuarto lugar. Si yo fuera tú, ni siquiera

empezaría en la clase. Esa pandilla de cara congelada te sacará de la pista tan pronto como vea tus colores.

—¡Walter! dijo su madre de nuevo.

"Bueno, ¿no soy yo su hermano?" él respondió, pareciendo completamente serio y directo, al menos por el momento. "*Me gusta la chica vieja, de acuerdo. El hecho es que, a veces, siento algo de pena por ella*".

"¿Pero de qué se trata todo esto?" Alicia lloró. "¿Simplemente porque me conociste en el centro de la ciudad con un hombre al que nunca vi pero una vez antes y apenas conozco! ¿Por qué toda esta palabrería?"

"¿Por qué?" repitió, sonriendo. "Bueno, te he visto empezar antes, ¿sabes?" Fue hasta la puerta y se detuvo. No tengo cita esta noche. Llévate al cine, te importa ir".

Ella declinó bruscamente. "¡No, gracias!"

"Vamos", dijo, tan amablemente como sabía.

"Dame la oportunidad de mostrarte un mejor momento del que tuvimos en ese antro de cara congelada. Te traeré algo de chop suey después.

"¡No, gracias!"

"Está bien", respondió y agitó un adiós frívolo. "Como dice el peluquero, ¡Cuanto mejor es el consejo, peor se desperdicia! ¡Buenas noches!"

Alice se encogió de hombros; pero un momento o dos más tarde, cuando la sacudida de la puerta de entrada cerrada por descuido atravesó la casa, ella negó con la cabeza, reconsiderando. Quizá debería haber ido con él. Podría haberlo mantenido alejado de las personas espantosas que son sus amigos, al menos por una noche.

"Oh, estoy segura de que Walter es un BUEN chico", dijo la Sra. Adams con dulzura; y esto era lo que casi siempre decía cuando su marido o Alice expresaban tales dudas. "Es raro, y ha adquirido buenos modales raros; pero eso es solo porque no le hemos dado ventajas como a los otros jóvenes. Pero estoy seguro de que es un BUEN chico".

Volvió al tema un poco más tarde, mientras lavaba los platos y Alice los limpiaba. "Por supuesto que Walter podría tomar su lugar con los otros buenos muchachos de la ciudad aún", dijo. "Quiero decir, si pudiéramos permitirnos ayudarlo financieramente. Todos pertenecen a los clubes de campo y tienen coches y..."

"No entremos más en eso, mamá", le rogó la hija. "¿Cual es el uso?"

"PODRÍA ser útil", insistió la Sra. Adams. "Podría si tu padre..."

"Pero papá NO PUEDE".

"Si, el puede."

“¿Pero cómo puede él? Me dijo que un hombre de su edad NO PUEDE renunciar a un negocio en el que ha estado prácticamente toda su vida, y simplemente andar a tientas por algo que tal vez nunca aparezca. ¡Creo que también tiene razón, por supuesto!

La señora Adams chapoteaba entre los platos con un nuevo vigor realzado por una antigua amargura. "Oh, sí", dijo ella. "Él habla de esa manera; pero él sabe mejor.

"¿Cómo podría él 'saber mejor', mamá?"

"¡ÉL sabe cómo!"

“¿Pero qué sabe él?”

La señora Adams sacudió la cabeza. “No creerás que soy tan tonto como para instarlo a que renuncie a algo a cambio de nada, ¿verdad, Alice? ¿Supones que querría que simplemente anduviera 'buscando a tientas' como te estaba diciendo? Eso sería una locura, por supuesto. Por muy poco que traiga su trabajo en Lamb's, no sería tan tonto como para pedirle que lo deje solo por la OPORTUNIDAD de que pueda encontrar algo más. ¡Dios mío, Alice, debes darme crédito por un poco de inteligencia de vez en cuando!

Alicia estaba desconcertada. “Pero, ¿qué más podría haber excepto una oportunidad? No veo--”

"Bueno, yo sí", interrumpió su madre, con decisión. “Ese hombre podría ayudarnos a todos ahora mismo si quisiera. Podríamos haber sido ricos hace mucho tiempo si él alguna vez hubiera sentido lo que debería por su familia.

"¡Qué! ¿Por qué, cómo podría...?"

—Lo sabes tan bien como yo —dijo la señora Adams, enfadada. "Supongo que no has olvidado cómo me trató el domingo antes de enfermarse".

Siguió con su trabajo, poniendo en él una violencia súbita inspirada por el recuerdo; pero Alicia, ilustrada, soltó una carcajada de lúgubre burla. “¡Oh, la fábrica de GLUE otra vez!” ella lloró. "¡Que tonto!" Y ella renovó su risa.

Muy a menudo los grandes proyectos de los padres parecen ignominiosos a sus hijos. La concepción de la señora Adams de una fábrica de pegamento como hada madrina de esta familia era una vieja historia absurda que Alice nunca se había tomado en serio. Recordó que cuando tenía unos quince años, su madre empezó de vez en cuando a decirle algo a Adams sobre una «fábrica de pegamento», con bastante timidez y como una sugerencia vaga, pero nunca sin irritarlo. Luego, durante años, no se había mencionado el absurdo tema; posiblemente por alguna explosión por parte de Adams, cuando su hija no había estado presente. Pero durante el último año, la señora Adams había vuelto silenciosamente a estas viejas insinuaciones, reviviéndolas a intervalos y también reviviendo la irritación de su marido. Alicia' Su impresión de aburrimiento fue

que su madre quería que él fundara, o comprara, o hiciera algo, u otra cosa, sobre una fábrica de pegamento; y que consideraba la propuesta tan impracticable que resultaba insultante. Las conversaciones de los padres tenían lugar cuando ni Alice ni Walter estaban presentes, pero a veces Alice llegaba al final de una y encontraba a su padre gritando y sacudiendo el aire detrás de él con monosílabos profanos mientras se marchaba. La señora Adams se quedaría tranquila y preocupada; y cuando Alice, simpatizando con el hombre incitado, le preguntaba a su madre por qué se habían renovado estas tediosas disputas, siempre obtenía la respuesta críptica y melancólica: “Él PODRÍA hacerlo, si quisiera. Alice no logró comprender la conveniencia de una fábrica de pegamento; en su opinión, un padre que trabajaba en una fábrica de pegamento carecía de atractivo; no tenía ninguna ventaja sobre un padre empleado por Lamb and Company; y supuso que Adams sabía mejor que su madre si tal empresa sería rentable o no. Enfáticamente, él pensó que no sería así, porque ella lo había oído gritar al final de una de estas dolorosas entrevistas: “Puedes seguir con tu maldita charla hasta que TÚ mueras y *Me* muero, pero nunca ganaré un centavo de Dios de esa manera!

Había habido una culminación. Al regresar de la iglesia el domingo anterior al colapso con el que había comenzado la enfermedad de Adams, Alice encontró a su madre abajo, llorando e intimidada, mientras los pasos de su padre se oían fuertemente mientras caminaba de un lado a otro de su habitación. También eran audibles sus interminables repeticiones de invectivas: “¡Esa mujer! Oh, esa mujer; ¡Oh, esa maldita mujer!

La Sra. Adams admitió a su hija que era “la vieja fábrica de pegamento” y que el desenfreno de su esposo la había asustado hasta hacerle una “promesa solemne” de no volver a mencionar el tema mientras tuviera aliento. Alicia se rió. La idea de la “fábrica de pegamento” no solo era aburrida, sino ridícula, y la evidente seriedad de su madre al respecto era uno de esos caprichos inexplicables que a veces descubrimos en las personas que conocemos mejor. Pero este alboroto dominical parecía ser el final de todo, y cuando Adams bajó a cenar, una hora más tarde, estaba inusualmente alegre. Alice se alegró de que se hubiera vuelto tan loco como para liquidar la fábrica de pegamento de una vez por todas; y había dejado de pensar en el episodio mucho antes del viernes de esa semana.

Durante la larga enfermedad, la “fábrica de pegamento” fue completamente olvidada, al menos por Alice; y su risa era tanto triste como burlona ahora, en la cocina, cuando se dio cuenta de que la mente de su madre volvía a concentrarse en esta molestia abandonada. “Pensé que habías superado todas esas tonterías, mamá”, dijo.

La Sra. Adams sonrió, patéticamente. “Por supuesto que piensas que es una tontería, querida. Los jóvenes piensan que todo es una tontería de lo que no saben nada”.

"¡Buena gracia!" Alicia lloró. "¡Creo que solía escuchar lo suficiente sobre esa horrible y vieja fábrica de pegamento para saber algo al respecto!"

"No", respondió su madre pacientemente. "Nunca has oído nada al respecto en absoluto".

"¿No lo he hecho?"

"No. Tu padre y yo no lo discutimos antes que vosotros, hijos. Todo lo que escuchaste fue cuando se enfurecía tanto, después de haber estado hablando de eso, que no podía controlarse cuando entrabas. ¿No *estaba* siempre callado? ¿Alguna vez continué hablando de eso?"

"No; talvez no. Pero estás hablando de eso ahora, mamá, después de que prometiste no volver a mencionarlo nunca más.

—Prometí no mencionárselo a tu padre —dijo la señora Adams con amabilidad—. No se lo he mencionado, ¿verdad?"

"Ah, pero si me lo mencionas, me temo que se lo mencionarás a él. Siempre hablas de las cosas que tienes en mente, y es posible que vuelvas a enfadar a papá por... Alice hizo una pausa, con una luz de adivinación parpadeando en sus ojos. "¡Oh!" ella lloró. "¡VEO!"

"¿Que ves?"

"¡TÚ HAS estado con él al respecto!"

"¡Ni una sola palabra!"

"¡No!" Alicia lloró. "¡Ni una PALABRA, pero eso es lo que has querido decir todo el tiempo! No le has dicho las palabras, pero todo esto instándolo a cambiar, a 'encontrar algo mejor en lo que dedicarse', todo ha sido por nada en la tierra, excepto por tu tonta y vieja fábrica de pegamento que sabes que lo molesta, y le diste ¡Tu solemne palabra de no volver a hablarle nunca más! No lo dijiste, pero lo dijiste en serio, ¡y él SABE que eso es lo que quisiste decir! ¡Ay, mamá!"

La Sra. Adams, con sus manos todavía trabajando automáticamente en la palangana inundada, se volvió hacia su hija. "Alice", dijo trémulamente, "¿qué pido para mí?"

"¿Qué?"

"Digo, ¿qué pido para mí? ¿Supones *que* quiero algo? ¿No sabes que estaría perfectamente satisfecho con los ingresos actuales de tu padre si fuera la única persona a tener en cuenta? ¿Qué me importa cualquier placer para mí? Estaría dispuesto a no volver a tener una doncella nunca más; *No* me importa hacer el trabajo. Si no tuviéramos hijos, me encantaría hacer la comida de tu padre, las tareas domésticas, lavar y planchar también, por el resto de mi vida. no me importaría Soy un pobre cocinero y un pobre ama de llaves; no hago nada bien; pero sería lo suficientemente bueno para él y para mí. Yo nunca pronunciaría una palabra de com——"

"¡Oh Dios!" se lamentó Alicia. "¿Que es todo esto?"

"Se trata de esto", dijo la Sra. Adams, tragando. "Tú y Walter son una nueva generación y deberían tener lo mismo que el resto de la nueva generación. Pobre Walter, pidiéndote que fueras al cine ya un restaurante chino: ¡lo mejor que tenía para ofrecer! ¿No crees que yo ¿Ves cómo se deteriora el pobre muchacho? ¿No crees que sé por lo que TÚ tienes que pasar, Alice? Y cuando pienso en ese hombre de arriba... La voz agitada se hizo más fuerte. "Cuando pienso en él y sé que nada en el mundo excepto su TERCERDAD impide que mis hijos tengan todo lo que quieren y lo que DEBEN tener, ¿supones que me voy a obligar a mantenerme al pie de la letra? promesa tonta que obtuvo de mí por comportarse como un loco? ¡No puedo! ¡No puedo hacerlo! ¡Ninguna madre podría sentarse y verlo encerrar un cuerno de la abundancia como ese en su armario cuando los niños se morían de hambre!

"¡Oh, Dios mío, Dios mío!" Alice protestó. "No estamos precisamente 'muriendo de hambre', ¿verdad?"

La Sra. Adams comenzó a llorar. "Es lo mismo. ¿No vi lo sonrojada y bonita que estabas esta tarde, después de haber estado caminando con este joven que vino aquí? ¿Crees que miraría a una chica como Mildred Palmer si tuvieras lo que deberías tener? ¿Crees que haría negocios con su padre si TU padre...?"

"Dios mío, mamá; eres peor que Walter: ¡apenas conozco al hombre! ¡NO seas tan absurdo!"

"Sí, siempre soy 'absurda'", gimió la Sra. Adams. "Todo lo que puedo hacer es llorar, mientras tu padre se sienta arriba, y su cuerno de la abundancia..."

Pero Alice interrumpió con una carcajada desesperada. "¡Oh, ese 'cuerno de la abundancia!' Baja a la tierra, mamá. ¿Cómo puedes llamar a una fábrica de GLUE, que no existe excepto en tu mente, un 'cuerno de la abundancia'? ¡Seamos un poco racionales!"

"PODRÍA ser un cuerno de la abundancia", insistió la llorosa señora Adams. "¡Podría! No entiendes nada al respecto.

"Bueno, estoy dispuesta," dijo Alice, con cansado escepticismo. "Hazme entender, entonces. ¿De dónde sacaste la idea?"

La señora Adams sacó las manos del agua, se las secó con una toalla y luego se secó los ojos con un pañuelo. "Tu padre podría hacer una fortuna si quisiera", dijo en voz baja. "Al menos, no digo una fortuna, pero de todos modos mucho más de lo que gana".

"Sí, ya he oído eso antes, mamá, y crees que podría salir de una fábrica de pegamento. Lo que estoy preguntando es: ¿Cómo?"

"¿Cómo? Pues, haciendo pegamento y vendiéndolo. ¿No sabes lo malo que es la mayoría de los pegamentos cuando intentas reparar algo? Un buen pegamento

es una de las cosas más raras que hay; y se vendería solo, una vez que comenzara. Bueno, tu padre sabe cómo hacer el mejor pegamento que hay en el mundo.

Alicia no estaba interesada. "¿Lo que de ella? Supongo que probablemente cualquiera podría hacerlo si quisiera".

"YO DIJE que no sabías nada al respecto. Nadie más podría lograrlo. Tu padre conoce una fórmula para hacerlo.

"¿Qué hay de eso?"

"Es una fórmula secreta. Ni siquiera está escrito en papel. Vale cualquier cantidad de dinero".

"¿Cualquier cantidad?" dijo Alice, permaneciendo incrédula. "¿Por qué papá no lo ha vendido entonces?"

"¡Solo porque es demasiado terco para hacer algo con eso!"

"¿Cómo lo consiguió papá?"

Lo consiguió antes de que tú nacieras, justo después de que nos casáramos. Entonces no pensé mucho en eso: no fue hasta que estabas creciendo y vi cuánto necesitábamos dinero que yo...

"Sí, pero ¿cómo lo consiguió papá?" Alice comenzó a sentir un poco más de curiosidad acerca de este posible tesoro enterrado. "¿Él lo inventó?"

"En parte", dijo la Sra. Adams, luciendo algo preocupada. "Él y otro hombre lo inventaron".

"Entonces tal vez el otro hombre--"

"Él está muerto."

"Entonces su familia--"

"No creo que haya dejado familia", dijo la Sra. Adams. De todos modos, pertenece a tu padre. Al menos le pertenece a él tanto como a cualquier otra persona. Tiene un derecho absolutamente perfecto para hacer lo que quiera con él, y nos haría sentir cómodos a todos si hiciera lo que yo quiero, ¡y él SABE que también lo haría!

Alice negó con la cabeza con lástima. "¡Pobre mamá!" ella dijo. "Por supuesto que él sabe que no haría nada por el estilo, o de lo contrario lo habría hecho hace mucho tiempo".

"¿Él lo haría, dices?" su madre lloró. "¡Eso solo demuestra lo poco que lo conoces!"

"¡Pobre mamá!" Alice dijo de nuevo, con dulzura. Si papá fuera como tú dices que es, estaría... ¡vaya, estaría loco!

La señora Adams asintió con una vehemencia cercana a la pasión. Tienes razón sobre él por una vez: ¡eso es exactamente lo que es! Se sienta ahí arriba en su

terquedad y nos deja esclavizarnos aquí en la cocina cuando si quisiera, si levantara el dedo meñique...

"¡Oh, ven, ahora!" Alicia se rió. "No se puede construir ni siquiera una fábrica de pegamento con un solo dedo meñique".

La señora Adams parecía a punto de replicar que criticar una figura retórica no venía al caso; pero un toque del timbre de la puerta principal se anticipó a la réplica. "Ahora, ¿quién supones que es?" se preguntó en voz alta, luego su rostro se iluminó. Ah, ¿el señor Russell preguntó si podía...?

"No, él no vendría esta noche," dijo Alice. "Probablemente sea el gran JA Lamb: suele detenerse un minuto los jueves para preguntar cómo está papá. Iré."

Se quitó el delantal y, mientras recorría la casa, su expresión era pensativa. Estaba pensando vagamente en la fábrica de pegamento y se preguntaba si, después de todo, podría haber "algo en ella". Si su madre estaba en lo cierto acerca de las ricas posibilidades del secreto de Adams, pero eso fue todo lo lejos que llegaron las especulaciones de Alice sobre el asunto en este momento: fueron refrenadas, en parte por la idea de que su padre probablemente no tenía suficiente dinero para tal empresa, y en parte por el hecho de que había llegado a la puerta principal.

CAPÍTULO XII

El elegante anciano reveló cuando abrió la puerta que probablemente era el último gran comerciante en Estados Unidos en usar la barba de la barbilla. Blanco como la escarcha blanca, estaba recortado con exquisita precisión, mientras que su labio superior y la parte inferior de sus mejillas estaban limpias y sonrosadas por el afeitado reciente. Con esta recortada barba blanca, el chaleco blanco, la corbata blanca, el traje de fina tela gris, los zapatos negros anchos y brillantemente lustrados y el sombrero de fieltro gris de ala ancha, he aquí un hombre que había encontrado su estilo en la años setenta del siglo pasado, y en adelante lo mantuvo. Los archivos de revistas antiguas de ese período podrían mostrarlo, en grabado en madera, como "Tipo de comerciante de Boston"; Nast podría haberlo dibujado como un estadista honesto. Tenía ochenta años, sano y fuerte, no envejecido;

"¡Bien bien bien!" dijo, de corazón. "Ya veo, señorita Alice, no ha perdido nada de su buena apariencia desde la semana pasada, así que supongo que debo asumir que no se ha estado preocupando por su papá. El joven se lleva bien, ¿verdad?"

“Está mucho mejor; está sentado, Sr. Lamb. ¿No quieres entrar?”

"Bueno, no lo sé, pero podría". Se volvió para llamar hacia los discos gemelos de luz en la acera: "Sal en un minuto, Billy"; y se podía ver la silueta de un chófer de pie junto a un automóvil saludando en respuesta, cuando el anciano caballero entró en el vestíbulo. "Supondrás que tu papá no está recibiendo llamadas todavía, ¿verdad?"

Es mucho más fuerte que cuando estuviste aquí la semana pasada, pero me temo que no está muy presentable.

“¿Presente?”, repitió jovialmente el anciano. "¡Bah! He visto mucha gente enferma. Sé cómo se ven y cómo les encanta anidar entre una pila de mantas y envoltorios viejos. No se preocupe por ESO, señorita Alice, si cree que le gustaría verme.

“Por supuesto que lo haría—si——” Alice vaciló; luego dijo rápidamente: "Por supuesto que le encantaría verte y es muy capaz de hacerlo, si quieres subir".

Subió corriendo las escaleras delante de él y tuvo tiempo de arrebatarse el chal de ganchillo de los hombros a su padre. Envuelto como de costumbre, estaba sentado junto a una mesa, leyendo el periódico de la tarde; pero cuando su patrón apareció en la puerta, se incorporó a medias como para saludarlo.

"¡Siéntate quieto!" gritó el anciano. "¿Qué quieres decir? ¿No sabes que eres débil como un gato? ¿Crees que un hombre puede estar enfermo tanto tiempo como tú y NO ser tan débil como un gato? ¿Por qué estás tratando de ser cortés conmigo?"

Adams, agradecido, prolongó el apretón de manos que acompañó a estas preguntas. “Esto es ciertamente muy bueno de su parte, Sr. Lamb”, dijo. “Supongo que Alice te ha dicho lo mucho que toda nuestra familia aprecia que vengas aquí tan regularmente para ver cómo le va a esta vieja bolsa de huesos. ¿No es así, Alice?”

“Sí, papá”, dijo ella; y se volvió para salir, pero Lamb la detuvo.

Quédese aquí, señorita Alice; Ni siquiera me voy a sentar. Sé cómo les molesta a las personas enfermas cuando personas ajenas a la familia entran por primera vez”.

“No me molestas”, dijo Adams. "Me sentiré mucho mejor si lo vislumbro, Sr. Lamb".

La risa del visitante fue ronca, pero cordial y tranquilizadora, como su voz al hablar. “Así es como todos mis muchachos me hablan, señorita Alice”, dijo. Creen que les facilitaré el trabajo si consiguen que me sienta un poco halagado. Solo dile a tu papá que no sirve de nada; él no se pone en MI lado suave, fingiendo que le gusta verme incluso cuando está enfermo”.

“Oh, ya no estoy tan enfermo”, dijo Adams. “Espero estar de vuelta en mi lugar dentro de diez días como máximo”.

“Bueno, ahora, no te apures, Virgil; no te apures Te tomas tu tiempo; Tome su tiempo.”

Esto trajo a los labios de Adams una débil sonrisa no exenta de una especie de vanidad, como débil. “¿Por qué?” preguntó. “Supongo que crees que mi departamento se maneja solo allí, ¿verdad?”

La respuesta de su empleador fue otra risa ronca. “¡Bien bien bien!” —gritó, y palmeó el hombro de Adams con una fuerte mano rosada. ¡Escuche a este jovencito, señorita Alice, por favor! ¡Piensa que no podemos vivir sin él ni un minuto! Sí, señor, este papá suyo cree que todo el trabajo se desmoronará si él no está allí para mantenerlo en funcionamiento. Siempre sospeché que pensaba mucho en sí mismo, ¡y ahora sé que lo hace!

Adams parecía preocupado. “Bueno, no me gusta sentir que mi salario continúa sin que me lo gane”.

“¡Escúchelo, señorita Alice! ¿No pensarías, ahora, que me dejaría ser el que se preocupara por eso? Vaya, te doy mi palabra, si tu papá se saliera con la suya, *no* estaría en ninguna parte. ¡Me quitaría todas mis preocupaciones y todo lo demás de mis hombros y me sacaría de Lamb and Company! ¡Él haría!”

—Me parece que he estado sirviendo a usted durante mucho tiempo, señor Lamb —dijo el convaleciente, quejumbrosamente—. “No me siento bien al respecto; pero volveré en diez días. Verás.”

El anciano le tomó la mano al despedirse. “Todo bien; Ya veremos, Virgilio. Por supuesto que te necesitamos, hablando en serio; pero no te necesitamos tanto, te dejaremos bajar antes de que estés completamente en forma y capaz. Fue a la puerta. “¿Oyó, señorita Alice? Eso es lo que quería hacerle entender al viejo, y lo que quiero que le impongas. El viejo lugar está allí esperándolo, y esperaría diez años si le llevara tanto tiempo recuperarse. ¡Ya ve que lo recuerda, señorita Alice!

Ella bajó las escaleras con él, y él continuó inculcando esto en ella hasta que salió por la puerta principal. E incluso después de eso, la voz ronca volvió a llamar desde la oscuridad, mientras se dirigía a su coche, “No lo olvide, señorita Alice; deja que se tome su tiempo. Siempre lo queremos, pero queremos que se ponga bien primero. ¡Buenas noches, buenas noches, jovencita!

Cuando cerró la puerta, su madre venía del otro extremo de la “sala”, donde no había luz; y Alice se volvió hacia ella.

“No puedo evitar que me guste ese viejo, mamá”, dijo. ¡Siempre suena tan... bueno, tan sólido, honesto y amistoso! Me gusta.

Pero la señora Adams no mostró simpatía sobre este punto. "Él no dijo nada sobre aumentar el salario de tu padre, ¿verdad?" preguntó, secamente.

"No."

"No. No pensé."

Habría dicho más, pero Alice, indispuesta a escuchar, comenzó a silbar, subió corriendo las escaleras y fue a sentarse con su padre. Lo encontró con los ojos brillantes por la emoción que provoca la primera visita a una convalecencia lenta: sus mejillas mostraban verdaderos indicios de color; y sonreía trémulamente mientras llenaba y encendía su pipa. Ella trajo la bufanda de ganchillo y se la puso de nuevo sobre los hombros, luego tomó una silla cerca de él.

"Creo que ver al Sr. Lamb te hizo bien, papá", dijo. "En cierto modo pensé que podría, y por eso lo dejé subir. Realmente te pareces un poco a tu antiguo yo otra vez".

Adams exhaló un entrecortado "¡Ja!" con el humo de su pipa mientras agitaba el fósforo para apagarlo. "Eso está bien", dijo. "El humo que fumaba antes de la cena no sabía como antes, y me preguntaba si había perdido el gusto por el tabaco, pero este parece estar bien. ¡Apuesto a que me hizo bien ver a JA Lamb! Es el hombre más grande que jamás haya vivido en esta ciudad o vivirá aquí; y puedes tomar a todos los gobernadores y senadores o cualquier cosa que hayan planteado aquí, y ponerlos en una olla con él, ¡y no saldrán uno-dos-tres junto a él! Y pensar en un hombre tan grande como ese, con todos sus intereses y todo lo que tiene en mente, pensar que..."

"¡Qué tontería, papá! Por supuesto que no eres 'un don nadie'".

Adams rió débilmente sobre la boquilla de su pipa, y la vanidad que tenía pareció estimularse aún más con los aplausos de su hija. "Supongo que no hay mucha gente en esta ciudad que pueda afirmar que JA mostró tanto interés en ellos", dijo. "Por supuesto que no me propongo creer que todo se debe al mérito, ni nada por el estilo. Él haría lo mismo por cualquier otra persona que haya estado en la compañía tanto tiempo como yo, pero aun así ES algo importante estar en la compañía tanto tiempo y que demuestre que lo aprecia".

"Sí, de hecho, lo es, papá".

"Sí, señor", dijo Adams reflexivamente. "Sí, señor, supongo que es así. Y además, todo demuestra la clase de hombre que es. Simon puro, eso es lo que es ese hombre, Alice. ¡Auténtico! Nunca ha habido nadie trabajando para él que no lo respete más que a cualquier otro hombre en el mundo, supongo. Y cuando trabajas para él, sabes que él también te respeta. Desde el primer momento tienes la sensación de que JA deposita absoluta confianza en ti; y eso es muy estimulante: te dan ganas de demostrarle que no lo ha perdido. Hay grandes valores morales en la forma en que un hombre como él te hace sentir acerca de

tus relaciones con el negocio: no se trata solo de dólares y centavos, ¡de ninguna manera!”

Guardó silencio durante un rato, luego volvió con creciente entusiasmo a este tema, y Alicia se alegró de ver tanta renovación de vida en él; no había hablado con el mismo vigor alegre desde antes de su enfermedad. La visita de su gran hombre idolatrado ciertamente había sido buena para él, infundiéndole un nuevo espíritu; y la vivacidad del cuerpo siguió a la del espíritu. Su mejoría continuó durante la noche: durmió bien y se despertó tarde, declarando que estaba "bastante cerca de un hombre sano y listo para trabajar en este momento". Además, después de haber vuelto a dormir por la tarde, se vistió y bajó a cenar, apoyándose ligeramente en Alice, que lo conducía.

"¡Mi! ¡pero tú y tu madre habéis estado fregando y quitando el polvo! dijo, mientras cruzaban la "sala de estar". "¡No creo que haya visto la casa tan impecable antes!" Su mirada se posó en unos pocos claveles en un jarrón, y se rió entre dientes con admiración. "¡Flores también! ¡Así que ESO es por lo que me engatusaste con ese dólar y medio esta mañana!

Otros adornos provocaron su comentario cuando hubo tomado su antiguo asiento a la cabecera de la pequeña mesa del comedor. "¡Por qué, lo declaro, Alice!" el exclamó. "Estuve tan ocupado mirando todo el esplendor después de la limpieza de la casa, y las flores en el salón, 'sala de estar', supongo que quieres que lo llame, si solo tengo que estar a la moda, yo He estado tan ocupado estudiando todo esto y esto, ¡declaro que nunca me fijé en TI hasta este momento! ¡Vaya, pero ESTÁS disfrazado! ¿Qué pasa? ¿De qué se trata? ¿Tú tan arreglada y flores en el salón y todo?

"¿No ves, papá? Es en honor a que viniste abajo de nuevo, por supuesto.

"Oh, así que eso es todo", dijo. "Nunca hubiera pensado en eso, supongo".

Pero Walter miró de soslayo a su padre y soltó su risa astuta y cómplice. "¡Yo tampoco!" él dijo.

Adams levantó las cejas con jocosidad. Estás celoso, ¿verdad, hijito? No querrás que el anciano piense que nuestra jovencita haría tanto alboroto por él, ¿verdad?

"Sigue pensando que es por ti", replicó Walter, divertido. "Sigue y piénsalo. Te hará bien.

"Por supuesto que lo pensaré", dijo Adams. "No es el cumpleaños de nadie. Ciertamente, las decoraciones se deben a que bajé las escaleras. ¿No escuchaste a Alice decir eso?

"Claro, la escuché decir eso".

"Bien entonces--"

Walter lo interrumpió con un poco de música. Mirando astutamente a Alice, cantó:

*"Estaba saliendo el lunes con mi cosa dulce.
Ella es mi cosa ordenada,
Mi dulce cosa:
Iré el martes por la noche a verla.
¡Oh, cómo vamos a cucharear—"*

—¡Walter! su madre lloró. "¿DÓNDE aprendes canciones tan vulgares?" Sin embargo, ella no parecía muy disgustada con él y se reía mientras hablaba.

"¡Así que eso es todo, Alicia!" dijo Adams. "Jugando al hipócrita con tu viejo, ¿verdad? Es un nuevo galán, ¿verdad?"

"Ojalá lo fuera", dijo con calma. "No. Es justo lo que dije: es todo para ti, querida.

"No dejes que te engañe", aconsejó Walter a su padre. "Ella tiene expectativas. Te quedas abajo un rato después de la cena y verás.

Pero la profecía falló, aunque Adams se fue a su propia habitación sin esperar a probarla. Nadie vino.

Alice se quedó en la "sala de estar" hasta las nueve y media, cuando subió lentamente las escaleras. Su madre, casi llorando, la recibió en la parte superior y le susurró: "No debe importarte, querida".

"¿No debe importarte qué?" Alice preguntó, y luego, mientras seguía su camino, se rió con desdén. "¡Qué absoluta tontería!" ella dijo.

Al día siguiente, cortó los tallos de la muestra bastante escasa de claveles y los refrescó con agua nueva. En la cena, su padre, todavía de muy buen humor, observó que ella se había "disfrazado" nuevamente en honor a su segundo descenso de las escaleras; y Walter repitió su fragmento de canción censurable; pero estas jocosidades quedaron sin sentido por la noche sin acontecimientos que siguió; y por la mañana los claveles comenzaron a verse deslustrados y flácidos.

Alice los miró largamente y luego los tiró; y ni Walter ni su padre se sintieron inspirados por su sencillo traje para esa noche. La Sra. Adams estaba visiblemente deprimida.

Cuando Alice terminó de ayudar a su madre con los platos, salió y se sentó en los escalones de la pequeña terraza delantera. La noche, suave con el aire tibio del sur, la envolvía agradablemente, y el humo perpetuo era más tenue. Ahora que los hornos de las viviendas ya no estaban encendidos, la vida en esa ciudad había comenzado a parecerse menos a la vida en un túnel ferroviario; la gente era consciente del verano en el aire, en el espeso follaje de los árboles de sombra y en el cielo. Las estrellas fueron descubiertas por el paso de las nieblas de humo más densas, y esta noche se podían ver claramente; parecían cálidos y

cercanos. Otras chicas estaban sentadas en las galerías y escalinatas de la calle de Alice, alegres como jóvenes pescadores a orillas de un arroyo.

Alice podía escucharlos de vez en cuando; delgadas sopranos persistentes en una risa que caía lúgubrementemente sobre sus oídos. Ella misma no había establecido líneas ni redes, y lo que tenía de "expectativas", como las llamaba Walter, se desvaneció. Porque Alice tenía experiencia; y una de las conclusiones que sacó de su experiencia fue que cuando un hombre dice: "Te tomaría por cualquier cosa que tú quisieras", puede que lo diga en serio o puede que no; pero, si lo hace, no pospondrá la primera oportunidad para decir algo más. Los pequeños asuntos, una vez iniciados, deben calentarse rápidamente; porque si se enfrían están muertos.

Pero Alice no estaba pensando en Arthur Russell. Cuando tiró los claveles, también tiró sus pensamientos sobre ese joven. Ella había sido como un niño que ve en la calle, a cierta distancia delante de él, un trozo de algo redondo y brillante, una posible moneda de diez centavos. Espera que sea una moneda de diez centavos y, hasta que se acerca lo suficiente para asegurarse, juega a que es una moneda de diez centavos. En su mente tiene una aventura con él: compra algo delicioso. Si lo levanta, descubriendo sólo un poco de papel de aluminio que ha dado con una forma redonda, siente un hundimiento. Un embotamiento cae sobre él.

Así que Alice estaba aburrida por la pérdida de una aventura; y cuando las risas de otras muchachas la alcanzaban, intermitentemente, no le quedaba suficiente vivacidad para envidiar su alegría. Además, estos vecinos eran ilegibles hasta para su envidia, siendo de otra casta; nunca podrían conocer un baile en casa de los Palmer, excepto remotamente, a través de un periódico. Su risa era para animar a los jóvenes enérgicos de las tiendas y oficinas del centro de la ciudad, empleados, tenedores de libros, etc., algunos de ellos probablemente graduados de Frincke's Business College.

Luego, al recordar ese portal oscuro, con su polvorienta escalera que subía entre paredes estrechas para desaparecer en las sombras superiores, su mente retrocedió como si fuera una puerta al Purgatorio. Sin embargo, a menudo era una imagen en su ensoñación; ya veces aparecía repentinamente, sin secuencia, en medio de sus otros pensamientos, como si saltara entre ellos desde una oscuridad más baja; y cuando llegó se quiso quedar. Así, un viajero, que aún recorre el mundo a lo lejos, a veces medita sin motivo aparente sobre el lote de entierro de su familia: "Me pregunto si terminaré allí".

El presentimiento pasó abruptamente, con una sacudida de su aliento, cuando la farola reveló una figura alta y fácil que se acercaba desde el norte, balanceando un bastón al ritmo de su paso. Ella había entregado a Russell, y él vino.

"¡Qué suerte para mí!" el exclamó. "¡Para encontrarte solo!"

Alice le dio la mano por un instante, sin moverse de otra manera. “Me alegro de que haya sucedido así”, dijo. Quedémonos aquí, ¿de acuerdo? ¿Crees que es demasiado provinciano sentarse en los escalones de la entrada de una chica con ella?

“¿Provincial? Vaya, es la mejor de nuestras instituciones —replicó él, tomando su lugar junto a ella—. Al menos eso creo yo esta noche.

“¡Gracias! ¿Es esa práctica para otras noches en otro lugar?

“No”, se rió. “Toda la práctica condujo a esto. ¿Llegué demasiado pronto?

“No”, respondió ella, gravemente. “¡Justo a tiempo!”

“Me alegra ser tan preciso; He pasado dos tardes deseando venir, señorita Adams, en lugar de hacer lo que estaba haciendo.

“¿Qué fue eso?”

“Cenas. Cenas grandes y largas. Tus conciudadanos son inmensamente hospitalarios con un recién llegado.

“Oh, no,” dijo Alicia. “No lo hacemos para todos. ¿No te encontraste encantado?

“Uno era una cena de hombres”, explicó. “Sres. Palmer parecía pensar que debería mostrarme a los principales hombres de negocios.

“¿Cuál fue la otra cena?”

Lo dio mi prima Mildred.

“¡Oh, lo hizo!” Dijo Alice, bruscamente, pero se recuperó en el mismo instante y se rió. Supongo que quería mostrarte a las principales mujeres de negocios.

“No sé. En cualquier caso, no debería darme a mí mismo para ser tan agasajado por sus 'conciudadanos', después de todo, ya que ambos fueron hechos por mis parientes, los Palmer. Sin embargo, hay otros a seguir, me temo. Me preguntaba, esperaba que tal vez vendrías a algunos de ellos. ¿No es así?

“Prefiero dudarlo,” dijo Alice, lentamente. “El baile de Mildred fue casi la única noche que salí desde que comenzó la enfermedad de mi padre. Parecía mejor ese día; así que fui. Estaba mejor el otro día cuando quiso esos puros. Tiene muchos altibajos”. Ella hizo una pausa. Casi había olvidado que Mildred es tu prima.

“No muy cerca”, explicó. “Sres. El padre de Palmer era mi tío abuelo.

“Aún así, por supuesto que están relacionados”.

“Sí; tan distante.”

Alice dijo plácidamente: “Es una gran ventaja”.

El acepto. “Sí. Está.”

“No”, dijo ella, en el mismo tono plácido. Me refiero a Mildred.

"No veo--"

Ella rió. "No, no lo harías. Quiero decir que es una ventaja sobre el resto de nosotros a quienes nos gustaría competir por algo de su tiempo; y lo peor de todo es que no podemos acusarla de ser injusta al respecto. No podemos probar que mostró alguna astucia al tenerte como prima. Cualquier otra cosa que pudiera planear hacer contigo, no lo planeó. ¡Así que el resto de nosotros debemos soportarlo!"

"¡El 'resto de ustedes!'", se rió. "¡Va a significar una gran cantidad de sufrimiento!"

Alice retomó su tono plácido. Te vas a quedar en casa de los Palmer, ¿verdad?

"No, no ahora. He alquilado un apartamento. voy a vivir aquí; soy permanente ¿No te lo dije?

"Creo que había oído en alguna parte que eras tú", dijo. "¿Crees que te gustará vivir aquí?"

"¿Cómo se puede saber?"

"Si yo estuviera en su lugar, creo que debería poder decirlo, Sr. Russell".

"¿Cómo?"

"¡Por qué, Dios mío!" ella lloró. ¿No tienes a la criatura más perfecta de la ciudad para tu... tu prima? ELLA espera que te guste vivir aquí, ¿no? ¿Cómo podrías evitar que te gustara, incluso si intentaras que no te gustara, dadas las circunstancias?

"Bueno, verás, hay tantas circunstancias", explicó; "No estoy seguro de que me guste volver a tener un negocio. Supongo que la mayoría de los hombres de mi edad en el país han estado pasando por la misma experiencia: la Guerra nos dejó con una inquietud de espíritu considerable".

"¿Estuviste en la guerra?" preguntó, rápidamente, y con la misma rapidez se respondió a sí misma: "¡Por supuesto que lo estabas!"

"Yo era un sobrante; solo me dejaron salir hace unos cuatro meses", dijo. "Es una gran sacudida tratar de establecerse de nuevo".

Entonces, ¿estabas en Francia?

"Oh sí; pero no subí mucho al frente, solo dos o tres veces, y luego solo por un día más o menos. Yo estaba en el servicio de transporte.

Eras un oficial, por supuesto.

"Sí", dijo. "Me dejaron jugar cuando era mayor".

"Supuse que era mayor", dijo. "Siempre serías bastante grandioso, por supuesto".

Russell estaba divertido. "Bueno, ya ves", le informó, "daba la casualidad de que teníamos al menos varios otros mayores en nuestro ejército. ¿Por qué siempre sería algo 'bastante grandioso'?"

Estás emparentado con los Palmer. ¿No te das cuenta de que siempre afectan a los bastante grandiosos?

"Entonces crees que soy solo una de sus afectaciones, lo entiendo".

"¡Sí, parece ser el más exitoso que tienen!" Alice dijo, a la ligera. "Ciertamente les perteneces". Y ella se rió como si algo le escondiera. "¿No es así?"

"Pero acabas de disculparme por eso," protestó. "Dijiste que nadie podía ser culpado por ser su primo tercero. ¡Qué chica tan contradictoria eres!"

Alicia negó con la cabeza. "Mantengámonos alejados del tipo de chica que soy".

"No", dijo. "Eso es justo de lo que vine aquí a hablar".

Ella sacudió su cabeza otra vez. "Vamos a ceñirnos primero a la clase de hombre que eres. Me alegro de que estuvieras en la guerra.

"¿Por qué?"

"Ay, no lo sé". Se quedó callada un momento, porque estaba pensando que aquí decía la verdad: su servicio lo envolvía con un poco de encanto que ayudaba a complacerla con él. Se había sentido complacida con él durante su paseo; complacido con él por su propia cuenta; y ahora ese placer se hacía más agudo. Ella lo miró, y aunque la luz en la que lo vio era poco más que la luz de las estrellas, vio que él la miraba fijamente con una seriedad bondadosa y sonriente. De repente le pareció que el aire de la noche era más dulce de respirar, como si le hubiera llegado una fragancia lejana de flores nuevas. Ella le devolvió la sonrisa y dijo: "Bueno, ¿qué tipo de hombre eres?"

"No sé; A menudo me lo he preguntado —respondió. "¿Qué tipo de chica es usted?"

"¿No te acuerdas? Te lo dije el otro día. ¡Soy solo yo!"

"¿Pero quién es ese?"

"Te olvidas de todo"; dijo Alicia. "Me dijiste qué clase de chica soy. Parecías pensar que te habías enamorado de mí desde el principio.

"Así lo hice", estuvo de acuerdo, de todo corazón.

"¡Pero qué rápido lo olvidaste!"

"Oh no. Solo quiero que TÚ digas qué tipo de chica eres".

Ella se burló de él. "No sé; ¡Me lo he preguntado a menudo! ¿Qué clase de chica te dice Mildred que soy? ¿Qué ha dicho ella sobre mí desde que te dijo que yo era 'una señorita Adams'?"

"No sé; No le he preguntado.

"Entonces NO le preguntes," dijo Alice, rápidamente.

"¿Por qué?"

"Porque ella es una criatura tan perfecta y yo soy tan imperfecta. Las criaturas perfectas tienen la manera más perfecta de arruinar a las imperfectas".

"Pero entonces no serían perfectos. No si ellos——"

"Oh, sí, siguen siendo perfectamente perfectos", le aseguró. "Eso es porque nunca entran en detalles. No son tan vulgares como para decir directamente que has estado en la cárcel por robar pollos. Simplemente se ven distraídos y dicen en voz baja: 'Oh, mucho; pero no creo que te guste ella en particular'; y luego comienzan a hablar de otra cosa de inmediato".

Su sonrisa había desaparecido. "Sí", dijo, algo triste. "Eso suena como Mildred. ¡Ciertamente parece conocerla! ¿Conoces a todo el mundo tan bien como eso?"

"Yo no", dijo Alice. "No me conozco en absoluto. Empecé a preguntarme sobre eso, sobre quién era yo, el otro día después de que caminaras a casa conmigo.

Lanzó una exclamación y agregó, explicándolo: "¡Sin embargo, le das a un hombre la oportunidad de ser fatuo! ¡Como si caminar a casa conmigo fuera lo que te hizo preguntarte sobre ti mismo!"

"Lo fue," le informó Alice, fríamente. Me preguntaba qué quería que pensaras de mí, en caso de que volviera a verte alguna vez.

Esta audacia pareció quitarle el aliento. "¡Por George!" gritó.

"No debes estar asombrado", dijo. "Lo que decidí entonces fue que probablemente nunca me atrevería a ser yo mismo contigo, no si me importaba que quisieras volver a verme, y sin embargo, aquí estoy, ¡siendo yo mismo después de todo!"

"Tú ERES la serie de sorpresas más alegre", exclamó Russell, y Alice añadió a la serie.

"Dime: ¿Es una buena política para mí seguir contigo?" preguntó ella, y él encontró deliciosa la burla en su voz. "¿Me aconsejarías que te ofreciera descargas como una especie de vacaciones de la suavidad?"

"Suavidad" fue otro boceto de Mildred; uno reconocible, o no habría sido gracioso. En las manos de Alicia, tan diestra en esta labor, su escultural amiga se volvía tan ridícula como una fina figura de cera dejada a merced de un satírico.

Pero la vivaz joven escultora sabía que no debía exagerar: lo que hizo debe parecer que brota todo de la alegría; así que se rió como si no quisiera y dijo: "¡NO DEBO reírme de Mildred! En primer lugar, ella es tu... tu prima. Y en

segundo lugar, no pretende ser graciosa; no está bien reírse de personas realmente espléndidas que se toman en serio a sí mismas. En tercer lugar, no volverás si lo hago”.

“No estés seguro de eso”, dijo Russell, “hagas lo que hagas”.

“¿Lo que sea que haga?” repitió ella. “¡Eso suena como si pensaras que PODRÍA ser genial! Ten cuidado; hay una cosa que podría hacer que te mantendría alejado.

"¿Qué es eso?"

“Podría decirte que no vinieras”, dijo. Me pregunto si debería hacerlo.

"¿Por qué te preguntas si 'deberías hacerlo'?"

"¿No lo adivinas?"

"No."

“Entonces seamos misterios el uno para el otro”, sugirió. Te desconcierto porque me pregunto, y tú me desconciertas porque no adivinas por qué me pregunto. Lo dejaremos así, ¿de acuerdo?

"Muy bien; siempre y cuando sea seguro que NO me digas que no vuelva otra vez.

—No te diré eso... todavía —dijo—. “De hecho——” Hizo una pausa, reflexionando, con la cabeza ladeada. “De hecho, no te diré que no vengas, probablemente, hasta que vea que eso es lo que quieres que te diga. Te dejaré salir fácilmente y me aseguraré de verlo. Incluso antes de que tú lo hagas, tal vez.

“Ese arreglo me queda bien”, respondió Russell, y su voz no tenía rastro de jocosidad: se había puesto serio. “Me conviene más si eres lo suficientemente serio como para decir que puedo ir, oh, no cuando quiera; ¡No espero tanto! Pero si te refieres a que puedo verte con bastante frecuencia.

"Por supuesto que hablo en serio", dijo. “Pero antes de decirte que puedes venir 'bastante a menudo', me gustaría saber cuánto de mi tiempo necesitarías si vinieras 'cuando quieras'; y, por supuesto, no te atreverías a dar ninguna respuesta a esa pregunta excepto una. ¿No me dejarías salir los jueves?

“No, no”, protestó. “Quiero saber. ¿Me dejarás venir muy a menudo?

“Inclínate un poco hacia mí,” dijo Alice. “Yo quiero que entiendas.” Y cuando él inclinó obedientemente su cabeza cerca de la de ella, ella se inclinó hacia él como si fuera a susurrar; luego, en medio de un grito, exclamó:

"¡SÍ!"

Aplaudió. "¡Por George!" él dijo. “¿Qué niña eres!”

"¿Por qué?"

“Bueno, por la primera razón, porque tienes alegrías como esa. Creo que a tu padre realmente le gustaría estar enfermo, solo para estar en la casa contigo todo el tiempo.

“¿Quieres decir con eso”, preguntó Alice, “que mantengo alegre a mi familia con mis pequeñas y divertidas maneras?”

"Sí. ¿No es así?"

"Solo había niños en su familia, ¿no es así, Sr. Russell?"

“Yo era hijo único, desafortunadamente”.

"Sí", dijo ella. "Veo que no tenías hermanas".

Por un momento se quedó perplejo ante su significado, luego lo vio y estuvo más encantado con ella que nunca. “Puedo responder una pregunta tuya, ahora, que no podía hace un tiempo.”

"Sí, lo sé", respondió ella en voz baja.

“¿Pero cómo puedes saberlo?”

“Es la pregunta que te hice sobre si te iba a gustar vivir aquí”, dijo. “Estás a punto de decirme que ahora sabes que te va a gustar”.

"¡Más telepatía!" el exclamó. “Sí, eso fue todo, precisamente. Supongo que te habrán dicho lo mismo tantas veces que tú...”

“No, no lo ha hecho,” dijo Alice, un poco confundida por el momento. "Para nada. Quise decir... —Hizo una pausa y luego preguntó con voz suave—: ¿De verdad te gustaría saberlo?"

"Sí."

"Bueno, entonces, solo tenía miedo de que no lo dijeras en serio".

"Mira aquí", dijo. “Lo dije en serio. Te dije que estaba siendo bastante difícil para mí acomodarme de nuevo. Bueno, es más difícil de lo que crees, pero creo que puedo salir adelante con buen ánimo si puedo ver a una chica como tú 'bastante a menudo'”.

"Está bien", dijo ella, en un tono de negocios. "Te he dicho que puedes si quieres".

"Sí quiero", le aseguró. "¡Efectivamente!"

"¿Con qué frecuencia es 'bastante a menudo', Sr. Russell?"

“¿Caminarías conmigo a veces? ¿Mañana?”

"A veces. Mañana no. El día después."

"¡Eso es espléndido!" él dijo. Caminarás conmigo pasado mañana, y la noche siguiente te veré en el baile de la señorita Lamb, ¿verdad?"

Pero esto cayó bastante escalofriantemente sobre Alice. ¿El baile de la señorita Lamb? ¿Qué señorita Lamb? ella preguntó.

“No sé, es el que acaba de salir del luto”.

Oh, Henrietta, sí. ¿Es su baile tan pronto? Lo había olvidado.

"Estarás allí, ¿verdad?" preguntó. "Por favor, di que te vas".

Alice no respondió de inmediato, y él la instó nuevamente: "Por favor, prométeme que estarás allí".

"No, no puedo prometer nada", dijo, lentamente. "Verás, por un lado, papá podría no estar lo suficientemente bien".

“¿Pero si lo es?” dijo Russel. Si es así, seguramente vendrás, ¿no? O, tal vez—
—” Dudó, luego continuó rápidamente, “No conozco las reglas en este lugar todavía, y diferentes lugares tienen reglas diferentes; pero ¿tienes que tener un chaperón, o las chicas no van a los bailes con los hombres a veces? Si lo hacen, ¿me dejarías llevarte?”

Alicia se sobresaltó. "¡Buena gracia!"

"¿Qué pasa?"

“¿No crees que tus parientes... no se espera que vayas con Mildred y la Sra. Palmer?”

"No necesariamente. No importa lo que se espere que haga”, dijo. "¿Irías conmigo?"

“Yo... No; No pude.

"¿Por qué no?"

"No puedo. Yo no voy."

"¿Pero por qué?"

“Papá no está realmente mejor,” dijo Alice, roncamente. "Estoy demasiado preocupada por él para ir a un baile". Su voz sonaba emocional, bastante genuinamente; había algo casi como un sollozo en él. Hablemos de otras cosas, por favor.

Él asintió gentilmente; pero la señora Adams, que había estado escuchando la conversación junto a la ventana abierta, justo encima de su cabeza, no lo oyó. Había interpretado correctamente el sollozo en la voz de Alicia y, temblando de ira repentina, se levantó de sus rodillas y se dirigió ferozmente a la habitación de su marido.

CAPÍTULO XIII

No se había desvestido y estaba sentado junto a la mesa, fumando su pipa y leyendo su periódico. Sobre su frente, las líneas en ese viejo patrón, el mapa histórico de sus problemas, se habían vuelto un poco más vagas últimamente; relajado por la complacencia de un hombre que no sólo encuentra su salud restaurada, sino que ve los días ante él prometiendo una vez más una rutina familiar que siempre le ha gustado seguir.

Cuando entró su esposa, cerrando la puerta detrás de ella, levantó la vista alegremente, "Bueno, madre", dijo, "¿qué noticias hay abajo?"

—Eso es lo que vine a decirte —le informó ella, sombríamente.

Adams bajó el periódico hasta la rodilla y la miró por encima de las gafas. Ella se había quedado junto a la puerta, de pie, y la gran sombra verdosa de la pequeña pantalla de la lámpara sobre la mesa de él la revelaba pero dudosamente. "¿No está todo bien?" preguntó. "¿Qué pasa?"

"No te preocupes: te lo voy a decir", dijo ella, su severidad no se relajó. —Ya hay suficiente materia, Virgil Adams. ¡Importa lo suficiente como para enfermarme de estar vivo!

Con eso, las marcas en sus cejas comenzaron a emerger de nuevo con toda su nitidez; el viejo patrón reapareció. "¡Oh mi mi!" se lamentó. "Pensé que tal vez todos íbamos a establecer un poco de paz por un tiempo. ¿De qué se trata ahora?"

"Se trata de Alice. ¿Pensaste que era sobre MÍ o algo por MÍ MISMO?"

Como una vieja máquina lista, siempre en orden, su irritabilidad respondió inmediata y automáticamente a la emoción de ella. "¿Cómo diablos podría pensar de qué se trata, o para quién es? ¡DÍLO, y supéralo!"

"Oh, lo 'diré'", prometió ominosamente. "Lo que vengo a preguntarte es, ¿cuánto tiempo más esperas que aguante a ese viejo y sus andanzas?"

"¿Las obras de quién? ¿Qué viejo?"

Ella se acercó a él, ferozmente acusador. ¡Sabes muy bien qué, viejo, Virgil Adams! Ese anciano que estuvo aquí la otra noche.

"Sres. ¿Cordero?"

"Sí; ¡Señor Cordero!" Ella se burló de su voz. "¿A qué otro anciano probablemente me refiero excepto a JA Lamb?"

"¿Qué ha estado haciendo ahora?" preguntó su esposo, satíricamente. "¿De dónde sacaste algo nuevo contra él desde la última vez que..."

"¡Sólo esta!" ella lloró. "La otra noche cuando ese hombre estuvo aquí, si hubiera sabido cómo iba a hacer sufrir a mi hijo, nunca lo hubiera dejado poner un pie en mi casa".

Adams se reclinó en su silla como si su absurdo lo hubiera tranquilizado. "Oh, ya veo", dijo. Te has vuelto completamente loco. Esa es la única explicación de tal charla, y se adapta al caso.

"¿No nos ha hecho sufrir ese hombre todos los días de nuestra vida?" exigió. "Me gustaría saber por qué mi vida y la de mis hijos tienen que ser sacrificadas por él".

"¿Cómo son 'sacrificados' para él?"

"¿Porque sigues trabajando para él! Porque sigues dejándolo repartir cualquier pequeña y miserable miseria que elija darte; ¡es por eso! Es como si fuera un viejo y horrible Juggernaut y tuviera que ver al propio padre de mis hijos arrojándolos debajo de las ruedas para mantenerlo satisfecho".

"¡No escucharé más cosas así!" Levantando su papel, Adams fingió leer.

"Será mejor que me escuches", lo amonestó. ¡Podrías arrepentirte de no haberlo hecho, en caso de que alguna vez intentara poner un pie en mi casa otra vez! Podría decirle en su cara lo que pienso de él.

Ante esto, Adams golpeó el periódico sobre su rodilla. "¡Ay, el diablo! ¿Qué importa lo que pienses de él?"

"¡Será mejor que te importe!" ella lloró. "¿Crees que voy a someterme para siempre a él y su familia y lo que le están haciendo a mi hijo?"

"¿Qué le están haciendo él y su familia a 'su hijo'?"

La Sra. Adams salió con eso. "Esa pequeña e insolente Henrietta Lamb siempre ha despreciado a Alice cada vez que ha tenido la oportunidad. Ha seguido el ejemplo de las otras chicas; todos siempre han estado celosos de Alice porque se atrevía a intentar ser feliz, y porque es más llamativa y más guapa que ellos, aunque tú le das sólo unos treinta y cinco centavos al año para hacerlo. ¡en! Todos han hecho todo lo posible para alejar a los jóvenes de ella y menospreciarla ante ellos; y esta pequeña y mezquina Henrietta Lamb ha sido la peor de toda la multitud para Alice, cada vez que veía una oportunidad.

"¿Para qué?" preguntó Adams, incrédulo. "¿Por qué ella o cualquier otra persona debería molestar a Alice?"

"¿Por qué? ¿Para qué?", repitió su mujer con mayor vehemencia. "¿Tú me preguntas tal cosa como eso? ¿Realmente quieres saber?"

"Sí; Me gustaría saber, lo haría si lo creyera.

"Entonces te lo diré", dijo con una furia fría. Es por ti, Virgilio, y por nada más en el mundo.

Él la abucheó. "¡Oh si! A estas chicas no les gusto, así que se meten con Alice".

"Deja de palabrear y evadir", dijo. "Una multitud de chicas así, cuando tienen una chica bonita como Alice entre ellas, actúan como bestias salvajes. La harán pedazos, o la perseguirán y la echarán, porque saben que si tuviera la mínima oportunidad los eclipsaría. No pueden hacerle eso a una chica como Mildred Palmer porque tiene dinero y una familia que la respalda. Ahora escúchame, Virgil Adams: tal como está el mundo ahora, el dinero ES familia. Alice tendría tanta "familia" como cualquiera de ellos, si no te hubieras quedado atrás en la carrera.

"¿Cómo...?"

"¡Si lo hiciste!" ella lloró. "Hace veinticinco años, cuando empezábamos y este pueblo era más pequeño, tú y yo podríamos haber elegido a cualquiera de ellos si nos hubiésemos esforzado lo suficiente. ¡Mira a las personas que conocíamos entonces que levantan la cabeza al lado de cualquiera en esta ciudad! ¿POR QUÉ pueden? ¡Porque los hombres de esas familias ganaron dinero y les dieron a sus hijos todo lo que hace que valga la pena vivir la vida! ¿Por qué no podemos mantener la cabeza en alto? Porque esos hombres te pasaron en la carrera. ¡Subieron por la escalera y tú, todavía eres un empleado en ese viejo agujero!

"Deja eso fuera, por favor", dijo. "Pensé que me ibas a decir algo que Henrietta Lamb le había hecho a nuestra Alice".

"Apuesto a que te lo voy a decir", le aseguró con vehemencia. "Pero primero te digo POR QUÉ lo hace. Es porque nunca le has dado a Alice ningún respaldo ni antecedentes, y todos saben que pueden hacerle lo que quieran con perfecta impunidad. ¡Si tuviera la centésima parte de lo que ELLOS tienen para apoyarse, los habría hecho cantar una canción muy diferente hace mucho tiempo!

"¿Cómo lo haría ella?"

"¡Oh, cielos, pero eres lento!" La señora Adams gimió. "¡Mira aquí! Recuerdas cómo prácticamente todos los chicos más amables de este pueblo solían venir aquí hace unos años. Vaya, todos estaban locos por ella; y las chicas TENÍAN que ser amables con ella entonces. ¡Mira la diferencia ahora! Pasará un mes entero y ningún joven vendrá a visitarla, y mucho menos a enviarle dulces o flores, o pensar en LLEVARLA a cualquier lugar y, sin embargo, es más bonita y más brillante de lo que era cuando solían venir. . No es culpa de la niña que no pudiera sostenerlos, ¿verdad? ¡Pobrecita, ELLA se esforzó lo suficiente! Sin embargo, supongo que dirías que fue su culpa.

"No; Yo no lo haría.

"¿Entonces de quién es la culpa?"

"Oh, mío, mío", dijo con cansancio. "Ahuyenté a los jóvenes, por supuesto".

Bien podrías haberlos conducido tú, Virgil. Equivale a lo mismo.

"¿Cómo lo hace?"

"Porque a medida que crecían muchos de ellos empezaron a pensar más en el dinero; eso es una cosa. El dinero está en el fondo de todo, para el caso. Mira estos clubes de campo y todas esas cosas: las familias de las otras chicas pertenecen y nosotras no, y Alice no; y ella no puede ir a menos que alguien la lleve, y nadie más lo hace. Mira las casas de las otras chicas, y luego mira nuestra casa, ¡tan destartada y anticuada que estaría casi avergonzada de invitar a alguien a entrar y sentarse hoy en día! Mira su ropa, oh, sí; crees que gastaste mucho en ese pequeño abrigo suyo y el sombrero y la falda que recibió en marzo pasado; pero no es nada. Algunas de estas chicas hoy en día gastan más que todo tu salario en su ropa. ¿Y qué joyas tiene? Un reloj plateado y dos o tres alfileres y anillos de esos que las doncellas del pueblo no usarían ahora. ¡Dios mío, Virgil Adams, despierta! ¡No te sientes ahí y me digas que no sabes que cosas como estas significan SUFRIMIENTO para el niño!"

Había comenzado a frotarse las manos miserablemente sobre sus huesudas rodillas, como si así aliviara un poco el tedio que le producía la voz desgarrada de ella. "¡Oh mi mi!" él murmuró. "¡Oh mi mi!"

"Sí, debería pensar que dirías '¡Oh, Dios mío!'" Ella lo tomó, en voz alta. "¡Eso no ayuda mucho! Si alguna vez quisieras HACER algo al respecto, la pobre niña podría ver un rayo de esperanza en su vida. A ti no te importa ella, ese es el problema; no te importa nada de ella.

"¿Yo no?"

"No; tu no Vaya, incluso con tu mísero salario podrías haberle dado más de lo que tienes. Eres el hombre más cercano que he conocido: es como sacarte un dólar para ella, de vez en cuando, y, sin embargo, escondes algo, cada mes más o menos, en alguna pequeña inversión miserable. Tú--"

"Mira aquí, ahora", interrumpió, enojado. "¡Mira aquí! Si no puse un poquito cada vez que pude, en un vínculo o algo, ¿dónde estarías si me pasara algo? Los médicos del seguro nunca me pasaron; Tú lo sabes. ¿No tenemos que tener ALGO a lo que recurrir?"

"¡Sí tenemos!" ella lloró. "Deberíamos tener algo con lo que continuar ahora mismo, también, cuando lo necesitemos. ¿Crees que estos fragmentos tratarían a Alice de la forma en que lo hacen si pudiera darse el lujo de ENTRETENERSE? ¡La dejan fuera de sus cenas y bailes simplemente porque saben que ella no puede dar cenas ni bailes para dejarlos fuera! ¡Saben que ella no puede empatar, y esa es toda la historia! Es por eso que Henrietta Lamb le ha hecho esto ahora.

Adams había vuelto a frotarse las rodillas. "¡Oh mi mi!" él dijo. "¿Que cosa?"

Ella le dijo. "Tu querida, grandiosa y anciana Henrietta de Mister Lamb ha enviado invitaciones para una gran fiesta, una GRANDE. Se pregunta a todos los

que son alguien en esta ciudad, puede estar seguro. Hay un joven muy bueno, el Sr. Russell, que acaba de llegar a la ciudad, y está interesado en Alice, y le ha pedido que vaya a este baile con él. Bueno, Alice no puede aceptar. Ella no puede ir con él, aunque daría cualquier cosa en el mundo por hacerlo. ¿Lo entiendes? La razón por la que no puede es porque Henrietta Lamb no la ha invitado. ¿Quieres saber por qué Henrietta no la ha invitado? Es porque sabe que Alice no puede vengarse, y porque cree que Alice debería ser despreciada de esta manera por ser solo la hija de uno de sus abuelos. s oficinistas. ¡Espero que entiendas!"

"¡Oh mi mi!" él dijo. "¡Oh mi mi!"

"Ese es tu dulce patrón", gritó su esposa, burlonamente. ¡Ese es su querido, amable y grandioso señor Lamb! Alice se ha quedado fuera de muchas cosas pequeñas, como grandes cenas y pequeños bailes, ¡pero esto es lo mismo que hacerle saber que está fuera de todo! Y todo lo hace tu querido y gran anciano...

"¡Mira aquí!" exclamó Adams. "¡No quiero escuchar más de eso! ¡Supongo que no puedes responsabilizarlo por todo lo que hacen sus nietos! Probablemente no sepa nada al respecto. No supondrás que se está preocupando por SU cabeza..."

Pero ella estalló en él apasionadamente. "¡Supongamos que te preocupas por eso! ¡Más te vale, Virgil Adams! ¡Más te vale, a menos que quieras ver a tu hijo secarse y convertirse en una miserable solterona! ¡Todavía es joven y tiene una oportunidad de ser feliz, si tuviera un padre que no le trajera una piedra de molino para colgarla del cuello, en lugar de lo que debería darle! ¡Solo espera hasta que mueras y Dios te pregunte qué tenías en el pecho en lugar de un corazón!"

"¡Oh mi mi!" gimió. "¿Qué tiene que ver mi corazón con esto?"

"¡Nada! No tienes uno o le darías lo que necesita. ¿Te estoy preguntando algo que NO PUEDES hacer? Tu sabes mejor; ¡Sabes que no lo soy!"

Ante esto, se sentó repentinamente rígido, sus manos inquietas dejaron de frotarse las rodillas; y él la miró fijamente. "Ahora, dime", dijo, lentamente. "¿Qué estás preguntando?"

"¡Sabes!" Ella sollozó.

"¿Quieres decir que has roto tu palabra de nunca volver a hablarme de ESO?"

"¿Qué *me* importa mi palabra?" —gritó, y, hundiéndose en el suelo a sus pies, se meció de un lado a otro allí. "¿Crees que dejaré que mi 'palabra' me impida luchar por un poco de felicidad para mis hijos? No lo hará, te digo; ¡no lo hará! ¡Lucharé por eso hasta que muera! ¡Lo haré, hasta que muera hasta que muera!"

Se frotó la cabeza ahora en lugar de las rodillas y, temblando por todas partes, se levantó y comenzó a caminar con pasos inseguros por el suelo.

"¡Diablos, infiernos, infiernos!" él dijo. "¡Tengo que pasar por ESO otra vez!"

"¡Si tu tienes!" Ella sollozó. "Hasta que yo muera."

"Sí; eso es lo que buscabas todo el tiempo que me estaba recuperando.

"¡Sí, lo he hecho, y seguiré hasta que muera!"

"Una buena esposa para un hombre", dijo. "¡Rogando a un hombre que sea un perro sucio!"

"¡No! ¡Ser un HOMBRE, y seguiré así hasta que muera!"

Adams volvió a caer en su último consuelo: caminó, medio tambaleándose, de un lado a otro de la habitación, maldiciendo en una repetición rítmica.

Su esposa tenía sus propias repeticiones, y las seguía con una voz que se elevaba a un tono cada vez más alto, como el sonido de una vieja bomba de agua. "¡Hasta que yo muera! ¡Hasta que yo muera! ¡Hasta que yo muera!"

Terminó en un grito; y Alice, subiendo las escaleras, agradeció al cielo que Russell se hubiera ido. Corrió a la puerta de su padre y entró.

Adams la miró y gesticuló temblorosamente hacia la figura convulsa en el suelo. "¿Puedes sacarla de aquí?"

Alice ayudó a la Sra. Adams a ponerse de pie; y la mujer herida echó sus brazos apasionadamente sobre su hija.

"¡Sáquenla!" Adams dijo, con dureza; luego gritó: "¡Espera!"

Alice, moviéndose hacia la puerta, se detuvo y lo miró sin comprender, por encima del hombro de su madre. "¿Qué pasa, papá?"

Estiró el brazo y la señaló. Dice... dice que tienes una vida mala, Alice.

"No, papá".

La Sra. Adams se dio la vuelta en los brazos de su hija. "¿Oyes su mentira? ¿No podrías ser tan valiente como ella, Virgil?"

"¿Estás mintiendo, Alicia?" preguntó. "¿Tienes un tiempo medio?"

"No, papá".

Él vino hacia ella. "¡Mírame!" él dijo. "Cosas como este baile ahora, ¿es tan difícil de soportar?"

Alice trató de decir, "No, papá", otra vez, pero no pudo. De repente ya pesar de sí misma se puso a llorar.

"¿La escuchas?" su esposa sollozó. "Ahora tú--"

Los saludó con fiereza. "¡Sal de aquí!" él dijo. "¡Ustedes dos! ¡Sal de aquí!"

A medida que avanzaban, se dejó caer en su silla y se inclinó mucho hacia adelante, de modo que su rostro demacrado quedó oculto a la vista de ellos. Luego, mientras Alice cerraba la puerta, comenzó a frotarse las rodillas de nuevo, murmurando: "¡Oh, Dios mío! ¡Oh mi mi!"

CAPÍTULO XIV

Allí brillaba un sol jovial en lo alto en el señalado "pasado mañana"; un día aún no fresco de una temperatura agradable para los caminantes; y el aire, empolvado de sol, tenía tanta vida que parecía centellear. Para Arthur Russell, este fue un día como un alegre compañero que lo complacía mucho; pero el alegre compañero que tenía a su lado le agradaba aún más. Parecía más bonita, charlaba con más ingenio, sonreía con más nostalgia y lo deleitaba con todo junto.

"Pareces tan feliz que es fácil ver que tu padre ha dado un buen giro", le dijo.

"Sí; tiene esta tarde, al menos —dijo—. "Sin embargo, podría tener otras razones para parecer alegre".

"¿Por ejemplo?"

"¡Exactamente!" dijo ella, dándole una dulce mirada lo suficientemente burlada por su risa. "¡Por ejemplo!"

"Bueno, continúa", suplicó.

"¿No es lo esperado?" ella preguntó.

"¿De ti, quieres decir?"

"No", respondió ella. "¡Para ti, quiero decir!"

En este estilo, que usa una palabra para cualquier significado que la mirada rápida y el gesto colorido cuidan de darle, ella era una experta; y ella siguió adelante alegremente, dejándolo en libertad (uno de los grandes valores del estilo) para que eligiera lo mucho o lo poco que ella significaba. Se contentaba con dar meras pistas, porque aunque tenía poca coquetería propia, últimamente había empezado a descubrir que los únicos momentos interesantes de su vida eran aquellos en los que Alice Adams coqueteaba con él. Felizmente, estos momentos complacientes se extendieron para cubrir todo el tiempo que pasó con ella. Por muy seria que pareciera, cualquiera que pareciera ser su tema, todo era tú y yo.

Planeó más de eso, viendo de otra manera una tarde aburrida por delante; y volvió, después de un tiempo, a un tema prohibido. "Sobre ese baile en casa de la señorita Lamb, ya que tu padre está mucho mejor..."

Ella se sonrojó un poco. "¡Ahora ahora!" ella lo reprendió. "Acordamos no decir nada más sobre eso".

"Sí, pero como él ES mejor--"

Alicia negó con la cabeza. No estará mejor mañana. Siempre tiene un mal día después de uno bueno, especialmente después de uno tan bueno como este”.

“Pero si esta vez fuera diferente”, insistió Russell; ¿No estarías dispuesto a venir si está mejor mañana por la noche? ¿Por qué no esperar y decidir en el último minuto?

Ella agitó las manos airoosamente. “¿Qué asco!” ella lloró. ¿Qué importa si la pobrecita Alice Adams va o no a un baile?

"Bueno, pensé que había dejado en claro que me parece bastante sombrío si no vas".

"¿Oh sí!" ella se burló.

“Es la pura verdad”, insistió. “No me importan mucho los bailes en estos días; y si no vas a estar allí——”

—Podrías mantenerte alejado —sugirió ella. “¿No lo harías!”

“Desafortunadamente, no puedo. Me temo que se supone que yo sea la excusa. Señorita Lamb, en su calidad de amiga de mis parientes...

“¿Oh, ella lo está dando por TI! ¡Veó! ¿En la cuenta de Mildred, quieres decir?”

Ante eso, su rostro mostró un aumento de color. "Supongo que solo por ser primo de Mildred y de..."

"¿Por supuesto! También lo pasarás genial. ¡Henrietta se encargará de que tengas a alguien con quien bailar además de la señorita Dowling, pobre hombre!

“¿Pero lo que quiero que alguien vea es que bailo contigo! Y tal vez tu padre...

"¿Esperar!" dijo ella, frunciendo el ceño como si estuviera debatiendo si decirle o no algo de importancia; luego, pareciendo decidirse afirmativamente, preguntó: “¿Realmente te gustaría saber la verdad al respecto?”

"Si no es demasiado poco halagador".

"No tiene nada que ver contigo en absoluto", dijo. “Por supuesto que me gustaría ir contigo y bailar contigo, aunque no pareces darte cuenta de que no se te permitirá pasar mucho tiempo conmigo”.

"Oh, sí, yo--"

"¿No importa!" ella rió. “Por supuesto que no lo harías. Pero incluso si papá estuviera mejor mañana, dudo que vaya. De hecho, sé que no lo haría. Hay otra razón además de papá.

"¿Está ahí?"

"Sí. La verdad es que no me llevo bien con Henrietta Lamb. De hecho, no me gusta ella y, por supuesto, eso significa que yo no le gusto a ella. Nunca debería pensar en pedirle nada de lo que le di, y realmente me pregunto si ella me pide cosas que ELLA da”. Esta fue una nueva inspiración; y Alice, que empezaba a encontrar la manera de salir de su perplejidad, deseó haberlo pensado antes:

debería haberle dicho desde el principio que ella y Henrietta tenían una enemistad y, en consecuencia, no intercambiaron invitaciones. Además, había otra cosa que la acosaba con pequeñas inquietudes: sería mejor que no le hubiera dicho desde el principio, como de hecho le había dicho por insinuación, que era la hija mimada de un padre indulgente, presumiblemente capaz de complacerla; por ahora debe ceñirse elaboradamente al papel. La veracidad suele ser simple; y su contrario, para tener éxito, debe ser así de simple; pero los practicantes de lo contrario suelen ser impulsivos, como Alicia; y, como ella, se enredan en elaboraciones.

“No sería muy agradable para mí ir a su casa”, continuó Alice, “cuando no la quiero en la mía. Nunca la he admirado. Siempre he pensado que le faltaban algunas cosas con las que se supone que la mayoría de la gente está equipada, por ejemplo, cierto sentimiento sobre la muerte de un padre que siempre fue bastante decente con su hija. El padre de Henrietta murió justo, once meses y veintisiete días antes del baile de tu prima, pero ella no pudo aguantar esos últimos días y cumplir un año; ella estaba allí.

Alice se detuvo, luego se rió con tristeza y exclamó: “¡Pero esto es terrible de mi parte!”

“¿Lo es?”

“¡Engañarla contigo cuando está dando una gran fiesta para ti! De la misma manera que Henrietta me engañaría contigo, ¡Dios sabe lo que ella NO diría si te hablara de mí! Sería justo, por supuesto, pero bueno, ¡preferiría que no lo hiciera! Y con eso, Alice dejó que su hermosa mano, en su guante blanco, descansara sobre su brazo por un momento; y lo miró, no indiferente al verlo allí. “Quiero ser injusto solo con esto”, dijo, dejando que una risa preocupada temblara a través de su voz suplicante mientras hablaba. ¡No me aprovecharé de ella con nadie, excepto sólo... contigo! Preferiría un poco que no escucharas a nadie burlarse de mí y, si no te importa, ¿podrías prometer que no le darás la oportunidad a Henrietta?”

Fue hecho con encanto, con un patetismo levemente humorístico y completamente genuino; y Russell se encontró repentinamente con ganas de gritarle: “¡Oh, QUERIDA!” Nada más parecía adecuado; pero controló el impulso a favor de algo más conservador.

“¡Imagínate a alguien hablando mal de ti, sin alabarte!”

“¿Quién me HA elogiado ante ti?” preguntó, rápidamente.

“Yo no he hablado de ti con nadie; pero si lo hiciera, sé que ellos...”

“¡No no!” —exclamó, y prosiguió, acompañando de nuevo sus palabras con risitas trémulas. “Todavía no entiendes este pueblo. Te sorprenderás cuando lo hagas; Eran diferentes. ¡Hablamos unos de otros con miedo! ¿No acabo de demostrarlo, la forma en que he estado buscando a Henrietta? Por supuesto, no

dije nada realmente terrible sobre ella, pero eso es solo porque no sigo esa práctica como la mayoría de los demás. No se detienen con lo peor de la verdad que pueden encontrar: inventan cosas, ¡sí, realmente lo hacen! ¡Y, oh, PREFERIRÍA que no inventaran cosas sobre mí, para ti!

"¿Qué diferencia habría si lo hicieran?" preguntó alegremente. "Sabría que no son ciertas".

"Incluso si lo supieras, marcarían la diferencia", dijo. "¡Oh, sí, lo harían! Es una lástima, pero no nos gusta tanto nada que tenga motas, incluso si las hemos limpiado; está muy estropeado, y algunas cosas se estropean en el instante en que son las más pequeñas. poco estropeado. Lo que un hombre piensa de una chica, por ejemplo. ¿Quiere que le estropeen lo que piensa de mí, señor Russell?

"Oh, pero eso ya está mucho más allá de su alcance", dijo, a la ligera.

"¡Pero no puede ser!" ella protestó.

"¿Por qué no?"

"Porque nunca puede ser. Los hombres no cambian de opinión unos sobre otros a menudo: cuando lo hacen, lo convierten en un acontecimiento y hablan de ello como si algo importante hubiera sucedido. Pero una chica sólo tiene que ir al centro de la ciudad con un cordón desabrochado, y todo hombre que la vea cambiará de opinión sobre ella. ¿No sabes que eso es verdad?

"No de mí mismo, creo".

"¡Ahí!" ella lloró. "¡Eso es precisamente lo que dirían todos los hombres del mundo!"

"¿Así que no confiarías en mí?"

"Bueno, me preocuparía mucho si les das la oportunidad de decirte que soy demasiado perezoso para atarme los cordones de los zapatos".

Se rió encantado. "¿Es eso lo que dicen?" preguntó.

"¡Casi! Lo que sea que esperen, obtendrá resultados". Ella negó con la cabeza sabiamente. "Oh sí; ¡hacemos eso aquí!"

"Pero no me importan los cordones de los zapatos sueltos", dijo. No si son tuyos.

Descubrirán lo que te importa.

"Pero supongamos," dijo él, mirándola caprichosamente; ¿Supongamos que no me importaría nada, siempre y cuando sea tuyo?

Ella lo cortés. "¡Oh, bastante bonita! Pero una chica de la que se habla tiene una debilidad que a menudo es fatal".

"¿Qué es?"

"Es esto: cuando se habla de ella no está ALLÍ. Así la matan".

"Me temo que no te sigo".

“¿No ves? Si Henrietta, o Mildred, o cualquiera de ellos, o algunas de sus madres, ¡oh, TODOS lo hacemos! Bueno, si alguno de ellos te dijera que no me até los cordones de los zapatos, y si yo estuviera allí, para que pudieras verme, sabrías que no es verdad. Incluso si estuviera sentada de modo que no pudieras ver mis pies, y no pudieras saber si las cuerdas estaban atadas o no en ese momento, aun así podrías mirarme y ver que no era el tipo de chica a la que descuidar los cordones de mis zapatos. Pero no es así como sucede: te atacarán cuando no esté cerca y no puedan recordarte el tipo de chica que realmente soy”.

“Pero tú no haces eso”, se quejó. “No me recuerdas, ni siquiera me dices, ¡el tipo de chica que realmente eres! Me gustaría saber.”

—Entonces, seamos serios —dijo, y ella misma parecía lo suficientemente seria. “¿Honestamente te gustaría saber?”

"Sí."

"Bueno, entonces, debes tener cuidado".

“¿Cuidado?” La palabra lo divirtió.

“Me refiero a tener cuidado de no confundirme”, dijo. “Ten cuidado de no confundir a la chica de la que podrías escuchar a alguien hablando con el yo que honestamente trato de hacerte ver. Si confundes a esos dos, ¡bueno, todo el espectáculo se estropeará!

"¿Qué te hace pensar eso?"

“Porque es...” Se contuvo, habiendo comenzado a hablar demasiado impulsivamente; y ella estaba perturbada, dándose cuenta en qué cosas engañosas se ocupaba. Lo que había estado en sus labios para decir fue: “¡Porque ha sucedido antes!” Cambió a: “Porque es muy fácil estropear cualquier cosa, lo más fácil es estropear cualquier cosa que sea agradable”.

"Eso podría depender".

"No; es tan. Y si te importa en absoluto... conocer a una chica a la que le gustaría que alguien la conociera...

"¿Solo alguien?' Eso es decepcionante."

“Bueno, tú,” dijo ella.

"¡Dime cuán 'cuidadoso' quieres que sea, entonces!"

"Bueno, ¿no crees que sería bueno si no le dieras a nadie la oportunidad de hablar sobre mí de la manera en que he estado hablando sobre Henrietta Lamb?"

Con eso, se rieron juntos y él dijo: "Puede que me estés privando de una gran cantidad de información, ¿sabes?"

“Sí,” admitió Alice. “Alguien podría empezar a elogiarme también ante ti; así que es peligroso pedirle que cambie de tema si alguna vez me mencionan. Pero después de todo... —Hizo una pausa—.

"Después de todo' no es el final de un pensamiento, ¿verdad?"

"A veces es del pensamiento de una niña; Supongo que los hombres son más ordenados con sus pensamientos y siempre los terminan. Sin embargo, no es el final del pensamiento que tuve entonces".

"¿Cuál es el final de esto?"

Ella lo miró impulsivamente. —Oh, es una tontería —dijo ella, y se rió como ríe quien propone algo probablemente imposible. "Pero, ¿NO SERÍA placentero si dos personas pudieran simplemente mantenerse PARA sí mismos, en lo que a ellos dos concierne? Quiero decir, ¿si pudieran arreglárselas para ser amigos sin que la gente hable de eso, o hablen con ELLOS al respecto?"

"Supongo que eso podría ser bastante difícil," dijo, más divertido que impresionado por su idea.

"No sé: podría hacerse", respondió ella, esperanzada. "Especialmente en una ciudad de este tamaño; ha crecido, por lo que es un lugar bastante grande en estos días. La gente puede mantenerse a sí misma mejor en un lugar grande, ya sabes. Por ejemplo, nadie sabe que tú y yo vamos a dar un paseo juntos hoy".

"¡Qué absurdo, cuando aquí estamos de exhibición!"

"No; no lo somos.

"¿No lo somos?"

"¡Ni un poco!" ella rió. "Lo estábamos el otro día, cuando caminaste conmigo a casa, pero cualquiera podía decir que eso había sucedido por casualidad, por haberme adelantado; la gente siempre puede ver cosas así. Pero no estamos en exhibición ahora. ¡Mira adónde te he llevado!"

Divertido y un poco desconcertado, miró a uno y otro lado de la calle, que era una de casas de apartamentos de aspecto demacrado, casas de huéspedes de madera viejas y llenas de hollín, pequeñas tiendas de comestibles y farmacias, lavanderías y talleres de fontanería de una sola habitación, con el signo de un clarividente aquí y allá.

"¿Verás?" ella dijo. "Te he estado guiando sin que tú lo supieras. Por supuesto, eso se debe a que eres nuevo en la ciudad y te entregas a la guía de un viejo ciudadano".

—No estoy tan segura, señorita Adams. Puede significar que no me importa a dónde sigo mientras te siga a ti.

"Muy bien", dijo ella. "Me gustaría que me sigas al menos el tiempo suficiente para mostrarte que hay algo mejor por delante de nosotros que esta calle lúgubre".

"¿Eso es figurativo?" preguntó.

"¡Puede ser!" ella volvió, alegremente. "Hay un lindo parquecito al final, pero es muy proletario, y nadie que usted y yo conozcamos tendrá más probabilidades de vernos allí que en esta calle".

"¡Qué imaginación tienes!" el exclamó. "Conviertes nuestro pequeño paseo adecuado en una aventura parisina".

Ella lo miró con lo que pareció ser un momentáneo grave desconcierto. ¿Quizás crees que una aventura parisina no complacerá a tus... a tus parientes?

"Por qué, no", respondió. Parece que piensas en ellos con más frecuencia que yo.

Esto pareció divertir a Alice, o al menos complacerla, porque se rió. Entonces puedo permitirme dejar de pensar en ellos, supongo. Es solo que solía ser bastante amigo de Mildred, ¡pero ahí! no necesitamos entrar en eso. Sin embargo, nunca he sido amigo de Henrietta Lamb, y casi desearía que ella no se tomara tantas molestias para ser tu amiga.

"Oh, pero ella no lo es. Todo es a causa de——"

"Por cuenta de Mildred," Alice terminó esto por él, con frialdad. "Sí, por supuesto."

"Es por las dos familias", se esforzó en explicar, un poco torpemente. "Es porque soy pariente de los Palmer, y los Palmer y los Lamb parecen ser viejos amigos de la familia".

"Algo que los Adams ciertamente no son," dijo Alice. No con ninguno de ellos; particularmente no con los Corderos!" Y aquí, apenas consciente de lo que la impulsaba, volvió a sus anteriores elaboraciones y coloridos. Verás, las diferencias entre Henrietta y yo no son del todo personales: no podría ir a su casa aunque me gustara. Los Lambs y los Adams no se llevan bien, y estamos a punto de llegar al punto de ruptura.

"Espero que no sea nada que te moleste".

"¿Por qué? Muchas cosas me molestan".

"Lamento que lo hagan", dijo, y parecía simplemente decirlo en serio.

Ella asintió agradecida. "Eso es amable de su parte, Sr. Russell. Ayuda. La ruptura entre los Adams y los Lambs es algo bastante molesto. Ha estado viniendo desde hace mucho tiempo. Ella suspiró profundamente, y el suspiro fue medio genuino; esta mitad era para su padre, pero la otra mitad probablemente pertenecía a su interpretación instintiva de Julieta Capuleto, hija de una casa en guerra. "¡Lo odio todo!" ella añadió.

"Por supuesto que debes".

"Supongo que la mayoría de las peleas entre familias son por negocios", dijo. Por eso son tan sórdidos. Ciertamente, los Lambs me parecen bastante

sórdidos, aunque, por supuesto, soy parcial”. Y con eso comenzó a esbozar una historia del antagonismo comercial que había surgido entre los Adams y los Lamb.

El boceto fue espontáneo y dramático. Las matemáticas no tenían parte en él; tampoco hubo una definición precisa de la relación del Sr. Adams con la institución de Lamb and Company. El punto estaba nublado, de hecho; aunque eso podría atribuirse fácilmente a la confusión general de las jóvenes damas que se enfrentan a los misterios del comercio o el comercio. El señor Adams o bien había sido una vaga especie de miembro subalterno de la firma, al parecer, o bien debería haber sido algo así; en todo caso, era un antiguo pilar del negocio; y él, tanto como cualquier Cordero, había ayudado a construir la prosperidad de la compañía. Pero al fin, cansado de aportar tanta inteligencia y energía de las que otros se aprovechaban más que la suya, había decidido dejar la empresa y fundar un negocio enteramente para sí mismo. Los Corderos iban a enfurecerse cuando supieran lo que estaba pasando.

Tal fue la impresión, un poco confusa, provocada por la rápida narración de Alice. Pero había un hecho doloroso detrás de esto: Adams había sucumbido.

Su esposa, grave y nerviosa, más que triunfante, en el éxito, le había dicho a su hija que el gran JA estaría furioso y posiblemente vengativo. Adams le tenía miedo, dijo.

“¿Pero para qué, mamá?” preguntó Alice, ya que esto parecía un giro fuera de razón. ¿Qué diablos tiene que ver el señor Lamb con que papá deje la empresa para establecerse por sí mismo? ¿Qué derecho tiene él a estar enojado por eso? Si es tan amigo como dice ser, creo que se alegrará, es decir, si la fábrica de pegamento sale bien. ¿Por qué se enfadará?

La señora Adams le dirigió a Alice una mirada inquieta, vaciló y luego explicó que una renuncia a Lamb's siempre había sido considerada, especialmente por “ese anciano”, como una traición. Se suponía que ibas a morir en el servicio, dijo con amargura, y su hija, un poco desconcertada, aceptó esta explicación. Adams no le había hablado de su rendición; no parecía inclinado a hablar con ella ni con nadie.

Alice no habló demasiado en serio y se echó a reír cuando llegó al final de su boceto decorativo. “Después de todo, todo el asunto es perfectamente ridículo”, dijo. “De hecho, ¡es DIVERTIDO! ¡Eso es por lo que papá va a tirar por el asunto del Cordero! ¡Para salvar tu vida no te imaginas lo que va a hacer!”

“Entonces no lo intentaré”, asintió Russell.

“Me quita todo el romance”, se rió. Nunca volverás a dar un paseo parisino conmigo, después de que te diga lo que seré heredera. Habían llegado a la entrada del pequeño parque; y, como había dicho Alice, era un lugar bonito, especialmente en un día tan radiante. Los árboles del bosque más antiguo se

alzaban allí, fuertes y serenos sobre la hierba recortada y brillante; y los proletarios no habían salido de sus fábricas a esta hora; sólo se veían algunas madres y sus bebés, aquí y allá, en la sombra. “Creo que voy a posponer contarte sobre esto hasta que estemos casi en casa de nuevo,” dijo Alice, mientras comenzaban a caminar por uno de los senderos de grava. Más adelante hay un banco junto a un manantial;

“¿Pegajoso?””, repitió. “Qué demonios--” Ella se rió desesperadamente.

“¡Una fábrica de pegamento!”

Luego se rió también, tanto por simpatía como por diversión; y se acordó de decirle que el proyecto de una fábrica de pegamento seguía siendo “un secreto de Adams”. Sin embargo, pronto se sabrá, agregó; y toda la conexión de Lamb probablemente comenzaría a decir todo tipo de cosas, ¡Dios sabe qué!

Así construyó Alicia sus muros de endebles, trabajando siempre alegremente, o al menos con aire de alegría; e incluso mientras hablaba, había en algún lugar de su mente una pequeña maravilla constante. Todo lo que dijo parecía ser necesario para respaldar algo más que había dicho. ¿Cómo había sucedido? Se encontró diciéndole que, dado que su padre había decidido hacer un cambio tan grande en sus costumbres, ella y su madre esperaban persuadirlo por fin de que renunciara a esa "casita tonta" por la que había sido tan obstinado; y se detuvo abruptamente en este declive justo cuando estaba a punto de deslizarse en un comentario sobre su propia preferencia por un "lugar de campo". La discreción la alcanzó a tiempo; y algo más, en compañía de la discreción, la atrapó,

Ya se habían apoderado del banco junto al manantial; y Russell, con el codo apoyado en el respaldo del banco y la barbilla en la mano, para poder mirarla mejor, no supo cuál era la causa del sonrojo, pero se contentó con encontrarlo encantador. La primera vez que vio a Alice, ella le había parecido bonita en la forma particular de ser bonita que a él le gustaba más; y, con cada momento que pasaba con ella, esta belleza parecía aumentar. Sintió que no podía mirarla lo suficiente: su mirada siguió el aleteo de las gráciles manos en un gesto casi continuo mientras ella hablaba; luego se levantó felizmente hacia el rostro vivaz de nuevo. Ella lo encantó.

Después de su abrupta pausa, ella suspiró y luego lo miró con las cejas levantadas en una súplica de comedia. —No dijiste que no le darías la oportunidad a Henrietta —dijo, con la voz más suave que todavía puede tener un poco de risa.

Estaba desconcertado. “¿Dar a Henrietta la oportunidad?”

“¡Sabes! Me dejarás seguir siendo injusto, ¿no? ¿No darles a las otras chicas la oportunidad de vengarse?”

Lo prometió, de todo corazón.

CAPÍTULO XV

Alice había dicho que nadie que conociera a Russell o a ella misma probablemente los vería en el parque o en la calle sucia; pero aunque regresaron por la misma vía poco elegante, fueron vistos por una persona que los conocía a ambos. Además, con algo de sorpresa por parte de Russell, y algo más conmovedor que sorpresa para Alice, vieron a esta persona.

Toda la calle sucia era fea, pero la mayor parte parecía honesta. Sin embargo, los dos peatones se encontraron con una cuadra o dos, donde ofrecía sugerencias de un carácter menos erguido, como un trabajador bastante estable con un libro travieso sobresaliendo de su bolsillo. Tres o cuatro tiendas oscuras, de una sola planta de altura, exhibían letreros asquerosos, pero bastante justos en lo que respecta a la redacción; uno proclamando estanco, otro traficante de chatarra, otro dispensador de “refrescos y puros”. Los más crédulos habrían dudado de estos letreros; porque el oficio del comerciante moderno se esfuerza por atraer al interior la mirada que pasa, ya que si la mirada es complacida, los pies pueden seguirla; pero a este presunto estanco y a sus vecinos les gustaba desde hacía mucho tiempo el polvo en sus ventanas, evidentemente, y las persianas estaban muy abajo en el cristal de sus puertas. Así, el ojo público, de pupila pequeña a la luz de la calle abierta, no fue invitado intencionalmente a los interiores oscuros. Era evidente algo diferente a la mera falta de iniciativa; y los letreros podrían haberse omitido; eran dolores tirados a la basura, ya que estaba claro para el mundo que las partes comerciales de estas tiendas eran las habitaciones traseras más luminosas implícitas en las habitaciones delanteras oscuras; y que el comercio allí era de peligrosos licores nuevos y de dados y muchachas toscas. y los letreros podrían haberse omitido; eran dolores tirados a la basura, ya que estaba claro para el mundo que las partes comerciales de estas tiendas eran las habitaciones traseras más luminosas implícitas en las habitaciones delanteras oscuras; y que el comercio allí era de peligrosos licores nuevos y de dados y muchachas toscas. y los letreros podrían haberse omitido; eran dolores tirados a la basura, ya que estaba claro para el mundo que las partes comerciales de estas tiendas eran las habitaciones traseras más luminosas implícitas en las habitaciones delanteras oscuras; y que el comercio allí era de peligrosos licores nuevos y de dados y muchachas toscas.

Nada podría haber sido más inocente que la serenidad con la que estos pequeños lugares malvados se revelaron por lo que eran; y, unidos por este lazo final de ingenuidad, se pararon juntos en una fila que terminó con una barbería

amigable, muy parecida a ellos. Más allá había una serie de casas de dos pisos con armazón acosado por el hollín, una vez parte de un vecindario alegre cuando el pueblo era de mediana edad y estaba asentado, y no viejo y en crecimiento. Estas casas, todas con la etiqueta. “ Habitaciones”, tenía el aspecto preocupado de desocupación que tienen las casas cuando están demasiado llenas de gente sin ser el hogar de nadie; y también había un aire subrepticio en ellos, como si, como las pequeñas tiendas falsas, anunciaran algo ocultándolo.

Uno de ellos —el que estaba al lado de la peluquería— tenía enfrente una amplia galería de calar, donde antaño, sin duda, el padre de familia se abanicaba con un abanico de hojas de palma los domingos por la tarde, mirando los surreys pasan, y donde su hija escuchaba mandolinas y badinage en las noches estrelladas; pero, aunque la juventud aún ocupaba la veranda, tanto la juventud como la veranda estaban en decadencia. Los cuatro o cinco jóvenes que holgazaneaban allí esa tarde eran del tipo conocido en los salones de billar a la sombra. Los sombreros no encontraron favor entre ellos; todos llevaban gorra; y sus ropas ceñidas, aparentemente de una fuente común, mostraban una vivaz fantasía por los bolsillos oblicuos, los cinturones falsos y los colores del huevo de Pascua. Otra cosa común al grupo era la expresión de ojos y boca; y Alicia,

La veranda estaba a una docena de pies de la acera, y cuando ella y su escolta se acercaron, tomó nota de los jóvenes, su rostro se endureció un poco, incluso antes de sospechar que podría haber un parecido entre ellos y alguien que conocía. . Luego observó que cada uno de estos ociosos no llevaba para la ocasión, sino como de costumbre, una mirada de desprecio furtivamente divertido; la boca sonreía hacia un lado como para no soltar un cigarrillo, mientras los ojos se mantenían lánguidamente superiores. De repente, Alice recordó a Walter; y el ligero ceño fruncido por esta idea acababa de empezar a oscurecerse en su frente cuando el propio Walter salió por la puerta abierta de la casa y apareció en la terraza. Sobre su cabeza había un sombrero de paja nuevo, y en su mano un palo de Malaca con una punta de marfil, porque Alice finalmente había decidido no hacerlo por sí misma y se lo había dado a él. Su estado de ánimo era animado: hacía girar la baqueta entre sus dedos como la batuta de un tambor mayor y silbaba con fuerza.

Además, de hecho estaba acompañado. Con él iba una chica delgada que había hecho un violento póster en blanco y negro de sí misma: vestido negro, boa negra y fina, medias negras, zapatillas blancas, un gran sombrero negro sobre los ojos negros; y debajo del sombrero una curva de mejilla y barbilla blanca como la lechada, y en fuerte movimiento bilateral con goma.

Los tumbonas en la veranda eran familiares de la pareja; los saludó con carcajadas; y uno se puso a cantar, con voz toda de hojalata:

*"Entonces mi falda, Sal y yo fuimos
Directamente al espectáculo del lanzador móvil.*

¡OH, vampiro tímido!"

La chica se rió alegremente. "¡Dios, pero ustedes son sabios!" ella dijo.

"Vamos, Wally".

Walter miró a su hermana; luego sonrió levemente y asintió con la cabeza a Russell mientras este último se levantaba el sombrero a modo de saludo. Alice pronunció una sílaba incoherente de exclamación y, cuando comenzó a caminar más rápido, se mordió el labio con fuerza, no para parecer melancólica esta vez, sino para ayudarla a contener las lágrimas de ira de sus ojos.

Russell se rió alegremente. "Tu hermano ciertamente parece haber encontrado el lugar para el 'color' hoy", dijo. "La charla de esa chica debe estar llena de eso".

Pero Alice había olvidado el color que ella misma había usado para dar cuenta de las peculiaridades de Walter, y no lo entendía. "¿Qué?" dijo, roncamente.

¿No recuerdas haberme hablado de él? ¿Cómo iba a escribir, probablemente, e iría a cualquier parte para recoger tipos y hacerlos hablar?

Ella mantuvo la vista al frente y dijo bruscamente: "¡Creo que sus gustos literarios apenas cubren este caso!"

No estés demasiado seguro. No parecía del todo desconcertado. No parecía importarle que lo vieras.

"Eso es lo peor, ¿no?"

"Vaya, no", dijo su amiga, afablemente. "Significa que no consideró que estuviera involucrado en nada fuera de lo común. No puedes esperar entender todo lo que hacen los niños a su edad; hacen todo tipo de cosas raras y las superan. Evidentemente, a tu hermano le gustan las personas queer, y es muy probable que haya sido al menos medio sincero cuando te hizo creer que tenía un motivo literario detrás. Todos pasamos por——"

"Gracias, Sr. Russell", interrumpió ella. "No digamos más".

Miró su cara sonrojada y sus ojos agrandados; y la apreciaba mucho más por su indignación: así es como deberían sentirse las buenas hermanas, pensó, sin comprender que la mayor parte de lo que ella sentía no era por Walter. Aventuró sólo una palabra más. "Trata de no preocuparte tanto; realmente no equivale a nada".

Ella negó con la cabeza y continuaron en silencio; no volvió a mirarlo hasta que se detuvieron frente a su propia casa. Luego ella le dio solo un vistazo de sus ojos antes de mirar hacia abajo. "Está estropeado, ¿no?" dijo, en voz baja.

"¿Qué es 'estropeado'?"

Nuestro paseo... bueno, todo. De alguna manera siempre lo es.

"¿'Siempre es' qué?" preguntó.

"Mimado", dijo ella.

Él se rió de eso; pero sin mirarlo ella le ofreció de pronto la mano y, al tomarla, sintió una presión violenta y apresurada sobre sus dedos, como si ella quisiera agradecerle casi apasionadamente su bondad. Ella se había ido antes de que él pudiera hablarle de nuevo.

En su habitación, con la puerta cerrada, no fue al espejo, sino a la cama, arrojándose boca abajo, sin importarle hasta qué punto las almohadas le torcieron el sombrero. Puro dolor había seguido a su ira; pena por el final calamitoso de su tarde luminosa, pena por el “fin de todo”, como pensó entonces. Sin embargo, poco a poco se fue poniendo más serena y, cuando su madre llamó a la puerta, la dejó entrar. La señora Adams la miró con rápida aprensión.

“¡Ay, pobre niña! ¿No estaba él...?”

Alicia le dijo. “Ya ves cómo... cómo me hizo ver, mamá”, se estremeció, habiendo concluido su narración. “Traté de encubrir lo horrible de Walter en el baile con esa historia sobre que era 'literario', pero ninguna historia fue lo suficientemente grande para encubrir esto, y ¡oh! ¡Debe hacerle creer que cuento historias sobre otras cosas!”

“¡No no no!” protestó la señora Adams. “¿No ves? En el peor de los casos, todo lo que ÉL podría pensar es que Walter te contó historias sobre por qué le gusta estar con gente tan terrible, y tú les creíste. Eso es todo lo que ÉL pensaría; ¿no ves?”

Los ojos húmedos de Alice comenzaron a mostrar un poco de esperanza. “¿De verdad crees que podría ser así, mamá?”

“Pues, por lo que me has dicho, él dijo, YO SÉ que es así. ¿No dijo que quería venir de nuevo?”

“N-no,” dijo Alice, insegura. Pero creo que lo hará. Al menos empiezo a pensar eso ahora. Él... —Se detuvo.

“Por todo lo que me dices, parece ser un joven muy deseable”, dijo la Sra. Adams, remilgadamente.

Su hija guardó silencio por varios momentos; luego, nuevas lágrimas se juntaron en sus pestañas caídas. “Él es solo— ¡querida!” ella vaciló.

La señora Adams asintió. Te ha dicho que no está comprometido, ¿verdad?

“No. Pero sé que no lo es. Tal vez cuando vino aquí por primera vez estaba cerca, pero sé que no lo está”.

“Supongo que a Mildred Palmer le GUSTARÍA que lo fuera, ¡de acuerdo!” La Sra. Adams fue lo suficientemente franca para decir, bastante triunfalmente; y Alicia, con la cabeza baja, murmuró:

Cualquiera... lo haría.

Las palabras eran casi inaudibles.

“No te preocupes”, dijo su madre, y le dio una palmada en el hombro. “Todo saldrá bien; No tengas miedo, Alicia. ¿No ves que al lado de cualquier otra chica de la ciudad eres una REINA perfecta? ¿Crees que cualquier joven que no tuviera prejuicios, o algo así, necesitaría algo más que una simple mirada para...?”

Pero Alice se apartó de la mano que la acariciaba. “No importa, mamá. Me pregunto si me mira en absoluto. Y si vuelve a hacerlo, después de ver a mi hermano con esa gente horrible...”

“¡Ahora ahora!” La Sra. Adams interrumpió, protestando con tristeza. “Estoy seguro de que Walter es un BUEN chico——”

“¿Eres?” Alice gritó, con un vigor repentino. “¿Eres?”

“Estoy seguro de que es BUENO, sí, y si no lo es, no es su culpa. Es mio.”

“¡Qué absurdo!”

“No, es verdad”, se lamentó la Sra. Adams. “Traté de educarlo para que fuera bueno, Dios lo sabe; y cuando era pequeño era el mejor chico que he visto en mi vida. Cuando venía de la escuela dominical, siempre corría hacia mí y repasábamos la lección juntos; y me dejó entrar en su habitación por la noche para escuchar sus oraciones casi hasta los dieciséis años. La mayoría de los niños no harán eso con sus madres, ni mucho menos por tanto tiempo. Me esforcé mucho en educarlo bien, pero si algo salió mal, es mi culpa”.

“¿Como puede ser? Acabas de decir——”

“Es porque no le hice a tu padre este—este nuevo paso antes. Entonces Walter podría haber tenido todas las ventajas que otros...”

“¡Oh, mamá, POR FAVOR!” Alice le rogó. “No repasemos todo eso otra vez. ¿No es más importante pensar qué hacer con él? ¿Se le va a permitir que siga deshonrándonos como lo hace?”

La Sra. Adams suspiró profundamente. “No sé qué hacer”, confesó, tristemente. Tu padre está tan molesto por... por este nuevo paso que está dando... No siento que debamos...

“¡No no!” Alicia lloró. Papá no debe angustiarse por esto, además de todo lo demás. Pero hay que hacer ALGO con respecto a Walter”.

“¿Que puede ser?” preguntó su madre, impotente. “¿Que puede ser?”

Alice admitió que no lo sabía.

Durante la cena, una hora más tarde, la mirada habitualmente velada de Walter se alzaba de vez en cuando para tocarla furtivamente; estaba esperando, como habría dicho, a que ella «saltara»; y había preparado una defensa breve y sincera en el sentido de que se ganaba la vida por su cuenta, y le gustaría saber de quién era el negocio de ofrecer comentarios intrusivos sobre su conducta privada. Pero ella no dijo nada, mientras su padre y su madre permanecían tan silenciosos como ella. Walter llegó a la conclusión de que no habría ningún ataque, pero

cambió de opinión cuando su padre, que comió solo un poco y, además, melancólico, se levantó para dejar la mesa y hablarle.

“Walter”, dijo, “cuando hayas terminado me gustaría que subieras a mi habitación. Tengo algo que quiero decirte.

Walter lanzó una dura mirada a su apática hermana y luego se volvió hacia su padre. “Hazlo mañana”, dijo. “Esta es la noche de Satad'y y tengo una cita”.

“No”, dijo Adams, frunciendo el ceño. “Subes antes de salir. Es importante.”

“Todo bien; Ya he comido todo lo que quiero —replicó Walter. “Tengo unos minutos. Hazlo rápido.”

Siguió a su padre escaleras arriba, y cuando estuvieron juntos en la habitación, Adams cerró la puerta, se sentó y comenzó a frotarse las rodillas.

“¿Reumatismo?” inquirió el chico, astutamente. “¿De eso es de lo que quieres hablar conmigo?”

“No.” Pero Adams no continuó; parecía tener dificultades con las palabras, y Walter decidió ayudarlo.

“Salta y salta”, dijo. “Quítatelo de la cabeza: ¡Le diré al mundo *que* debería preocuparme! No me vas a molestar a Mí, así que ¿por qué te molestas a ti mismo? Alice saltó a casa y te dijo que me vio jugando con unas bayas bastante alegres y tú...”

“¿Alicia?” dijo su padre, obviamente sorprendido. “No se trata de Alice”.

¿No te dijo ella...?

No he hablado con ella en todo el día.

“Oh, ya veo”, dijo Walter. “Ella le dijo a mamá y mamá te lo dijo a ti”.

“No, ninguno de ellos me ha dicho nada. ¿Qué había que contar?”

Gualterio se rió. “Oh, no es nada”, dijo. “Esta tarde estaba empezando a comprarle a una amiga mía una hebilla de diamantes de imitación que le perdí en una apuesta, y llegó Alice con ese gran pez Russell; y pensé que se veía dolorida. Espera que me gusten las que a ella le gustan y a mí no me gustan. Pensé que probablemente te había puesto nervioso al respecto.

“No, no”, dijo su padre, malhumorado. “No sé nada al respecto, y no me interesa saber nada al respecto. Quiero hablar contigo sobre algo importante.

Luego, cuando volvió a guardar silencio, Walter dijo: “Bueno, HABLE de eso; Estoy escuchando.”

“Es esto”, comenzó Adams, pesadamente. “Se trata de que yo entre en este negocio del pegamento. Tu madre te lo ha dicho, ¿no?”

Ella dijo que ibas a dejar el antiguo lugar en el centro de la ciudad y comenzar una fábrica de pegamento. Eso es todo lo que sé al respecto; Tengo mis propios asuntos de los que ocuparme.

“Bueno, esto es asunto tuyo”, dijo su padre, frunciendo el ceño. “No puedes quedarte con Lamb and Company”.

Walter pareció un poco sorprendido. “¿Qué quieres decir con que no puedo? ¿Por qué no?”

“Tienes que ayudarme”, explicó Adams lentamente; y frunció el ceño más profundamente, como si la entrevista se le hiciera cada vez más laboriosa. “Va a ser un gran impulso poner este negocio en pie”.

“¡Sí!” Walter exclamó con un agudo escepticismo. “¿Debería decir que lo fue!” Miró a su padre con incredulidad. “Mira aquí; ¿No eres un poco repentino, por la forma en que haces las cosas? Dejaste que mamá te empujara demasiado rápido, ¿no? ¿Sabe algo sobre lo que significa establecer un nuevo negocio en estos días?”

“Sí, lo sé todo al respecto”, dijo Adams. “Sobre este negocio, lo hago”.

“¿Cómo?”

“Porque hice un largo estudio al respecto. No tengo miedo de hacerlo de la manera equivocada; pero es un trabajo duro y tendrás que poner todo el sentido común y la fuerza que tengas.

Walter comenzó a respirar rápidamente y sus labios estaban agitados; luego los puso obstinadamente. “Oh; Lo haré”, dijo.

“Sí, lo harás”, respondió Adams, sin darse cuenta de que la inflexión de su hijo era satírica. “Tomará toda la energía de tu cuerpo, y toda la energía que me queda en el mío, y cada centavo de lo poco que he ahorrado, además de algo que tendré que recaudar en esta casa. Voy directo a eso, ahora tengo que hacerlo; y tendrás que abandonar Lamb's a finales de la próxima semana.

“¿Oh, lo hare?” La voz de Walter se hizo más fuerte, y había una estridencia en ella. Tengo que irme de Lamb's a finales de la semana que viene, ¿verdad? Dio un paso adelante, enojado. “¿Escucha!” él dijo. No voy a salir de Lamb's, ¿ves? No me voy a ir allá abajo: me quedo con ellos, ¿ves?”

Adams lo miró, asombrado. “Te irás de allí el próximo sábado”, dijo. “Tengo que tenerte”.

—Tú no haces nada por el estilo —le dijo Walter con aspereza—. “¿Esperas pagarme algo?”

Te pagaría por lo que has estado consiguiendo allí abajo.

“Entonces págale a alguien más; *No* sé nada sobre pegamento. Consigue a alguien más.

“No. Tienes que--”

Walter lo interrumpió con la mayor vehemencia. ¡No me digas lo que tengo que hacer! ¡Sé lo que tengo que hacer mejor que tú, supongo! Me quedo en Lamb's, ¿ves?

Adams se levantó enojado. “Harás lo que te diga. No puedes quedarte ahí abajo.

“¿Por qué no puedo?”

“Porque no te dejaré”.

“¡Escucha! Sigue sin dejarme: estaré allí igual.

Ante eso, su padre estalló en una carcajada amarga. ¡No te dejarán, Walter! No te tendrán allí después de que se enteren de que voy.

“¿Por qué no lo harán? No pensarás que van a estar todos hechos pedazos por haberte perdido, ¿verdad?

“Te digo que no te dejarán quedarte”, insistió su padre en voz alta.

“¿Por qué, qué les importa si vas o no?”

“¡Les importará lo suficiente como para despedirte, muchacho!”

“Mira aquí, entonces; muéstrame por qué.”

“¡Lo harán!”

—Sí —se burló Walter; “Sigues diciendo que lo harán, pero cuando te pido que me muestres por qué, ¡sigues diciendo que lo harán! ¡Eso hace pocos progresos conmigo, te lo puedo asegurar!”

Adams gimió y, frotándose la cabeza, comenzó a caminar por el suelo. La negativa de Walter era algo que no había previsto; y sintió la debilidad de su propio intento de enfrentarlo: parecía incapaz de hacer otra cosa que pronunciar palabras de enojo que, como dijo Walter, hicieron pocos progresos. “¡Oh mi mi!” murmuró: “¡Oh, vaya, vaya!”

Walter, por lo general cetrino, se había puesto pálido: miraba a su padre con atención y ahora tomó una resolución repentina. “Mira aquí”, dijo. “Cuando dices que es probable que Lamb's me despida porque vas a renunciar, hablas como las personas que tienen que ser encerradas. No sé de dónde sacas esas cosas en tu cabeza; Lamb and Company no sabrá que te has ido. Escucha: puedo quedarme allí todo el tiempo que quiera. Pero te diré lo que haré: hacer que valga la pena y me conectaré con tu vieja fábrica de pegamento, después de todo.

Adams dejó de caminar abruptamente y lo miró fijamente. “¿Hacer que valga la pena? ¿Lo que quieres decir?”

“Tengo un buen uso de trescientos dólares en este momento”, dijo Walter. “Dámelo y dejaré Lamb's para trabajar contigo. ¡No me dejes tenerlo y te JURO que no lo haré!”

“¿Estas loco?”

"¿Están todos locos los que necesitan trescientos dólares?"

"Sí", dijo Adams. "¡Lo son si ME lo piden, cuando tengo que estirar cada centavo que puedo poner en mis manos para que parezca un dólar!"

"¿No lo harás?"

Adams le estalló. "¡Pequeño tonto! Si tuviera trescientos dólares para tirar, además de la paga que esperaba darte, ¿no tienes la sensatez de ver que podría contratar a un hombre que valga trescientos dólares más para mí que tú? Es un buen momento para pedirme trescientos dólares, ¿no? ¿Para qué? ¿Hebillas de diamantes de imitación para usar con tus "amigas"? ¡Qué vergüenza! ¡Pídeme que te SOBORNE para ayudarte a ti mismo y a tu propia familia!"

"Te daré una última oportunidad", dijo Walter. "O haces lo que yo quiero, o no haré lo que tú quieres. No me vuelvas a preguntar después de esto, porque——"

Adams lo interrumpió ferozmente. "¡Preguntarte de nuevo!" ¡No te preocupes por eso, hijo mío! Todo lo que te pido es que salgas de mi habitación.

"Mira aquí", dijo Walter, en voz baja; y su sonrisa torcida distorsionaba su mejilla lívida. "Mira esto: espero que TÚ no me des trescientos dólares para salvarme la vida, ¿verdad?"

"Me pones enfermo", dijo Adams, en su amargura. "Sal de aquí."

Walter salió silbando; y Adams volvió a dejarse caer en su vieja silla cuando la puerta se cerró. "¡Oh mi mi!" gimió. "¡Oh, Señor, Señor! El camino del transgresor——"

CAPÍTULO XVI

Él quiso decir su propia transgresión y su propio camino; porque la obstinada negativa de Walter le pareció a Adams en ese momento como uno de los inexplicables pero justos acosadores que debe encontrar al seguir ese camino. "¡Oh, Señor, Señor!" gimió, y luego, cuando el resentimiento lo movió— "¡Ese maldito chico! ¡Maldito idiota!" Sin embargo, se reconoció a sí mismo como un idiota mayor porque no había sido capaz de decirle a Walter la verdad. No se atrevía a hacerlo, ni siquiera a exponer su caso en los mejores términos; y eso fue porque sintió que incluso en sus mejores términos el caso era malo.

De todos sus pesares, el mayor fue que en un momento de vanidad y ternura, hace veinticinco años, le había dicho a su joven esposa un secreto comercial. Quería mostrar cuán importante se estaba volviendo su esposo y

cuánto confiaba el jefe del universo, JA Lamb, en su integridad y habilidad. El gran hombre tuvo una idea: pensó en “ramificarse un poco”, le dijo a Adams confidencialmente, y había posibilidades de ganancias en el pegamento.

Lo que quería era un pegamento líquido para envasar en botellitas y venderlo barato. “El tipo de cosas que se venden solas”, dijo; “el tipo de cosa que paga su propio pequeño camino a medida que avanza, hasta que tiene suficientes ganancias para comenzar a publicitarlo correctamente. Todos tienen que usar pegamento, y si hago que el mío sea conveniente y barato, todos comprarán el mío. Pero tiene que ser pegamento que se PEGUE; tiene que ser el mejor; y si encontramos cómo hacerlo, tenemos que mantenerlo en secreto, por supuesto, o cualquiera puede robarnoslo. Hubo un hombre aquí el mes pasado; él sabía una fórmula que quería venderme, 'vista invisible'; pero tenía tanta prisa que sospeché y descubrí que se las había arreglado para robarlo, trabajando para los grandes empacadores en sus fábricas de pegamento. Nosotros' Tengo que encontrar un pegamento mejor que ese, de todos modos. Voy a ponerte a ti ya Campbell en eso. Usted es un joven práctico y despierto, y Campbell es un químico muy bueno; Supongo que ustedes dos deberían hacer que algo suceda.

Su conjetura fue lo suficientemente astuta. Trabajando en un cobertizo un poco fuera del pueblo, donde su alegre patrón los visitaba a veces para estudiar sus malolientes guisos, los dos jóvenes encontraron lo que Lamb les había pedido que encontrarán. Pero Campbell estaba pensativo sobre el descubrimiento. "Mira aquí", dijo. ¿Por qué no se trata sólo de los tuyos y los míos? Después de todo, puede ser el dinero de Lamb el que pagó por las cosas que hemos usado, pero no ha costado mucho”.

“Pero nos paga a nosotros”, protestó Adams, horrorizado por la idea de su compañero. “Él nos pagó para hacerlo. Le pertenece absolutamente a él.

"Oh, sé que él PIENSA que sí", admitió Campbell, lastimeramente. “Supongo que tenemos que dejar que lo tome. No es patentable, y tendrá que hacerlo bastante bien con nosotros cuando comience su fábrica, porque tiene que depender de nosotros para ejecutar la fabricación de las cosas para que los trabajadores no puedan participar en el proceso. Será mejor que le pidas el mismo salario que yo, y el mío va a ser alto”.

Pero el alto salario, tan agradablemente imaginado, nunca fue pagado. Campbell murió de fiebre tifoidea ese verano, dejando a Adams y su empleador como los únicos poseedores de la fórmula, no escrita; y Adams, complacido de creerse más importante que nunca para el gran hombre, le dijo a su esposa que no había duda de que él sería el único encargado de las futuras fábricas de pegamento. Desafortunadamente, la empresa seguía siendo prospectiva.

Su proyector ya se había "engañado a otra línea lateral", como le dijo a Adams. Uno de sus hijos lo había persuadido para que tomara una "pastilla para la tos", que se llamaría "Jalamb Balm Trochee"; y la pastilla funcionó lo suficientemente bien como para divertir al Sr. Lamb y ocupar su tiempo libre, que en realidad era todo lo que había pedido del proyecto del pegamento. Tenía "todo el DINERO que cualquiera debería querer", dijo, cuando Adams lo instó; y podría "poner en marcha esta pequeña línea lateral de pegamento" en cualquier momento; la fórmula estaba segura en sus dos cabezas.

De vez en cuando, Adams buscaba la oportunidad de hablar de "la pequeña línea lateral de pegamento" a su patrón y sugerir que los años estaban pasando; pero Lamb, al dedicarse a otros pasatiempos, había perdido el interés. "Oh, lo pondré en marcha algún día, tal vez. Si no lo hago, puedo dárselo a mis herederos: siempre es un activo, vale una cosa u otra, por supuesto. Sin embargo, probablemente lo abordaremos algún día, tú y yo.

El sol se negó persistentemente a salir ese día y, a medida que pasaba el tiempo, Adams vio que sus tímidos impulsos aburrían a su empleador y dejó de mencionar el tema. Aparentemente, Lamb se olvidó por completo del pegamento, pero Adams descubrió que, lamentablemente, había alguien más que lo recordaba.

"Es realmente TUYO", argumentó, ese doloroso día en que por primera vez le sugirió que usara su conocimiento para el beneficio de él y su familia. "Sres. Campbell podría haber tenido derecho a una parte de él, pero murió y no dejó ningún pariente, por lo que le pertenece a usted.

"Supongamos que JA Lamb me contrató para serrar un poco de madera", dijo Adams. "¿Los palos me pertenecerían?"

"Él no tiene ningún derecho a tomar tu invento y enterrarlo", protestó ella. "¿De qué le sirve si no HACE nada con eso? ¿De qué le sirve a NADIE? ¡Ninguno en el mundo! ¿Y qué daño le haría a él si tú siguieras adelante e hicieras esto por ti y por tus hijos? ¡Ninguno en el mundo! ¿Y qué podría hacerte si ERA lo suficientemente viejo como para enfadarse contigo por hacerlo? No podía hacer nada, y tú mismo has admitido que no podía. Entonces, ¿cuál es tu razón para privar a tus hijos y a tu esposa de los beneficios que sabes que podrías darles?"

"Nada más que decencia", respondió; y ella tenía su respuesta lista para eso. Le parecía que, por mucho que se esforzara, no podría llegar a su mente ni siquiera con el lenguaje más sencillo; mientras todo lo que ella le decía, con tanta vehemencia, sonaba a tantas tonterías obstinadas. Una y otra vez la presionó con la misma ilustración, sobre el punto de propiedad, aunque pensó que estaba variando.

"Supongamos que me contrata para construirle una casa: ¿sería esa MI casa?"

No te contrató para que le construyeras una casa. Campbell y tú inventaron...

“Mira: supón que le das a una cocinera un hueso para sopa y algunas verduras, y le pagas para que te haga una sopa: ¿tiene ella derecho a tomarla y venderla? ¡Tu sabes mejor!”

"Sé UNA cosa: si ese viejo trató de ocultarte tu propio invento, ¡no es mejor que un ladrón!"

Nunca encontraron ningún punto de contacto en todas sus apasionadas discusiones sobre esta cuestión ética; y la cuestión no estaba más resuelta entre ellos, ahora que Adams había sucumbido, que nunca. Pero por lo menos la disputa sobre el tema había terminado: estaban juntos serios, casi silenciosos, y una inquietud prevalecía tanto con ella como con él.

Ya había salido de la casa, para pasear por el pequeño patio verde; y el lunes por la tarde mandó llamar un taxi y se fue al centro de la ciudad, pero se mantuvo alejado de la "sección mayorista", donde estaba el formidable montón oblongo de Lamb and Company. Hizo arreglos para la venta de los bonos que había depositado y para colocar una hipoteca sobre su casa; y de camino a casa, después de las cinco, fue a ver a un viejo amigo, un hombre cuyo período de servicio en Lamb and Company era incluso un poco más largo que el suyo.

Este veterano, que había regresado del trabajo del día, estaba sentado frente a la casa de apartamentos donde vivía, pero cuando el taxi se detuvo en la acera, se levantó y se adelantó, ofreciendo un saludo jocoso. “¡Bien, bien, Virgil Adams! Siempre pensé que tenías una vena deportiva en ti. Viaja en tu propio automóvil privado alquilado hoy en día, ¿verdad? Mimarte a ti mismo porque todavía estás enfermo, supongo.

“Oh, estoy lo suficientemente bien otra vez, Charley Lohr”, dijo Adams, mientras salía y le daba la mano. Luego, diciéndole al conductor que esperara, tomó el brazo de su amigo, caminó hacia el banco con él y se sentó. “Estuve prácticamente bien durante algún tiempo”, dijo. "Me estoy preparando para volver a ponerme el arnés".

“Estar enfermo sin duda ha producido un cambio de corazón en ti”, se rió su amigo. “¡Eres el último hombre que esperaba ver volando a ti mismo, o a cualquier otra persona, a un taxi! De hecho, nunca escuché que estuvieras en NINGÚN tipo de taxi, menos que cuando eras el portador del féretro de alguien. ¿Qué te pasa?

“Bueno, tengo que pasar página, y eso es un hecho”, dijo Adams. “Tengo mucho que hacer, y la única forma de lograrlo es hacerlo pronto, o no tendré nada para vivir mientras lo hago”.

"¿De qué estás hablando? ¿Qué tienes que hacer excepto volverte lo suficientemente fuerte como para volver al antiguo lugar?

—Bueno... —Adams hizo una pausa, luego tosió y dijo lentamente—: El hecho es, Charley Lohr, que estaba pensando que probablemente no volvería.

"¿Qué! ¿De qué estas hablando?"

"No", dijo Adams. "Estuve pensando que probablemente podría expandirme por mi cuenta".

"¡Bueno, seré condenado!" El viejo Charley Lohr estaba asombrado; se alborotó el bigote gris con el pulgar y el índice, dejando la boca abierta por debajo, como una cueva oscura bajo un matorral invernal enredado. "¡Vaya, esa es la cosa más maldita que he escuchado!" él dijo. "Yo ya soy el habitante más viejo allá abajo, pero si te vas, no habrá nadie más de la vieja generación en absoluto. ¿En qué diablos estás pensando entrar?"

"Bueno", dijo Adams, "preferiría que no lo mencionaras hasta que yo empiece, por supuesto, cualquiera sabrá lo que es para entonces, pero HE estado planeando poner un pegamento líquido en el mercado".

Su amigo, todavía alborotándose el bigote gris hacia arriba, lo miró con el ceño fruncido y perplejidad. "¿Pegamento?" él dijo. "¡PEGAMENTO!"

"Sí. Estuve dándole vueltas a la idea de tomar algo así".

—¿Manejándolo para alguna empresa, quieres decir?

"No. Haciendolo. Es probable que funcione como una especie de pegamento.

Lohr siguió frunciendo el ceño. "Déjame pensar", dijo. "¿No tuvo el viejo una idea así?"

Adams se inclinó hacia adelante, frotándose las rodillas; y volvió a toser antes de hablar. "Bueno, sí. El hecho es que lo hizo. Es decir, hace mucho tiempo que lo hizo.

"Lo recuerdo", dijo Lohr. "Él nunca dijo nada al respecto que yo sepa; pero me parece recordar que había una especie de rumor en el lugar de que tú y ese hombre... veamos, ¿no se llamaba Campbell, murió de fiebre tifoidea? Sí, eso fue todo, Campbell. ¿Acaso el viejo no te hizo trabajar a ti y a Campbell en privado en alguna propuesta de pegamento u otra?"

"Sí, lo hizo". Adams asintió. Entonces también descubrí muchas cosas sobre el pegamento.

¿Has estado trabajando en eso desde entonces, supongo?

"Sí. Lo mantuve en mi mente y estudié cosas nuevas al respecto".

Lohr parecía serio. "Bueno, pero mira aquí", dijo. "Espero que no sea nada que el viejo piense que podría infringir lo que sea que te hizo hacer para ÉL. Ya sabes cómo es: un hombre de mente abierta, liberal, de manos libres como camina por esta tierra, y si pensara que te debe un centavo vendería su mano derecha por una chuleta de cerdo para pagarlo, si ese fuera el la única manera; pero si tuviera la

idea de que alguien estaba tratando de sacar lo mejor de él, vendería AMBAS manos, si tuviera que hacerlo, para evitar que lo hicieran. ¡Sí, a los ochenta lo haría! No es que quiera decir que crea que podrías estar tratando de sacar lo mejor de él, Virg. Eres un viejo loco muy cercano, pero tal cosa no está en ti. Lo que quiero decir: espero que no haya ninguna posibilidad de que el viejo PIENSE que podrías estar...

"Oh, no", interrumpió Adams. "De hecho, no creo que jamás piense en eso, y si lo hiciera no tendría ningún derecho real a sentirse ofendido conmigo: el proceso que voy a usar es uno Espero cambiar y mejorar de forma muy diferente a la que Campbell y yo hicimos para él".

"Bueno, eso es bueno", dijo Lohr. "Por supuesto que sabes lo que estás haciendo: eres lo suficientemente mayor, ¡Dios lo sabe!" Se rió con tristeza. "Vaya, pero me parecerá divertido, ¡ahí abajo sin que te hayas ido! ¡Supongo que tú y yo nos estamos convirtiendo en madera muerta en el lugar, por la forma en que los jóvenes lo ven, y el único que nos extrañaría a cualquiera de nosotros sería el otro! ¿Ya se lo has dicho al viejo?"

"Bueno--" Adams habló laboriosamente. "No. No, no lo he hecho. Pensé... bueno, por eso quería verte.

"¿Que puedo hacer?"

"Pensé en escribirle una carta y pedirte que se la entregues de mi parte".

"¡Mi alma!" exclamó su amigo. "¿Por qué diablos no vas allí y le dices?"

Adams se sintió lastimosamente avergonzado. Tartamudeó, tosió, volvió a tartamudear, arrugando tanto la cara que parecía a punto de llorar; pero finalmente se las arregló para soltar una carcajada de disculpa. "Debería hacer eso, por supuesto; pero de una forma u otra no parece ser capaz de manejarlo.

"¿Por qué en el mundo no?" preguntó el desconcertado Lohr.

"Difícilmente podría decírtelo, menos que decir que cuando has estado con un jefe toda tu vida es tan... tan vergonzoso renunciar a él, simplemente no puedo decidirme a ir y hablar. a él al respecto. No; Se me metió en la cabeza que una carta es la única forma satisfactoria de hacerlo, y pensé en pedirte que se la entregaras.

"Bueno, por supuesto que no me importa hacer eso por ti", dijo Lohr, suavemente. "Pero, ¿por qué demonios no se lo envías por correo?"

"Bueno, te lo diré", respondió Adams. "Sabes, así, tendría que pasar por un empleado y esa secretaria suya, y no sé quiénes son todos. Hay un par de puntos delicados que quiero incluir: por ejemplo, quiero explicarle cuánto ha mejorado, etc. Voy a presentarle el proceso antiguo que ayudé a resolver con Campbell cuando trabajando para él, para que entienda que es un artículo diferente y que no hay infracción alguna. Luego hay otra cosa: verás, durante todo el tiempo que

estuve enfermo me pagaron mi salario, es considerable, estuve de espaldas tanto tiempo. Dadas las circunstancias, porque estoy renunciando, no siento que deba aceptarlo, por lo que Tendré un cheque para él en la carta para cubrirlo, y quiero estar seguro de que lo sabe y lo recibe personalmente. Si tuviera que pasar por muchas otras personas, de la forma en que lo haría si lo enviara por correo, por qué, no se puede decir. Así que lo que pensé: si se lo entregaras de mi parte, y tal vez si lo leyera en ese momento, o algo así, podrías notar lo que sea que dijera al respecto, y podrías darme después.

"Está bien", dijo Lohr. "Ciertamente, si prefieres hacerlo de esa manera, se lo daré y te diré lo que dice; es decir, si dice algo y lo escucho. ¿Lo tienes escrito?"

"No; Te lo enviaré el último día de la semana. Adams se dirigió hacia su taxi. "No le digas nada a nadie sobre eso, Charley, especialmente hasta después de eso".

"Todo bien."

"Y, Charley, te estaré muy agradecido", dijo Adams, y volvió para estrecharle la mano a modo de despedida. Hay una cosa más que podrías hacer, si alguna vez te apetece. Mantuvo sus ojos vagamente fijos en un punto por encima de la cabeza de su amigo mientras hablaba, y su voz no estaba bien controlada. Estuve... estuve allí muchos años y es posible que últimamente no haya sido tan útil como al principio, pero siempre traté de hacer lo mejor que pude para la antigua empresa. Si algo resultó así, SÍ se sintieron ofendidos conmigo, ahí abajo, bueno, solo di una buena palabra para mí, si te apetece, tal vez.

El viejo Charley Lohr le aseguró que hablaría bien si se presentaba la oportunidad; luego, después de que el taxi se hubo alejado, subió a su pequeño apartamento en el tercer piso y murmuró rumiando hasta que su esposa le preguntó de qué estaba hablando consigo mismo.

"Ole Virg Adams", le dijo. Ha vuelto a salir después de su larga temporada de enfermedad y, por lo que a mí me parece, es mejor que se quede en cama.

"¿Quieres decir que todavía se ve demasiado mal para estar fuera?"

"Oh, espero que esté recuperando su SALUD", dijo Lohr, frunciendo el ceño.

"Entonces, ¿qué le pasa? ¿Quieres decir que ha perdido la cabeza?"

"¡Dios mío, pero las mujeres saltan a las conclusiones!" el exclamó.

"Bueno", dijo la Sra. Lohr, "¿qué otra conclusión me dejó saltar?"

Su esposo explicó con un poco de calor: "Las personas pueden tener una enfermedad que les AFECTA la mente, ¿no? Su mente puede verse afectada sin perderse, ¿no?"

"¿Entonces quieres decir que la mente del pobre hombre parece afectada?"

"Porque no; Difícilmente iría tan lejos como eso", dijo Lohr, inconsistentemente, y se negó a ser más definido.

Adams dedicó la última parte de esa noche a redactar su carta, una tarea inquietante que no completó cuando, a las once, escuchó a su hija subir las escaleras. Estaba cantando para sí misma en voz baja y dulce, y Adams se detuvo a escuchar con incredulidad, con la pluma en alto y la boca abierta, como si escuchara el sonido más extraño del mundo. Luego dejó la pluma sobre un secante, fue a la puerta y la abrió, mirándola mientras se acercaba.

"Bueno, querida, parece que te sientes muy bien", dijo. "¿Que has estado haciendo?"

"Simplemente sentado en los escalones de la entrada, papá".

"Totalmente solo, supongo."

"No. Llamó el señor Russell.

"Oh, ¿lo hizo?" Adams fingió estar sorprendido. ¿De qué podrían hablar tú y él hasta esta hora de la noche?

Ella rió alegremente. "¡Tú no me conoces, papá!"

"¿Como es que?"

"Nunca has descubierto que siempre soy yo quien habla".

"¿No lo dejaste hablar toda la noche?"

"Oh si; de vez en cuando."

Adams tomó su mano y la acarició. "Bueno, ¿qué dijo?"

Alice lo miró radiante y lo besó. "¡No es lo que piensas!" ella rió; luego le dio una bofetada en la mejilla con descarado afecto, cruzó el estrecho pasillo y entró en su propia habitación, y le hizo una reverencia mientras cerraba la puerta.

Adams volvió a escribir con un corazón más ligero; porque desde que nació Alice había sido para él la niña de sus ojos, su propia frase al pensar en ella; y lo que estaba haciendo ahora era por ella.

Sonrió mientras tomaba su pluma para comenzar un nuevo borrador de la dolorosa carta; pero ahora parecía desconcertado. Después de todo, ella podía ser feliz tal como estaban las cosas, al parecer. Entonces, ¿por qué había dado lo que su esposa llamó "este nuevo paso", al que se había resistido durante tanto tiempo?

Solo podía suspirar y preguntarse. "La vida resulta bastante peculiar", pensó; porque no podía regresar ahora, aunque la razón por la que no podía no era claramente aparente. Tenía que seguir adelante.

CAPÍTULO XVII

Volvió a salir en su taxi a la mañana siguiente y, al mediodía, había conseguido lo que quería.

Era curiosamente significativo que trabajara tan rápido. Durante todos los años durante los cuales su esposa lo había presionado para que aceptara su turno actual, él se había jurado a sí mismo, así como a ella, que nunca cedería; y sin embargo, cuando cedió, no tenía planes que hacer, porque los encontró ya preparados y desarrollados en detalle en su mente; como si hubiera contemplado durante mucho tiempo el “paso” que se creía incapaz de dar.

A veces había pensado en mejorar sus ingresos cambiando su pequeña colección de bonos por una “pequeña propiedad de alquiler”, si encontraba “una buena compra”; y había pasado muchas de sus horas libres deambulando por la enorme ciudad en expansión y sus alrededores, buscando la "compra" ideal. Seguía siendo inalcanzable, en lo que a él concernía; pero encontró otras cosas.

No dos millas de cuervo de su propia casa había un barrio lúgubre y sórdido, un "distrito industrial" decadente de días anteriores. La mayoría de las industrias eran pequeñas; algunos de ellos murieron, pereciendo de bancarrota o incendio; y algunos se habían movido, dejando sus caparazones. De las reliquias, la mejor era un edificio de ladrillos que había sido la fábrica más grande e importante del barrio: había sido dañado por una larga vacante casi tan grave como un incendio, en efecto, y Adams a menudo había adivinado la suma necesaria. para ponerlo en reparacion.

Cuando pasaba junto a él, lo miraba con un interés que suponía distante y ociosamente especulativo. “Esa sería la cosa”, pensó. “Si un tipo tuviera suficiente dinero y tuviera la idea de establecer un nuevo negocio a gran escala, este sería un buen lugar para hacer pegamento, por ejemplo, si eso no fuera imposible, por supuesto. . Sin embargo, se necesitaría mucho dinero; demasiado para mí como para esperar manejarlo, incluso si alguna vez soñara con hacer algo así”.

Frente a la fábrica desmantelada había un terreno fangoso y abierto de aproximadamente dos acres, y cerca del medio del terreno, un largo cobertizo de ladrillos se alzaba en un abandono desolado, no felizmente decorado con viejos revestimientos de anuncios teatrales y medicinales. Pero el cobertizo de ladrillo tenía dos rincones de madera y, aunque tanto el cobertizo como los rincones eran de un solo piso, aquí había suficiente espacio vacío para una empresa modesta: "espacio suficiente para casi cualquier cosa, para empezar", pensó Adams, mientras caminaba. a través de los edificios bajos, un día, cuando estaba explorando en esa sección. “Sí, supongo que PODRÍA balancear esto”,

pensó. “Si el proceso me perteneciera, digamos, en lugar de estar fuera de discusión porque no es de mi propiedad, o si yo fuera el tipo de hombre que haría tal cosa de todos modos, aquí habría algo que probablemente podría conseguir bastante barato. Querrían mucho dinero para alquilar ese gran edificio en el camino, pero esto, bueno, debería pensar que sería prácticamente nada en absoluto.

Entonces, por casualidad, al encontrarse con un agente que conocía, hizo averiguaciones —simplemente para satisfacer una curiosidad casual, pensó— y encontró cosas tal como había supuesto, excepto que los dueños del gran edificio no querían alquilar, pero venderlo, y esto a un precio tan exorbitante que Adams se rió. Pero el largo cobertizo de ladrillos en el gran lote fangoso estaba a la venta o para alquilar, o "casi a punto de ser regalado", supo, si alguien lo aceptaba.

Adams lo tomó ahora, aunque sin darse cuenta de que estaba destinado a tomarlo, y que algún mago triste en la parte posterior de su cabeza había previsto todo el tiempo que lo tomaría y planeó estar listo. Condujo su taxi para revisar el lugar de nuevo, luego se dirigió al centro de la ciudad para concertar un contrato de arrendamiento; y vino a casa a almorzar con su esposa e hija. Las cosas se “movían”, les dijo.

Se jactó un poco de haber actuado con tanta decisión y dijo que, dado que había que hacer la maldita cosa, ¡se iba a “hacer BIEN!” Estaba casi alegre, de una manera febril, y cuando el taxi volvió a buscarlo, poco después del almuerzo, explicó que no solo tenía la intención de hacer las cosas bien, sino también de "hacerlas rápido". Alice, siguiéndolo hasta la puerta principal, lo miró con ansiedad y le preguntó si podía ayudar. Él se rió de ella sombríamente.

“Entonces déjame ir contigo en el taxi”, suplicó. —No pareces capaz de empezar con tanta fuerza, papá, justo cuando apenas empiezas a recobrar las fuerzas. Déjame ir contigo y ver si puedo ayudarte, o al menos cuidarte si te sientes mal.

Él se negó, pero, bajo presión, dejó que ella le pusiera una pequeña botella de alcohol de amoníaco en el bolsillo y prometió hacer uso de ella si "se sentía débil o algo así". Luego se fue de nuevo; ya la mañana siguiente tenía hombres trabajando en sus cobertizos, aunque los salarios que tenía que pagar lo asustaban.

Dirigió a los obreros en cada detalle, apresurándolos con el ejemplo y las exhortaciones, y recibiendo, en consecuencia, varias declaraciones de independencia, así como una renuncia, que surtió efecto de inmediato. “Ustedes, los capitalistas, parecen pensar que un hombre no tiene nada que hacer más que romperse la espalda y robar su riqueza para que la despilfarren”, se quejó en voz alta la persona que dimitió. “Cuidado: se acerca el día del trabajador, ¡y tampoco

es tan malo!” Pero el capitalista ya no podía oírlo, había ido a buscar un hombre para ocupar el lugar de este orador.

Al final de la semana, Adams sintió que había avanzado satisfactoriamente en sus preparativos para el equipo simple que necesitaba; pero odiaba la pausa del domingo. Él NO QUERÍA descansar, le dijo a Alice con impaciencia, cuando ella sugirió que el día de ocio podría ser bueno para él.

A última hora de la tarde, se dirigió al edificio de apartamentos donde vivía el viejo Charley Lohr y le entregó a su amigo la carta que quería que el director de Lamb and Company recibiera «personalmente». —Tomaré como un gran favor de tu parte que se lo entregues personalmente, Charley —dijo, al despedirse. “Y no lo olvidarás, en caso de que diga algo al respecto, y recuerda que si alguna vez tienes la oportunidad de hablar bien de mí más tarde, ya sabes...”

El viejo Charley prometió recordarlo y, cuando la señora Lohr salió de la "cocina", después de que se cerró la puerta, dijo pensativamente: "Solo piel y huesos".

"¿Quieres decir que el Sr. Adams es?" preguntó la señora Lohr.

"¿A quién crees que me refiero?" el regresó. ¿Una de esas perdices del empapelado?

"¿Se veía tan mal?"

“Me pareció un poco distraído”, respondió su esposo. “Sin embargo, estos pequeños muchachos delgados pueden soportar un montón a veces. Volverá a estar aquí el lunes.

"¿Dijo que lo haría?"

“No”, dijo Lohr. Pero lo hará. Verás. Vendrá a averiguar qué dice el gran jefe cuando le entregue esta carta. Supongo que estaría un poco ansioso, yo mismo, si fuera él”.

"¿Por que lo harías? ¿Qué hace el señor Adams para estar tan ansioso?"

La expresión de Lohr se convirtió en una de reserva, la mirada de un hombre que ha descubierto que cuando habla de sus pensamientos internos, su esposa salta demasiado lejos para sacar conclusiones. "Oh, nada", dijo. “Por supuesto, cualquier hombre que inicie un nuevo negocio seguramente estará bastante nervioso por un tiempo. Estará aquí mañana por la noche, de acuerdo; verás.”

La predicción se cumplió: Adams llegó justo después de que la Sra. Lohr hubiera llevado los platos de la cena a su "cocina pequeña"; pero Lohr tenía poca información que darle a su interlocutor.

—Él no dijo una palabra, Virgil; ni una palabra. Lo llevé a su oficina y se lo entregué, y él simplemente se sentó y lo leyó; eso es todo. Estuve de pie todo el tiempo que pude, pero él estaba sentado en su escritorio con su costado hacia mí,

y nunca se volvió completamente hacia mí, por así decirlo, así que apenas pude decir nada. Todo lo que sé: acaba de leerlo.

“Bueno, pero mira aquí”, comenzó Adams, nervioso. “Bien--”

“Bueno, ¿qué, Virg?”

“Bueno, pero ¿qué dijo cuando SÍ habló?”

“Él no habló. No mucho tiempo estuve allí, de todos modos. Simplemente se sentó allí y lo leyó. Leer un poco lento. Luego, cuando llegó al final, se volvió y comenzó a leerlo todo de nuevo. En ese momento había otros tres o cuatro hombres esperando en la oficina para hablar con él, y tuve que irme”.

Adams suspiró y miró al suelo, indeciso. Bueno, entonces me llevaré bien en casa, supongo, Charley. Entonces, ¿estás seguro de que no podrías decir nada de lo que podría haber pensado al respecto, entonces?

“Ni una cosa en el mundo. Te he dicho todo lo que sé, Virg.

“Supongo que sí, supongo que sí”, dijo Adams con tristeza. “Me siento muy agradecido contigo, Charley Lohr; muy obligado. Buenas noches.” Y se fue, suspirando de perplejidad.

De camino a casa, ocupado en muchos pensamientos, caminaba tan despacio que una o dos veces se detuvo y permaneció inmóvil por unos momentos, sin darse cuenta; y cuando llegó a la unión de la acera con el corto camino de ladrillos que conducía a su propia puerta principal, se detuvo de nuevo y estuvo de pie durante más de un minuto. “Ah, me gustaría saberlo”, susurró, lastimeramente. “Ojalá supiera lo que él pensaba al respecto”.

Lo despertó una risa que salió levemente de la pequeña galería cercana. “¡Papá!” Alice llamó alegremente. “¿Qué estás parado allí murmurando para ti mismo?”

“Oh, ¿estás ahí, querida?” dijo, y subió por el sendero. Una figura alta se levantó de una silla en la galería.

“Papá, este es el Sr. Russell”.

Los dos hombres se dieron la mano y Adams dijo: “Encantado de conocerlos”, mientras se miraban a la tenue luz que se filtraba a través del vidrio opaco en la parte superior de la puerta. La impresión de Adams fue la de un joven fuerte y alto, a la moda pero amable; y el de Russell era el de un hombre de negocios pequeño y reseco con un bigote canoso, ojos brillantes e inquietos, ropa oscura informe y modales hogareños.

“Buenas noches”, dijo Adams, mientras sus manos se separaban. Es una época agradable del año, pero no siempre tenemos un tiempo tan bueno como éste; ese es el problema. Bueno... —Se dirigió a la puerta. “Bueno, les deseo buenas noches”, dijo, y se retiró dentro de la casa.

Alicia se rió. "Es el hombre más anticuado de la ciudad, supongo y terriblemente impresionado contigo, ¡pude ver!"

"¡Qué absurdo!" dijo Russel. "¿Cómo podría alguien estar impresionado conmigo?"

"¿Por qué no? ¿Porque estás callado? ¡Buena gracia! ¿No sabes que eres el tipo más impresionante? Nosotros, los charlatanes, pasamos todo el tiempo jugando con vosotros, gente tranquila.

"Sí; solo somos la audiencia".

"¡Solo!", repitió ella. "Vamos, vivimos para ti, y no podemos vivir sin ti".

"Ojalá no pudieras", dijo Russell. "Esa sería una nueva experiencia para los dos, ¿no?"

"Podría ser bastante sombrío para mí", respondió ella, a la ligera. "Me temo que extrañaré estas tardes de verano contigo cuando terminen. ¡Los extrañaré lo suficiente, gracias!"

"¿Tienen que terminar en algún momento?" preguntó.

"Oh, todo se acaba en algún momento, ¿no?"

Russell se rió de ella. "No miremos tan lejos", dijo. No es necesario que ya estemos pensando en el cementerio, ¿verdad?

"No lo hice", dijo ella, sacudiendo la cabeza. "Nuestras tardes de verano terminarán antes de eso, Sr. Russell".

"¿Por qué?" preguntó.

"¡Cielos!" ella dijo. "HAY elocuencia lacónica: ¡casi una propuesta en una sola palabra! No importa, no te obligaré a hacerlo. Pero para responderte: bueno, siempre estoy mirando hacia adelante, y de alguna manera generalmente veo cómo van las cosas".

"Sí", dijo. "Supongo que la mayoría de nosotros lo hacemos; al menos parece que lo hicimos, porque rara vez nos sorprende la forma en que salen. Pero tal vez sea solo porque la vida no es como una obra de teatro, y la mayoría de las cosas suceden tan gradualmente que nos acostumbramos a ellas".

"No, estoy segura de que puedo ver un largo camino por delante", insistió, con gravedad. Y no me parece que nuestras tardes de verano puedan durar mucho. Algo interferirá... alguien lo hará, quiero decir... DIRÁ algo...

"¿Qué pasa si lo hacen?"

Ella movió los hombros con un pequeño estremecimiento de aprensión. "Te cambiará", dijo ella. Estoy seguro de que me va a pasar algo rencoroso. Te sentirás diferente acerca de... las cosas.

"¡Ahora, no es esa una idea!" el exclamó.

"Lo hará", insistió ella. "¡Sé que algo rencoroso va a pasar!"

—Pareces poseído por una idea que no me halaga un poco —observó—.

“Oh, ¿pero no lo es? ¡Eso es justo lo que es! ¿Por qué no lo es?”

“Porque implica que estoy hecho de un material tan suave que la más mínima brisa me estropeará todo. no soy tan así como evidentemente parezco; y si es cierto que tenemos miedo de que otras personas hagan las cosas que nosotros haríamos con mayor probabilidad, me parece que yo debería ser el que debería tener miedo. Debo temer que alguien pueda decirte algo sobre mí que te haga creer que soy un falsificador profesional.

“No. Ambos sabemos que no lo harán”, dijo. “Ambos sabemos que eres el tipo de persona de la que todo el mundo dice cosas buenas”. Ella levantó la mano para silenciarlo mientras él se reía de esto. “¡Oh, por supuesto que lo eres! Creo que tal vez seas un poco coqueta. La mayoría de los hombres callados tienen esa manera astuta de tratarlos. ¡Oh, sí, la tienen! Pero resulta que eres el tipo de hombre que a todo el mundo le encanta elogiar. Y si no lo fueras, *no* debería escuchar nada terrible sobre ti. Te dije que era impopular: ya no veo a nadie. El único hombre, excepto tú, que ha venido a verme en un mes es ese pequeño y temeroso Frank Dowling, y le envié un mensaje de que no estaba en casa. Nadie me hablaría de tu maldad, ya ves.

“Entonces déjame darte algunas noticias”, dijo Russell. “Nadie me hablaría de la tuya, tampoco. Nadie me ha mencionado siquiera.

Ella burlesqueó un grito de angustia. “¡Eso ES oscuridad! Supongo que soy demasiado propenso a olvidar que dicen que la población es de medio millón hoy en día. ¿Sientes que HAY otras personas de las que hablar, entonces?”

“Ninguno que yo quiera”, dijo. Pero creo que el tamaño del lugar podría aliviar tu mente de lo que parece insistir en agobiarla. Además, preferiría que me consideraras un hombre mejor que tú.

“¿Qué clase de hombre creo que eres?”

“Del tipo afectado por lo que se dice de las personas en lugar de por lo que ellas mismas hacen”.

“¿No es así?”

“No, no lo soy”, dijo. “Si quieres que terminen nuestras tardes de verano, tendrás que llevarme tú mismo”.

“¿Nadie más podría?”

“No.”

Ella estaba en silencio, inclinada hacia adelante, con los codos en las rodillas y las manos juntas contra los labios. Luego, sin moverse, dijo suavemente:

“¡Bueno, no lo haré!”

Ella volvió a guardar silencio y él no dijo nada, pero la miró, pareciendo contentarse con mirar. Su actitud era la que solo una persona agraciada debería asumir, pero ella era agraciada; y, a la pálida luz, que la convertía en una niebla de bellas formas, tenía belleza. Tal vez fuera la belleza del momento, y de la escena de amor casi plasmada por lo que ambos acababan de decir, pero ella lo tenía; y aunque pase la belleza de la hora, el que la vea la recordará por mucho tiempo y la hora en que llegó.

"¿En qué estás pensando?" preguntó.

Se reclinó en su silla y no respondió de inmediato. Entonces ella dijo:

"No sé; Dudo si estaba pensando en algo. Me parece que no lo estaba. Creo que en ese momento estaba siendo un poco tristemente feliz".

"¿Eras tú? ¿También fue 'tristemente'?"

"¿No lo sabes?" ella dijo. "Me parece que solo los niños pequeños pueden ser simplemente felices. Creo que cuando nos hacemos mayores, nuestros momentos más felices son como el que tuve en ese momento: es como si escucháramos acordes de música menor a través de ellos, ¡oh, tan dulce, pero oh, tan triste!"

"Pero, ¿qué es lo que lo entristece para USTED?"

"No lo sé", dijo ella, en un tono más ligero. "Quizás es una especie de presentimiento inútil que parezco tener muy a menudo. Puede ser eso... o puede ser el pobre papá."

"¡Sin embargo, ERES una chica divertida y encantadora!" Russell se rió. ¡Cuando tu padre vuelva a estar tan bien que salga a pasear por las tardes!

"Camina demasiado", dijo Alice. "Demasiado en total, en su nueva planta. Pero no hay nada que lo detenga". Ella se rió y sacudió la cabeza. "Cuando un hombre tiene la ambición de ser multimillonario, su familia no parece tener mucho peso para él. Caminará todo lo que quiera, a pesar de ellos."

—Supongo que sí —dijo Russell distraídamente; luego se inclinó hacia delante. "Desearía poder entender mejor por qué estabas 'tristemente' feliz".

Mientras tanto, mientras Alice arrojaba toda la luz que podía sobre este punto, el hombre que ambicionaba ser "multimillonario" estaba caminando demasiado para su propio bien. Se había ido a la cama con la esperanza de dormir bien y levantarse temprano para un largo día de trabajo, pero no podía descansar, y ahora, en camisón y pantuflas, caminaba de un lado a otro por el suelo de su habitación.

"Ojalá SÍ lo supiera", pensó, una y otra vez. "Desearía saber cómo se siente al respecto".

CAPÍTULO XVIII

Ese era un pensamiento casi continuo en su mente, incluso cuando estaba trabajando más duro; y, a medida que pasaban los días y no podía liberarse, se puso quejumbroso al respecto. “Creo que soy el tonto más grande del mundo”, le dijo a su esposa mientras se sentaban juntos una noche. “Tengo mucho más que me molesta, sin preocuparme por lo que piensa ÉL. No puedo evitar lo que piensa; es demasiado tarde para eso. Entonces, ¿por qué debería seguir molestándome al respecto?”

“Se te pasará el efecto, Virgil”, dijo la Sra. Adams, tranquilizadora. Ella era gentil y comprensiva con él, y por primera vez en muchos años él vendría a sentarse con ella y hablar, cuando había terminado su trabajo del día. Él le había dicho, evadiendo su mirada, “Oh, no te culpo. No me perseguiste para hacer esto por tu propia cuenta; no pudiste evitarlo.”

“Sí; pero no desaparece”, se quejó. “Esta tarde les estaba mostrando a los hombres cómo quería que fueran mis tanques, y descubrí a mi yo tonto parado allí diciéndole a mi yo tonto: 'Es gracioso, no escucho cómo se siente al respecto de parte de ALGUIEN'. Lo estaba diciendo en voz alta, casi, ¡y ES gracioso que no escucho nada!”

Bueno, ya ves lo que significa, ¿verdad, Virgil? Sólo significa que no ha dicho nada a nadie al respecto. ¿No crees que te estás poniendo un poco morbosos por eso?”

“Tal vez, tal vez”, murmuró.

“Pues, sí”, dijo ella, enérgicamente. No te das cuenta de lo poco que significa todo esto para él. Ha pasado mucho, mucho tiempo desde la última vez que le mencionaste el pegamento, y probablemente lo haya olvidado todo.

“Estás fuera de tu base; no es propio de él olvidar las cosas —replicó Adams, malhumorado. “Puede parecer que los olvida, pero no lo hace”.

“Pero él no está pensando en esto, o habrías tenido noticias de él antes de ahora”.

Su esposo negó con la cabeza. “¡Ah, eso es todo!” él dijo. “¿Por qué NO he sabido nada de él?”

Todo es por tu morbosidad, Virgil. Mire a Walter: si el Sr. Lamb le reprochara esto, ¿dejaría que Walter se quedara allí? ¿No habría despedido a Walter si se hubiera enfadado contigo?”

"¡Ese maldito chico!" dijo Adams. "Si él QUISIERA venir conmigo ahora, difícilmente lo dejaría, ¿Qué supones que lo hace tan testarudo?"

"¿Pero no tiene derecho a elegir por sí mismo?" ella preguntó. "Supongo que siente que debe apegarse a lo que cree que es un pago seguro. Tan pronto como vea que vas a tener éxito con los trabajos de pegamento, querrá estar contigo lo suficientemente rápido".

"Bueno, será mejor que tenga un poco de sentido común en su cabeza", respondió Adams, enojado. "¿Quería que le pagara un bono de trescientos dólares por adelantado, cuando cualquiera con un poco de sentido común sabe que necesito cada centavo que pueda tener!"

"No importa", dijo ella. Vendrá más tarde y se alegrará de tener la oportunidad.

"¿Entonces tendrá que rogar por eso! *No* le volveré a preguntar.

"Oh, Walter saldrá bien; no tienes que preocuparte ¿Y no ves que el hecho de que el Sr. Lamb no lo despida significa que no hay resentimiento contra ti, Virgil?"

"No puedo entenderlo en absoluto", dijo, frunciendo el ceño. "Lo único que PIENSO que significa es que JA Lamb es tan imparcial y, por supuesto, ES uno de los hombres más imparciales del mundo. Supongo que esa es la razón por la que no ha despedido a Walter. Puede que lo sepa —concluyó Adams, malhumorado—, puede que sepa que eso es solo otra cosa que me hace sentir aún más malo: mantener a mi hijo allí con un salario después de que le haya causado una lesión.

"¡Ahora ahora!" dijo, tratando de consolarlo. "No podrías lastimar a nadie para salvar tu vida, y todos lo saben".

"Bueno, cualquiera debería saber que NO QUERÍA lesionarme, pero este mundo no está construido para que podamos hacer lo que queremos". Hizo una pausa, reflexionando. "Por supuesto, puede haber una explicación de por qué Walter todavía está allí: JA tal vez no se haya dado cuenta de que él ESTÁ allí. Hay tantos que supongo que apenas los conoce de vista.

"Bueno, simplemente deja de pensar en eso", le instó ella. "Solo te molesta sin hacer ningún bien. ¿No lo sabes?"

"¡Pero yo no!" se rió, débilmente. ¡Lo sé mejor que nadie! ¡Qué divertido es eso: cuando sabes que pensar en una cosa solo te molesta sin ayudar en nada y, sin embargo, sigues molestándote con eso!

"¿Pero por qué?" ella dijo. "¿De qué sirve saber que no has hecho nada malo, Virgil? Tú mismo dijiste que ibas a mejorar tanto el proceso que sería diferente del anterior, y REALMENTE tendrías derecho a ello".

Adams se había convencido de esto cuando cedió; había creído necesario persuadirse de ello, aunque había una parte de él, por supuesto, que seguía sin

convencerse; y esta parte desconcertante de él era lo que causaba su presente problema. "Sí, lo sé", dijo. "Eso es cierto, pero parece que no puedo dejar de lado el hecho de que el principio del proceso es prácticamente el mismo... bueno, es más que eso; es más o menos el mismo que nos contrató a Campbell ya mí para que lo hiciéramos. La verdad es que nadie podría notar la diferencia, y no sé si HAY alguna diferencia excepto en estas mejoras que estoy haciendo. Por supuesto, las mejoras me dan casi un derecho perfecto, como diría una persona; y eso' es una de las cosas que pensé poner en mi carta para él; pero tenía miedo de que pensara que estaba tratando de inventar excusas, así que lo dejé fuera. Me preocupé un poco todo el tiempo que escribía esa carta, porque si pensaba que solo estaba inventando excusas, bueno, podría ponerlo mucho más en mi contra".

Desde que la señora Adams descubrió que podía salirse con la suya, el fondo de sus ojos se había visto perturbado por una inquietud continua; y, aunque sabía que estaba allí, ya veces lo velaba manteniendo los ojos reveladores apartados de su esposo e hijos, no siempre podía encubrirlo bajo esa suposición de distracción. La mirada inquieta se volvió vívida, y su voz era ligeramente trémula ahora, cuando dijo: "Pero, ¿y si él DEBERÍA estar en tu contra, aunque no creo que lo esté, por supuesto? Me dijiste que no podía HACER nada para tú, Virgilio.

"No", dijo, lentamente. "No puedo ver cómo podría hacer algo. Era solo un secreto, no una patente; la cosa no es patentable. He intentado pensar en lo que podría hacer, suponiendo que quisiera hacerlo, pero no puedo imaginarme nada en absoluto que pudiera hacerme daño. No hay forma en el mundo de que pueda convertirse en una cuestión de derecho. Lo único que podría hacer sería DECIRLE a la gente su versión y ponerlos en mi contra. Estuve esperando que eso sucediera, todo el tiempo".

Parecía algo aliviada. "Así lo esperaba", dijo. Lo temía más por lo de Alice: podría haber... bueno, los hombres jóvenes se dejan influenciar con tanta facilidad y todo eso. Pero en lo que respecta al negocio, ¿qué pasaría si el Sr. Lamb hablara? Eso no sería mucho. No afectaría el negocio; para no lastimar Y, además, ni siquiera está haciendo eso.

"No; de todos modos, todavía no, parece. Y Adams suspiró de nuevo, con nostalgia. "¡Pero daría mucho por saber lo que piensa!"

Antes de rendirse, siempre había supuesto que si hacía algo tan impensable como apoderarse del proceso del pegamento, lo que sentiría sería una vergüenza abrumadora. Pero la vergüenza es lo más raro del mundo: lo que sentía era una curiosidad constante por los pensamientos de su antiguo patrón. Era una obsesión, pero no quería escuchar lo que Lamb "pensaba" del propio Lamb, porque Adams tenía una segunda obsesión, y este era su temor de encontrarse cara a cara con el anciano. Tal encuentro podría ocurrir solo por casualidad e inesperadamente; ya que Adams habría evitado cualquier reunión deliberada,

siempre que sus piernas tuvieran fuerza para llevarlo, incluso si Lamb viniera a la casa a verlo.

Pero la gente se encuentra inesperadamente; y cuando Adams tenía que estar en el centro de la ciudad, se mantenía alejado del "distrito mayorista". Un día sí vio a Cordero, mientras éste pasaba en su carro, impasible, yendo a su casa a almorzar; y Adams, entre la multitud en una esquina, supo que el anciano no lo había visto. Sin embargo, en un tranvía, en el camino de regreso a sus cobertizos, una hora más tarde, todavía estaba sujeto a pequeños ataques de escalofríos de horror.

Trabajó incesantemente, pareciendo seguir haciéndolo incluso mientras dormía, porque siempre se despertaba en medio de una planificación y estimación que debía haber estado ocurriendo en su mente antes de que recuperara la conciencia de sí mismo. Además, el trabajo, así instado, avanzaba rápidamente, a pesar de los altos salarios que tenía que pagar a sus trabajadores por sus pocas horas. "Se come el dinero", se quejó, y, de hecho, cuando sus cubas y calderas estuvieron en su lugar, se había comido casi todo lo que podía suministrar; pero además de su equipo, ahora poseía una reserva de "materia prima", sin duda en bruto; y cuando las operaciones deberían estar un poco más avanzadas, confiaba en que su banquero estaría dispuesto a "llevarlo".

Seis semanas después del día en que obtuvo su contrato de arrendamiento, comenzó a fabricar pegamento. Los olores terribles salían de los galpones y se retorcían como serpientes por todo ese barrio del pueblo. Un hombre sonriente, paseando y respirando el aire con satisfacción, doblaría una esquina y no sonreiría más, sino que se daría prisa. Sin embargo, la gente de color tenía casi todas las viviendas de esta parte antigua para ellos solos; y aunque aun ellos estaban turbados, hubo recompensa para ellos. Siendo filosóficos acerca de lo que les parecía que estaba en el orden de la naturaleza, no buscaron escape ni reparación, y pronto aprendieron a soportar lo que les traía el viento. Incluso se sirvieron de él para enriquecer esas figuras retóricas con las que los impulsos nativos de la gente de color adornan sus comunicaciones: sazonaron la metáfora, símil, y con él invectivas; y así puede decirse que lo ha disfrutado. Pero el hombre que lo produjo tomó un baño caliente tan pronto como llegó a su casa la noche de ese primer día en que comenzó su fabricación. Luego se puso ropa limpia; pero después de la cena parecía estar obsesionado y le preguntó a su esposa si ella "notó algo".

Ella se rió y le preguntó a qué se refería.

"Me parece como si ese olor a pegamento no hubiera dejado de apegarme", explicó. "¿No lo notas?"

"¡No! ¡Qué idea!"

Él también se rió, pero con inquietud; y le dijo que estaba seguro de que "el maldito olor a pegamento" se le estaba pegando de alguna manera. Más tarde, salió y caminó de un lado a otro del pequeño patio en la oscuridad; pero de vez en cuando se quedaba quieto, con la cabeza erguida, y olfateaba el aire con desconfianza. "¿Puede usted olerlo?" Llamó a Alice, que estaba sentada en la galería, elegantemente vestida y esperando ensimismada.

"¿Oler qué, papá?"

"Ese maldito pegamento funciona".

Hizo lo mismo que había hecho su madre: se rió y dijo: "¡No! ¡Que tonto! ¡Vaya, papá, está a más de dos millas de aquí!"

"¿No lo entiendes en absoluto?" el insistió.

"¡La idea! El aire es encantador esta noche, papá."

El aire no le parecía agradable, porque estaba seguro de que había detectado la corrupción. Se preguntó hasta dónde llegaba, y si JA Lamb también lo olería, en su propio jardín, a un kilómetro y medio al norte; y si lo hiciera, ¿adivinaría qué era? Entonces Adams se rió de sí mismo por semejante tontería; pero no pudo librarse de la repugnancia de sus fosas nasales. A él le parecía que todo el pueblo olía a sus colas.

Sin embargo, el pegamento se estaba haciendo y sus cobertizos estaban ocupados. "Supongo que estamos agitando este viejo vecindario con algo más que el olor", comentó su capataz una mañana.

"¿Como es que?" inquirió Adams.

"Esa gran, enorme, vieja fábrica de mantequilla muerta al otro lado de la calle de nuestro lote", dijo el hombre. "Nada como dar ejemplo para dar vida a los bienes raíces. Ese lugar está lleno de carpinteros que empiezan a hacer una construcción regular de nuevo. Supongo que deberías tener el mérito de ello, porque fuiste el primer hombre en diez años en ver alguna posibilidad en este vecindario."

Adams estaba complacido y, al salir para ver por sí mismo, escuchó un gran martilleo y aserrado desde el interior del edificio; mientras los carpinteros emergían con cautela sobre el peligroso techo. Caminó sobre el lodo seco de su lote profundo, cruzó la calle y habló cordialmente con un obrero que estaba quitando el vidrio roto de una ventana en la planta baja.

"¡Aquí! ¿Qué es todo este saludo aquí?"

"Voy a arreglarla todo, supongo", dijo el trabajador. "Gran trabajo también lo es".

"Creo que lo sería".

"Sí señor; un trabajo bastante grande, un trabajo bastante grande. Tengo hombres en los cuatro pisos y en el techo. Lo están haciendo BIEN".

"¿Quién lo está haciendo?"

"¡Señor! lo sé Algunas de estas grandes corporaciones manufactureras, supongo.

"¿Qué va a ser?"

"Me dicen", respondió el trabajador, "ME dicen que va a volver a ser una fábrica de mantequilla. De todos modos, espero que ella no huela como ese pegamento que compraste allí, ¡no mientras estoy trabajando con ella, de todos modos!

"Ese olor está bien", dijo Adams. "Pronto te acostumbras".

"¿Tú haces?" El hombre parecía incrédulo. "¡Escucha! Estuve en Francia: menos mal que a los holandeses nunca se les ocurrió; ¡Tuvimos que renunciar!

Adams se rió y volvió a sus cobertizos. "Supongo que mi capataz tenía razón", le dijo a su esposa, esa noche, con un poco de satisfacción. "Tan pronto como un hombre muestra la iniciativa suficiente para fundar una industria en un barrio destartalado, es seguro que alguien más lo seguirá. Me gusta como se ve: ayudará a que nuestro lugar parezca más ocupado y próspero cuando se trata de obtener un préstamo del banco, y también tengo que conseguir uno muy pronto. Algunos pensaban que si las cosas van tan bien como hay razones para pensar que DEBERÍAN ir, podría querer expandirme y tal vez apoderarme de esa vieja fábrica yo mismo; pero difícilmente esperaba poder manejar una proposición de ese tamaño antes de dos o tres años a partir de ahora, y de todos modos hay suficiente espacio en el lote que obtuve, si necesitamos más edificios algún día. Las cosas van todo lo bien que podría pedir: contraté a algunas chicas hoy para hacer el embotellado, chicas de color de entre dieciséis y veinte años. Después de un tiempo, espero conseguir una máquina para poner la cosa en las botellitas, cuando empecemos a tener buenos rendimientos; pero media docena de estas chicas de color pueden hacerlo todo ahora mismo, a mano. Vamos a tener realmente una plantita por allí: sí, señor, ¡una plantita bastante normal!". pero media docena de estas chicas de color pueden hacerlo todo ahora mismo, a mano. Vamos a tener realmente una plantita por allí: sí, señor, ¡una plantita bastante normal!". pero media docena de estas chicas de color pueden hacerlo todo ahora mismo, a mano. Vamos a tener realmente una plantita por allí: sí, señor, ¡una plantita bastante normal!".

Él se rió entre dientes, y ante este alegre sonido, de un tipo que su esposa casi había olvidado que era capaz de producir, se aventuró a poner su mano sobre su brazo. Habían salido al aire libre, después de la cena, llevándose dos sillas con ellos, y estaban sentados juntos durante el crepúsculo tardío, manteniéndose alejados del "porche delantero", que aún no estaba ocupado, sin embargo, Alice estaba en su habitación cambiándose de vestido.

“Bueno, cariño”, dijo la Sra. Adams, tomando confianza no sólo para poner su mano sobre su brazo, sino para revivir este cariño en desuso, “es grandioso tenerte tan optimista. Tal vez en algún momento admitas que tenía razón, después de todo. Todo va tan bien que parece una pena que no hayas dado este, este paso, hace mucho tiempo. ¿No crees que tal vez sí, Virgil?”

“Bueno, si alguna vez fuera a hacerlo, no lo sé, pero podría hacerlo. Debo admitir que la propuesta comienza a verse bastante bien: sé que las cosas se venderán y no veo nada en el mundo para detenerlo. Se ve bien, y si... si... — Hizo una pausa—.

"¿Si que?" dijo ella, repentinamente ansiosa.

Se rió lastimeramente, como si confesara una superstición. “Es gracioso— bueno, es muy gracioso lo de ese olor. Me he acostumbrado tanto en la planta que parece que nunca me doy cuenta allí. Es solo cuando me escapo. Honestamente, ¿no puedes notar—?”

“¡Virgilio!” Ella levantó la mano para golpearle el brazo a modo de reprimenda. “¡Deja de insistir en esas tonterías!”

"Oh, por supuesto que no equivale a nada", dijo. “Una persona puede soportar mucho solo oler. No me PREOCUPA nada.”

"Debería pensar que no especialmente porque no hay ninguno".

“Bueno”, dijo, “me siento bastante justo con todo el asunto, mucho mejor de lo que esperaba, de todos modos. No sé si hay alguna razón por la que no debería decírtelo.

Estaba profundamente complacida con este reconocimiento, y su voz tenía ternura cuando respondió: “¡Ahí, cariño! ¿No dije siempre que te alegrarías si lo hicieras?”

Avergonzado, tosió ruidosamente, luego llenó su pipa y la encendió. “Bueno,” dijo, lentamente, “es un rompecabezas. Sí, señor, es un rompecabezas.

"¿Qué es?"

"Casi todo, supongo".

Mientras hablaba, les llegó una canción desde una ventana iluminada sobre sus cabezas. Entonces la ventana se oscureció abruptamente, pero la canción continuó mientras Alice bajaba por la casa para esperar en la pequeña terraza. "Mi chiamo Mimi", cantó, y en su voz latía algo casi sorprendente en su dulzura. Su padre y su madre escucharon, sin hablar hasta que la canción se detuvo con el clic de la pantalla de alambre en la puerta principal cuando salió Alice.

"¡Mi!" dijo su padre. “¡Qué dulce es su canto! No sé si alguna vez escuché su voz sonar mejor que en ese momento”.

“Hay algo que lo hace sonar así”, le dijo su esposa.

"Supongo que sí", dijo, suspirando. "Supongo que sí. Crees--"

"¡Ella está terriblemente enamorada de él!"

—Supongo que así debe ser —dijo, y luego dio una calada a su pipa para reflexionar y empezó a murmurar con los síntomas de una risa melancólica. "Sin embargo, no hace que las cosas sean menos un rompecabezas, ¿verdad?"

"¿De qué manera, Virgilio?"

"Bueno, aquí", dijo, "aquí vamos a través de todo este lío para ayudar a arreglar las cosas mejor para ella en casa, y ¿a qué equivale todo esto? Parece como si simplemente hubiera seguido adelante de la forma en que lo había hecho de todos modos; y ahora, supongo, ¡preparándonos para levantarnos y dejarnos! ¿No es eso un rompecabezas para ti? lo es para mí.

"Oh, pero las cosas no han ido tan lejos todavía".

"Por qué, acabas de decir--"

Ella dio un pequeño grito de protesta. "Oh, todavía no están COMPROMETIDOS. Por supuesto que lo serán; él está tan interesado en ella como ella en él, pero..."

"Bueno, ¿cuál es el problema entonces?"

"¡Eres un simple viejo!" exclamó su esposa, y luego se levantó de su silla. "Eso me recuerda", dijo.

"¿De que?" preguntó. "¿Qué te recuerda mi ser simple?"

"¡Nada!" ella rió. No fuiste tú quien me lo recordó. Era algo que ha estado en mi mente. ¡No creo que haya estado alguna vez dentro de nuestra casa!"

¿No es así?

"De hecho, no creo que lo haya hecho nunca", dijo. "Por supuesto que debemos--" Hizo una pausa, debatiendo.

"¿Debemos qué?"

"Creo que será mejor que hable con Alice sobre eso ahora mismo", dijo. "Él no suele venir hasta dentro de media hora todavía; Supongo que tengo tiempo. Y con eso se alejó, dejándolo con sus rompecabezas.

CAPÍTULO XIX

Alice canturreaba suavemente para sí misma cuando su madre dobló la esquina de la casa y se acercó en la oscuridad.

"¡No es la noche más HERMOSA!" dijo la hija. "¿POR QUÉ el verano no puede durar todo el año? ¿Alguna vez has conocido un crepúsculo más hermoso que este, mamá?"

La Sra. Adams se rió y respondió: "No desde que tenía tu edad, supongo".

Alice estaba nostálgica a la vez. "¿No se mantienen hermosos después de mi edad?"

"Bueno, no es lo mismo".

"¿No es así? ¿Jamás?"

"Es posible que tengas un tipo diferente al mío", dijo la madre, un poco triste. "Creo que lo harás, Alice. Te lo mereces--"

"No, no lo hago. No merezco nada, y lo sé. Pero estoy recibiendo mucho en estos días, más de lo que nunca soñé que PODRÍA llegar a mí. ¡Estoy... estoy bastante feliz, mamá!

"¡Querida!" Su madre la habría besado, pero Alice se apartó.

"Oh, no me refiero a--" Ella se rió nerviosamente. "No quería decirte que estoy COMPROMETIDA, mamá. No eran. Quiero decir, ¡oh! las cosas parecen bastante hermosas a pesar de todo lo que he hecho para estropearlas.

"¿Tú?" exclamó la señora Adams, incrédula. "¿Qué has hecho para estropear algo?"

"Pequeñas cosas," dijo Alice. "Mil tonterías, oh, ¿de qué sirve? Él es tan honestamente lo que es, simplemente simple, bueno e inteligente, ¡me siento un desastre a su lado! No veo por qué le gusto; y a veces me temo que no lo haría si me conociera.

"Él simplemente te adoraría", dijo la cariñosa madre. "Y cuanto más te conocía, más te adoraba".

Alicia negó con la cabeza. "Él no es de los que adoran. No es así en absoluto. Él es más——"

Pero la Sra. Adams no estaba interesada en este análisis, e interrumpió enérgicamente: "Por supuesto que es hora de que tu padre y yo mostremos algún interés en él. Solo estaba diciendo que en realidad no creo que haya estado dentro de la casa.

"No," dijo Alice, meditabunda; Eso es cierto: no creo que lo haya hecho. Excepto cuando caminamos por la noche, siempre nos sentamos aquí, incluso esas dos veces cuando lloviznaba. Es mucho más agradable.

"Tendremos que hacer ALGO u otra cosa, por supuesto", dijo su madre.

"¿Cómo?"

Estaba pensando... La señora Adams hizo una pausa. "Bueno, por supuesto que difícilmente podríamos posponer invitarlo a cenar, o algo así, por mucho más tiempo".

Alice no estaba entusiasmada; tan lejos de eso, de hecho, que había una alarma melancólica en su voz. "Oh, mamá, ¿debemos? ¿Tú crees?"

"Sí. Realmente lo hago.

¿No podríamos... bueno, no podríamos esperar?

"Parece extraño", dijo la Sra. Adams. "No está bien que un joven venga tanto como él, y nunca más que conocer apenas a tu padre ya tu madre. No. Deberíamos hacer algo.

"¡Pero una cena!" objetó Alicia. "En primer lugar, no hay nadie a quien quiera preguntar. No hay nadie a quien le pregunte".

"No me refiero a tratar de dar una gran cena", explicó su madre. Solo me refiero a invitarlo a cenar. Esa mulata, Malena Burns, sale de día, y podría traer una camarera. Podemos conseguir unas flores para la mesa y otras para poner en el salón. Podríamos seguir adelante y hacerlo mañana como en cualquier otro momento; porque tu padre está de muy buen humor, y vi a Malena esta tarde y le dije que tal vez la quisiera pronto. Dijo que no tenía ningún compromiso esta semana y que puedo avisarle esta noche. Supón que cuando venga le preguntas por mañana, Alice. Todo será muy agradable, estoy seguro. No te preocupes por eso.

"Bueno—pero——" Alice no estaba segura.

"¿Pero no ves, parece tan extraño, no hacer ALGO?" instó su madre. "Parece tan un poco pobre. Realmente no deberíamos esperar más".

Alice asintió, aunque no de buen corazón. "Muy bien, le preguntaré, si crees que tenemos que hacerlo".

—Ese asunto está resuelto entonces —dijo la señora Adams. Llamaré a Malena y luego se lo contaré a tu padre.

Pero cuando volvió con su marido, lo encontró en un estado de excitación mental, ya Walter de pie ante él en la oscuridad. Adams casi gritaba, tan grande era su vehemencia.

"¡Silencio, silencio!" su esposa imploró, mientras se acercaba a ellos. "¡Te escucharán en el porche delantero!"

—No me importa quién me escuche —dijo Adams con dureza, aunque moderó su volumen—. ¿Quieres saber qué me pide este chico? ¡Pensé que tal vez vendría a decirme que por fin tenía un poco de sentido común y un poco de decencia sobre lo que se le debe a su familia! Pensé que me iba a pedir que lo llevara a mi planta. No, señora; ¡ESO no es lo que él quiere!"

“No, no lo es”, dijo Walter. En la oscuridad no se podía ver su rostro; permaneció inmóvil, en lo que parecía una actitud apática; y dijo en voz baja, "No", repitió. "Eso no es lo que quiero".

“Quédese en ese lugar”, continuó Adams, acaloradamente, “en lugar de tratar de ser un poco útil para su familia; ¡y la única razón por la que se te PERMITE quedarte allí es porque el Sr. Lamb nunca se dio cuenta de que todavía ESTÁS allí! Tu solo espera--”

—Estás fuera —dijo Walter, de la misma manera tranquila—. Sabe que estoy allí. Me habló ayer: me preguntó cómo me iba con mi trabajo”.

"¿Él hizo?" Adams dijo, pareciendo no creerle.

"Sí. Él hizo."

¿Qué más dijo, Walter? preguntó rápidamente la Sra. Adams.

“Nada. Simplemente seguí caminando.

“No creo que supiera quién eras”, declaró Adams.

"¿No pienses? Me llamó 'Walter Adams'".

Ante esto, Adams guardó silencio; y Walter, después de esperar un momento, dijo:

“Bueno, ¿vas a hacer algo por mí? ¿Sobre lo que te dije que tengo que tener?

¿Qué pasa, Walter? preguntó su madre, ya que Adams no hablaba.

Walter se aclaró la garganta y respondió en un tono tan tranquilo como el que había usado antes, aunque con un poco de ronquera: “Tengo que tener trescientos cincuenta dólares. Será mejor que hagas que me lo dé si puedes.

Adams encontró su voz. —Sí —dijo con amargura—. ¡Eso es todo lo que pide! ¡Él no hará nada de lo que le pida, ya cambio me pide trescientos cincuenta dólares! ¡Eso es todo!"

"¿Qué en el mundo!" exclamó la señora Adams. "¿Para qué, Walter?"

"Tengo que tenerlo", dijo Walter.

"¿Pero para qué?"

Su callada ronquera no se alteró. "Tengo que tenerlo".

“Pero no puedes decirnos--”

"Tengo que tenerlo".

“Eso es todo lo que puedes sacar de él”, dijo Adams. "¡Parece pensar que le traerá trescientos cincuenta dólares!"

Un leve temblor se hizo evidente en la voz ronca. "¿No lo tienes?"

"¡NO, no lo tengo!" respondió su padre. “Y tengo que ir a un banco por más de mi nómina la próxima semana. ¿Crees que soy una menta?"

—No entiendo a qué te refieres, Walter —intervino la señora Adams, perpleja y angustiada—. Si tu padre tuviera el dinero, por supuesto que necesitaría hasta el último centavo, especialmente en este momento, y, de todos modos, no puedes esperar que te lo dé, a menos que nos digas lo que quieres con él. Pero no lo tiene.

"Está bien", dijo Walter; y después de permanecer un momento más, en silencio, agregó, impersonalmente: "No veo que hayas hecho mucho por mí, de todos modos, ninguno de los dos".

Luego, como si fuera su despedida, les dio la espalda, se alejó rápidamente y se perdió de vista en la oscuridad.

¡Qué buen chico se ha tomado la molestia de criar! Adams se quejó. "Simplemente loco, eso es todo".

"¿Para qué diablos supones que quiere todo ese dinero?" dijo su esposa, con asombro. "No puedo imaginar lo que podría HACER con él. Me pregunto... — Hizo una pausa—. "Me pregunto si él--"

"¿Si él qué?" Adams la incitó irritado.

"Si pudiese tener malos... asociados".

"¡Dios sabe!" dijo Adams. "¡Yo no! Me parece que tenía algo en él que no entiendo. No puedes estar pendiente de un chico todo el tiempo en una ciudad de este tamaño, no un chico de la edad de Walter. Tienes una chica bastante en la casa, pero un chico seguirá su naturaleza. ¡ No sé qué hacer con él!"

La señora Adams se animó un poco. "Saldrá bien", dijo ella. Estoy seguro de que lo hará. Estoy seguro de que nunca sería nada realmente malo; verás. Por supuesto, todos los jóvenes quieren dinero; eso no prueba que esté haciendo algo malo solo porque te lo pide".

"No. ¡Todo lo que me demuestra es que no tiene sentido pedirme trescientos cincuenta dólares, cuando sabe tan bien como tú la posición en la que estoy! ¡Si quisiera, difícilmente podría dejarle trescientos cincuenta centavos, y mucho menos dólares!

"Me temo que tendrás que dejarme tener tanto, y tal vez un poco más", aventuró, tímidamente; y ella le contó sus planes para el día siguiente. Objetó con vehemencia.

"Oh, pero Alice probablemente ya le haya preguntado", dijo la Sra. Adams. "Realmente debe hacerse, Virgil: no querrás que piense que ella está avergonzada de nosotros, ¿verdad?"

"Bueno, adelante, pero déjame alejarme", suplicó. "Por supuesto que espero tener una especie de conversación con él, cuando esté listo para decirnos algo sobre Alice, pero odio tener que sentarme en una cena elegante".

"Vaya, no te va a molestar", dijo ella; "Solo un joven como invitado".

"Sí, lo sé; pero quieres tener toda esta cocina elegante; y veo bastante bien que vas a sacar ese traje viejo del arcón de cedro en el desván, y tratarás de hacer que me lo ponga.

Creo que estás mejor, Virgil.

"Espero que las polillas se hayan metido", dijo. "La última vez que lo usé fue para el banquete, y era bastante viejo entonces. Por supuesto, no me importó mucho usarlo para el banquete, porque eso fue lo que podría llamarse una gran ocasión". Habló con cierta complacencia evocadora; "el banquete", un asunto que ya había pasado cinco años y que le había proporcionado la única vez en su vida en la que se había distinguido tanto entre sus conciudadanos como para recibir una invitación para estar presente, con unas setecientas personas más, en la comida anual. y discurso de la Cámara de Comercio de la ciudad. De todos modos, como dices, creo que sería una tontería de mi parte usar un traje de etiqueta para un solo joven, prosiguió protestando débilmente. "¿Cuál es el uso de tanto hola-hacer, de todos modos? tu no No esperes que crea que nos ponemos todo ese estilo todas las noches, ¿verdad? ¿Es eso lo que buscas?

"Bueno, queremos que piense que vivimos bien", admitió.

"¡Eso es todo!" dijo, quejumbrosamente. Quieres que piense que ese es nuestro andar habitual, ¿verdad? Bueno, él sabrá mejor sobre mí, no importa cómo me arregles, porque me vio con mi traje normal la noche en que ella me presentó, y de todos modos se dio cuenta de que no soy uno de esos deportistas de cine. - hombres que siempre tienen puesto un traje de etiqueta. Además, tú y Alice ciertamente tienen alguna idea de que vendrá OTRA VEZ, ¿no es así? Si arreglan las cosas entre ellos, él estará en la casa y en las comidas casi siempre, ¿no es así? Supongo que no esperas ponerte a la moda todo el tiempo. Bueno, entonces se dará cuenta de que este tipo de cosas era todo fanfarronería y fanfarronería, ¿no es así? ¿Qué pasa con eso?

"Oh, bueno, para ESE momento——" Dejó la oración sin terminar, como si estuviera ausente. Podrías dejarnos un poco de dinero para mañana, ¿verdad, cariño?

"Oh, creo, creo", murmuró. "Una chica como Alice es un consuelo: no se presenta actuando como si fuera a suicidarse si no recibe trescientos cincuenta dólares en los próximos cinco minutos. Espero poder gastar cinco o seis dólares en tu fanfarronería si es necesario.

Sin embargo, finalmente obtuvo quince antes de su hora de acostarse; ya la mañana siguiente "fue al mercado" después del desayuno, dejando a Alice para hacer las camas. Walter aún no había bajado. "Será mejor que lo llames", dijo la Sra. Adams, mientras se marchaba con una gran canasta en el brazo. Supongo que tiene bastante sueño; estuvo fuera tan tarde anoche que no lo oí entrar, aunque me quedé despierto hasta pasada la medianoche, escuchándolo. Dile que

llegará tarde al trabajo si no se da prisa; y que se beba su café, aunque no tenga tiempo para nada más. Y cuando venga Malena, que empiece en la cocina: enséñale dónde está cada cosa”. Ella agitó su mano, mientras se dirigía a una esquina donde los autos se detenían. Todo será encantador. No te olvides de Walter.

Sin embargo, Alice se olvidó de Walter por unos minutos. Cerró la puerta, entró en la "sala de estar" distraídamente y miró vagamente una de las viejas mecedoras de felpa marrón que había allí. En su frente se veían las pequeñas sombras de un ensueño aprensivo, y sus pensamientos se superponían unos a otros en un revoltijo inquieto. “¿Qué pensará? Estas viejas sillas, son horribles. Limpiaré esas vetas de hollín de las columnas: aunque no servirá de nada. Esa larga grieta en la columna, nada puede evitarlo. ¿Qué pensará de papá? Espero que mamá no hable demasiado. Cuando piensa en la casa de Mildred, o en la de Henrietta, o en cualquiera de ellas, además de esto... Ella dijo que compraría muchas rosas; eso debería ayudar a algunos. No se pudo hacer nada con estas horribles sillas: no puedes llevarlos en el ático, ¡una habitación debe tener sillas! Podría haber alquilado algunos. No; si alguna vez vuelve, se dará cuenta de que no estaban aquí. 'Si alguna vez vuelve', ¡oh, no será TAN malo! Pero no será lo que él espera. Soy responsable de lo que él espera: él espera exactamente lo que los aires que me he dado le han hecho esperar. ¿Para qué quería posar así ante él, como si papá fuera un hombre rico y todo eso? ¿Qué pensará? Sin embargo, la fotografía del Coliseo es bastante buena. Ayuda un poco, como si lo hubiéramos comprado en Roma quizás. Espero que él piense eso; él cree que he estado en el extranjero, por supuesto. La otra noche me dijo: 'Recuerdas la sensación que tienes en la Sainte-Chapelle'. —Hay otra mentira mía, No digo que no lo recordara porque nunca había estado allí. ¿Qué me hace hacerlo? Papá DEBE usar su ropa de noche. Pero Walter...

Dicho esto, recordó la advertencia de su madre y subió a la puerta de Walter. Lo golpeó con los dedos.

Es hora de levantarse, Walter. Los demás desayunamos hace más de media hora y son casi las ocho. Vas a llegar tarde. Date prisa y tendré un poco de café y tostadas listas para ti. No salió ningún sonido del interior de la habitación, así que golpeó más fuerte.

“¡Despierta, Walter!”

Llamó y volvió a llamar, sin obtener respuesta, y luego, al ver que la puerta le cedía, la abrió y entró. Walter no estaba allí.

Él había estado allí, sin embargo; había dormido sobre la cama, aunque no dentro de las sábanas; y Alice supuso que debía haber llegado a casa tan tarde que tenía demasiado sueño para quitarse la ropa. Cerca de los pies de la cama había un armario poco profundo donde guardaba su "otro traje" y su ropa de

noche; y la puerta estaba abierta, mostrando una pared desnuda. No había nada en el armario, y Alice se sorprendió bastante por esto por un momento. "Eso es extraño", murmuró; y luego decidió que cuando despertó encontró la ropa con la que había dormido "tan sucia" que se había puesto su "otro traje" y había salido antes del desayuno con la ropa revuelta para plancharla, tomando sus cosas de noche con ellos. Satisfecho con esta explicación, y al no notar que no se debía a la ausencia de zapatos en el piso del armario, asintió distraídamente, "Sí, debe ser eso"; y, cuando su madre regresó, le dijo que probablemente Walter había desayunado en el centro. No se demoraron en esto; la mujer de color había llegado, y las revelaciones de la canasta eran importantes.

"Me detuve en Worlig's en el camino de regreso", dijo la Sra. Adams, sonrojada por la prisa y la emoción. "Compré una lata de caviar allí. Pensé que traeríamos bocadillos pequeños a la "sala de estar" antes de la cena, como dijiste que hicieron cuando fuiste a esa cena en el..."

"Pero creo que fue para acompañar los cócteles, mamá, y por supuesto que no hemos..."

"No", dijo la Sra. Adams. "Aún así, creo que sería bueno. Podemos hacer que se vean muy delicadas, en una bandeja, y la mesera puede traerlas. Pensé que ya tendríamos la sopa en la mesa; y podemos salir tan pronto como tengamos los sándwiches, para que no se enfríe. Luego, después de la sopa, Malena dice que puede hacer patés de mollejas con champiñones: y para el plato de carne tendremos filete en manteca. Malena es realmente una cocinera elegante, ya sabes, y dice que puede hacer cualquier cosa así a la perfección. Tendremos guisantes con el filete, bolas de patata y coles de Bruselas. Las coles de Bruselas están de moda ahora, me dijeron en el mercado. Luego vendrá la ensalada de pollo y después el helado.

Alicia estaba alarmada. "¿No crees que tal vez es demasiado, mamá?"

"Es mejor tener demasiado que muy poco", dijo su madre alegremente. "No queremos que piense que somos de los que escatiman. ¡Dios sabe que tenemos suficiente, sin embargo, la mayor parte del tiempo! Pon las flores en el agua, niño. Los compré en el mercado porque son mucho más baratos allí, pero se mantendrán frescos y agradables. Los arreglas como quieras. ¡Apurarse! Tiene que ser un día ajetreado.

Había comprado tres docenas de rositas. Alice los tomó y comenzó a acomodarlos en jarrones, manteniendo los tallos lo más separados posible para que los grupos se vieran más grandes. Puso media docena en cada uno de los tres jarrones en la "sala de estar", colocando un jarrón sobre la mesa en el centro de la habitación y uno en cada extremo de la repisa de la chimenea. Luego llevó el resto de las rosas al comedor; pero pospuso el arreglo de ellos hasta que la mesa estuviera servida, justo antes de la cena. Estaba pensativa; planeaba secar los

tallos y colocarlos sobre el mantel como una enredadera de rosas corriendo en un delicado diseño, si encontraba que la docena y media que le quedaban eran suficientes para eso. Si no lo fueran, las acomodaría en un jarrón.

Miró largamente las rositas en el cuenco de agua, donde las había puesto; luego suspiró y se fue a tareas más pesadas, mientras su madre trabajaba en la cocina con Malena. Alicia sacudió enérgicamente la “sala” y el comedor, aunque todo el tiempo con una mirada cada vez más pensativa; y después de quitar el polvo de todo, limpió los muebles; lo frotó con fuerza. Después de eso, lavó los pisos y la carpintería.

Al salir de la cocina al mediodía, la señora Adams encontró a su hija sobre manos y rodillas, fregando las bases de las columnas entre el vestíbulo y la “sala de estar”.

“Ahora, querida”, dijo, “no debes cansarte, y será mejor que vengas y comas algo. Tu padre dijo que hoy iría a comer algo al centro (iba al banco) y Walter come en el centro todo el tiempo últimamente, así que pensé que no nos molestaríamos en poner la mesa para el almuerzo. Ven y tendremos algo en la cocina.

“No,” dijo Alice, aburridamente, mientras continuaba con el trabajo. “No quiero nada”.

Su madre se acercó a ella. “¿Por qué, qué pasa?” preguntó, enérgicamente. “Pareces un poco pálido, para mí; y no te ves—no te ves FELIZ.”

“Bueno——” comenzó Alice, insegura, pero no dijo más.

“¡Mira aquí!” exclamó la señora Adams. “¡Todo esto es solo para ti! Deberías estar DISFRUTANDO. Vaya, es la primera vez que nos... ¡nos entretenemos en no sé cuánto tiempo! Supongo que es casi desde que hicimos esa pequeña fiesta cuando tenías dieciocho años. ¿Que pasa contigo?”

“Nada. No sé.”

“Pero, querida, ¿no estás deseando que llegue esta noche?”

La niña levantó la vista, mostrando un rostro pálido y solemne. “Oh, sí, por supuesto”, dijo, y trató de sonreír. “Por supuesto que teníamos que hacerlo, creo que será agradable. Por supuesto que estoy deseando que llegue”.

CAPÍTULO XX

De hecho, estaba “esperando” esa noche, pero en una nube de aprensión; y, aunque ella nunca podría haberlo adivinado, esta era la condición simultánea de

otra persona, nada menos que el huésped para cuyo placer tanto cocinar y fregar parecía ser necesario. Además, las premoniciones del Sr. Arthur Russell no fueron producto de una mera coincidencia; tampoco les había producido ninguna simpatía mágica. Su estado de ánimo era más bien el resultado de corrientes subterráneas más ásperas que siempre habían estado corriendo bajo la superficie de una amistad romántica.

Nunca más astuta que cuando analizó a los caballeros, Alice no lo calumnió cuando dijo que era uno de esos hombres tranquilos que son un poco coquetos, con lo que quería decir que era un poco "susceptible", lo mismo, y él tenía demostrado ser susceptible a Alice en cuanto la vio por primera vez. "¡Ahí!" se dijo a sí mismo. "¿Quién es ese?" Y en la multitud de chicas en el baile de su prima, todas desconocidas para él, ella era la que quería conocer.

Desde entonces, sus tardes de verano con ella habían sido tan solitarias como si, durante las tres horas posteriores a la caída del crepúsculo, los dos se hubieran apartado del mundo y se hubieran apartado de algún querido rincón propio. La pequeña veranda era ese rincón glamuroso, con una tenue luz dorada que caía a través del cristal de la puerta cerrada sobre Alice, y la oscuridad en todas partes, a excepción del único globo redondo de la farola en la esquina. Las personas que pasaban por la acera, de vez en cuando, eran sólo sombras con voces, que se movían vagamente bajo los arcos que se perfilaban en oscuros contornos contra las estrellas. Entonces, mientras los dos se sentaban juntos, la parte posterior del mundo era la pared y la puerta cerrada detrás de ellos; y Russell, cuando estaba lejos de Alice, siempre pensaba en ella sentada frente a la puerta cerrada. Un glamour la rodeaba así, y un hechizo sobre él; pero tenía una ansiedad informe que jamás expresaría con palabras: todas las imágenes de ella en su mente se detuvieron en la puerta cerrada.

Tenía otra ansiedad; y, en su mayor parte, esto fue de su propia creación. Con demasiada frecuencia le había preguntado (por muy alegremente que fuera) qué sabía de ella, le había suplicado con demasiada frecuencia que no escuchara nada. Luego, con la esperanza de anticiparse a lo que pudiera oír, se había esforzado demasiado en explicarlo, desacreditarlo y burlarse de él; y, aunque él se rió de ella por esto, diciéndole con sinceridad que ni siquiera la oyó mencionar, prevaleció la eterna ironía que se relaciona con todas esas pretensiones humanas.

Últimamente, él le había confesado a medias el nerviosismo que le había producido. Me haces temer el día en que oiga a alguien hablar de ti. ¡Me estás molestando tanto por eso que si alguna vez escucho a alguien decir el nombre de 'Alice Adams', huiré! La confesión fue sólo la mitad de uno porque se rió; y ella lo tomó por una garantía de lealtad en forma de burlesque.

Ella lo malinterpretó: él se rió, pero su nerviosismo era genuino.

Después de cualquier golpe de acontecimientos, ya sea feliz o catastrófico, vemos que los materiales para ello fueron una larga reunión, y la única maravilla es que el golpe no fue profetizado. Lo que tenía el aire de una coincidencia fatal puede seguir siendo fatal, de hecho, para esta visión posterior; pero, una vez disipado el aspecto fortuito, queda para el escrutinio la misma antigua insinuación del Infinito en el sentido de que dado que los acontecimientos nunca han dejado de ser respetuosos de la ley, tal vez sería bueno que dedujéramos que seguirán siéndolo. así hasta nuevo aviso.

. . . El día que iba a abrir la puerta cerrada en el fondo de sus fotos de Alice, Russell almorzó con sus familiares. Sólo estaban las cuatro personas, Russell y Mildred y su madre y su padre, en el gran y fresco comedor. Las ventanas francesas arqueadas, sombreadas por toldos, dejaban pasar una luz tenue y daban a un césped verde que terminaba en un largo invernadero, que revelaba a través de sus cristales un carnaval de plantas en flor exuberante. Desde su asiento en la mesa, Russell miró esta hermosa exhibición e informó a sus primos que estaba sorprendido. “Tienes una extensión de flores tan gloriosa por toda la casa”, dijo, “supongo que no te quedarías ninguna por ahí. De hecho, no sabía que había tantas flores espléndidas en el mundo”.

La señora Palmer, grande, tranquila, rubia, como su hija, respondió con un leve reproche: “Eso es porque no has sido lo suficientemente primo como para acostumbrarte a ellos, Arthur. Casi nos has enseñado a olvidar cómo te ves.

En defensa, Russell agitó una mano hacia su esposo. "Verás, ha comenzado a mantenerme tan duro en el trabajo--"

Pero el Sr. Palmer declinó la responsabilidad. “Hasta las cuatro o cinco de la tarde, tal vez”, dijo. “Después de eso, el joven caballero es tan extraño para mí como lo es para mi familia. Me he estado preguntando quién podría ser ella.

"Cuando un hombre está preocupado, ¿entonces debe haber una dama?" Russell inquirió.

“Ese parece ser el punto de vista de tu sexo”, sugirió la señora Palmer. “Fue mi marido quien lo dijo, no Mildred ni yo”.

Mildred sonrió levemente. “Papá puede ser singular en sus ideas; pueden provenir completamente de su propia experiencia y no tener nada que ver con Arthur.

“Gracias, Mildred”, dijo su prima, inclinándose ante ella agradecida. “Pareces entender mi carácter, ¡y el de tu padre también!”

Sin embargo, Mildred se mantuvo seria frente a esta broma habitual, no porque la vieja broma, gastada como la que la precedía, rodara por un viejo ritmo, sino por alguna preocupación propia. Su leve sonrisa había desaparecido y, cuando la mirada de su prima se encontró con la de ella, bajó la mirada; sin embargo, no antes de haber visto en sus ojos el destello de algo parecido a una pregunta, una

pregunta a la vez conmovedora y consternada. Puede que lo haya entendido; porque su propia sonrisa se desvaneció de inmediato en favor de una solemnidad recíproca.

“Ya ves, Arthur”, dijo la Sra. Palmer, “Mildred siempre es una buena prima. Ella y yo estamos a tu lado, incluso si te mantienes alejado de nosotros durante semanas y semanas”. Luego, al observar que él parecía estar tan ocupado con un racimo de uvas heladas en su plato que no la había escuchado, comenzó a hablar con su esposo y le preguntó qué estaba “pasando en el centro”.

Arthur continuó comiendo sus uvas, pero se aventuró a mirar de nuevo a Mildred después de unos momentos. Ella también parecía estar ocupada con un racimo de uvas, aunque no comió ninguna, y solo las arrancó del racimo. Estaba sentada erguida, sus facciones tan serenas y puras como las de un nuevo santo de mármol en el nicho de una catedral; sin embargo, sus ojos bajos parecían ocultar muchos pensamientos; y su primo, contra su voluntad, estaba más pendiente de lo que pudieran ser estos pensamientos que de la conversación pausada entre su padre y su madre. De repente, sin embargo, escuchó algo que lo sobresaltó, y escuchó, y aquí estaba el efecto de todas las prevenciones de Alice; escuchó desde el principio con el corazón hundido.

El Sr. Palmer, ligeramente divertido por lo que le estaba diciendo a su esposa, acababa de pronunciar las palabras, "este Virgil Adams". Lo que había dicho era, “este Virgil Adams—ese es el nombre del hombre. Caso raro.

"¿Quién te lo dijo?" inquirió la Sra. Palmer, sin mucho interés.

“Alfred Lamb”, respondió su esposo. “Se estaba riendo de su padre, en el club. Verá, el anciano se enorgullece de juzgar a los hombres y siempre se jactaba ante sus hijos de que nunca en su vida había cometido un error al confiar en el hombre equivocado. Ahora Alfred y James Albert, Junior, creen que tienen una gran broma sobre él; y lo han bromeado tanto sobre eso que apenas les habla. Desde el principio, dice Alfred, la única réplica del viejo fue: '¡Espera y verás!' ¡Y le han pedido tantas veces que les muestre lo que van a ver que no dice nada en absoluto!

—Es un anciano divertido —observó la señora Palmer. Pero es tan astuto que no puedo imaginar que lo engañen durante tanto tiempo. ¿Veinte años, dijiste?

“Sí, más que eso, entiendo. Parece que cuando este hombre, este Adams, era un joven empleado, el anciano le confió uno de sus secretos comerciales, un proceso de pegamento en el que el Sr. Lamb había gastado algo de dinero para conseguirlo. El viejo pensó que este Adams iba a tener un gran futuro con la empresa Lamb y, por supuesto, nunca soñó que fuera deshonesto. Alfred dice que este Adams no ha sido de ninguna utilidad real durante años, y que deberían haberlo dejado ir como madera muerta, pero el anciano no quiso ni oír hablar de eso e insistió en que lo mantuvieran en la nómina; así que simplemente

decidieron verlo como una especie de pensión. Bueno, una mañana en marzo pasado, el hombre tuvo un ataque de algún tipo allí abajo, y el Sr. Lamb sacó su propio auto y se fue a casa con él, él mismo,

—Lo haría —dijo la señora Palmer con aprobación—. "Es una criatura de buen corazón, ese viejo".

Su esposo se rió. ¡Alfred dice que cree que su bondad está a punto de curarse! Parece que tan pronto como el hombre se recuperó, deliberadamente se fue con el secreto del pegamento del viejo caballero. ¡Simplemente lo robó con calma! ¡Alfred dice que cree que si tuviera un derrame cerebral en la oficina ahora mismo, su padre no movería un dedo para ayudarlo!

La Sra. Palmer repitió el nombre para sí misma, pensativa. "Adams'—'Virgil Adams'. ¿Dijiste que se llamaba Virgil Adams?"

"Sí."

Miró a su hija. "Vaya, ya sabes quién es, Mildred", dijo ella, casualmente. "Es el padre de Alice Adams, ¿no? ¿No se llamaba Virgil Adams?"

"Creo que lo es", dijo Mildred.

La señora Palmer se volvió hacia su marido. "Has visto a esta Alice Adams aquí. El estafador favorito del Sr. Lamb debe ser su padre.

El señor Palmer se pasó una mano suave por su cabello canoso y pulcro, que no se vio perturbado por este esfuerzo por estimular el recuerdo. "Oh, sí", dijo. "Por supuesto, ciertamente. Una chica bastante guapa, una de las amigas de Mildred. ¡Qué raro!"

Mildred levantó la vista, como si estuviera un poco alarmada, pero no habló. Su madre aclaró las cosas. "Los padres SON divertidos", le dijo sonriendo a Russell, quien la miraba, aunque ella no se dio cuenta de cuán fijamente; porque ella se apartó de él de inmediato para iluminar a su marido. "Cada chica que conoce a Mildred y trata de empujar a la conocida viniendo aquí hasta que la pobre niña tiene que esconderse, ¡no es AMIGA de ella, querida!"

Los ojos de Mildred volvieron a bajar y un ligero rubor subió a sus mejillas. "Oh, no debería decirlo de esa manera sobre Alice Adams", dijo en voz baja. "Vi algo de ella por un tiempo. Ella no es poco atractiva en cierto modo".

La Sra. Palmer resolvió todo el caso de Alice sin cuidado. "Una chica que empuja", dijo. "Una personita muy apremiante".

"Yo——" comenzó Mildred; y, después de dudar, concluyó: "Preferiría dejarla".

"Qué suerte que lo hayas hecho", comentó alegremente su padre. "Especialmente porque varios miembros de la conexión Lamb están aquí con frecuencia. Puede que no piensen que mostrarías gran tacto al tenerla en el

lugar. Se rió y se volvió hacia su prima. Todo esto no es muy interesante para el pobre Arthur. Qué terrible es la gente con un recién llegado a un pueblo; ¡Hablan como si él supiera todo sobre todos!

“Pero nosotros mismos no sabemos nada acerca de estas personas queer”, dijo la Sra. Palmer. “Sabemos algo sobre la niña, por supuesto, ¡de hecho, solía ser un poco demasiado llamativa! Sin embargo, como dices, podríamos encontrar un tema más interesante para Arthur.

Ella sonrió caprichosamente al joven. “Di la verdad”, dijo ella. “¿No detestas bastante entrar en negocios con ese tirano allá?”

“¿Qué? ¡Sí, le pido perdón! tartamudeó.

“Tenías razón”, le dijo la Sra. Palmer a su esposo. “Lo has aburrido tanto, hablando de empleados ladrones, que ni siquiera puede responder una pregunta honesta”.

Pero Russell estaba empezando a recuperar su compostura exterior. “Pruébame de nuevo”, dijo. “Me temo que estaba pensando en otra cosa”.

Esto fue lo mejor que encontró para decir. Había una parte de él que quería protestar y negar, pero no tenía suficiente calor, en el frío que lo había invadido. Esta fue la primera "mención" de Alice, y con ella la razón por la que fue la primera: el Sr. Palmer tuvo dificultades para recordarla, y resultó que se hablaba de ella, solo porque la traición de su padre a la confianza de un benefactor había sido tan grande. peculiarmente atroz que, en opinión de la familia del benefactor, contenía suficiente elemento de humor para justificar una risa suave en un club. Estaba la letalidad de la historia: su falta de malicia, incluso de resentimiento. Más mortíferas aún fueron las frases de la Sra. Palmer: “una chica que empuja”, “una personita muy que empuja” y “solía ser DEMASIADO llamativa, de hecho. Pero ella habló plácidamente y por casualidad; siendo tan obviamente sin un motivo desagradable como el Sr. Palmer cuando relató la causa de la diversión de Alfred Lamb. Su opinión sobre la oscura joven momentáneamente su tema había sido expresada, además, a su marido, y en su propia mesa. Estaba sentada allí, grande, amable, serena; una protesta podría asombrarla pero no cambiarla; y Russell, arrugando con sus dedos tensos la pequeña red con bordes de encaje de una servilleta que tenía sobre la rodilla, encontró el corazón suficiente para enrojecerse, pero no tanto como para desafiarla. y en su propia mesa. Estaba sentada allí, grande, amable, serena; una protesta podría asombrarla pero no cambiarla; y Russell, arrugando con sus dedos tensos la pequeña red con bordes de encaje de una servilleta que tenía sobre la rodilla, encontró el corazón suficiente para enrojecerse, pero no tanto como para desafiarla. y en su propia mesa. Estaba sentada allí, grande, amable, serena; una protesta podría asombrarla pero no cambiarla; y Russell, arrugando con sus dedos tensos la pequeña red con bordes de encaje de una servilleta que tenía sobre la

rodilla, encontró el corazón suficiente para enrojecerse, pero no tanto como para desafiarla.

Ella notó su color y lo atribuyó a la vergüenza de un caballero escrupulosamente galante sorprendido en un descuido de una dama. —No te molestes —dijo con benevolencia. “No se espera que la gente escuche todo el tiempo a sus familiares. Un color alto te sienta muy bien, Arthur; pero realmente no es necesario entre primos. Siempre puedes ser lo suficientemente informal con nosotros para escuchar solo cuando quieras”.

Sin embargo, su tez siguió estando más rubicunda de lo habitual durante toda la comida, y todavía estaba algo teñida cuando la señora Palmer se levantó. “El hombre les está trayendo cigarrillos aquí”, dijo, asintiendo a los dos caballeros. Te daremos la oportunidad de hablar de la manera más sórdida que sabemos que te gusta. Después, Mildred te mostrará lo que florece en el invernadero, si lo deseas, Arthur.

Mildred la siguió y, cuando estuvieron solos en otra de las espaciosas habitaciones, se acercó a una ventana y miró hacia afuera, mientras su madre se sentaba cerca del centro de la habitación en un sillón dorado, suavizado con un viejo tapiz de Aubusson. La señora Palmer miró pensativa la espalda de su hija, pero no le habló hasta que les trajeron el café.

"Gracias", dijo Mildred, sin volverse, "Creo que no me gusta el café".

"¿No?" Dijo la Sra. Palmer, suavemente. “Me temo que nuestro apuesto primo no pensará que eres muy hablador, Mildred. Solo hablaste unas dos veces en el almuerzo. No debería importarme que se haga la idea de que estás molesto porque ha venido muy poco últimamente, ¿verdad?

“No, no debería”, respondió Mildred en voz baja, y con eso se volvió rápidamente y se acercó a sentarse junto a su madre. “¿Pero es lo que temo! Mamá, ¿te diste cuenta de lo rojo que se puso?

“¿Te refieres a cuando lo sorprendieron sin escuchar una pregunta mía? Sí; le sienta muy bien”.

“Mamá, no creo que esa haya sido la razón. No creo que fuera porque no estaba escuchando, quiero decir.

"¿No?"

“Creo que su color y su falta de atención se deben a la misma razón”, dijo Mildred, y aunque había venido a sentarse cerca de su madre, no la miró. “Creo que sucedió porque tú y papá...” Se detuvo.

"¿Sí?" La Sra. Palmer dijo, de buen humor, para incitarla. "¿Tu padre y yo hicimos algo vergonzoso?"

“Mamá, fue por esas cosas que salieron sobre Alice Adams”.

“¿Cómo podría eso molestar a Arthur? ¿Él la conoce?

"¿No te acuerdas?" preguntó la hija. "El día después de mi baile mencioné lo extraño que pensaba que era él, estaba un poco decepcionado con él. Estuve viendo que conocía a todos, por supuesto, pero ella era la única chica que ÉL pidió conocer; y lo hizo tan pronto como la vio. No tenía la intención de que él la conociera; de hecho, lamenté un poco sentir que tenía que preguntarle, porque ella, oh, bueno, ella es del tipo que 'intenta ser un hombre nuevo', si tiene la mitad. una oportunidad; ya veces parecen bastante fascinados, por un tiempo, eso es. Pensé que Arthur estaba por encima de todo eso; o al menos le di crédito por ser demasiado sofisticado".

"Ya veo", dijo la Sra. Palmer, pensativa. Ahora recuerdo que hablaste de ello. Dijiste que parecía un poco peculiar, pero por supuesto que en realidad no lo era: un 'hombre nuevo' no tiene nada por lo que pasar, excepto sus propias primeras impresiones. No puedes culpar al pobre Arthur, es una personita bastante picante. ¿Crees que ha visto algo de ella desde entonces?

Mildred asintió lentamente. "Nunca soñé tal cosa hasta ayer, e incluso entonces lo dudé, ¡hasta que se puso tan rojo, justo ahora! Me sorprendió cuando pidió conocerla, pero solo bailó con ella una vez y no la mencionó después; Me olvidé de todo, de hecho, prácticamente me olvidé de ELLA. La había visto bastante..."

"Sí", dijo la Sra. Palmer. "¡Ella siguió viniendo aquí!"

"Pero estaba a punto de decidir que realmente no funcionaría", continuó Mildred. Ella no es... bueno, yo no la admiraba.

"No", asintió su madre, y evidentemente siguió una conexión directa de pensamiento en un discurso aparentemente irrelevante. "Entiendo que el joven Malone quiere casarse con Henrietta. Espero que no lo haga; parece un tipo de persona bastante tosco.

"Oh, es solo uno", dijo Mildred. "No sé si él y Alice Adams alguna vez estuvieron comprometidos, ella nunca me lo dijo. Es posible que no haya estado comprometida con ninguno de ellos; ella era suficiente entre las otras chicas para que hablaran, y una de las razones por las que me sentía un poco inclinado a ser amable con ella era que parecían estar sacándola del círculo. Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que vi que tenían razón. Por casualidad mencioné que iba a dar un baile y ella fingió dar por sentado que tenía la intención de invitar a su hermano, al menos, pensé que fingía; ella puede haberlo creído realmente. De todos modos, tuve que enviarle una tarjeta; pero no tenía la intención de que me dejaran entrar por ese tipo de cosas de nuevo, por supuesto. Ella es lo que dijiste, 'empujando';

"¿Por qué no debería haberlo dicho, querida?"

"Por supuesto que no dije 'no debería'", explicó Mildred, con gravedad. "Solo quise decir que lamento que haya sucedido".

"Sí; ¿pero por qué?"

“Mamá”—Mildred se volvió hacia ella, inclinándose hacia adelante y hablando en voz baja—“Mamá, al principio el cambio fue tan pequeño que parecía como si Arthur mismo apenas lo notara. Siempre había sido encantador conmigo, y seguía siéndolo pero, oh, bueno, lo has entendido, después de mi baile era más como si fuera solo su naturaleza y su entrenamiento para ser encantador conmigo, como sería para todos una especie de cortesía. Él nunca dijo que se preocupaba por mí, pero después de eso me di cuenta de que no lo hacía. Estaba claro, después de eso. No sabía lo que había sucedido; No podía pensar en nada de lo que había hecho. Mamá, era Alice Adams.

La señora Palmer dejó su tacita de café sobre la mesa, a su lado, siguiendo tranquilamente su propio movimiento con la mirada y sin darse cuenta de la seria súplica que la mirada de su hija estaba clavada en ella. Mildred repitió la última frase de su revelación e introdujo un acento de insistencia.

“¡Mamá, FUE Alice Adams!”

Pero la señora Palmer se negó a quedar muy impresionada, al menos en lo que respecta a su apariencia; y para enfatizar su negativa, sonrió con indulgencia. “¿Qué te hace pensar eso?”

"Henrietta me lo dijo ayer".

Al oír esto, la señora Palmer se permitió reír suavemente en voz alta. “¡Cielos! ¿Henrietta es una adivina? ¿O es la confidente particular de Arthur?”

"No. Ella Dowling se lo dijo.

La risa de la Sra. Palmer continuó. “¡Ahora lo tenemos!” Ella exclamó. “Es un juego de chismes: Arthur le dice a Ella, Ella le dice a Henrietta y Henrietta le dice——”

—No te rías, por favor, mamá —suplicó Mildred. “Por supuesto que Arthur no le dijo a nadie. Es bastante indirecta, pero es verdad. ¡Lo sé! No lo había creído del todo, pero supe que era verdad cuando se puso tan rojo. Parecía... oh, durante un segundo más o menos parecía... ¡afligido! Él pensó que no me había dado cuenta. Mamá, últimamente ha ido a verla casi todas las noches. Dan largos paseos juntos. Por eso no ha estado aquí.

De la risa de la señora Palmer sólo quedó su sonrisa indulgente, que no había permitido que se desvaneciera. “Bueno, ¿qué hay de eso?” ella dijo.

"¡Mamá!"

“Sí”, dijo la Sra. Palmer. “¿Lo que de ella?”

“¿Pero no lo ves?” La voz bien educada de Mildred, aunque modulada y reprimida incluso en su emoción actual, sin embargo, tenía tendencia a temblar. “Es cierto. Frank Dowling iba a verla una noche y vio a Arthur sentado

en el escalón con ella y no entró. Y Ella solía ir a la escuela con una chica que vive al otro lado de la calle. Ella le dijo a Ella——”

"Oh, entiendo", interrumpió la Sra. Palmer. Supongamos que va allí. Querida, dije: '¿Qué pasa con eso?'"

"No veo lo que quieres decir, mamá. Tengo tanto miedo de que piense que lo sabíamos y que tú y papá dijeron esas cosas sobre ella y su padre por ese motivo, como si abusáramos de ellos porque él va allí en lugar de venir aquí.

"¡Disparates!" La señora Palmer se levantó, se acercó a una ventana y, dándose la vuelta, se quedó de espaldas a ella, de cara a su hija y mirándola alegremente. "¡Tonterías, querida! Estaba perfectamente claro que ella fue mencionada por accidente, al igual que su padre. ¡Qué hombre tan extraordinario! Si Arthur se hace amigo de personas así, ciertamente sabe que no debe esperar escuchar opiniones favorables sobre ellos. Además, es sólo una pequeña cosa pasajera con él.

"¡Mamá! Cuando va allí casi cada...

—Sí —dijo secamente la señora Palmer—. "Me parece que he oído en alguna parte que otros jóvenes han ido allí '¡casi todos!' Ella no dura, al parecer. Arthur es galante e impresionable, pero es fastidioso, y el fastidio es siempre el freno a la impresionabilidad. Una niña también pertenece a su familia, y esta lo hace especialmente, ¡me sorprende! Arthur es muy sensato; él ve más de lo que piensas".

Mildred la miró esperanzada. "Entonces, ¿no crees que es probable que se imagine que dijimos esas cosas de ella de alguna manera significativa?"

Ante esto, la Sra. Palmer volvió a reírse. "Hay una cosa que parece no haber notado, Mildred".

"¿Qué es eso?"

"Parece haber escapado a tu atención que él nunca dijo una palabra".

"¿Eso no podría significar...?" Mildred comenzó, pero se detuvo.

"No, puede que no", respondió su madre, comprendiendo fácilmente. "Por el contrario, podría significar que en lugar de sentirlo demasiado profundamente para hablar, estaba recibiendo un poco de iluminación".

Mildred se levantó y se acercó a ella. "¿POR QUÉ supones que nunca nos dijo que fue allí? ¿Crees que él... crees que está complacido con ella y, sin embargo, avergonzado de ello? ¿POR QUÉ supones que nunca ha hablado de eso?"

—Ah, eso —dijo la señora Palmer—, posiblemente sea obra suya. Si lo es, está bien pagada por lo que tu padre y yo dijimos, porque no lo habríamos dicho si hubiéramos sabido que Arthur... —Se contuvo rápidamente—. Mirando por encima del hombro de su hija, vio a los dos caballeros que venían del pasillo hacia la amplia puerta de la habitación; y ella los saludó alegremente. "Si han

terminado juntos por un tiempo", agregó, "Arthur puede encontrar un alivio pensar en algo más bonito que una compañía fiduciaria, y más fragante".

Arthur se acercó a Mildred.

Tu madre dijo en el almuerzo que tal vez tú...

"No dije 'quizás', Arthur," interrumpió la Sra. Palmer, para corregirlo. "Dije que lo haría. Si quieres ver y oler esas cosas encantadoras allá afuera, ella te las mostrará. ¡Corran, niños!"

Media hora después, mirando por una ventana, los vio salir de los invernaderos y cruzar lentamente el césped. Arthur tenía una hermosa rosa en el ojal y parecía profundamente pensativo.

CAPÍTULO XXI

Aquella mañana y ese mediodía habían sido cálidos, aunque la agitación de una débil brisa hacía que el clima no fuera flagrantemente destemplado; pero a eso de las tres de la tarde salió del sudoeste un calor como una aflicción enviada sobre un pueblo maldito, y el aire pronto quedó muerto. Los negros excavadores de zanjas chorreantes gritaban con sátiras que alababan el infierno y el clima cálido, mientras las palas arrojadas revoloteaban hacia el nivel de la calle, donde los peatones perezosos llevaban abrigos sobre brazos calientes y se abanicaban con sombreros de paja o, permaneciendo cubiertos, usaban pañuelos empapados entre el cuero cabelludo y la paja. Empleados hundidos en grandes y silenciosos grandes almacenes, taquígrafos en oficinas tan cerca de los ventiladores eléctricos como les permitía el grueso intermedio de sus empleadores; los huéspedes de los hoteles abandonaron los vestíbulos y fueron a acostarse desnudos en sus camas; mientras en los hospitales los enfermos murmuraban quejumbrosamente contra el calor, y tal vez contra algún automovilista ruidoso que se esforzaba por sentir el aire dividiéndolo, sin inquietarse por ningún presentimiento de que también él, a esa hora de la semana próxima, pudiera necesitar tranquilidad cerca de un hospital. El "hechizo caliente" fue un verdadero hechizo, uno sobre los espíritus de los hombres; porque hacía tanto calor que, en las afueras de los suburbios, los golfistas se deslizaban lentamente sobre las bajas ondulaciones de las tierras de sus clubes, abandonaban sus partidos y volvían a refugiarse. no le inquietaba ningún presentimiento de que él también, a esa hora de la próxima semana, pudiera necesitar tranquilidad cerca de un hospital. El "hechizo caliente" fue un verdadero hechizo, uno sobre los espíritus de los hombres; porque hacía tanto calor que, en las afueras de los

suburbios, los golfistas se deslizaban lentamente sobre las bajas ondulaciones de las tierras de sus clubes, abandonaban sus partidos y volvían a refugiarse. no le inquietaba ningún presentimiento de que él también, a esa hora de la próxima semana, pudiera necesitar tranquilidad cerca de un hospital. El “hechizo caliente” fue un verdadero hechizo, uno sobre los espíritus de los hombres; porque hacía tanto calor que, en las afueras de los suburbios, los golfistas se deslizaban lentamente sobre las bajas ondulaciones de las tierras de sus clubes, abandonaban sus partidos y volvían a refugiarse.

Incluso en un día así, había que hacer un trabajo candente, como en invierno. Había hornos incandescentes que avivar, metales líquidos que verter; pero tales tareas encontraron hombres experimentados de pie para ellos; y en toda la ciudad probablemente ningún alma valiente desafió el calor con más valentía que la señora Adams, cuando, en un rincón de su pequeña y ardiente cocina, donde durante todo el día su inmune africano contratado cocinaba ferozmente, planchaba los trajes de noche de su marido con un hierro caliente. Sin duda arriesgó su vida, pero la arriesgó alegremente en un servicio tan bueno y necesario para él. Habría dado su vida por él en cualquier momento, y tanto la suya como la de él por sus hijos.

Inconsciente de su propio heroísmo, se sorprendió al descubrir que se había desmayado cuando terminó de planchar. Sin embargo, se animó a creer que la ropa se veía mejor, a pesar de uno o dos lugares quemados; y los llevó arriba a la habitación de su esposo antes de que la ceguera creciente la obligara a buscar a tientas la silla más cercana. Luego, tratando de levantarse y caminar, sin haberse recuperado lo suficiente, tuvo que volver a sentarse; pero después de un rato pudo ponerse de pie; y, manteniendo su mano contra la pared, se movió con éxito a la puerta de su propia habitación. Aquí vaciló; podría haberse hundido, si no se hubiera sentido estimulada por el pensamiento de cuánto dependía de ella; hizo un gran esfuerzo final y cruzó la habitación a trompicones hasta su escritorio. donde guardaba algunos reconstituyentes sencillos. Ellos sirvieron a su necesidad, o su fe en ellos lo hizo; y volvió a su trabajo.

Bajó las escaleras manteniendo una mano todavía trémula sobre la barandilla; pero sonrió brillantemente cuando Alicia miró hacia arriba desde abajo, donde la carpintería volvía a ser atormentada con atenciones superfluas.

"¡Alicia, NO!" dijo su madre, con miseratativamente. “Hiciste todo eso esta mañana y se ve encantador. ¿De qué te sirve desgastarte en eso? Deberías estar acostado, así que debes lucir fresco para esta noche.

¿No sería mejor que te acostaras tú mismo? la hija volvió. "¿Estás enferma, mamá?"

"Ciertamente no. ¿Qué diablos te hace pensar eso?"

“Te ves bastante pálida,” dijo Alice, y suspiró pesadamente. Me avergüenza que trabajes tan duro para mí.

“¡Que tonto! Creo que es divertido, prepararse para entretener un poco de nuevo, así. Ojalá no hubiera hecho tanto calor: me temo que tu pobre padre sufrirá, sus cosas son bastante pesadas, me di cuenta. ¡Bueno, le hará bien llevar algo por el estilo esta vez, de todos modos! Ella se rió y, acercándose a Alice, se inclinó y la besó. “Querida”, dijo con ternura, “¿no podrías subir las escaleras ahora y tomar una pequeña siesta para complacer a tu madre?”

Pero Alice solo respondió moviendo la cabeza lentamente, en señal de negativa.

“¡Hacer!” instó la señora Adams. “No querrás lucir desgastado, ¿verdad?”

“Voy a BUSCAR todo bien,” dijo Alice, con voz ronca. “¿Te gusta la forma en que he arreglado los muebles ahora? He intentado todas las diferentes formas en que funcionará”.

“Es encantador”, dijo su madre, con admiración. “Pensé que la última forma en que lo tenías también era bonita. Pero tú sabes mejor; Nunca conocí a nadie con tanto gusto. Si tan solo dejaras de fumar ahora y descansaras un poco...”

Apenas habría tiempo, aunque quisiera; son más de las cinco pero no pude; de verdad, no pude. ¿Cómo crees que podemos manejar lo de Walter, para asegurarnos de que use sus trajes de noche, quiero decir?

La señora Adams reflexionó. “Me temo que hará muchas objeciones, por el clima y todo eso. Ojalá hubiéramos tenido la oportunidad de decírselo anoche o esta mañana. Le habría telefoneado esta tarde si no fuera porque... bueno, no me gustaría llamarlo a ese lugar, ya que tu padre...”

“No, por supuesto que no, mamá”.

—Si Walter llega tarde a casa —prosiguió la señora Adams—, me escaparé y hablaré con él, en caso de que el señor Russell esté aquí antes que él. Solo le diré que tiene que darse prisa y ponerse sus cosas.

“Tal vez no venga a casa a cenar,” sugirió Alice, bastante esperanzada. “A veces no lo hace”.

“No; I think he'll be here. When he doesn't come he usually telephones by this time to say not to wait for him; he's very thoughtful about that. Well, it really is getting late: I must go and tell her she ought to be preparing her fillet. Dearie, DO rest a little.”

“You'd much better do that yourself,” Alice called after her, but Mrs. Adams shook her head cheerily, not pausing on her way to the fiery kitchen.

Alice continued her useless labours for a time; then carried her bucket to the head of the cellar stairway, where she left it upon the top step; and, closing the door, returned to the “living-room;” Again she changed the positions of the old

plush rocking-chairs, moving them into the corners where she thought they might be least noticeable; and while thus engaged she was startled by a loud ringing of the door-bell. For a moment her face was panic-stricken, and she stood staring, then she realized that Russell would not arrive for another hour, at the earliest, and recovering her equipoise, went to the door.

Waiting there, in a languid attitude, was a young coloured woman, with a small bundle under her arm and something malleable in her mouth. "Listen," she said. "You folks expectin' a coloured lady?"

"No," said Alice. "Especially not at the front door."

"Listen," the coloured woman said again. "Listen. Say, listen. Ain't they another coloured lady awready here by the day? Listen. Ain't Miz Malena Burns here by the day this evenin'? Say, listen. This the number house she give ME."

"Are you the waitress?" Alice asked, dismally.

"Yes'm, if Malena here."

"Malena is here," Alice said, and hesitated; but she decided not to send the waitress to the back door; it might be a risk. She let her in. "What's your name?"

"¿Me? Me llamo Gertrudis. Señorita Gertrude Collamus.

"¿Trajiste una gorra y un delantal?"

Gertrude tomó el pequeño bulto de debajo de su brazo. "Si m. Estoy arreglado".

"Ya puse la mesa," dijo Alice. "Te mostraré lo que queremos que se haga".

La condujo al comedor y, después de ofrecer allí algunas instrucciones, recibidas por Gertrude con languidez y un lento movimiento de mandíbula, la llevó a la cocina, donde le pusieron la cofia y el delantal. El efecto no fue afortunado; Los ojos de Gertrude estaban notablemente inyectados en sangre, una aflicción que se hacía más evidente por la gorra blanca; y Alice separó a su madre, susurrando ansiosamente,

"¿Crees que es demasiado tarde para conseguir a alguien más?"

"Me temo que lo es", dijo la Sra. Adams. "¡Malena dice que ya fue bastante difícil conseguirla! Hay que pagarles tanto que solo trabajan cuando les da la gana".

"Mamá, ¿podrías pedirle que se ponga la gorra más recta? Cada vez que mueve la cabeza, se ladea hacia un lado, y su falda es demasiado larga por detrás y demasiado corta por delante, ¡y oh, NUNCA había visto tales PIES! Alice se rió desolada. "¡Y DEBE dejar de masticar tan terriblemente!"

"No importa; Me pondré a trabajar con ella. La arreglaré todo lo que pueda, querida; no te preocupes." La señora Adams palmeó el hombro de su hija para animarla. "Ahora USTED no puede hacer otra cosa, y si no corre y comienza a

vestirse, no estará listo. Solo me tomará un minuto vestirme, y bajaré mucho antes que tú. ¡Corre, cariño! Yo me ocuparé de todo.

Alice asintió vagamente, subió a su habitación y, después de solo un momento con su espejo, sacó de su armario el vestido de organdí blanco que había usado la noche en que conoció a Russell por primera vez. Lo colocó cuidadosamente sobre su cama y comenzó a prepararse para ponérselo. Su madre entró, media hora después, para “sujetarla”.

"Estoy bien vestida", dijo la Sra. Adams, enérgicamente. "Por supuesto que no importa. Ni siquiera sabrá cómo es el resto de nosotros: ¿Cómo podría? Sé que soy un VISTA viejo, pero todo lo que quiero es parecer respetable. ¿Yo?"

"Pareces la mejor mujer del mundo; ¡eso es todo!" Dijo Alice, con un pequeño trago.

Su madre se rió y le dio un último escrutinio. Podrías usar un poco más de color, querida. Me temo que la emoción te ha puesto un poco pálida. ¡Y DEBES alegrarte! Hay una especie de mirada en tus ojos como si estuvieras en trance y no pudieras salir. Lo has tenido todo el día. Debo correr: tu padre quiere que lo ayude con sus tacos. Walter no ha venido todavía, pero lo cuidaré; no te preocupes, y será mejor que te das prisa, querida, si te vas a tomar un poco de tiempo arreglando las flores en la mesa."

Se fue, mientras Alice se sentaba de nuevo frente al espejo, para seguir su consejo sobre "un poco más de color". Antes de que terminara, su padre llamó a la puerta y, cuando ella respondió, entró. Estaba vestido con la ropa que su esposa había planchado; pero había perdido mucho peso desde que se las hicieron para él; nadie habría pensado que habían sido presionados. Colgaban de él voluminosamente, pareciendo ser la ropa de un hombre más grande.

—Tu madre se ha ido abajo —dijo, con voz angustiada.

"Uno de los ojales de mi camisa es demasiado grande y no puedo mantener la maldita cosa abrochada. ¡ No sé qué hacer al respecto! Solo tengo otra camisa blanca, y está un poco arruinada: la probé antes que esta. ¿Crees que podrías hacer algo?"

"Ya veré", dijo ella.

"Mi cuello tiene un borde deshilachado", se quejó, mientras ella examinaba su camisa problemática. "Es muy parecido a llevar una sierra; pero espero que se marchite muy pronto y no me moleste mucho. Estoy expuesto a marchitarme de plano, yo mismo, espero; No sé si recuerdo una noche tan calurosa en los últimos diez o doce años". Levantó la cabeza y olió el aire flácido, que estaba cargado de un fuerte olor. "¡Vaya, pero ese olor es bastante fuerte!" él dijo.

“Quédate quieto, por favor, papá”, le rogó Alice. “No puedo ver cuál es el problema si te mueves. ¡Qué absurdo eres con tu viejo olor a pegamento, papá! No hay un vestigio de eso, por supuesto.

“No quise decir pegamento,” le informó. “Me refiero al repollo. ¿Está de moda ahora comer repollo cuando hay invitados para la cena?”

“Eso no es repollo, papá. Son las coles de Bruselas.

“Ah, ¿lo es? No me importa mucho, porque me quita el olor a pegamento, pero es bastante fuerte. Espero que no lo notes tanto porque has estado en la casa con él todo el tiempo y te acostumbraste mientras crecía”.

"Es bastante terrible", dijo Alice. "¿Están todas las ventanas abiertas abajo?"

Bajaré a ver si me arreglas ese agujero.

"Me temo que no puedo", dijo. "No, a menos que te quites la camisa y me la traigas. Tendré que coser el agujero más pequeño”.

"Oh, bueno, iré a pedirle a tu madre que—"

“No”, dijo Alicia. “Ella tiene todo en sus manos. Corre y quítatelo. Date prisa, papá; Tengo que arreglar las flores en la mesa antes de que venga.

Se fue y volvió al poco tiempo, medio desnudo, trayendo la camisa. “Hay UN consuelo”, comentó, pensativo, mientras ella trabajaba. “Me quité ese collar, por un tiempo, de todos modos. Ojalá pudiera ir a la mesa así; Podría soportarlo mucho mejor. ¿Parece que estás haciendo algún progreso con la maldita cosa?”

"Creo que probablemente pueda--"

Abajo sonó el timbre de la puerta y los brazos de Alice se estremecieron por la conmoción.

"¡Caramba!" dijo su padre. "¿Te metiste el dedo con esa aguja tonta?"

Ella le dio una mirada en blanco. "¡Ha venido!"

No se equivocó, porque, en la pequeña terraza, Russell se encontraba por fin de cara a la puerta cerrada. Sin embargo, permaneció cerrado durante un tiempo considerable después de que llamó. Dentro de la casa, la llamada de advertencia de la campana fue seguida inmediatamente por otro sonido, audible para Alice y su padre como un estrépito que precede a una serie de caídas amortiguadas. Entonces llegó una voz distante, amarga en la queja.

"¡Oh Señor!" dijo Adams. "¿Qué es eso?"

Alice subió a lo alto de las escaleras delanteras y su madre apareció en el pasillo de abajo.

"¡Mamá!"

La Sra. Adams miró hacia arriba. "Está bien", dijo, en un fuerte susurro. “Gertrude se cayó por las escaleras del sótano. Alguien dejó un balde

allí, y——” Fue interrumpida por un jadeo de Alice, y se apresuró a tranquilizarla. “No te preocupes, querida. Puede que cojee un poco, pero...

Adams se inclinó sobre la barandilla. “¿Ella rompió algo?” preguntó.

“¡Cállate!” susurró su esposa. “No. Parece molesta y enojada por eso, más que cualquier otra cosa; pero se está frotando y estará bien a tiempo para traer los bocadillos. ¡Alicia! ¡Esas flores!”

“Lo sé, mamá. Pero--”

“¡Apurarse!” La señora Adams le advirtió. “¡Ambos de prisa! ¡DEBO dejarlo entrar!”

Se volvió hacia la puerta, sonriendo cordialmente, incluso antes de abrirla. “Entre, señor Russell”, dijo en voz alta, levantando la voz para advertir a los de arriba. “Estoy MUY contento de recibirlos informalmente, de esta manera, en nuestra pequeña casa. Hay un perchero aquí debajo de la escalera —continuó mientras Russell, murmurando alguna respuesta, entraba en el vestíbulo—. “Me temo que pensarás que es DEMASIADO informal que yo toque la puerta, pero desafortunadamente nuestra criada acaba de tener un pequeño accidente, ¡oh, nada que mencionar! Solo pensé que sería mejor no hacerte esperar más. ¿Pasarías a nuestra sala de estar, por favor?”

Abrió el camino entre las dos pequeñas columnas y se sentó en una de las lujosas mecedoras, la seleccionó porque Alice había señalado una vez que las sillas en sí mismas se notaban menos cuando había personas sentadas en ellas. Siéntese, señor Russell; ¡Hace tanto calor que es realmente una prueba para ponerse de pie!”

“Gracias”, dijo, mientras tomaba asiento. “Sí. Hace bastante calor. Y este parecía ser el alcance de su capacidad de respuesta por el momento. Estaba grave, bastante pálido; y la impresión que la señora Adams tenía de él, tal como se formó entonces, era la de “un joven de aspecto distinguido, realmente elegante en el mejor sentido de la palabra, pero tímido y formal cuando te conoce por primera vez”. Ella le sonrió y utilizó en todo lo que decía un continuo acompañamiento de risas, sin sentido salvo que pretendía transmitir cordialidad. “Por supuesto que SÍ tenemos una gran cantidad de clima cálido”, le informó. “Me alegro de que sea mucho más fresco en la casa que al aire libre”.

“Sí”, dijo. “Es más agradable adentro”. Y, deteniéndose en esta sola falsedad, se permitió una brevísima mirada por la habitación; luego sus ojos volvieron a su anfitriona sonriente.

“La mayoría de la gente hace un gran alboroto por el clima cálido”, dijo. “La única persona que conozco a la que no le importa el calor como a otras personas es a Alice. Siempre parece tan fresca como si soplara una brisa, sin importar el calor que haga. Pero es tan amable que nunca le importa nada. Es solo su carácter. Siempre ha sido así desde que era una niña pequeña; siempre lo mismo

para todos, altos y bajos. Después de todo, creo que el carácter es lo más importante del mundo, ¿no es así, señor Russell?

“Yes,” he said, solemnly; and touched his bedewed white forehead with a handkerchief.

“Indeed it is,” she agreed with herself, never failing to continue her murmur of laughter. “That’s what I’ve always told Alice; but she never sees anything good in herself, and she just laughs at me when I praise her. She sees good in everybody ELSE in the world, no matter how unworthy they are, or how they behave toward HER; but she always underestimates herself. From the time she was a little child she was always that way. When some other little girl would behave selfishly or meanly toward her, do you think she’d come and tell me? Never a word to anybody! The little thing was too proud! She was the same way about school. The teachers had to tell me when she took a prize; she’d bring it home and keep it in her room without a word about it to her father and mother. Now, Walter was just the other way. Walter would——” But here Mrs. Adams checked herself, though she increased the volume of her laughter. “How silly of me!” she exclaimed. “I expect you know how mothers ARE, though, Mr. Russell. Give us a chance and we’ll talk about our children forever! Alice would feel terribly if she knew how I’ve been going on about her to you.”

In this Mrs. Adams was right, though she did not herself suspect it, and upon an almost inaudible word or two from him she went on with her topic. “Of course my excuse is that few mothers have a daughter like Alice. I suppose we all think the same way about our children, but SOME of us must be right when we feel we’ve got the best. Don’t you think so?”

“Yes. Yes, indeed.”

“I’m sure *I* am!” she laughed. “I’ll let the others speak for themselves.” She paused reflectively. “No; I think a mother knows when she’s got a treasure in her family. If she HASN’T got one, she’ll pretend she has, maybe; but if she has, she knows it. I certainly know *I* have. She’s always been what people call ‘the joy of the household’—always cheerful, no matter what went wrong, and always ready to smooth things over with some bright, witty saying. You must be sure not to TELL we’ve had this little chat about her—she’d just be furious with me—but she IS such a dear child! You won’t tell her, will you?”

“No,” he said, and again applied the handkerchief to his forehead for an instant. “No, I’ll——” He paused, and finished lamely: “I’ll—not tell her.”

Thus reassured, Mrs. Adams set before him some details of her daughter’s popularity at sixteen, dwelling upon Alice’s impartiality among her young suitors: “She never could BEAR to hurt their feelings, and always treated all of them just alike. About half a dozen of them were just BOUND to marry her!

Naturally, her father and I considered any such idea ridiculous; she was too young, of course.”

Thus the mother went on with her biographical sketches, while the pale young man sat facing her under the hard overhead light of a white globe, set to the ceiling; and listened without interrupting. She was glad to have the chance to tell him a few things about Alice he might not have guessed for himself, and, indeed, she had planned to find such an opportunity, if she could; but this was getting to be altogether too much of one, she felt. As time passed, she was like an actor who must improvise to keep the audience from perceiving that his fellow-players have missed their cues; but her anxiety was not betrayed to the still listener; she had a valiant soul.

Alice, meanwhile, had arranged her little roses on the table in as many ways, probably, as there were blossoms; and she was still at it when her father arrived in the dining-room by way of the back stairs and the kitchen.

“It's pulled out again,” he said. “But I guess there's no help for it now; it's too late, and anyway it lets some air into me when it bulges. I can sit so's it won't be noticed much, I expect. Isn't it time you quit bothering about the looks of the table? Your mother's been talking to him about half an hour now, and I had the idea he came on your account, not hers. Hadn't you better go and——”

“Just a minute.” Alice said, piteously. “Do YOU think it looks all right?”

“The flowers? Fine! Hadn't you better leave 'em the way they are, though?”

“Just a minute,” she begged again. “Just ONE minute, papa!” And she exchanged a rose in front of Russell's plate for one that seemed to her a little larger.

“You better come on,” Adams said, moving to the door.

“Just ONE more second, papa.” She shook her head, lamenting. “Oh, I wish we'd rented some silver!”

“Why?”

“Because so much of the plating has rubbed off a lot of it. JUST a second, papa.” And as she spoke she hastily went round the table, gathering the knives and forks and spoons that she thought had their plating best preserved, and exchanging them for more damaged pieces at Russell's place. “There!” she sighed, finally.

“Now I'll come.” But at the door she paused to look back dubiously, over her shoulder.

“What's the matter now?”

“The roses. I believe after all I shouldn't have tried that vine effect; I ought to have kept them in water, in the vase. It's so hot, they already begin to look a little wilted, out on the dry tablecloth like that. I believe I'll——”

“Why, look here, Alice!” he remonstrated, as she seemed disposed to turn back. “Everything'll burn up on the stove if you keep on——”

“Oh, well,” she said, “the vase was terribly ugly; I can't do any better. We'll go in.” But with her hand on the door-knob she paused. “No, papa. We mustn't go in by this door. It might look as if——”

“As if what?”

“Never mind,” she said. “Let's go the other way.”

“I don't see what difference it makes,” he grumbled, but nevertheless followed her through the kitchen, and up the back stairs then through the upper hallway. At the top of the front stairs she paused for a moment, drawing a deep breath; and then, before her father's puzzled eyes, a transformation came upon her.

Her shoulders, like her eyelids, had been drooping, but now she threw her head back: the shoulders straightened, and the lashes lifted over sparkling eyes; vivacity came to her whole body in a flash; and she tripped down the steps, with her pretty hands rising in time to the lilting little tune she had begun to hum.

Al pie de las escaleras, una de esas bonitas manos se extendía con todo el brazo extendido hacia Russell, y continuó extendiéndose hasta que llegó a su propia mano cuando se acercó a ella. “¡Qué terrible de mí!” Ella exclamó. “¡Llegar tan tarde a bajar! Y papá también, creo que os conocéis.

Su padre avanzaba hacia el joven, esperando estrecharle la mano, pero Alice se interpuso entre ellos, y Russell, un poco sonrojado, le hizo una grave reverencia por encima del hombro, sin mirarlo; ante lo cual Adams, ligeramente desconcertado, metió las manos en los bolsillos y se volvió hacia su esposa.

“Supongo que la cena está más que lista”, dijo. Será mejor que nos sentemos.

Pero ella negó con la cabeza ferozmente, “¡Espera!” Ella susurró.

“¿Para qué? ¿Para Walter?”

“No; no puede venir —replicó ella, apresuradamente, y volvió a advertirle con un movimiento de cabeza. “¡Tranquilizarse!”

“Oh, bueno...” murmuró.

“¡Siéntate!”

Él estaba completamente desconcertado, pero obedeció su gesto y fue a la mecedora en la esquina opuesta, donde se sentó y, con una expresión de mansa indagación, esperó los acontecimientos.

Mientras tanto, Alice parloteaba: “Realmente no es culpa mía, llegar tarde. La vergonzosa verdad es que estaba tratando de apurar a papá. Es incorregible: se queda hasta tan tarde en su terrible vieja fábrica, terrible fábrica nueva, debería decir. ¡Espero que no nos ODIAN por hacerle cenar con nosotros en un clima tan terrible! Yo mismo estoy a punto de morirme de calor, así que tienes un

compañero de sufrimiento, si eso te agrada. ¿Por qué siempre soportamos mejor las cosas si pensamos que otras personas también tienen que soportarlas? Y agregó, con una risa emocionada: “TONTO de nosotros, ¿no crees?”.

Gertrude acababa de hacer su entrada desde el comedor con una bandeja. Se corrió lentamente, con aire de resentimiento; y su falda todavía necesitaba ajustarse, mientras que su mandíbula inferior se movía a intervalos, aunque ahora no sobre alguna sustancia, sino como una reminiscencia de la costumbre. Se detuvo ante Adams, de cara a él.

Parecía lastimero. ¿Qué quieres de mí? preguntó.

Como respuesta, ella le tendió la bandeja con un gesto de indiferencia; pero todavía parecía desconcertado. “¿Qué demonios--?” —empezó, luego llamó la atención de su esposa y tuvo la presencia de ánimo suficiente para tomar un bocadillo húmedo y de plástico de la bandeja. “Bueno, PROBARÉ uno”, dijo, pero un momento después, cuando cumplió su promesa, una expresión de intenso disgusto apareció en su rostro, y le habría devuelto el sándwich a Gertrude. Sin embargo, cuando cruzó la habitación hacia la señora Adams, él detuvo el gesto y se sentó impotente, con el bocadillo en la mano. Hizo otro esfuerzo por deshacerse de él cuando la camarera pasó junto a él, de regreso al comedor, pero ella pareció no observarlo y él siguió preocupándose por él.

Alice era una hija leal. “Estos son deliciosos, mamá”, dijo; y dirigiéndose a Russell, “Te lo perdiste; deberías haber tomado uno. Lástima que no pudimos haberte ofrecido lo que debería ir con él, por supuesto, pero...”

Fue interrumpida por la segunda entrada de Gertrude, quien anunció: “Servir la cena”, y se retiró de la vista.

“¡Bien bien!” Adams dijo, levantándose de su silla, con alivio. “¡Eso es bueno! Vamos a ver si podemos comerlo. Y mientras el pequeño grupo avanzaba hacia la puerta abierta del comedor, se deshizo de su sándwich arrojándolo a la chimenea vacía.

Alice, mirando por encima del hombro, fue la única que lo vio, y se estremeció a pesar de sí misma. Entonces, al ver que él la miraba suplicante, como si quisiera explicar que estaba haciendo lo mejor que podía, ella le sonrió alegremente y comenzó a charlar con Russell de nuevo.

CAPÍTULO XXII

Alice mantuvo su charla animada cuando se sentaron, aunque la temperatura de la habitación y la vista de la sopa caliente podrían haber desalentado una alegría

menos determinada. Además, había detalles tan desfavorables como el calor: las rosas agonizantes no expresaban belleza sino patetismo, y el débil olor que exhalaban no podía rivalizar con las vigorosas emanaciones de las coles de Bruselas; en la cabecera de la mesa, Adams, sentado bajo en su silla, parecía incapaz de aplastar la ola ascendente de su pecho almidonado; y los modales y la expresión de Gertrude eran de una reconocible hostilidad durante el largo período de vana espera a que se vaciaran las tazas de sopa. Sólo la Sra. Adams hizo algún progreso en esta dirección; los demás simplemente fingen,

La charla de Alice fue poco más que un sonido alegre, pero, para llenar un intervalo desolado, cumplió su propósito; y su madre la sostenía con siempre fieles arrullos de risas aplausos. “¡Qué cosa tan divertida es el clima!” la niña siguió corriendo. “Ayer hacía fresco—los ángeles se encargaron—y hoy tenían un compromiso en otro lugar, entonces el diablo vio su oportunidad y comenzó a mover el ecuador hacia el Polo Norte; pero cuando llegó a la mitad del camino, pensó en otra cosa que quería hacer y se fue; ¡y dejó el ecuador aquí, justo encima de NOSOTROS! ¡Ojalá volviera y lo consiguiera!”.

"¡Por qué, Alice querida!" su madre lloraba con cariño. “¡Qué imaginación! ¡Aunque me temo que el señor Russell podría pensar que no es muy piadoso! Aquí le dio a Gertrude una señal oculta para que retirara la sopa; pero, como no hubo respuesta, tuvo que hacer la señal más notoria. Gertrude estaba apoyada contra la pared, su barbilla se movía como un péndulo lento, sus ojos entreverados fijos con rebeldía en Russell. La Sra. Adams asintió varias veces, aumentando el énfasis de su gesto, mientras Alice hablaba enérgicamente; pero la melancólica camarera siguió meditando. Un leve chasquido de los dedos no logró perturbarla; ni un susurro sibilante encubierto sirvió de nada, y la señora Adams estaba empezando a mostrar signos de tensión cuando su hija la relevó.

“¡Imagina que tratamos de comer algo tan caliente como una sopa en una noche como esta!” Alicia se rió. “¿Qué PODRÍA haber estado en la mente del cocinero para no darnos algo helado y en gelatina en su lugar? Por supuesto, es porque ella es ecuatorial, ella misma, originalmente, y solo se siente como en casa cuando Mr. Satan se mueve hacia el norte”. Miró a Gertrude, que estaba detrás de ella. “¡Llévate esta horrible sopa!”

Hablando así directamente, Gertrude cedió su atención, aunque de mala gana, y como si decidiera no rebelarse por el peso de un cabello. Sin embargo, finalmente se puso en cámara lenta; pero pasó por alto la supuesta cabecera de la mesa, pareciendo no darse cuenta del sofocante hombrecito que estaba sentado allí. Cuando ella desapareció hacia la cocina con sólo tres de las tazas en la bandeja, él se volvió para mirarla lastimeramente y se aventuró a intentar llamarla.

"¡Aquí!" dijo, en voz baja. "¡Tu aquí!"

¿Qué pasa, Virgilio? preguntó su esposa.

"¿Cual es su nombre?"

La señora Adams le lanzó una mirada de pánico repentino y, al ver que el invitado de la velada no la miraba a ella, sino al mantel blanco que tenía delante, frunció el ceño y sacudió la cabeza.

Desafortunadamente, Alice no estaba observando a su madre y preguntó inocentemente: "¿Cuál es el nombre de quién, papá?"

"Por qué, esta joven mujer morena", explicó. "Ella dejó la mía".

"No importa," se rió Alice. "Hay esperanza para ti, papá. ¡Ella no se ha ido para siempre!"

—No sé nada de eso —dijo, no contento con esta seguridad impulsiva. "Ella PARECE como ella es." Y su comentario, considerado como una predicción, había comenzado a parecer justificado antes del regreso de Gertrude con porcelana preliminar a la siguiente etapa del banquete.

Alice demostró estar a la altura del largo intervalo y lo atravesó con un espíritu que justificaba ampliamente los elogios de su madre hacia ella como "siempre lista para suavizar las cosas"; porque aquí había algo más que una larga demora que suavizar. Suavizó a su padre y a su madre por Russell; y ella lo suavizó por ellos, aunque él no lo sabía, y no sabía lo que le debía. Con todo esto, a lo largo de su cháchara, los ojos brillantes de la muchacha seguían buscando los de él con una ansiosa alegría, que apenas velaba tanto la interrogación como la súplica, como si preguntara: "¿Es demasiado para ti? ¿No puedes soportarlo? ¿No lo soportarías POR FAVOR? Lo haría por tí. ¿No me darás una señal de que todo está bien?"

Él la miró fugazmente y pareció sufrir por el calor, a pesar de todos los esfuerzos viriles por no secarse la frente con demasiada frecuencia. Su color, después de subir cuando saludó a Alice ya su padre, se había ido, dejándolo de nuevo húmedo y pálido; una condición que surge de la incomodidad, sin duda, pero, considerada como un adorno, casi poéticamente le sienta bien. No menos favorecedora fue la débil y amable sonrisa que mostraba su deseo de expresar diversión y aprobación; y, sin embargo, era una sonrisa bastante tensa y quejumbrosa, como si él, al igual que Adams, sólo pudiera hacer lo mejor que pudiera.

Complació a Adams, quien lo consideró un buen joven, y decididamente el más tranquilo que Alice había mostrado a su familia. En opinión de su padre, esto no era un mérito pequeño; y fue para crédito de Russell, también, que mostró vergüenza en esta primera presentación íntima; aquí había un solicitante con reserva y modestia. "Hasta ahora, parece ser un joven de primera categoría",

pensó Adams; y, impulsado no por el deseo de separarse de Alice, sino por reminiscencias de aparentes candidatos menos agradables, añadió: "¡Por fin!"

La vivacidad de Alice nunca decayó. Su suavizado de las cosas fue una actuación casi continua, y tenía que serlo. Sin embargo, mientras charlaba durante los calurosos y pesados cursos, las preguntas que se hacía a sí misma eran tan continuas como la actuación y tan conmovedoras como lo que sus ojos parecían estar preguntándole a Russell. ¿Por qué no había prevalecido sobre el miedo de su madre a ser "pequeña"? ¿Había estado, de hecho, como dijo su madre que parecía, "en trance"? Pero sobre todo: ¿Qué le pasaba a ÉL? ¿Qué ha pasado? Porque se dijo a sí misma con humor doloroso que algo aún peor que esta cena debía ser "el problema con él".

La pequeña habitación, sofocada por el olor de los brotes hervidos, se calentaba cada vez más a medida que aparecía más y más comida, llevada lentamente, entre largas esperas mortales, por la resentida y jadeante Gertrude. Y mientras Alice todavía buscaba la mirada de Russell, y leía la mirada en su rostro de una docena de maneras diferentes, temiéndolas todas; y mientras las florecitas dispersas morían sobre la tela manchada, sintió que su corazón se volvía tan pesado como la comida, y se maravilló de que no muriera como las rosas.

Con la llegada del café, el anfitrión se movió para dar a conocer un lamento hospitalario, "¡Por George!" él dijo. "Tenía la intención de comprar algunos cigarros". Se dirigió a sí mismo en tono de disculpa al invitado. "No sé en qué estaba pensando, en olvidar traer algo a casa conmigo. Yo no los uso, a menos que alguien me dé uno, se podría decir. Siempre he sido un fumador de pipa, pura y simplemente, pero debería recordarlo para una ocasión como esta.

"En absoluto", dijo Russell. "No estoy fumando nada últimamente; pero cuando lo hago, soy como tú, y fumo una pipa".

Alice se sobresaltó, recordando lo que le había dicho cuando él la alcanzó en su camino desde el estanco; pero, después de un momento, mirándolo, decidió que debía haberlo olvidado. Si lo hubiera recordado, pensó, no podría haber evitado mirarla. Por el contrario, en ese momento parecía más tranquilo que desde que se sentaron, porque estaba favoreciendo a su padre con una atenta atención mientras Adams respondía a la introducción del tema de un hombre en la conversación por fin. "Bueno, Sr. Russell, supongo que tiene razón en eso. No digo qué cigarros pueden estar bien para un hombre que puede permitírselos, si le gustan más que una pipa, pero ahora toma una buena pipa vieja...

Continuó, y estaba entrando en el elogio que habitualmente provoca este tema, cuando se produjo una interrupción: sonó el timbre de la puerta y se detuvo inquisitivamente, bastante sorprendido.

La Sra. Adams le habló a Gertrude en voz baja:

"Solo di, 'No en casa'".

"¿Qué?"

"Si son personas que llaman, solo diga que no estamos en casa".

Gertrude habló libremente: "¿Quieres decir que me estás pidiendo que te atienda?"

Parecía tanto incrédula como ofendida, pero la señora Adams insistió, aunque algo aprensiva. "Sí. Date prisa, eh, por favor. Solo di que no estamos en casa, por favor.

Una vez más, Gertrude vaciló obviamente entre la sumisión y la rebelión, y de nuevo, afortunadamente, prevaleció con ella el proceder más manso. Miró a la señora Adams con sombría burla y luego se fue. Cuando volvió dijo:

"Él dice que espera".

"Pero te dije que le dijeras a alguien que no estábamos en casa", respondió la Sra. Adams. "¿Quién es?"

"Diga que él nombra al Sr. Law".

"No conocemos a ningún Sr. Law".

"Si m; el te conoce Dice que está ansioso por hablar, el Sr. Adams. Di que espere.

Dígale que el señor Adams está comprometido.

"Espera un minuto", intervino Adams. "¿Ley? No. No conozco a ningún Sr. Law. ¿Estás seguro de que tienes el nombre correcto?"

"Di que se llama Law", respondió Gertrude, mirando al techo para expresar su fatiga. "Ley. Es todo lo que me dice; es todo lo que sé.

Adams frunció el ceño. "Ley", dijo. "¿No fue tal vez 'Lohr?'"

—La ley —repitió Gertrude. "Es todo lo que me dice; es todo lo que sé.

"¿Qué aspecto tiene?"

"Él no es mucho", dijo ella. "Sobre tu edad; tiene un bigote brutalmente blanco, lindos anteojos.

"¡Es Charley Lohr!" exclamó Adams. Iré a ver qué quiere.

"Pero, Virgil", le reprochó su esposa, "termina tu café; podría quedarse toda la noche. Tal vez ha venido a llamar.

Adams se rió. Supongo que no es mucho de llamar. No te preocupes: lo llevaré a mi habitación. Y volviéndose hacia Russell, "Ah, si me disculpa", dijo; y salió a su visitante.

Cuando se hubo marchado, la señora Adams terminó su café y, después de mirar inteligentemente a su invitada ya su hija, se levantó. "Creo que tal vez debería ir y darle la mano al Sr. Lohr yo misma", dijo, y agregó a modo de explicación a Russell, cuando llegó a la puerta, "Es un viejo amigo de mi esposo y hace mucho tiempo que no está". estado aquí."

Alice asintió y le sonrió brillantemente, pero al cerrarse la puerta, la sonrisa se desvaneció; toda su vivacidad desapareció; y con este cambio de expresión, su tez misma pareció cambiar, de modo que su colorete se hizo evidente, porque estaba pálida debajo de él. Sin embargo, Russell no vio la alteración, porque no la miró; y no fue más que un lapsus momentáneo las vacaciones de una muchacha cansada, que durante diez segundos se deja ver como se siente. Luego disparó su vivacidad de vuelta a su lugar como por un poderoso resorte.

"¡Un centavo por tus pensamientos!" —gritó, y le arrojó una de las rosas marchitas al otro lado de la mesa. "Ofreeceré más de un centavo; Le ofrezco dos peniques... ¡No, una pobre rosa muerta, una rosa para sus pensamientos, señor Arthur Russell! ¿Qué son?"

Sacudió la cabeza. "Me temo que no tengo ninguno".

"No, por supuesto que no", dijo ella. "¿Quién podría tener pensamientos en un clima como este? ¿ALGUNA VEZ nos perdonarás?"

"¿Para qué?"

"Obligarte a comer una cena tan pesada, quiero decir MIRA una cena tan pesada, porque ciertamente no hiciste más que mirarla, ¡en una noche así! ¡Pero el crimen llega a su fin y puedes empezar a animarte! Ella se rió alegremente y, levantándose, se dirigió a la puerta. "Vamos a la otra habitación; tu temible deber casi ha terminado, y puedes correr a casa tan pronto como quieras. Eso es lo que te mueres por hacer.

"En absoluto", dijo con una voz tan débil que ella se echó a reír en voz alta.

"¡Buena gracia!" ella lloró. "¡No me había dado cuenta de que era TAN malo!"

Para esto, aunque se las arregló para reír, no parecía tener réplica verbal alguna; pero la siguió a la "sala de estar", donde se detuvo y se volvió, encarándolo.

"¿Realmente ha sido tan espantoso?" ella preguntó.

"Por supuesto que no. Para nada."

"¡Por supuesto que sí, aunque, querrás decir!"

"Para nada. Ha sido muy amable por parte de tu madre, tu padre y tú.

"¿Sabes", dijo, "nunca me has mirado por más de un segundo a la vez en toda la noche? ¡Y también me pareció que estaba bastante bien esta noche!"

"Siempre lo haces", murmuró.

"No veo cómo lo sabes", respondió ella; y luego, acercándose a él, habló con dulce solicitud: "Dime: realmente te sientes miserable, ¿no? Sé que tienes un terrible dolor de cabeza, o algo así. ¡Dígame!"

"Para nada."

Estás enfermo, estoy seguro.

"Para nada."

"¿Bajo tu palabra?"

Estoy realmente bien.

"Pero si tú eres..." comenzó ella; y luego, mirándolo con una dulzura desesperada, como si ese fuera su último recurso para despertarlo, "¿Qué pasa, pequeño?" dijo ella con ceceo de ternura. "¡Díselo a la tía!"

Fue un error, porque pareció estremecerse y, sin embargo, inclinarse ligeramente hacia atrás. Se dio la vuelta al instante, con un frívolo movimiento de elevación y caída de ambas manos. "¡Oh mi querido!" ella rió. "¡No te comeré!"

Y mientras el desconcertado joven la observaba, pareciendo capaz de levantar los ojos, ahora que ella estaba de espaldas, se dirigió a la puerta principal y abrió la pantalla. "Salgamos al porche", dijo. "¡Donde pertenecemos!"

Luego, cuando él la hubo seguido, y estaban sentados, "¿No es esto mejor?" ella preguntó. "¿No te sientes más tú mismo aquí?"

Empezó a murmurar: "No en——"

Pero ella lo interrumpió bruscamente: "¡Por favor, no digas 'Para nada' otra vez!"

"Lo siento."

"Pareces arrepentirte de algo", dijo ella. "¿Qué es? ¿No es hora de que me digas qué pasa?"

"Nada. Efectivamente no pasa nada. Por supuesto, uno está bastante afectado por un clima como este. Puede hacer que uno esté un poco más tranquilo de lo habitual, por supuesto.

Suspiró y dejó que los cansados músculos de su rostro descansaran. Bajo las duras luces, en el interior, la habían servido hasta que le dolía, y era un lujo sentir que en la oscuridad no había necesidad de que las muecas los llamaran.

"Por supuesto, si no me lo dices..." dijo ella.

"Solo puedo asegurarte que no hay nada que contar".

"Sé lo fea que es esta casita", dijo. "Quizás fueron los muebles, o los jarrones de mamá, lo que te molestó. ¿O fue la propia mamá... o papá?"

"Nada me 'molestó'".

Ante eso, profirió un monosílabo de risa dubitativa. "Me pregunto por qué dices eso".

"Porque es así".

"No. Es porque eres demasiado amable, o demasiado concienzudo, o demasiado avergonzado, de todos modos, demasiado para decírmelo. Se inclinó hacia adelante, con los codos en las rodillas y la barbilla en las manos, en la actitud reflexiva que sabía hacer elegante. "Tengo la sensación de que no me lo

vas a decir", dijo, lentamente. "Sí, incluso eso nunca me lo vas a decir. Me pregunto... me pregunto..."

"¿Sí? ¿Qué te preguntas?"

"Estaba pensando, me pregunto si no lo han hecho, después de todo".

"No entiendo."

"I wonder," she went on, still slowly, and in a voice of reflection, "I wonder who HAS been talking about me to you, after all? Isn't that it?"

"Not at——" he began, but checked himself and substituted another form of denial. "Nothing is 'it.'"

"Are you sure?"

"Why, yes."

"How curious!" she said.

"Why?"

"Because all evening you've been so utterly different."

"But in this weather——"

"No. That wouldn't make you afraid to look at me all evening!"

"But I did look at you. Often."

"No. Not really a LOOK."

"But I'm looking at you now."

"¡Sí, en la oscuridad!" ella dijo. "No, el clima puede hacer que estés incluso más tranquilo que de costumbre, pero no te parecerá tan tonto. ¡No, y no parecería que estás bajo tanta tensión, como si solo pensaras en escapar!"

"Pero yo no he——"

"No deberías", interrumpió ella, suavemente. "No hay nada de lo que tengas que escapar, ya sabes. No estás comprometido con... con esta amistad."

"Lamento que pienses..." comenzó, pero no completó el fragmento.

Ella lo tomó. "Lo sientes, creo que eres tan diferente, quieres decir, ¿no? No importa: eso es lo que quisiste decir, pero no pudiste terminarlo porque no eres bueno para engañar."

"Oh, no", protestó, débilmente. "No estoy engañando. Yo soy--"

"No importa", dijo de nuevo. Lo sientes, creo que eres tan diferente, y todo en un día, desde anoche. Sí, tu voz SUENA lo siento, también. Suena más arrepentido de lo que sería solo por haber pensado algo sobre lo que podrías cambiar de opinión en un minuto, así que significa que lo sientes por SER diferente".

"No yo--"

Pero haciendo caso omiso de la débil negación, "No importa", dijo. "¿Recuerdas una noche en la que me dijiste que nada de lo que pudiera hacer nadie evitaría que vinieras aquí? ¿Que si... si me dejaras sería porque yo mismo te ahuyenté?"

"Sí", dijo, con voz ronca. "Eso era cierto."

"¿Está seguro?"

"Ciertamente lo soy", respondió en voz baja, pero con convicción.

"Entonces—" Hizo una pausa. Bueno, pero yo no te he echado.

"No."

"Y sin embargo, te has ido", dijo en voz baja.

"¿Parezco tan estúpido como todo eso?"

"Usted sabe lo que quiero decir." Volvió a recostarse en su silla y sus manos, inactivas por una vez, yacían inmóviles en su regazo. Cuando habló, lo hizo en un susurro triste:

"¿Me pregunto si te HE ahuyentado?"

"No has hecho nada, nada en absoluto", dijo.

"Me pregunto..." dijo una vez más, pero se detuvo. En su mente estaba repasando el tiempo que habían pasado juntos desde el primer encuentro: fragmentos de conversaciones, momentos de silencio, pequeñas cosas sin importancia, pequeñas cosas que podrían ser importantes; luz de la luna, sol, luz de las estrellas; y sus pensamientos zigzagueaban entre los recuerdos confusos; pero, como si se hiciera un cuadro de todos estos fragmentos, arrojándolos al azar sobre el lienzo, los vio tocados por la única cualidad corruptora que les daba coherencia, la débil y falsa neblina que había puesto sobre esta amistad por sus propias pretensiones. Y, si esta terrible cena, o cualquier cosa, o todo, le había mostrado ese tinte azafrán en su verdadero color al hombre que estaba a su lado, anoche casi un amante,

"¿Lo sabías?" dijo, de repente, con voz clara y alta. "Tengo la sensación más extraña. ¡Siento como si fuera a estar contigo solo unos cinco minutos más en el resto de mi vida!"

"Por qué, no", dijo. Por supuesto que iré a verte... a menudo. I--"

"No", interrumpió ella. "Nunca había tenido una sensación como esta antes. Es—es simplemente TAN; ¡eso es todo! Te vas, ¡vaya, nunca más vendrás aquí! Se puso de pie, abruptamente, comenzando a temblar por todas partes. "Por qué, está TERMINADO, ¿no es así?" dijo, y su temblor se manifestó ahora en su voz. "¿Por qué, todo ha TERMINADO, no es así? ¡Porque?, si!"

Él se había levantado como ella. "Me temo que estás terriblemente cansado y nervioso", dijo. Realmente debería irme.

“Sí, POR SUPUESTO que deberías”, gritó, desesperada. No hay nada más que puedas hacer. Cuando algo se estropea, la gente NO PUEDE hacer otra cosa que huir. ¡Así que adiós!

—Por lo menos —respondió con voz ronca—, sólo... sólo diremos buenas noches.

Luego, mientras se disponía a irse, tropezó con los escalones de la galería: “¡Tu SOMBRERO!” ella lloró. “Me gustaría quedármelo como recuerdo, ¡pero me temo que lo necesitas!”

Corrió al pasillo y trajo su sombrero de paja de la silla donde lo había dejado. “¡Pobrecito!” dijo ella, con una risa temblorosa. “¿No sabes que no puedes ir sin tu sombrero?”

Entonces, mientras se miraban cara a cara por el breve momento que ambos sabían que sería el último de todos sus momentos en la veranda, la risa entrecortada de Alice se hizo más fuerte. “¡Qué cosas por decir!” ella lloró. “¡Qué despedida tan romántica, hablando de SOMBREROS!”

Su risa continuó cuando él se dio la vuelta, pero otros sonidos provenían del interior de la casa, claramente audibles con la apertura de una puerta en el piso de arriba: un largo y lamentoso grito de lamentación en la voz de la Sra. Adams. Russell se detuvo en los escalones, inseguro, pero Alice le hizo señas para que continuara.

“Oh, no te molestes,” dijo ella. “¡Tenemos mucho de eso en esta divertida casita antigua! ¡Adiós!”

Y mientras él bajaba los escalones, ella volvió corriendo a la casa y cerró la puerta con fuerza detrás de ella.

CAPÍTULO XXIII

Los lamentos de su madre aún se podían escuchar desde arriba, aunque más débiles; y el viejo Charley Lohr bajaba solo las escaleras.

Miró a Alice con compasión. “Solo venía a sugerir que tal vez te disculparías de tu compañía”, dijo. Tu madre estaba obligada a no molestarte, e hizo todo lo posible para evitar que escucharas cómo se está comportando, pero pensé que probablemente sería mejor que te ocuparas de ella.

“Sí, vendré. ¿Qué pasa?”

“Bueno”, dijo, “solo *me* acerqué para ofrecer mi simpatía y mis servicios, por así decirlo. *Pensé*, por supuesto, que ustedes lo sabían todo. El hecho es que

salió en el periódico de la tarde, solo un pequeño artículo en la última página, por supuesto.

"¿Qué es?"

Tosió. "Bueno, no es nada tan terrible", dijo. El hecho es que tu hermano Walter se ha metido en un pequeño lío... bueno, supongo que podrías llamarlo bastante lío. El hecho es que está bastante corto en sus cuentas en Lamb and Company.

Alice subió corriendo las escaleras y entró en la habitación de su padre, donde la señora Adams se arrojó a los brazos de su hija. "¿Se ha ido?" Ella sollozó. "Él no me escuchó, ¿verdad? Lo intenté tanto--"

Alice palmeó los hombros agitados que sus brazos rodeaban. "No, no", dijo ella. "Él no te escuchó, no habría importado, él no importa de todos modos".

"¡Ay, POBRE Walter!" La madre lloró. "¡Ay, el POBRE chico! ¡Pobre, pobre Walter! Pobre, pobre, pobre, POBRE..."

"¡Calla, querida, calla!" Alice trató de calmarla, pero el lamento no podía amainar, y desde el otro lado de la habitación una repetición en un espíritu diferente era tan continua. Adams caminó furiosamente allí, golpeando su puño en la palma de su mano izquierda mientras caminaba. "¡El maldito chico!" él dijo. "¡Maldita sea, pequeño tonto! ¡Maldito idiota! ¡Maldito tonto! ¿Por qué no me DICE, pequeño tonto?"

"¡Él hizo!" La señora Adams sollozó. "Él SÍ te lo dijo, y tú no se lo diste".

"Él lo HIZO, ¿verdad?" Adams le gritó. "¡Lo que me rogó fue dinero para huir! Nunca soñó con devolver lo que tomó. ¡De qué diablos estás hablando, acusándome!"

"Él lo NECESITABA", dijo ella. "¡Lo necesitaba para huir con él! ¿Cómo podía esperar VIVIR, después de escapar, si no tenía un poco de dinero? ¡Ay, pobre, pobre, POBRE Walter! Pobre, pobre, pobre..."

Volvió a esta repetición; y Adams volvió a lo suyo, luego se detuvo y vio a su viejo amigo de pie en el pasillo junto a la puerta abierta.

—Ah, me iré, supongo, Virgil —dijo Lohr—. No veo que sirva de nada que trate de decir algo más. Haré lo que quieras que haga, ¿entiendes?"

"Espera un minuto", dijo Adams, y, gimiendo, bajó y bajó las escaleras con él. "¿Dices que no viste al viejo en absoluto?"

"No, no sé nada sobre lo que va a hacer", dijo Lohr, cuando llegaron al piso inferior. "No es una cosa. Pero mira, Virgil, no veo que esto requiera que tú y tu esposa se ocupen tanto, de todos modos, no tanto como la forma en que comenzaste.

"No", Adams tragó saliva. "¡Siempre le parece así a la otra parte que solo está mirando!"

"Oh, bueno, eso lo sé, por supuesto", respondió el viejo Charley, con dulzura. Pero mira, Virgilio: es posible que no atrapen al niño; ni siquiera parecían estar seguros de qué tren hizo, y si lo atrapan, bueno, el hombre viejo podría decidir no procesarlo si...

"¿ÉL?" Adams gritó, interrumpiendo. "¿Él no lo enjuiciará? ¡Eso es lo que ha estado esperando todo este tiempo! ¡Él piensa que mi hijo y yo lo engañamos! ¡Si estaba dejando que Walter cayera en una trampa! ¿No dijiste que habían estado sospechando de él durante algún tiempo? ¿No dijiste que lo habían estado vigilando y que estaban a punto de arrestarlo?"

"Sí, lo sé", dijo Lohr; "pero no puedes saberlo, especialmente si recaudas el dinero y lo devuelves".

"¡Cada centavo!" Adams vociferó. "¡Hasta el último centavo! Puedo criarlo, ¡TENGO que criarlo! Voy a poner un préstamo en mi fábrica mañana. ¡Oh, se lo traeré, díselo tú! ¡Hasta el último centavo!"

"Bueno, amigo, solo trata de calmarte un poco ahora". Charley le tendió la mano para despedirse. "Tú y tu esposa tranquilícense un poco. Tú NO ERES el hombre más saludable del mundo, lo sabes, y ya habías estado bajo bastante presión antes de que esto sucediera. Quieres cuidarte por el bien de tu esposa y de esa dulce niña de arriba, ya sabes. Ahora, buenas noches —terminó, saliendo a la terraza. Envíame por mí si hay algo que pueda hacer.

"¿Hacer?" repitió Adams. "¡No hay nada que NADIE pueda hacer!" Y luego, mientras su viejo amigo bajaba por el camino hacia la acera, lo llamó: "¡Dile que le pagaré hasta el último centavo! ¡Hasta el último, maldita sea, sucio PENNY!"

Cerró la puerta y subió rápidamente las escaleras, hablando en voz alta para sí mismo. "¡Cada maldito, último centavo sucio! Cree que TODOS en esta familia quieren robarle, ¿verdad? Cree que TODOS somos amarillos, ¿verdad? ¡Le mostraré!" Y entró en su propia habitación vociferando: "¡Hasta el último centavo sucio!"

La Sra. Adams se había derrumbado y Alice la había puesto en su cama, donde yacía dando vueltas convulsivamente y sollozando: "¡Oh, POBRE Walter!" una y otra vez, pero después de un tiempo varió la triste melodía. "¡Oh, pobre Alicia!" gimió, aferrándose a la mano de su hija. "Oh, pobre, POBRE Alice, que ESTO venga la noche de tu cena, justo cuando todo parecía ir tan bien, por fin, oh, pobre, pobre, POBRE..."

"¡Cállate!" Dijo Alice, bruscamente. "No digas '¡pobre Alice!' Estoy bien."

"¡Usted debe ser!" gritó su madre, abrazándola. "¡Tienes que serlo! UNO de nosotros tiene que estar bien, seguramente a Dios no le importaría que solo UNO de nosotros estuviera bien, eso no le haría daño a Él..."

"¡Calla, calla, madre! ¡Cállate!"

Pero la señora Adams sólo la abrazó con más fuerza. “¡Parecía un joven TAN agradable, querida! Puede que no vea esto en el periódico: el Sr. Lohr dijo que era solo un objeto pequeño, que PUEDE que no lo vea, querida...”

Luego su angustia volvió a Walter; ya sus necesidades como fugitivo, ella había tenido la intención de reparar su ropa interior, pero lo había pospuesto, y su negligencia ahora parecía ser un detalle tan lamentable como la calamidad misma. No podía detenerse en él, ni ella misma agotar sus impulsos de autorreproche, aunque finalmente tomó otro tema temporalmente. Ante un estallido inusualmente violento de su marido, en denuncia del fugitivo, gritó débilmente que él era cruel; y cansó aún más su voz quebrada con detalles de la belleza de Walter cuando era un bebé y de sus devociones a la hora de acostarse durante su infancia.

So the hot night wore on. Three had struck before Mrs. Adams was got to bed; and Alice, returning to her own room, could hear her father's bare feet thudding back and forth after that. “Poor papa!” she whispered in helpless imitation of her mother. “Poor papa! Poor mama! Poor Walter! Poor all of us!”

She fell asleep, after a time, while from across the hall the bare feet still thudded over their changeless route; and she woke at seven, hearing Adams pass her door, shod. In her wrapper she ran out into the hallway and found him descending the stairs.

“Papa!”

“Hush,” he said, and looked up at her with reddened eyes. “Don't wake your mother.”

“I won't,” she whispered. “How about you? You haven't slept any at all!”

“Yes, I did. I got some sleep. I'm going over to the works now. I got to throw some figures together to show the bank. Don't worry: I'll get things fixed up. You go back to bed. Good-bye.”

“Wait!” she bade him sharply.

“What for?”

“You've got to have some breakfast.”

“Don't want 'ny.”

“You wait!” she said, imperiously, and disappeared to return almost at once. “I can cook in my bedroom slippers,” she explained, “but I don't believe I could in my bare feet!”

Descending softly, she made him wait in the dining-room until she brought him toast and eggs and coffee. “Eat!” she said. “And I'm going to telephone for a taxicab to take you, if you think you've really got to go.”

“No, I'm going to walk—I WANT to walk.”

She shook her head anxiously. "You don't look able. You've walked all night."

"No, I didn't," he returned. "I tell you I got some sleep. I got all I wanted anyhow."

"But, papa——"

"Here!" he interrupted, looking up at her suddenly and setting down his cup of coffee. "Look here! What about this Mr. Russell? I forgot all about him. What about him?"

Her lip trembled a little, but she controlled it before she spoke. "Well, what about him, papa?" she asked, calmly enough.

"Well, we could hardly——" Adams paused, frowning heavily. "We could hardly expect he wouldn't hear something about all this."

"Yes; of course he'll hear it, papa."

"Well?"

"Well, what?" she asked, gently.

"You don't think he'd be the—the cheap kind it'd make a difference with, of course."

"Oh, no; he isn't cheap. It won't make any difference with him."

Adams suffered a profound sigh to escape him. "Well—I'm glad of that, anyway."

"The difference," she explained—"the difference was made without his hearing anything about Walter. He doesn't know about THAT yet."

"Well, what does he know about?"

"Only," she said, "about me."

"What you mean by that, Alice?" he asked, helplessly.

"Never mind," she said. "It's nothing beside the real trouble we're in—I'll tell you some time. You eat your eggs and toast; you can't keep going on just coffee."

"I can't eat any eggs and toast," he objected, rising. "I can't."

"Then wait till I can bring you something else."

"No," he said, irritably. "I won't do it! I don't want any dang food! And look here"—he spoke sharply to stop her, as she went toward the telephone—"I don't want any dang taxi, either! You look after your mother when she wakes up. I got to be at WORK!"

And though she followed him to the front door, entreating, he could not be stayed or hindered. He went through the quiet morning streets at a rickety, rapid gait, swinging his old straw hat in his hands, and whispering angrily to himself as he went. His grizzled hair, not trimmed for a month, blew back from his damp forehead in the warm breeze; his reddened eyes stared hard at nothing from under

blinking lids; and one side of his face twitched startlingly from time to time;—children might have run from him, or mocked him.

When he had come into that fallen quarter his industry had partly revived and wholly made odorous, a negro woman, leaning upon her whitewashed gate, gazed after him and chuckled for the benefit of a gossiping friend in the next tiny yard. “Oh, good Satan! Wha'ssa matter that ole glue man?”

“Who? Him?” the neighbour inquired. “What he do now?”

“Talkin' to his ole se'f!” the first explained, joyously. “Look like gone distracted—ole glue man!”

Adams's legs had grown more uncertain with his hard walk, and he stumbled heavily as he crossed the baked mud of his broad lot, but cared little for that, was almost unaware of it, in fact. Thus his eyes saw as little as his body felt, and so he failed to observe something that would have given him additional light upon an old phrase that already meant quite enough for him.

There are in the wide world people who have never learned its meaning; but most are either young or beautifully unobservant who remain wholly unaware of the inner poignancies the words convey: “a rain of misfortunes.” It is a boiling rain, seemingly whimsical in its choice of spots whereon to fall; and, so far as mortal eye can tell, neither the just nor the unjust may hope to avoid it, or need worry themselves by expecting it. It had selected the Adams family for its scaldings; no question.

The glue-works foreman, standing in the doorway of the brick shed, observed his employer's eccentric approach, and doubtfully stroked a whiskered chin.

“Well, they ain't no putticular use gettin' so upset over it,” he said, as Adams came up. “When a thing happens, why, it happens, and that's all there is to it. When a thing's so, why, it's so. All you can do about it is think if there's anything you CAN do; and that's what you better be doin' with this case.”

Adams halted, and seemed to gape at him. “What—case?” he said, with difficulty. “Was it in the morning papers, too?”

“No, it ain't in no morning papers. My land! It don't need to be in no papers; look at the SIZE of it!”

“The size of what?”

“Why, great God!” the foreman exclaimed. “He ain't even seen it. Look! Look yonder!”

Adams stared vaguely at the man's outstretched hand and pointing forefinger, then turned and saw a great sign upon the facade of the big factory building across the street. The letters were large enough to be read two blocks away.

*“AFTER THE FIFTEENTH OF NEXT MONTH
THIS BUILDING WILL BE OCCUPIED BY
THE J. A. LAMB LIQUID GLUE CO. INC.”*

A gray touring-car had just come to rest before the principal entrance of the building, and J. A. Lamb himself descended from it. He glanced over toward the humble rival of his projected great industry, saw his old clerk, and immediately walked across the street and the lot to speak to him.

“Well, Adams,” he said, in his husky, cheerful voice, “how's your glue-works?”

Adams uttered an inarticulate sound, and lifted the hand that held his hat as if to make a protective gesture, but failed to carry it out; and his arm sank limp at his side. The foreman, however, seemed to feel that something ought to be said.

“Our glue-works, hell!” he remarked. “I guess we won't HAVE no glue-works over here not very long, if we got to compete with the sized thing you got over there!”

Lamb chuckled. “I kind of had some such notion,” he said. “You see, Virgil, I couldn't exactly let you walk off with it like swallowing a pat o' butter, now, could I? It didn't look exactly reasonable to expect me to let go like that, now, did it?”

Adams found a half-choked voice somewhere in his throat. “Do you—would you step into my office a minute, Mr. Lamb?”

“Why, certainly I'm willing to have a little talk with you,” the old gentleman said, as he followed his former employee indoors, and he added, “I feel a lot more like it than I did before I got THAT up, over yonder, Virgil!”

Adams threw open the door of the rough room he called his office, having as justification for this title little more than the fact that he had a telephone there and a deal table that served as a desk. “Just step into the office, please,” he said.

Lamb miró el escritorio, la silla de la cocina que tenía delante, el teléfono y las paredes divisorias construidas con tablones viejos, algunos cubiertos con pintura antigua y otros simplemente desgastados por la intemperie, los restos de un demolidor; y sonrió ampliamente. “Así que estas son sus oficinas, ¿verdad?” preguntó. —Supongo que esperas hacer un gran negocio aquí, ¿verdad, Virgil?

Adams volvió hacia él un rostro afligido y torturado. —¿Ha visto a Charley Lohr desde anoche, señor Lamb?

“No; No he visto a Charley.

“Bueno, le dije que te dijera”, comenzó Adams; “Le dije que te pagaría...”

Págame lo que esperas hacer con pegamento, ¿quieres decir, Virgil?

“No”, dijo Adams, tragando. Me refiero a lo que mi chico te debe. Eso es lo que le dije a Charley que te dijera. Le dije que te dijera que te pagaría hasta el último...

“¡Bien bien!” interrumpió el anciano, irritado. “No sé nada de eso”.

—Espero pagarte —continuó Adams, tragando saliva de nuevo dolorosamente—. “Esperaba hacerlo con un préstamo que pensé que podría obtener en mis trabajos de pegamento”.

El anciano levantó sus cejas escarchadas. “Oh, ¿fuera de los trabajos de GLUE? Esperabas recaudar dinero con la fábrica de pegamento, ¿verdad?”

Ante eso, la agitación de Adams aumentó prodigiosamente. “¿Cómo PENSASTE que esperaba pagarte?” él dijo. “¿Creías que esperaba obtener dinero con mis propios huesos viejos?” Se golpeó con dureza en el pecho y las piernas. ¿Crees que un banco prestará dinero a cambio de las costillas de un hombre y de sus viejas rótulas rotas? ¡No lo harán! Tienes que tener algunas perspectivas de NEGOCIO para mostrarles, si no tienes ninguna propiedad ni valores; ¿Y qué perspectivas de negocio tengo ahora, con ese cartel tuyo allá arriba? Bueno, no necesitas hacer ni una ONZA de pegamento; ¡Tu letrero ME arregló sin que tú hicieras otra lamida! ESO es todo lo que tenías que hacer; ¡Solo pon tu registro! No necesitas——”

“Déjame decirte algo, Virgil Adams”, interrumpió el anciano con dureza. “Solo tengo una cosa muy importante que decirte antes de que hablemos de otros asuntos; y eso es lo siguiente: hay unos pocos hombres en esta ciudad que ganaron su fortuna de formas poco atractivas, pero no hay muchos; ¡y los que hay han tenido que ser mucho más astutos de lo que sabes cómo ser, o nunca sabrás cómo ser! ¡Sí, señor, y ninguno de ellos tuvo el pequeño valor de tratar de salir de un hombre que tenía el espíritu para no dejarlos, y la FUERZA para no dejarlos! Sé lo que pensaste. 'Aquí', te dijiste a ti mismo, 'aquí está este viejo tonto JA Lamb; está un poco agotado y en su segunda infancia como; Puedo atribuírselo a él, sin que jamás...’”

“¡No hice!” gritó Adams. “¡TÚ sabes mucho sobre mis sentimientos y todo lo que me dije a mí mismo! ¡Hay una cosa que quiero decirles, y eso es lo que me digo a mí mismo AHORA, y cuáles son mis sentimientos en este MINUTO!

Golpeó la mesa con fuerza con su delgado puño y sacudió los nudillos dañados en el aire. “Solo quiero decirte que, sea lo que sea lo que sentí, ya no me siento MALO; no hoy, yo no. ¡ Hay un hombre más malo en este mundo que yo , Sr. Lamb!

—Oh, entonces te sientes mejor contigo mismo hoy, ¿verdad, Virgil?

“¡Apuesta a que lo hago! Trabajaste hasta que me llevaste donde me quieres; ¡y no le haría eso a otro hombre, sin importar lo que me hiciera a mí! Yo no——”

“¡De qué estas hablando! ¿Cómo te 'llegué donde te quiero'?”

“¿No es lo suficientemente claro?” Adams lloró. “¡Incluso me tienes donde no puedo reunir el dinero para pagar lo que mi chico te debe! ¿Crees que alguien es tan tonto como para dejarme tener un centavo en este negocio después de ver lo que tienes al otro lado de la calle?”

"No, no lo hago".

"No, no lo haces", repitió Adams, con voz ronca. Además, sabías que mi casa estaba hipotecada y mi...

"No lo hice", interrumpió Lamb, enojado. "¿Qué *me* importa tu casa?"

"¿De qué sirve que hables así?" Adams lloró. "Me tienes donde ni siquiera puedo reunir el dinero para pagar lo que mi hijo le debe a la compañía, así que no puedo mostrar ninguna razón para detener el enjuiciamiento y mantenerlo fuera de la penitenciaría. ¡Ahí es donde trabajaste hasta que ME conseguiste!"

"¡Qué!" Cordero gritó. "Me acusas de——"

"¿Te acusan?" ¿Qué te estoy diciendo? ¿Crees que no tengo OJOS? Y Adams volvió a golpear la mesa. "Por qué, sabías que el chico era débil--"

"¡No hice!"

"Escucha: lo mantuviste allí después de que te enojaste porque me fui de la forma en que lo hice. Lo mantuviste allí después de sospechar de él; y lo hicisteis vigilar; lo dejaste continuar; ¡Solo esperé para atraparlo y arruinarlo!"

"¡Estás loco!" gritó el anciano. "No supe que había nada en contra del chico hasta anoche. ¡Estás LOCO, digo!"

Adams lo miró. Con el pelo desordenado sobre la frente demacrada y los ojos inyectados en sangre; con sus manos magulladas golpeando la mesa y volando en un centenar de gestos salvajes y absurdos, mientras sus pies se arrastraban constantemente para mantener el equilibrio sobre piernas tambaleantes, era la imagen de un hombre con la mente hecha jirones.

"¡Tal vez ESTOY loco!" —gritó, con la voz entrecortada y temblorosa—. "Tal vez lo sea, ¡pero no me quedaría ahí para burlarme de un hombre si le hubiera hecho lo que me has hecho a mí! Solo mírame: trabajé toda mi vida para ti, y lo que hice cuando renuncié nunca te perjudicó; no significó ni dos centavos de diferencia en tu vida y parecía que significaría toda la diferencia. en el mundo a mi familia, ¡y ahora mira lo que me has HECHO a mí por ello! Le digo, Sr. Lamb, nunca hubo un hombre que admirara a otro como yo lo admiraba a usted durante toda mi vida, ¡pero ya no lo admiraré a usted! Piensas que tuviste un buen día ahora, subiendo en tu automóvil para mirar ese letrero, y luego aquí en mis pobres pequeños trabajos que has arruinado. ¡Pero escúchame solo por última vez!" La voz quebrada rompió en falsete, y las manos gesticulantes revolotearon incontrolablemente. "¡Solo escucha!" jadeó. "Crees que te hice una mala acción, y ahora me arruinas por eso, y arruinas mis obras, y arruinas a mi familia; y si alguien me hubiera dicho en esta época el año pasado que alguna vez te diría algo así, lo habría llamado maldito mentiroso, pero lo digo: digo que has actuado conmigo como... como ¡Un... un maldito... hombre!"

Su voz, agotada, como su cuerpo, apenas pudo hacerle este último servicio; luego se hundió, desplomado, en la silla junto a la mesa, con la barbilla pegada al pecho.

"¡Te digo que estás loco!" Cordero dijo de nuevo. Yo nunca en el mundo... Pero se contuvo, mirando con súbita perplejidad a su acusador. "¡Mira aquí!" él dijo. ¿Qué te pasa? ¿Tienes otro de esos...? Puso su mano sobre el hombro de Adams, que se sacudió débilmente bajo el toque.

El anciano fue a la puerta y llamó al capataz.

"¡Aquí!" él dijo. "Corre y dile a mi chofer que traiga mi auto aquí. Dígale que conduzca hasta la acera y cruce el lote. ¡Dile que se dé prisa!"

Así sucedió que el gran JA Lamb trajo por segunda vez a su antiguo empleado a casa, herido y casi inanimado.

CAPÍTULO XXIV

Alrededor de las cinco de la tarde, el anciano caballero regresó a la casa de Adams; y cuando Alice abrió la puerta, él asintió, entró en la "sala de estar" sin hablar; luego se quedó frunciendo el ceño como si dudara en decidir alguna pregunta desconcertante.

"Bueno, ¿cómo está él ahora?" preguntó, finalmente.

"El doctor estuvo aquí de nuevo hace un rato; él piensa que papá lo está superando. Está bastante seguro de que lo hará.

"¿Algo así como la primavera pasada?"

"Sí."

"¡No tiene un poco de sentido!" Lamb dijo, bruscamente. "Cuando se estaba recuperando la otra vez, el médico me dijo que no era un derrame cerebral normal, por así decirlo, esto del 'derrame cerebral'. Dijo que no había ninguna razón particular para que tu padre esperara que alguna vez tuviera otro ataque, si se cuidaba un poco. Dijo que podía considerarse tan bueno como cualquier otra persona mientras hiciera eso.

"Sí. ¡Pero él no lo hizo!"

Lamb asintió, suspiró en voz alta y cruzó la habitación hasta una silla. "Supongo que no", dijo, mientras se sentaba. Supongo que le destrozará la salud por culpa de sus trabajos de cola.

"Sí."

"Supongo que sí; Supongo que sí." Luego la miró con un brillo de ansiedad en los ojos. "¿Ya ha vuelto en sí?"

"Sí. Ha hablado un poco. Su mente está clara; habló con mamá, conmigo y con la señorita Perry". Alicia rió con tristeza. "Tuvimos la suerte de recuperarla, pero papá no parecía pensar que fue una suerte. Cuando la reconoció, dijo: '¡Oh, Dios mío, no eres TÚ, es eso!'"

"Bueno, eso es una buena señal, si se está enfadando un poco. ¿Él... dijo algo... por ejemplo, sobre mí?"

Esta pregunta, formulada con torpeza, tuvo el efecto de quitarle la palidez a la muchacha; tintes rosados aparecieron rápidamente en sus mejillas. "Él... sí, lo hizo", dijo. Naturalmente, está preocupado por... por... Se detuvo.

"¿Sobre tu hermano, tal vez?"

"Sí, sobre inventar el—"

"Aquí, ahora", dijo Lamb, incómoda, mientras se detenía de nuevo. "Escucha, jovencita; No hablemos de eso todavía. Quiero preguntarte: entiendes todo sobre este negocio del pegamento, supongo, ¿no es así?"

"No estoy seguro. Yo solo sé--"

"Déjame decirte", interrumpió, impacientemente. "Te lo contaré todo en dos palabras. El proceso me pertenecía a mí, y tu padre se levantó y se fue con él; de todos modos, no hay forma de moverse por TANTO".

"¿No hay?" Alicia lo miró fijamente. "Creo que está equivocado, Sr. Lamb. ¿Papá no lo mejoró para que virtualmente le perteneciera?"

Hubo una chispa en los viejos ojos azules ante esto. "¿Qué?" gritó. "¿Es así como lo sorteó? Vaya, en toda mi vida nunca he oído hablar de semejante... Pero dejó la frase sin terminar; el mal humor desapareció de su voz ronca y la ira de sus ojos. "Bueno, supongo que tal vez esa fue la forma de hacerlo", dijo. "De todos modos, está bien que defiendas a tu padre; y si crees que tenía derecho a ello..."

"¡Pero lo hizo!" ella lloró.

"Eso espero", respondió el anciano, pacíficamente. "Eso espero, probablemente. De todos modos, es una pregunta que no está ni aquí ni allá, ahora mismo. Lo que estaba pensando en decir... bueno, ¿su padre dejó escapar que él y yo tuvimos unas palabras esta mañana?"

"No."

"Bueno, lo hicimos". Suspiró y sacudió la cabeza. "Tu padre, bueno, usó algunas expresiones bastante duras hacia mí, jovencita. No eran SO, me alegra decirlo, pero él los usó conmigo, y lo peor de todo fue que los creyó. Bueno, lo he estado pensando y pensé en tener una pequeña charla contigo para aclarar las cosas, por así decirlo."

“Sí, señor Cordero”.

“Por ejemplo”, dijo, “es así. Ahora, espero que no piense que me refiero a ninguna falta de delicadeza, pero tome el caso de su hermano, ya que tenemos que mencionarlo, bueno, su padre tenía todo el asunto resuelto en su mente, tan mal como cualquiera haya tenido algo. Si hubiera actuado de la forma en que tu padre pensó que lo hice, ¡alguien debería sacarme y dispararme! ¿Sabes lo que pensó ese hombre?”

"No estoy seguro."

Él frunció el ceño y preguntó: "Bueno, ¿qué piensas al respecto?"

“No lo sé,” dijo ella. No creo que piense nada en absoluto sobre nada hoy.

"Bueno, bueno", respondió; “Espero que no; Espero que no. Me pareces como si tú también deberías estar en la cama, jovencita.

"Oh no."

“Supongo que quieres decir 'Oh, sí'; y no te entretendré mucho tiempo, pero hay algo que tenemos que arreglar, y prefiero hablar contigo que con tu madre, porque eres una chica inteligente y siempre amable; y quiero estar seguro de que me entienden. Ahora escucha."

“Lo haré,” prometió Alice, sonriendo levemente.

"Nunca me di cuenta de que tu hermano todavía trabajaba para mí", explicó con seriedad. “Nunca pensé nada al respecto. Mis hijos trataron de burlarse de mí por la forma en que tu padre se había metido en el negocio del pegamento, por así decirlo, y un día Albert, hijo, me preguntó si me parecía bien que tu hermano se quedara allí después de eso, y yo Le dije, bueno, solo le pedí que se callara. Si el muchacho quería quedarse allí, no consideré de mi incumbencia despedirlo por ningún sentimiento que tuviera hacia su padre; no mientras hiciera bien su trabajo, y el informe mostraba que así era. Bueno, da la casualidad de que ahora parece que se quedó porque TENÍA que hacerlo; no podía renunciar porque lo habrían descubierto si lo hacía. Bueno, él

"No, Sr. Cordero".

En su resentimiento, el rubicundo rostro del viejo caballero se volvió más rubicundo y su ronca voz más ronca. ¡Cree que mantuve al chico allí porque sospechaba de él! ¡Piensa que lo hice para vengarme de ÉL! ¿Te veo como un hombre que haría tal cosa?"

"No", dijo ella, suavemente. "No creo que lo harías".

"¡No!" el exclamó. “Ni ÉL no lo pensaría si fuera él mismo; me conoce desde hace demasiado tiempo. Pero debe haber estado cavilando sobre todo este asunto; quiero decir, antes del problema de Walter, debe haber estado tomándolo muy en serio durante algún tiempo. Pensó que ya no pensaba mucho en él, y supongo que tal vez se preguntó qué iba a HACER, y no hay nada peor que ese estado de

ánimo para hacer que un hombre sospeche de todo tipo de mezquindad. Bueno, prácticamente se paró allí y me acusó en mi cara de arreglar las cosas para que nunca pudiera reunir el dinero para conformarse con Walter y pedirnos que no lo enjuiciáramos. Ese es el estado mental en el que lo metieron las cavilaciones de su padre, jovencita, ¡acusarme con un truco como ese!

“Lo siento,” dijo ella. “Sé que nunca--”

El anciano se golpeó la robusta rodilla con enfado. “¡Vaya, ese maldito tonto de Virgil Adams!” el exclamó. “Él ni siquiera me dio la oportunidad de hablar; ¡y me hizo enojar tanto que apenas podía hablar, de todos modos! Es posible que supiera desde el principio que no iba a dejar que entrara y me ganara por mi cuenta, es decir, podría saber que no lo dejaría adelantarme en un asunto de negocios. ¡No con mis muchachos twitteándome sobre eso cada pocos minutos! Pero hablarme como lo hizo esta mañana... bueno, estaba loco; ¡eso es todo! Ahora, espera un minuto”, intervino, cuando ella parecía a punto de hablar. “En primer lugar, no vamos a impulsar este caso contra tu hermano. Yo creo en la ley, de acuerdo, y los hombres de negocios tienen que protegerse a sí mismos; pero en un caso como este, donde la restitución la hace la familia, bueno, espero que a veces sea mejor usar un poco de influencia y dejar las cosas en el aire. Por supuesto, tu hermano tendrá que mantenerse al margen de este estado; eso es todo.”

—Pero... dijiste... —titubeó ella.

"Sí. ¿Qué dije?"

“Dijiste, 'donde la restitución la hace la familia'. Eso es lo que parecía preocupar tanto a papá, porque... porque la restitución no podía...”

“Pues, sí, podría. De eso es de lo que estoy aquí para hablarles”.

"No veo--"

"Te lo voy a decir, ¿no?" dijo, bruscamente. "Solo sostenga sus caballos un minuto, por favor". Tosió, se levantó de la silla, caminó de un lado a otro de la habitación y luego se detuvo ante ella. “Es así”, dijo. “Después de que llevé a tu padre a casa, esta mañana, hubo una de las cosas que me dijo, cuando iba a por mí, más allá, se me quedó pegada. Era algo sobre toda esta controversia del pegamento que no significaba nada para mí en particular, y que significaba mucho para él y su familia. Bueno, se equivocó en eso de dos maneras. La primera fue que significó mucho para mí que él se volviera contra mí después de tantos años. No necesito decir nada más al respecto, excepto decirles que significó un poco más para mí de lo que creen, tal vez.

"Supongo que no lo es, Sr. Lamb".

"No", dijo. “No lo es. No es la forma correcta de ver nada. Sí, y tu padre lo sabe tan bien como yo, cuando está en su sano juicio; y supongo que esa es una

de las razones por las que se enojó tanto conmigo, pero de todos modos, no pude evitar pensar en cuánto HABÍA significado todo esto para él; como digo, se me quedó en la garganta. Quiero que le digas algo de mí, y quiero que vayas y se lo digas de inmediato, si es capaz y está dispuesto a escuchar. Dile que tengo la idea de que las circunstancias lo empujaron a esto, y dile que he vivido lo suficiente como para saber que las circunstancias pueden vencer a lo mejor de nosotros, dile que dije 'lo MEJOR de nosotros'. Dile que no tengo

“Sí, señor Cordero”.

“Dile que dije——” El anciano se detuvo abruptamente y Alice se sorprendió, de una manera sorda y cansada, cuando vio que sus labios habían comenzado a temblar y sus párpados a parpadear; pero se recuperó casi de inmediato y continuó: “Quiero que se acuerde: 'Perdónanos nuestras transgresiones, como nosotros perdonamos a los que nos ofenden'; y si él y yo hemos estado transgrediendo el uno contra el otro, ¡dile que creo que es hora de que DEJEMOS de hacer esas tonterías!

Volvió a toser, le sonrió de corazón y caminó hacia la puerta; luego se volvió hacia ella con una exclamación: "¡Bueno, si no soy un viejo tonto!"

"¿Qué es?" ella preguntó.

“¡Por qué, olvidé de qué estábamos hablando! Tu padre quiere pagar el déficit de Walter. Dígale que estaremos encantados de aceptarlo; pero, por supuesto, no esperamos que arregle el asunto hasta que pueda volver a hablar de negocios”.

Alice lo miró lo suficientemente inexpresiva como para que él percibiera que se necesitaban más explicaciones. “Es así”, dijo. “Verás, si tu padre decidiera mantener sus obras allá, no digo, pero podría darnos un poco de competencia por un tiempo, especialmente porque nos ha adelantado y está listo para el mercado. Luego pensé que podríamos usar su planta (es pequeña, pero sería beneficioso para nosotros tener el uso de ella) y él tiene un contrato de arrendamiento en ese lote grande; nos puede venir bien si queremos ampliar algo. Bueno, preferiría hacer un trato con él de la manera más discreta posible (no es bueno que Tom, Dick y Harry se enteren de cosas como esta), pero pensé que podría venderme por algo más. Lo suficiente para cubrir la hipoteca que le puso a esta casa, y también el déficit de Walter: ESO no es mucho en dólares y centavos. Tal como lo calculo, podría ofrecerle unos noventa y trescientos dólares en total, o digamos noventa y trescientos cincuenta, y si tiene ganas de aceptar, bueno, enviaré a un hombre confidencial aquí con los papeles. pronto tu padre podrá revisarlos. Díselo tú, ¿quieres?, y pregúntale si ve la forma de aceptar esa cifra. Enviaré a un hombre de confianza aquí con los papeles tan pronto como tu padre pueda revisarlos. Díselo tú, ¿quieres?, y pregúntale si ve la forma de aceptar esa cifra. Enviaré a un hombre de confianza aquí con los

papeles tan pronto como tu padre pueda revisarlos. Díselo tú, ¿quieres?, y pregúntale si ve la forma de aceptar esa cifra.

“Sí,” dijo Alicia; y ahora sus propios labios se torcieron, mientras que sus ojos se llenaron de tal manera que sólo vio una imagen borrosa del anciano, que le tendió la mano para separarse. "Se lo diré. Gracias."

Él le estrechó la mano apresuradamente. "Bueno, vamos a mantenerlo un poco en silencio", dijo, en la puerta. "¡No es bueno que cada Tom, Dick y Harry sepan todo lo que sucede en la ciudad! Llámame cuando tu papá esté listo para revisar los papeles y llámame a mi casa esta noche, ¿quieres? ¿Déjame escuchar cómo se siente?"

—Lo haré —dijo ella, ya través de sus lágrimas de agradecimiento le dedicó una sonrisa casi radiante. Estará mejor, señor Lamb. Todos lo haremos.

CAPÍTULO XXV

Una mañana, ese otoño, la Sra. Adams entró en la habitación de Alice y la encontró terminando un baño sobrio para la calle; además, la expresión revelada en su espejo estaba en armonía con la severidad profesional de su atuendo. "¿Qué te hace ver tan enojada, querida?" preguntó la madre. "¿No pudiste encontrar algo mejor para usar que ese viejo y sencillo vestido oscuro?"

—No creo que esté enfadada —dijo la chica, distraídamente. "Creo que solo estoy pensando. ¿No es hora?"

"¿Tiempo para qué?"

"Tiempo para pensar, ¿para mí, quiero decir?"

Ignorando esto, la Sra. Adams la miró pensativamente. "No puedo ver por qué no usas más color", dijo. "A tu edad también es apropiado y correcto. De todos modos, cuando vas por la calle, creo que debes lucir tan alegre y animado como puedas. ¡Quieres mostrarles que tienes algo de coraje!"

"¿Qué quieres decir, mamá?"

Me refiero a la fuga de Walter y al desastre que hizo tu padre con su negocio. Ayudaría a mostrarles que estás manteniendo la cabeza erguida de la misma manera.

"¡Mostrar a quién!"

"Todas estas otras chicas que——"

"¡Yo no!" Alice rió brevemente, sacudiendo la cabeza. He dejado de vestirme con ellos, y si me vieran no pensarían lo que tú quieres que piensen. Es

gracioso; pero no solemos hacer que la gente piense lo que queremos, mamá. Haces esto y aquello; y te dices a ti mismo, 'Ahora, al verme hacer esto y aquello, la gente naturalmente pensará esto y aquello'; pero no lo hacen. Piensan en otra cosa, generalmente lo que NO quieres que piensen. Supongo que lo único bueno de fingir es la diversión que nos da engañarnos a nosotros mismos de que engañamos a alguien.

"Bueno, pero no estaría fingiendo. Deberías dejar que la gente vea que todavía mantienes la cabeza en alto porque lo ERES. No querrías que Mildred Palmer pensara que estás abatido por... bueno, sabes que no querrías que ELLA no pensara que estás manteniendo la cabeza erguida, ¿verdad?"

"Ella no sabría si lo soy o no, mamá". Alice se mordió el labio, luego sonrió levemente mientras decía:

"De todos modos, no estoy pensando en mi cabeza de esa manera, no esta mañana, no lo estoy."

La Sra. Adams dejó el tema casualmente. "¿Vas al centro de la ciudad?" preguntó ella.

"Sí."

"¿Para qué?"

"Solo algo que quiero ver. Te lo diré cuando vuelva. ¿Algo que quieras que haga?"

"No; Supongo que hoy no. Pensé que podrías buscar una alfombra, pero prefiero ir contigo a seleccionarla. Supongo que tendremos que conseguir una alfombra nueva para la habitación de tu padre."

"Me alegro de que pienses eso, mamá. Supongo que ni siquiera lo ha notado, pero esa vieja alfombra suya... ¡bueno, de verdad!"

"No quise decir para él", explicó su madre, pensativa. "No; a él no le importa, y probablemente armaría un escándalo si lo cambiáramos en su cuenta. No; lo que quise decir, tendremos que poner a tu padre en la habitación de Walter. No le importará, no espero, no mucho."

"No, supongo que no," estuvo de acuerdo Alice, bastante triste. "Escuché la campana hace un rato. ¿Fue alguien por eso?"

"Sí; justo antes de subir. La Sra. Lohr me dio una nota y en realidad era un joven de aspecto muy agradable. Un joven de aspecto MUY agradable —repitió la señora Adams con mayor animación y una mirada pensativa a su hija. "Él es el Sr. Will Dickson; tiene un puesto de primera en la fábrica de gas, dice la señora Lohr, y puede permitirse una buena habitación. Así que si tú y yo nos juntamos aquí, entonces con ese joven matrimonio en mi habitación, y este Sr. Dickson en la de tu padre, casi tendremos las cosas arregladas. Pensé que tal vez podría hacer un lugar más en la mesa también, para que con las otras personas de afuera

sirviéramos once en total. Verá, si tengo que pagarle a este cocinero doce dólares a la semana, no se puede evitar, supongo, bueno, uno más sin duda ayudaría a obtener ganancias. Por supuesto que es una cosa terriblemente preocupante ver cómo saldremos. ¿No crees que podríamos encajar uno más?

“Supongo que PODRÍA ser manejado; sí.”

La señora Adams se iluminó. Estoy seguro de que será agradable tener a ese joven matrimonio en la casa y especialmente a este señor Will Dickson. Parecía un gran caballero y estaba ansioso por establecerse en un buen entorno. Quedé muy favorablemente impresionado con él en todos los sentidos; y me explicó acerca de su nombre; parece que no es William, es solo 'Will'; sus padres lo bautizaron así. Es curioso. Hizo una pausa, y luego, con un esfuerzo por parecer casual, que no ocultaba nada de su hija: "Es MUY curioso", dijo de nuevo. “Pero es bastante atractivo y diferente, ¿no crees?”

“¡Pobre mamá!” Alice rió compasivamente. “¡Pobre mamá!”

"Sin embargo, lo es", sostuvo la Sra. Adams. Es un gran caballero, a menos que yo no sea un juez de las apariencias; y será realmente agradable tenerlo en la casa.

“Sin duda,” dijo Alice, mientras abría la puerta para irse. “Supongo que no nos importará tener ninguno de ellos tanto como pensamos que lo haríamos. Adiós.”

Pero su madre la detuvo, tomándola por el brazo. "Alice, lo odias, ¿verdad?"

"No", dijo la chica, rápidamente. “No había nada más que hacer”.

La señora Adams se emocionó de inmediato: su rostro gritaba tragedia y su voz, desgracia. “¡PODRÍA haber algo más que hacer! ¡Ay, Alicia, le diste un mal consejo a tu padre cuando le apoyaste en tomar unos miserables noventa y trescientos cincuenta de ese viejo desgraciado! Si tu padre hubiera tenido el coraje de aguantar, habrían tenido que pagarle todo lo que pidiera. Si hubiera tenido el valor y un poco de CORAJE varonil...

"¡Cállate!" susurró Alice, porque la voz de su madre se hizo más fuerte. "¡Cállate! Él te escuchará, mamá.

"¿Podría oírme con demasiada frecuencia?" preguntó la dama amargada. “Si me hubiera escuchado en el momento adecuado, ¿tendríamos que estar aceptando huéspedes y hundiéndonos en la escala al final de nuestras vidas, en lugar de subir? Ambos estaban equivocados; no necesitábamos tener tanto pánico, eso era justo lo que quería ese viejo: ¡asustarnos y comprarnos por nada! Si tu padre me hubiera escuchado entonces, o si por una vez en su vida hubiera sido medio HOMBRE...

Alice puso su mano sobre la boca de su madre. ¡No debes hacerlo! ¡Él te escuchará!”

Pero desde el otro lado de la puerta cerrada de Adams su voz llegó quejumbrosa. "¡Oh, la ESCUCHO, está bien!"

"¿Ves, mamá?" dijo Alice, y, cuando la Sra. Adams se dio la vuelta, llorando, la hija suspiró; luego entró a hablar con su padre.

Estaba en su vieja silla junto a la mesa, con una almohada detrás de la cabeza, pero la bufanda de ganchillo y la bata de la Sra. Adams ya no lo envolvían; vestía una bata que le había comprado su mujer y fumaba su pipa. "La vieja historia, ¿verdad?" dijo, cuando Alice entró. "¡La misma, la misma vieja historia! ¡Bien bien! ¿Se ha ido?"

"Sí, papá".

"Tienes tu sombrero puesto", dijo. "¿A dónde vas?"

Voy al centro de la ciudad a hacer un recado. ¿Hay algo que quieras, papá?

"Sí hay." Él le sonrió. "Me gustaría que te sentaras un rato y me hablaras a menos que tu encargo..."

"No", dijo ella, tomando una silla cerca de él. "Solo bajaba para ver algunos arreglos que estaba haciendo para mí. No hay prisa."

"¿Qué arreglos para ti, querida?"

Te lo diré después, después de que yo mismo descubra algo sobre ellos.

"Está bien", dijo, con indulgencia. "Guarda tus secretos; Guarda tus secretos. Hizo una pausa, chupó meditabundo de su pipa y sacudió la cabeza. "¡Divertido, la forma en que tu madre mira las cosas! Por lo demás, todo es bastante gracioso, supongo, si te detienes a pensar en ello. Por ejemplo, que diga todo lo que quiera, pero nos empujaron contra la pared, si a JA Lamb no se le hubiera ocurrido hacer esa oferta por las obras; y hay una de las cosas en las que he estado pensando últimamente, Alice: pensar en lo divertidos que resultan."

"¿Qué pensaste al respecto, papá!"

"Bueno, lo he visto suceder en la vida de otras personas, una y otra vez; y ahora ha pasado en el nuestro. Crees que te van a empujar contra la pared; no puedes ver ninguna salida, ni ninguna esperanza en absoluto; crees que te has IDO, y luego aparece algo con lo que nunca contaste; y, aunque tal vez nunca regreses a donde solías estar, de alguna manera te retuerces para dejar de estar justo SPANG contra la pared. Sigues adelante, tal vez no puedas ir mucho, pero vas un poco. ¿Ves lo que quiero decir?"

"Sí. Entiendo cariño."

"Sí, me temo que sí", dijo. "¡Demasiado! No deberías entenderlo a tu edad. Me parece mucho como si el Señor realmente quisiera que los jóvenes tuvieran buenos momentos, y que los viejos tuvieran problemas; y cuando alguien tan joven como tú tiene problemas, hay un gran error en alguna parte".

"¡Oh no!" ella protestó.

Pero él persistió caprichosamente en esta visión del error divino: "Sí, parece bastante así. Pero, por supuesto, no podemos decirlo; nunca estamos seguros de nada, de nada en absoluto. Aunque a veces lo miro de otra manera. A veces me parece como si los problemas de un cuerpo vinieran sobre él principalmente porque no había tenido suficiente sentido común para saber cómo no tenerlos, como si sus problemas fueran algo así como que el maestro retiene a un niño después de la escuela, para darle disciplina, o una cosa u otra. Pero, ¡vaya, vaya! ¡No aprendemos fácil!" Él se rió entre dientes con tristeza. "No aprender a vivir hasta que estemos listos para morir, ¡ciertamente me parece muy difícil!"

—Entonces no me preocuparía por esa idea, papá —dijo—.

"¿Cría? ¡No!" el regresó. "Simplemente lo reflexiono". Volvió a reírse, suspiró y luego, sin mirarla, dijo: —Ese señor Russell... tu madre me dice que no ha vuelto a estar aquí... no desde...

"No", dijo en voz baja, mientras Adams hacía una pausa. "Nunca más vino".

"Bueno, pero tal vez--"

"No", dijo ella. "No hay ningún 'tal vez'. Le dije adiós esa noche, papá. Fue antes de que supiera lo de Walter, te lo dije.

"Bueno, bueno", dijo Adams. "Los jóvenes tienen derecho a su propia privacidad; No quiero entrometerme. Vacío su pipa en un platillo desportillado en la mesa junto a él, dejó la pipa a un lado y volvió a un tema anterior. "Hablando de morir——"

"¡Bueno, pero no lo éramos!" Alice protestó.

"Sí, sobre no saber cómo vivir hasta que hayas terminado de vivir, ¡y ENTONCES tal vez no!" dijo, riéndose de su propio pesimismo determinado. "Veo que soy bastante viejo porque hablo así, recuerdo que mi abuela decía cosas muy parecidas a todas las que estoy diciendo ahora; Solía oírla cuando yo era joven; recuerdo que era una anciana muy melancólica. Bueno, de todos modos, me recuerda: quiero volver a ponerme de pie tan pronto como pueda; Tengo que mirar alrededor y encontrar algo en lo que investigar".

Alice negó con la cabeza suavemente. "Pero, papá, él te dijo..."

"¡No importa tirarme a ese maldito doctor!" Adams interrumpió, malhumorado. "Dijo que sería buena para ALGÚN tipo de trabajo liviano, si pudiera encontrar lo correcto. "Donde no habría ninguna tensión física o mental", dijo. Bueno, tengo que encontrar algo así. De todos modos, me sentiré mejor si puedo salir a BUSCARLO".

"Pero, papá, me temo que no lo encontrarás y te decepcionarás".

"Bueno, quiero buscar y VER, de todos modos".

Alice palmeó su mano. “Debes estar contento, papá. Todo va a estar bien, y no debes preocuparte por hacer nada. Somos dueños de esta casa; todo está claro, y nos has cuidado a mamá ya mí toda nuestra vida; ahora es tu turno.”

“¡No señor!” dijo, quejumbrosamente. “No me gusta la idea de ser el marido de la casera en una pensión; va en contra de mi molleja. *Lo sé*: hace las facturas de su esposa los domingos por la mañana, a veces trabaja con un destornillador en el cajón de la cómoda de alguien, tal vez atiende el horno, uno de los huéspedes le da un cigarro de vez en cuando. ¡Esa es una vida FINA que esperar! No señor; ¡No quiero terminar como el marido de una casera!”

Alice parecía grave; porque sabía que el bosquejo era demasiado profético en toda probabilidad. “Pero, papá”, dijo ella, para consolarlo, “¡no creas que tal vez no existe tal cosa como un 'final', después de todo! Dices que tal vez no aprendamos a vivir hasta que muramos, pero tal vez sea así DESPUÉS de morir, también: aprender un poco más, como lo hacemos aquí, y tal vez volver a tener problemas, incluso después de eso.

“Oh, podría ser”, suspiró. “Eso espero.”

“Bueno, entonces”, dijo, “¿de qué sirve hablar de un 'fin'? Seguimos mirando hacia adelante a las cosas como si fueran a terminar algo, pero cuando llegamos a ellas, no terminan nada. Son solo parte de lo que sucede. Te diré: miré hacia adelante todo el verano a algo que me daba miedo, y me dije a mí mismo: 'Bueno, si eso sucede, ¡estoy acabado!' Pero no fue así, papá. Sucedió, y nada ha terminado; Continúo, de todos modos sólo que... —Se detuvo y se sonrojó—.

“¿Solo que?” preguntó.

“Bueno——” Ella se sonrojó más profundamente, luego se levantó de un salto y, de pie frente a él, tomó ambas manos entre las suyas. “Bueno, ¿no crees que, dado que tenemos que continuar, al menos deberíamos haber aprendido algo de sentido común sobre cómo hacerlo?”

Él la miró con adoración.

“Lo que creo”, dijo, y su voz temblaba, “¡Creo que eres la chica más inteligente del mundo! ¡No te cambiaría por todo el equipo y el montón de ellos!

Pero como esta locura suya amenazaba con hacerla llorar, lo besó apresuradamente y salió a cumplir su misión.

Desde la noche de la cena trágico-cómica no había visto a Russell, ni había tenido el más mínimo atisbo casual de él; y era curioso que ella lo encontrara mientras realizaba un recado como el que ahora le comprometía. En una esquina, no lejos de la tienda de ese estanco de la que acababa de salir cuando él la alcanzó y caminó con ella por primera vez, lo encontró hoy. Dobló la esquina, acercándose a ella, y estaban frente a frente; después de lo cual la atractiva cara de Russell se enrojeció instantáneamente, pero la de Alice permaneció serena.

Sin embargo, se detuvo en seco; y él también; luego sonrió brillantemente mientras extendía la mano.

¡Vaya, señor Russell!

“Estoy tan—estoy tan contento de tener esta—esta oportunidad,” tartamudeó. “Quería decirte, es solo que al emprender una nueva empresa, esta vida de negocios, uno no puede hacer muchas de las cosas que le gustaría hacer. Espero que me dejes llamar de nuevo en algún momento, si puedo.

"¡Hazlo!" dijo, cordialmente, y luego, con un rápido movimiento de cabeza, continuó enérgicamente.

Respiró más rápido, pero sabía que él no podía haberlo detectado, y se enorgulleció de sí misma por la forma en que había enfrentado esta pequeña crisis. Pero haberlo enfrentado con tan fácil coraje significaba para ella algo más tranquilizador que un momentáneo orgullo por la serenidad que había mostrado. Porque descubrió que lo que había resuelto en lo más profundo de su corazón ahora era realmente cierto: ¡había terminado con todo eso!

Siguió caminando, pero más despacio, porque la tienda del estanco no estaba lejos de ella ahora y, más allá, el portal de la perdición, la Facultad de Comercio de Frincke. Alice ya podía leer las letras doradas y sucias del letrero; y aunque nunca habían deletreado el destino con una inminencia más dolorosa que en ese momento, aún prevalecía en ella la vieja costumbre de dramatizarse a sí misma.

Le vino a la mente una comparación caprichosa de su destino con el de la heroína en un romance francés que había leído hacía mucho tiempo y recordaba bien, porque había llorado por eso. La historia terminó con la heroína tomando el velo después de un golpe mortal al amor; y la escena final volvió a ser vívida para Alice, por un momento. De nuevo, como cuando había leído y llorado, parecía estar entre las grandes sombras de la nave de la catedral; olió el incienso humeante en el aire cerrado y escuchó los pulsos solemnes del órgano. Recordó cómo el padre de la novicia se arrodilló, temblando, junto a una columna de piedra gris; cómo el amante infiel miraba y se estremecía detrás de la estatua de un santo; cómo se escuchaban sollozos y gritos ahogados cuando la novicia llegaba al altar;

Fue la visión de un momento solamente, y durante no más de un momento Alicia se dijo a sí misma que el romance proporcionaba una forma más bonita de tomar el velo de lo que ella había elegido, y que un amante infiel, temblando de remordimiento detrás de la estatua de un santo, era un mayor consuelo que uno dejado en la esquina de una calle protestando que le gustaría llamar en algún momento, ¡si pudiera! Su piedad por sí misma se desvaneció más a regañadientes; pero se lo quitó de encima y trató de sonreírle, ya sus recuerdos románticos, a todos ellos. Tenía algo importante en qué pensar.

Pasó el estanco y ante ella estaba la oscura entrada a la escalera de madera que conducía a Frincke's Business College, la misma entrada que siempre había considerado como el final de la juventud y el final de la esperanza.

Cuántas veces había pasado por aquí, odiando la lóbrega oscuridad de aquella escalera; ¡Cuántas veces había pensado en esta oscuridad como algo que acechaba para borrar los pasos de cualquier chica que ascendiera a la oscuridad humeante de arriba! Nunca había pasado sin esas ominosas imaginaciones suyas: muchachas bonitas que se convertían en solteronas que “tomaban dictado”, solteronas de una docena de tipos diferentes, pero todas se parecían un poco a ella.

Bueno, ella estaba aquí por fin! Miró rápidamente a uno y otro lado de la calle y luego, con un pequeño movimiento de hombros, entró valientemente, bajo el cartel, y comenzó a subir los escalones de madera. A mitad de camino las sombras eran más densas, pero después de eso el lugar empezó a parecer más brillante. Descubrió que había una ventana abierta arriba en alguna parte; y los escalones en lo alto estaban alegres por el sol.